



KATHRYN TAYLOR

Autora de la serie Daringham Hall

El verano
de las
flores silvestres



B

El verano
de las flores silvestres

KATHRYN TAYLOR

Traducción de Susana Andrés

Zoe corrió por el sinuoso y angosto sendero que discurría por la colina cubierta de hierba y no se detuvo hasta que llegó a las ruinas de la torre de piedra, al borde del acantilado. Absolutamente sin aliento se llevó las manos al dolorido costado y contempló el mar.

El sol acababa de salir y el aire todavía era fresco, aunque ya se percibía el calor que les depararía ese día. Olía a sal y a flores silvestres, que en esa zona brotaban por doquier y cuyo aroma le recordó las innumerables veces que había estado allí con Jack. Era su rincón secreto, el lugar al que acudían cuando querían estar solos, y Zoe había esperado encontrarlo allí. Pero no lo vio por ningún sitio y la desesperación se apoderó de ella.

¿Dónde estaría? Tenía que hablar urgentemente con él y ya lo había buscado por todas partes. Sin embargo, no lo había encontrado en la pensión ni en la granja ni en ningún otro sitio.

—¡Jack! —gritó tan fuerte como pudo, y prestó atención, pero salvo el murmullo de las olas, que batían abajo, en la playa bañada por las olas, no se oía nada.

Agotada, Zoe apoyó la espalda en el muro de piedra y se deslizó hasta el suelo. Estaba tan confusa, feliz y desdichada al mismo tiempo, que estallaría si no encontraba inmediatamente a Jack y le contaba que iba a marcharse con él a Canadá.

Al principio, solo había sido uno de sus alocados proyectos. Jack Gallagher estaba lleno de ideas, rebosaba de ideas, y precisamente eso era lo que Zoe amaba de él. Pero no era un soñador, sino un hombre de acción,

llevaba a término sus propósitos, y en ese momento estaba firmemente decidido: quería marcharse de Cornualles, que se le había quedado demasiado pequeño, y ver, por fin, algo de mundo. Ya había reunido la documentación y dinero suficiente para comenzar. Pronto se pondría en marcha, en apenas dos semanas, y quería que Zoe lo acompañara.

«Jack», pensó ella, sintiendo que se le encogía el corazón debido a una intensa añoranza, a pesar de que solo había pasado un par de horas desde la última vez que se habían visto. Era su gran amor y estaba dispuesta a arriesgarse por él, pues sería difícil convencer a su padre de que iba en serio. George Bevan no tenía una gran opinión de Jack, quien, siendo hijo de granjeros, no era a sus ojos lo suficientemente bueno para su hija. Desde un principio, el padre de la joven se había opuesto a la relación, y aunque Zoe iba a cumplir los dieciocho años en unos pocos días y podría hacer lo que quisiera, le daba un poco de miedo enfrentarse a él. Era poco probable que su madre la apoyara. Pocas veces contradecía a su marido, pero Zoe había esperado que al menos su hermano estuviera a su favor. Chris era buen amigo de Jack y sabía lo que ella sentía por él.

No obstante, cuando la noche anterior le había pedido consejo, su reacción había sido radicalmente distinta de lo que ella esperaba. En lugar de apoyarla, le había echado en cara que fuese tan egoísta y que no pensase en lo que significaba para la familia que se marchara con Jack. Y había añadido que en la vida uno no puede hacer siempre lo que le apetece. Zoe se había sentido terriblemente decepcionada y, antes de salir indignada de la habitación, le había gritado que era un cobarde y que estaba sometido a la voluntad de su padre, quien había predeterminado la vida de ambos. Durante las horas que siguieron, en las que había estado dando vueltas en la cama pensando sobre todo lo ocurrido, había visto con claridad que tras esa reacción negativa de Chris se escondía algo. Por lo general, nunca se portaba así, y ella se propuso hablar otra vez con él del tema y averiguar qué le ocurría. Pero primero tenía que encontrar a Jack y comunicarle la decisión que había tomado. Porque daba igual cuál fuera la postura de Chris o lo mucho que su padre despotricara, ella, fuera como fuese...

Zoe alzó la cabeza al percibir un ruido. Había resonado muy tenuemente

sobre el murmullo de las olas, pero se diría que alguien hablaba a gritos. Por lo visto, había gente abajo, en la bahía.

Se levantó llevada por la curiosidad y recorrió el breve trecho hasta llegar al borde del acantilado. Allí no había protección, solo encima de la playa principal, por lo que pudo mirar directamente hacia abajo, hacia las estrechas bandas de arena interrumpidas por voluminosas rocas. Habitualmente la playa era más ancha, pero la marea había subido, el agua cada vez conquistaba más terreno y pronto lo bañaría todo hasta volver a retirarse con la bajamar.

A esa hora, poco antes de que el océano se apropiase de la cala, nadie solía detenerse allí. Sin embargo, en ese momento aquello era un hervidero de hombres. Habían descubierto algo cerca de un gran peñasco. Zoe intentó distinguir lo que era y, cuando la imagen logró adquirir nitidez en su cerebro, tuvo que inspirar hondo.

Alguien yacía inerte allí abajo, en la arena, con los brazos y las piernas extrañamente torcidos. Justo a su lado se hallaba al menos una docena de personas. Algunas de ellas llevaban uniforme de policía y corrían de un lado a otro como hormigas, al tiempo que se gritaban las unas a las otras algo que Zoe no alcanzaba a entender desde donde se hallaba. Pero sí comprendió lo que todo eso significaba. Era obvio que alguien había caído desde allí arriba. Alguien que llevaba tejanos. Y una chaqueta de piel oscura que recordaba a la de Jack...

Se le paró el corazón. De inmediato dio media vuelta y corrió hacia el lugar desde el cual se podía alcanzar la playa por un estrecho y empinado camino. Al final de él había unos escalones excavados en la piedra desnuda, tan resbaladizos que estuvo a punto de caer varias veces. Por fin llegó abajo y corrió a ciegas hacia la gente, abriéndose paso a través de la arena húmeda y viscosa, que solo le permitía avanzar desesperadamente despacio. El oleaje resonaba más fuerte, al igual que las voces de los que se habían reunido en el lugar.

—¡Jack! —volvió a gritar, y el estómago se le contrajo al pensar que podía ser él quien yacía allí tendido. «Por favor, que sea otra persona», suplicaba en su interior mientras apretaba aún más el paso.

Sus gritos debieron de llegar hasta la gente, pues alguien se apartó del grupo y fue hacia ella. Su silueta le pareció familiar, y cuando estuvo lo bastante cerca reconoció su forma de caminar y el cabello cobrizo...

—¡Jack! —Una oleada de alivio la recorrió y se lanzó hacia el joven para arrojarle los brazos al cuello—. Temí que fueras tú —balbuceó, y hundiendo el rostro en su cuello, respiró su familiar olor. Los latidos de su corazón fueron sosegándose lentamente.

Jack la estrechó entre sus brazos, cuando la soltó volvió a mirar hacia el lugar donde la gente se concentraba.

—Lo he encontrado yo —dijo con la voz empañada, y Zoe tragó saliva mientras seguía su mirada.

—¿Se ha caído por el acantilado?

Jack asintió. Estaba blanco como un muerto y su rostro parecía petrificado.

Zoe se acercó instintivamente un poco más a él y le colocó las manos en el pecho, quería consolarlo al tiempo que buscaba su propia protección. El joven no llevaba más que una camiseta, y ella recordó por qué había sentido tanto miedo.

—Estaba arriba, en lo alto del acantilado, y pensé que eras tú el que estaba aquí tendido. —Un escalofrío le recorrió la espalda—. Porque la chaqueta que lleva se parece a la tuya.

Se estiró para intentar ver algo, pero la gente le tapaba la vista. Lo que tal vez estuviera bien, pues nunca había visto a un muerto y, si esa visión había trastornado tanto a Jack, no estaba segura de que ella debiera acercarse más. Era de suponer que la policía tampoco se lo permitiría, bastante complicado era todo. No necesitaban a ningún mirón que...

—Es mi chaqueta, Zoe.

Levantó la mirada, sorprendida ante la confesión de Jack. Su rostro había palidecido todavía más y le temblaban los labios.

—¿Qué?

—Se la presté. Ayer estuvo en mi casa, muy tarde, y como no tenía ninguna, se la di.

Zoe movió lentamente la cabeza porque no entendía.

—¿A quién se la diste?

Fue el modo en que él la miró. El vacío de su mirada.

—Lo siento muchísimo, Zoe.

De repente, ella se quedó helada.

—¡No! —Sacudió la cabeza con fuerza e intentó desprenderse. Pero él la retuvo.

—¡No, Zoe!

Con un enérgico movimiento la muchacha se soltó y corriendo pasó de largo junto al hombre que en ese mismo momento acordonaba la zona con una cinta.

—¡Eh! —le gritó a Zoe, pero ella no le hizo caso, se abrió camino entre la otra gente y no dejó que nada la detuviera. Hasta que se paró delante del cuerpo que yacía sin vida en la arena.

Le pareció como si tuviera la cabeza entre algodones, era incapaz de pensar. Alguien gritó, fuerte y estridentemente, y apenas un momento después se dio cuenta de que era ella misma. Gritó, una y otra vez, hasta vaciar todo el aire de los pulmones y no poder llenarlos más. Entonces sus piernas dejaron de sostenerla. Sintió que unos brazos la sujetaban, pero ella no podía mantenerse en pie. Se escurrió entre ellos, cayó en una negrura profunda y sin fondo...

—Siento haberla hecho esperar.

Zoe se enderezó de golpe y se quedó mirando al doctor Kashrani, que acababa de entrar y tomaba asiento detrás de su escritorio. Sonrió al ver la expresión en el rostro de ella.

—¿La he asustado? No era mi intención.

—No, yo... solo estaba pensando. —El corazón de Zoe palpitaba con fuerza mientras intentaba apartar las imágenes que habían surgido en su mente. Imágenes de aquella espantosa mañana en el acantilado.

Catorce años habían transcurrido desde entonces y, en un momento dado, había conseguido no pensar con tanta frecuencia en ello. Pero en ese momento, los acontecimientos del pasado emergían con fuerza en su

conciencia. Una y otra vez su cerebro reproducía el instante en que su vida había cambiado totalmente, como si quisiera obligarla a recordar. Mientras todavía fuera posible...

El doctor Kashrani colocó delante de él, sobre el escritorio, los papeles que había llevado, los separó y los observó un momento. Los rayos de sol que caían a su espalda a través de la ventana daban un brillo azulado a su cabello, muy negro y todavía abundante, y Zoe pensó que con su tez oscura y el rostro delicadamente tallado no aparentaba los sesenta y pocos años que tenía. Pese a ello, esa era su edad, y tal vez esa fuera la que había que tener para llegar a ser uno de los neurocirujanos más famosos del país. Sin embargo, no había permitido que se confirmara la fama de arrogante que le precedía, ya que su sonrisa era amable y despertaba confianza. Aun así, en ese momento no sonreía.

—Tal como esperábamos, los resultados de la exploración han sido malos y la resonancia también ha confirmado, lamentablemente, mis sospechas. —Su ligero acento traicionaba sus raíces indias y otorgaba un tono melodioso a su voz, de modo que sus conclusiones sobre los exámenes parecían intrascendentes—. Hay que operar.

«Pues sí», pensó Zoe. Oyó el susurro de la sangre en sus venas. El corazón le latía demasiado deprisa y se quedó mirando el borde del escritorio, intentando tranquilizarse.

—¿Señorita Bevan? ¿Ha oído lo que le he dicho?

—Sí —respondió ella en voz baja—. Sí, claro. —Respiró profundamente, levantó la cabeza y miró al médico—. ¿Y qué hay de las demás opciones? Dijo que a veces no es necesario operar.

Él asintió.

—Es cierto. En su caso, sin embargo, dada la situación y el tamaño del aneurisma, no nos queda otra posibilidad.

Zoe tragó saliva.

—¿Y si sale mal?

El doctor Kashrani se echó hacia atrás y juntó las yemas de los dedos.

—Una intervención de este tipo conlleva sus riesgos, de eso ya habíamos hablado. Puede producirse también una hemorragia durante la operación.

Pero una ruptura repentina todavía sería más peligrosa. Por eso tenemos que actuar con rapidez.

Zoe lo miró mientras los pensamientos se le iban agolpando en la cabeza.

—Y si sale bien, ¿cuánto tiempo tardaré en recuperarme de la operación?

El médico se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. En el mejor de los casos, un par de semanas seguro. Tal vez algo más.

Zoe negó con la cabeza.

—Imposible —dijo, pensando en los proyectos en los que estaba trabajando—. No puedo dejar el despacho tanto tiempo.

—Me temo que no le queda otra elección —replicó el doctor Kashrani—. Hay en su cabeza una bomba haciendo tictac y puede explotar en cualquier momento. Ya puede sentirse usted afortunada de que hayamos descubierto el aneurisma. La mayoría se da cuenta cuando ya es demasiado tarde.

«¿Afortunada?», pensó Zoe, reprimiendo una sonrisa amarga. ¿Debía alegrarse de que la semana anterior se hubiese torcido el tobillo con sus nuevos zapatos de tacón y con la caída se hubiese golpeado tan fuerte en la cabeza contra la mesa de conferencias como para sufrir una conmoción cerebral? ¿Y de que los médicos del hospital hubieran hecho todo tipo de exámenes durante los cuales una anomalía en el vaso sanguíneo atrajo su atención? ¿Debía sentirse agradecida de que su vida otra vez quedara fuera de su control?

—¿Y si no hago nada? —Cruzó los brazos delante del pecho—. Hasta ahora he vivido la mar de bien con esa cosa en la cabeza. A lo mejor no estalla.

El doctor Kashrani suspiró.

—En última instancia es usted quien decide, y entiendo muy bien sus reparos. Pero el aneurisma no desaparecerá por sí solo. Quiera o no, tendrá que enfrentarse a ello, señorita Bevan.

Zoe calló compungida porque sabía que el médico tenía razón. No podía actuar como si no pasara nada. No saldría bien. Esta vez no.

—¿Y cuándo...? —Carraspeó porque su voz no la obedecía—. Me refiero a cuándo se realizaría la operación.

—Si por mí fuera, lo antes posible. Aunque mi agenda ya está relativamente llena. Espere un momento. —El doctor Kashrani apretó el botón del interfono que establecía la comunicación con la asistente de la antesala—. Alice, por favor, ¿podría comprobar en qué fechas podría contar la señorita Bevan con que se realizara la intervención para que pueda organizarse?

Su asistente confirmó que había entendido sus indicaciones y poco después informó de que podía ofrecerle a Zoe una cita para comienzos de septiembre, es decir, a finales de la semana siguiente.

El doctor Kashrani frunció el ceño.

—¿No puede ser antes?

—Está bien —intervino Zoe, antes de que la asistente pudiese contestar—. A mí... ya me va bien.

El médico la observó unos instantes.

—Entonces apunte a la señorita Bevan para la mañana del viernes —pidió a Alice y soltó el botón del interfono—. A lo mejor tiene usted razón —añadió tras una breve reflexión—. Seguro que antes habrá de solventar algunos asuntos.

Zoe hizo cálculos. Apenas le quedaban diez días, pero al menos tenía un plazo de gracia. Aunque mientras escuchaba al médico, que en ese momento le describía de nuevo el desarrollo de la intervención, creció su angustia. Se lo había explicado todo cuando había recurrido a él tras el diagnóstico, y esa vez también le pareció una operación complicada y peligrosa.

Era evidente que el doctor Kashrani podía percibir cuánto la atemorizaba todo eso, pues cuando la acompañó a la puerta y se despidió de ella, la miró con aire comprensivo.

—Sé cómo se siente —dijo—. Pero si la operación sale bien, después seguirá viviendo con toda normalidad.

Zoe hizo un gesto con la intención de esbozar una sonrisa amable, pero solo consiguió hacer una mueca. El doctor Kashrani era un médico muy capaz, a fin de cuentas por algo pagaban sus pacientes tremendas sumas por su dictamen médico. Pero el condicional «si» no era ninguna garantía, y ambos lo sabían.

—Gracias —dijo ella tendiéndole la mano. Cuando poco después cruzó la antesala y el pasillo con los altos techos estucados antes de dejar la consulta, no volvió la vista atrás.

Fuera, en Harley Street, se quedó parada recorriendo con la mirada la estrecha calle. Faltaba poco para las diez de la mañana, pero el cielo estaba despejado y prometía otro día de agosto de mucho calor. Ninguna jornada idílica de sol como en los veranos que había pasado en Cornualles con sus padres, sino un día estival en una gran ciudad donde la basura hedía más de lo normal y el aire centelleaba debido a los gases de escape. Aunque, desde luego, no precisamente en ese barrio, pensó Zoe contemplando la apacible calle con las cuidadas casas en las que, por tradición, residían los médicos más renombrados de Londres. El barrio le resultaba familiar, había estado frecuentemente en él acompañando a su madre para visitar a todos los especialistas en neurología. También al doctor Kashrani, aunque sin sospechar que ella misma no tardaría en convertirse en su paciente.

En su bolso resonó el móvil, con suavidad pero con una melodía lo suficientemente conocida como para que ella la distinguiera pese al ruido de la calle. Sacó de prisa el elegante *smartphone* plano y vio que se trataba de Maureen, la asistente.

—Su padre me ha pedido que me comunicara con usted porque ha tenido que marcharse inesperadamente a las obras del gran proyecto de Winchester y supone que no estará de vuelta antes de esta noche. Por eso debería usted acudir en su lugar a la cita de las diez y media con la gente de Lombardi —informó Maureen en el frío tono profesional que siempre empleaba cuando se trataba de algo que había dicho George Bevan. Casi como si tuviera que transmitir parte de la dureza que resonaba a menudo en las indicaciones de su jefe.

Zoe consultó su reloj de muñeca. Media hora, no tenía mucho más tiempo. Conseguiría llegar en un taxi si se ponía en camino en ese mismo momento. Pero le bastó con pensar en volver al despacho para que la invadiera un tremendo cansancio.

«No puede seguir actuando como hasta ahora.»

—Imposible —dijo a la asistente, sorprendiéndose ella misma de esa

respuesta.

Hasta hacía poco, algo así todavía habría sido impensable. Habría hecho cuanto estuviera en su mano, y más para llegar a la cita puntualmente, porque sabía lo mucho que valoraba eso su padre. La empresa es siempre lo primero, esa era la divisa de George Bevan, y Zoe era experta en obedecerla desde que se había incorporado a Bevan Constructions tras sus estudios de Administración de Empresas. Vivía para la compañía e invertía toda su energía en los proyectos que dirigía. Al menos, normalmente. Pero en ese momento nada era normal.

Suspiró.

—Creo que hoy ya no volveré al despacho.

—¿Cómo? —La voz de Maureen revelaba perplejidad—. Pero entonces, quién...

—Philipp... quiero decir que el señor Freeman conoce el proyecto Lombardi. Puede encargarse él de la presentación —la interrumpió Zoe—. Y también se ocupará de mis otras citas.

—Pero...

—Hasta luego, Maureen. —Zoe concluyó la conversación y exhaló el aire, temblorosa. Luego volvió a guardar el móvil.

Pensó por un instante en parar directamente un taxi y volver a su casa, en Hampstead, pero de repente sintió miedo de estar sola. Así que, siguiendo un impulso espontáneo, se encaminó hacia el pequeño café de la esquina más próxima. Pese a que había mucha gente, encontró sitio en una mesita junto a la ventana.

Cuando acababa de pedir a la camarera una taza de té y un agua sin gas, el móvil volvió a sonar. Esa vez era Philipp.

—Maureen dice que has cancelado todas las citas de hoy. —Su voz profunda tenía un deje de preocupación—. ¿Ha pasado algo?

Zoe reflexionó unos segundos acerca de si hablarle o no de su diagnóstico. En realidad debería haberlo hecho hacía tiempo, a fin de cuentas estaban prometidos. Pero no quería inquietarlo a él ni, en ningún caso, a su padre, a quien Philipp seguramente informaría. No, era mejor que se las apañara ella sola. Como siempre.

—Yo... tengo un horrible dolor de cabeza y no me encuentro bien —se justificó, consolándose porque al menos eso sí era cierto—. Así que prefiero ir a casa y acostarme.

Philipp permaneció un momento en silencio, evidentemente tan desconcertado como Maureen. Una reacción lógica, a fin de cuentas Zoe nunca había estado enferma en los últimos años, como mucho había perdido un par de horas cuando tenía que ocuparse de su madre. Pero la caída de la semana pasada lo había cambiado todo y, al parecer, Philipp enseguida pensó en eso.

—A lo mejor es todavía una consecuencia de la conmoción cerebral. Ya te dije que debías quedarte más tiempo en el hospital. —En ese momento parecía seriamente preocupado—. ¿Dónde estás? ¿Todavía con ese nuevo arquitecto de Shoreditch?

—Sí, exactamente. —Zoe se mordió el labio al recordar la mentira con que había ocultado su visita al médico—. Pero enseguida llamaré un taxi. ¿Podrías ocuparte también del resto de mis citas?

—Claro —le aseguró de inmediato—. Me encargaré de todo y esta noche pasaré por tu casa. Mi avión sale mañana por la mañana muy temprano, pero creo que lo conseguiré aunque...

—No, está bien —lo interrumpió presurosa—. Sería demasiado estresante para ti. Creo que solo necesito un poco de tranquilidad. Después seguro que me sentiré bien. Además, tienes que llegar a Nueva York en forma.

Permanecería allí unos cuantos días ocupado. Si se enteraba de que iban a operarla se quedaría, y ella no quería por nada del mundo que eso ocurriera. Su prometido había trabajado mucho en una transacción que probablemente conseguiría cerrar en Nueva York y se merecía ese logro. Por eso era mejor que ella se guardara para sí su estado.

—Si tú lo dices... Pero llámame si me necesitas. —Philipp todavía parecía preocupado, pero comprensivo. Era siempre muy discreto, nunca presionaba; algo que ella sabía apreciar.

Iba a colgar, pero antes de despedirse, él carraspeó de nuevo.

—Zoe, hay algo más. Antes he hablado por teléfono con Simon Fielding, ya sabes, el abogado de ese griego que está interesado en la mansión. Al

parecer hay un problema que quiere aclarar contigo.

Zoe sintió un espasmo en el estómago.

—Dile que ya lo llamaré.

Philipp lanzó un profundo suspiro.

—Dice que es muy urgente, Zoe, y por lo visto ha intentado ponerse en contacto contigo repetidas veces.

Era cierto, Zoe lo debía admitir. Maureen ya le había transmitido los mensajes de Fielding, pero ella siempre había encontrado una buena razón para no devolver la llamada. Y cada vez que había aparecido el número del abogado en la pantalla del móvil, ella no lo había atendido.

—Sé que tienes reparos a causa de tu madre, pero la suma que ofrece ese griego está muy por encima del valor de mercado y deberíamos...

—No me encuentro bien, Philipp —lo interrumpió Zoe—. ¿Tenemos que hablar ahora de esto?

—Disculpa. —Parecía compungido, pero ella estaba segura de que no dejaría descansar el tema. Ya llevaba mucho tiempo hablando de que debía dejar de una vez la residencia familiar en Hampstead e irse a vivir con él en Chelsea. La casa era demasiado grande para ella sola y Philipp vivía más cerca de la empresa, así que no veía ninguna razón para que Zoe no aceptara esa oferta de compra inesperada, pero fabulosamente ventajosa. Era un hombre pragmático y no entendía, sencillamente, que para su prometida la mansión significara mucho más que un simple inmueble.

Una vez que hubo concluido la conversación, echó un vistazo al café. Era la única que estaba sentada sola a una mesa. Todos los demás estaban al menos en pareja e inmersos en alguna conversación. Algunos reían, como la joven de la mesa de al lado, divertida a causa de un comentario de su interlocutor. Como mucho, debía de tener algo más de veinte años y el cabello rubio y largo, como la misma Zoe. De hecho, le recordaba a sí misma más joven. «Pese a todo, yo a su edad no era tan despreocupada», pensó melancólica, bajando la mirada hacia el té que le había servido la camarera.

Sus pensamientos evocaron casi de inmediato la conversación con el médico y el miedo volvió a proyectar su fría sombra sobre ella.

«Hay en su cabeza una bomba haciendo tictac», había dicho el doctor

Kashrani. Pero ella no sentía ningún tictac. Más bien, inacción, como si ya no funcionara. Tenía la sensación de estar ante un muro sin poder ver qué había detrás. O si todavía la esperaba algo allí.

En los últimos días había leído todo lo que Internet y las revistas especializadas habían publicado sobre su estado. Por eso sabía que un aneurisma era la dilatación anormal de una arteria. Con ello, la pared vascular se adelgazaba tanto que podía rasgarse y producirse una fuerte hemorragia interior cuyas consecuencias eran imprevisibles, sobre todo si, como era el caso de Zoe, el cerebro se veía afectado. Con algo de suerte, sobreviviría a una hemorragia cerebral de ese tipo, pero tal vez no podría volver a andar. O a hablar. O a recordar. Y la imagen del estado de su madre confirmaba lo horrible que era eso.

Se bebió el té con premura e intentó sofocar la sensación de desamparo contra la que llevaba combatiendo todo el rato. El tiempo de que disponía pasaba deprisa, solo le quedaban unos pocos días y cada uno de ellos había adquirido de repente un gran valor. «Seguro que antes tiene que solventar algunos asuntos.» Sin duda el doctor Kashrani se había referido con esas palabras a sus obligaciones laborales, pero Zoe enseguida percibió que había algo mucho más importante que debía clarificar. Un asunto al que llevaba años dando largas.

Sacó a toda prisa la *tablet* del bolso y escribió en el buscador el nombre en el que pensaba continuamente desde que le habían dado el diagnóstico.

«Penderak.»

Aparecieron fotos de la pequeña población de Cornualles junto con algunas páginas web de hoteles y pensiones.

Zoe fue clicando entre las ofertas hasta encontrar lo que buscaba. Allí estaba, la gran casa de estuco blanco, el precioso tejado de cañizo y el extenso jardín rodeado de un pequeño muro. WILD FLOWER INN, se leía escrito con ondulante caligrafía en el gran cartel de esmalte que colgaba sobre la entrada, y las abundantes crocosmias y escaramujos en flor que crecían junto a la casa hacían honor al nombre de la pensión: Flor silvestre. Los marcos de las ventanas estaban pintados de azul y el jardín se veía cubierto de vegetación, pero por lo demás todo estaba igual que entonces. Y si había

que dar crédito a los datos de la página web, la pensión seguía siendo propiedad de los Gallagher.

Por un instante, Zoe pensó en Chris, tendido ante ella, con las extremidades en una postura innatural; luego, esa imagen se vio solapada por la del rostro sonriente del joven.

Su muerte seguía siendo un misterio. Nadie sabía si su caída por el acantilado se debió a un accidente o si se había lanzado voluntariamente al vacío. No había testigos ni carta de despedida, de ahí que no pudiera excluirse ninguna de las dos posibilidades. En un principio también surgió la sospecha de que alguien hubiese podido empujarlo. El padre de Zoe había insistido tercamente en esa posibilidad porque, llevado por su dolor, tenía que culpar a alguien de la muerte de su hijo varón. Pero al final tampoco se encontraron pruebas de ello. Nadie pudo reconstruir lo que ocurrió esa noche, así que las investigaciones no tardaron en interrumpirse y el caso estaba en suspenso desde hacía años.

Pero no para Zoe.

Aunque había sido más fácil soportar la pérdida de su hermano apartando de su mente los recuerdos, nunca se había repuesto de la incertidumbre y se había jurado regresar un día al lugar de su muerte en busca de respuestas. No obstante, había pospuesto el viaje una y otra vez, al principio porque no sabía si tenía fuerzas suficientes para ello, más tarde, porque siempre estaba demasiado atareada. Pero en ese momento el tiempo se le escapaba.

«Tendrá que enfrentarse a ello.»

Eso se aplicaba no solo a la enfermedad.

Únicamente en una ocasión se permitió pensar en Jack. Tal como tenía planeado se había marchado a Canadá, y ella lo sabía por las cartas que su hermana Rose le había enviado durante un tiempo. Así que no estaría en Penderak, pensó para tranquilizarse. Aun así, le temblaba un poco la mano cuando accedió al formulario de reservas.

Tecleó de prisa la información en el campo de la dirección, contenta de que con ese tipo de solicitud no fueran necesarios los datos personales, salvo una breve nota que dejó en el campo con el título de «observaciones». No tenía ni idea de cuál sería la actitud de los Gallagher respecto a ella, a fin de cuentas

había roto el contacto de forma muy abrupta. Así que le pareció mejor mantener un tono impersonal al inscribirse.

Zoe volvió a leer lo que había escrito y clicó el botón de «enviar», no fuera a ser que se acobardara en el último momento.

Rose contempló el formulario de las reservas. Acababa de entrar en su ordenador y en la nota que había en él se advertía un tono de urgencia. La mujer quería emprender el viaje de inmediato, a ser posible al día siguiente, lo que en sí era una petición bastante habitual. Ya conocía esos deseos espontáneos de hacer una reserva. Pero pedía expresamente la Casa de la Playa, que ya no formaba parte de su oferta. Y luego ese nombre. No podía ser... Acaso...

—¡Mamá! —Sarah abrió la puerta del pequeño estudio de forma tan repentina que Rose se sobresaltó—. ¿Vienes? Henry no encuentra sus zapatillas de deporte.

—Tienen que estar en su habitación —contestó Rose, ensimismada.

—Pues dice que no están ahí. —Visiblemente irritada porque tenía que hacer de mensajera de su hermano pequeño, Sarah se colocó los puños en la cintura y Rose tuvo que reprimir una sonrisa porque ese gesto le recordaba a su madre. Daisy Gallagher era una mujer de buen corazón, pero también muy decidida, y si con trece años Sarah ya se le parecía tanto, era de suponer que se anunciaban tiempos realmente turbulentos en la casa.

—Pues que busque un poco más.

—Ya lo ha hecho —insistió Sarah—. Dice que vayas y...

En el *cottage* resonó un grito seguido de unos estrepitosos pasos por la escalera. Pocos segundos después irrumpió en la pequeña habitación, pasando junto a su hermana, el pequeño Henry, de siete años, seguido de su hermano

Luke, de diez, con claro aire de indignación.

—¡Mamá, Henry me ha quitado mi locomotora! —exclamó Luke, furioso—. Dile que me la devuelva.

Henry, quien era evidente que escondía algo en el puño, se había atrincherado detrás de la silla de Rose. Rebelde, levantó la mirada hacia ella.

—¡También es mía! ¡El tío Jack nos la regaló a los dos, y yo también quiero jugar con ella!

La mayoría de las veces las peleas giraban en torno a la locomotora nueva y automotriz que Jack, el hermano de Rose, les había llevado hacía poco para completar el equipo.

—Ahora no puedes jugar, tienes entrenamiento de fútbol —recordó a su hijo pequeño—. Así que devuélvele la locomotora a Luke. Y más tarde, cuando regreses, la compartís los dos para jugar. ¿Vale?

Por la expresión de su rostro, a Henry no pareció gustarle esa solución.

—Pero no puedo entrenar. ¡He perdido las zapatillas! —se quejó.

—Ya verás como todavía están detrás, en la terraza —replicó Rose—. ¿Lo has mirado?

El pequeño negó con la cabeza y Rose advirtió que su hijo acababa de recordar que las había dejado allí.

—Pues ve a buscarlas y márchate.

Henry asintió compungido y, antes de abandonar la habitación, dejó la locomotora de mal grado en la mano que Rose le tendía.

Cuando se hubo marchado, Rose le tendió el juguete a su hijo mayor.

—No tenéis que estar peleándoos siempre por esto —reprendió al niño, luego sonrió porque se había reservado una buena noticia para él—. Antes ha llamado el tío Jack para preguntar si querrías ayudarlo. En realidad debería ser William quien lo hiciera, pero por lo visto ha desaparecido otra vez.

El rostro de Luke se iluminó.

—¿En la granja?

Rose rio.

—¡Por supuesto, en la granja! Jack quiere reparar las vallas y dice que a lo mejor necesita tu ayuda. ¿Tienes ganas?

—¡Claro! Voy para allí —exclamó Luke, entusiasmado, marchándose a

toda prisa. Admiraba mucho a su tío y para él no había en ese momento nada más estupendo que estar con Jack en los campos.

Sonriendo, Rose lo siguió con la mirada y luego se volvió hacia su hija.

—¿No sabrás tú por casualidad dónde está William? —preguntó.

Sarah y el hijo de Jack eran casi de la misma edad y se entendían bien, por eso su hija era la única que en la actualidad podía aproximarse al introvertido muchacho. Pero Sarah se encogió de hombros.

—Ni idea. Es posible que esté allí arriba, en el acantilado. Suele ir a menudo.

—¿De verdad? —Rose se mostró sorprendida, pues estaba bastante segura de que era algo que su hermano no aprobaba—. ¿No se lo ha prohibido Jack?

Sarah le lanzó una mirada significativa.

—Creo que va allí precisamente por eso. Ya lo conoces.

Sí, pensó Rose. Tenía su lógica. En ese momento, su sobrino no se llevaba bien con su padre. William estaba enfadado con Jack porque habían dejado Canadá y regresado a Cornualles. Todos habían pensado que sería una fase y que el joven pronto se adaptaría. Pero durante los seis meses anteriores se había obstinado en su actitud de rechazo y solo podían esperar que se arreglase la situación.

Sarah sacó del bolsillo del pantalón el móvil, que en ese momento, como tantas otras veces al día, emitía unas melodiosas notas. Cuando miró la pantalla, vio que estaba iluminada.

—Debbie ya está con Rachel. ¿Puedo bajar al pueblo para encontrarme con ellas?

—Claro, ve —respondió Rose.

Cuando de nuevo se quedó sola, se apoyó suspirando en el respaldo de la silla del escritorio. Era una suerte que los niños se sintieran tan bien allí y que disfrutaran de las vacaciones aunque ese verano tampoco pudiesen hacer ningún viaje. Naturalmente, vivían en un lugar en el que otros pasaban sus vacaciones. A pesar de todo, a Rose le habría gustado ofrecerles algo distinto, y ella misma habría agradecido romper un poco la monotonía cotidiana. Pero no tenían dinero suficiente para un viaje porque Matt había dejado de pagar la manutención.

Rose movió la cabeza al pensar en lo poco que su exmarido se ocupaba de sus hijos. Últimamente, sus visitas a Cornualles eran cada vez más escasas y desde hacía más de tres meses no se había dejado ver. Además, llevaba casi el mismo tiempo sin pagar la pensión a la que estaba obligado tras el divorcio y de la que Rose dependía. Cuando hablaba con él, Matt siempre encontraba algún pretexto y su más reciente estrategia consistía en no responder a las llamadas telefónicas. Una situación que ella no podía seguir tolerando.

De hecho, en realidad no creía que no tuviera posibilidades de pagar. Era mucho más probable que no quisiera hacerlo, pues a menudo se había quejado de que le suponía una carga económica demasiado elevada. Sin embargo, Rose solo pedía lo que le correspondía, y puesto que él se ganaba bien la vida, no debía representarle un gran problema para desembolsarlo. Era de suponer que la causa más bien radicase en una nueva novia a la que impresionar con regalos demasiado caros; mientras, Rose tenía que apañárselas sola para ir superando las dificultades.

«No soy ninguna rubia explosiva», pensó dando un suspiro. En efecto, no estaba de mal ver, con sus rizos de un castaño cobrizo y la esbelta silueta que había conservado pese a los tres partos. Pero en secreto temía no haber sido nunca el tipo de Matt. Desde un principio, su marido había mostrado dificultades en mantenerse fiel, la había engañado en repetidas ocasiones solo para asegurarle después que la amaba y que quería luchar por salvar su matrimonio. Ella le había creído, por los hijos, pero en un momento dado comprendió que él nunca cambiaría. Había pedido el divorcio y, con los niños, había dejado Truro, donde habían vivido, y había regresado a Penderak al tiempo que Matt se marchaba a Londres para ocupar un nuevo puesto en la banca de inversión. Era muy probable que estuviera disfrutando de la vida en la gran ciudad mientras que ella se abría camino en Cornualles con sus hijos.

Eso no podía seguir así, algo tendría que pasar al final, pero Rose dudaba en demandarlo aun sabiendo que podía hacerlo. Los costes del abogado y el tiempo que se alargaría el proceso la asustaban y habría preferido llegar a un acuerdo mutuo. Esa era la razón por la que varias veces había estado a punto de ir a ver a Matt y pedirle explicaciones. Pero Londres estaba lejos y precisamente en esa época había tanto trabajo que apenas le quedaba un

minuto libre.

A propósito de Londres, pensó, volviéndose de nuevo hacia el ordenador, se quedó mirando el mensaje que estaba leyendo antes de que los niños hubiesen aparecido.

Zoe Bevan. Era un nombre más bien curioso. Y esa mujer pedía además que fuera justamente la casa que los Bevan habían alquilado por varias semanas aquel verano, tiempo atrás. ¡No podía ser una simple coincidencia!

Pero ¿por qué Zoe no enviaba un mensaje más personal y no decía que era ella? Había sido una buena amiga de Rose y había guardado una estrecha relación con toda la familia... hasta esa horrible mañana en que habían encontrado muerto a Chris, el hermano de Zoe, en la playa.

Rose notó un vacío en el estómago al pensar en ello. Había sido un tremendo golpe para todos, en especial porque las circunstancias de la muerte nunca se habían aclarado. Después, el contacto con Zoe y su familia se había roto y los Bevan no habían regresado nunca más a Penderak. Rose había seguido escribiendo a Zoe durante una temporada, pero como nunca le llegó respuesta, un día dejó de hacerlo.

Con el tiempo se había echado tierra sobre ese asunto y apenas se oía hablar en el pueblo de lo ocurrido. Pero nadie lo había olvidado.

Rose volvió a leer la nota. Se había preguntado muchas veces qué habría ocurrido con la que había sido su amiga. Sabía un par de cosas; por ejemplo, que Zoe se había incorporado a la empresa de construcción de su padre. Con éxito, por lo visto, pues Matt había tropezado en una ocasión con un artículo sobre ella en un boletín informativo de economía al que se había abonado. En él se comunicaba que había obtenido la distinción de Empresaria del Año por su labor en Bevan Constructions. Rose aún veía la foto del artículo en la que Zoe parecía una extraña. La rubia fría y de sonrisa reservada estaba a años luz de la alegre muchacha que Rose recordaba. Por eso se había convencido de que Zoe hacía tiempo que se había desprendido y olvidado de ella y de todo lo ocurrido en Penderak.

Pero por lo visto no era así, pues, ¿por qué si no iba a volver de repente y de forma tan precipitada?

Solo había un modo de averiguarlo, y Rose no era de las que dejaban que

las cosas se pudriesen mucho tiempo. Así que cogió el teléfono y marcó el número de móvil que aparecía en el formulario de contacto.

Después de dos timbres, respondió una voz femenina.

Rose carraspeó.

—¿Es usted Zoe Bevan?

La mujer contestó afirmativamente y en ese momento Rose creyó reconocer la voz.

—Soy Rose, Zoe. Rose Riley... quiero decir, Gallagher. —Tomó aire—. ¿Todavía te acuerdas de mí?

Zoe iba en un taxi, agarró el móvil con fuerza y lo apretó contra la oreja.

—Rose. —Temblorosa, tomó aire.

Naturalmente, había contado con que los Gallagher respondieran a su mensaje, pero no que fuera precisamente Rose quien estableciera contacto con ella. Ella misma ignoraba cómo había llegado a la conclusión de que su antigua amiga ya no vivía en Penderak. Tal vez porque en la página de inicio había una foto en la que solo aparecían los padres de Rose, Daisy y Brian. ¿O simplemente se lo había imaginado porque todavía tenía mala conciencia y no sabía cómo encontraría a Rose?

Hizo un esfuerzo para poder seguir hablando.

—¿Se trata de mi consulta?

—Sí. Bueno, no. —Rose todavía contestaba con amabilidad, pero el tono frío de Zoe pareció desconcertarla—. En realidad solo quería asegurarme de que eras tú. Hace una eternidad que no sabemos nada la una de la otra y por eso al principio no podía creer que el mensaje fuese tuyo.

Zoe sintió una punzada y no supo qué decir. Recordó de nuevo las cartas que Rose le había escrito y que ella no había contestado. ¿Cómo se disculpa uno de haber borrado de su vida a otra persona?

—No es ningún reproche —añadió preocupada Rose, que interpretó equivocadamente el silencio de Zoe—. Al contrario. Me alegro de que hayas dado señales de vida. Es solo que... me ha pillado por sorpresa.

—Lo sé. —Zoe tragó saliva—. Lo siento —prosiguió y esperó que Rose

entendiera que con esa disculpa no se refería solo a su impersonal mensaje.

—¿Cómo te va? —El tono de voz de Rose seguía siendo cordial y con un deje de genuino interés. Pero era la pregunta equivocada.

—Bien. Me va bien —respondió Zoe un poco precipitadamente, y enseguida le devolvió la pregunta—. ¿Y a ti? ¿Llevas tú ahora la pensión?

—No, sigue haciéndolo mi madre. Yo solo me ocupo de las reservas que se realizan *online* y también de todo lo que tenga algo que ver con ordenadores. Mamá está en pie de guerra con estas cosas. —Zoe percibió una sonrisa en la voz de Rose—. Además coso mucho. Bolsos y blusas sobre todo. Mi hermana tiene una tiendecita de modas abajo en el puerto y vende allí las cosas que hago. Tienen buena acogida entre los turistas.

—Me lo imagino. —Zoe no pudo evitar sonreír al recordar lo bien que se le daban a Rose los trabajos manuales siendo adolescente. Incluso había soñado en convertirse en una famosa diseñadora de moda. Pero al parecer no había llevado a término ese proyecto. Aunque sí otro—. ¿Y ahora tu apellido es Riley? ¿Así que te casaste con Matt?

Zoe pensó en el apuesto hijo del capitán del puerto de Penderak. Era cinco años mayor y apenas había prestado atención a las dos amigas, pero, desde lejos, Rose bebía los vientos por él. Zoe siempre se había burlado de ella porque no le gustaba Matt y porque estaba convencida de que no formarían pareja.

—Ya veo que me equivoqué en mis predicciones.

—No del todo, nos divorciamos hace un tiempo. —Rose suspiró—. Ha quedado demostrado que Matt no es de los que pueden ser fieles a una sola mujer. Por el momento vive en Londres y apenas nos llegan noticias tuyas. En cualquier caso, hace una eternidad que no se pone en contacto conmigo ni con los niños.

—¿Tienes hijos? ¿Cuántos?

Cuando Rose habló de su hija y sus dos hijos varones fue con un tono de orgullo en su voz, y Zoe hizo cuentas mentalmente. Su amiga, al igual que ella, tenía treinta y pocos años, y si su hija mayor tenía trece, Rose había sido madre muy pronto. Algo que a Zoe no le sorprendía en realidad. Rose siempre había tenido algo de maternal. Una vez se encontraron por

casualidad con una cría de pájaro herida en la playa de Penderak y el veterinario la dio por perdida. Aun así, Rose la había cuidado y al final había conseguido salvarla. Además, en todas las comidas campestres era ella quien se ocupaba de que a nadie le faltase comida y bebida. Así era Rose, se cuidaba de buen grado de los demás. Aunque uno no quisiera. O no pudiera soportarlo...

Cuando Rose hubo acabado, se impuso un silencio y Zoe fue consciente de que en ese momento le tocaba a ella hacer un breve resumen de su vida.

—Suenan muy bien —dijo reservada, e hizo lo que había ido perfeccionando en cientos de reuniones de negocios: volver al verdadero tema de interés cuando el interlocutor amenazaba con plantear preguntas incómodas—. ¿Y cómo está la Casa de la Playa? ¿Puedo alquilarla?

Por un momento temió que su maniobra de distracción no funcionara. La Rose de antes no se hubiera rendido tan deprisa. Habría insistido hasta averiguar lo que quería saber.

Pero en ese momento, Rose vaciló un segundo antes de contestar.

—No, lamentablemente no. Ya no la alquilamos. Solo las habitaciones de la pensión.

—Oh. —La decepción la golpeó como un puñetazo en el estómago—. ¿La habéis vendido?

—No. La necesitamos. Después del divorcio me mudé allí con los niños.

—¿Ahora vives tú en la Casa de la Playa?

—Pues sí.

Zoe calló desconcertada. Se había aferrado tanto a la idea de volver a la Casa de la Playa de Penderak que por un momento no se le ocurrió una alternativa. Pero claro que había otra más.

—¿Y en la pensión? ¿Os queda alguna habitación libre?

—Tampoco, por desgracia —respondió Rose con pesar—. Es temporada alta. Estamos completamente llenos. Pero puedo apuntarte cuando se libere una. Sería el... —Hizo una pausa porque estaba comprobando la disponibilidad—. La primera semana de octubre. ¿Quieres que te reserve una habitación?

—No —contestó Zoe, abatida y sintiendo que la invadía un horroroso

cansancio—. Solo me es posible ahora.

De nuevo reinó un silencio que Rose fue la primera en romper.

—Lástima. Me habría gustado volver a verte. —Parecía decepcionada—. Pero podemos quedar de todos modos un día en Londres. Tengo que ir pronto para aclarar las cosas con Matt y podríamos aprovechar para vernos. ¿Qué te parece?

Zoe apretó los labios antes de responder.

—No sé cuánto tiempo estaré todavía aquí.

—Oh. ¿Adónde vas?

—Tengo... tengo que ausentarme por un tiempo —respondió vagamente Zoe, y en el silencio que siguió a la respuesta sintió de repente añoranza hacia la Rose de antes, la que conocía todos sus secretos.

—Está bien. Me alegro mucho de haber hablado otra vez contigo. —Era evidente que Rose había entendido que Zoe no iba a revelar nada sobre su vida y, o bien había arrojado la toalla o bien era lo suficientemente educada para no insistir y sonsacarle—. Que te vaya muy bien, Zoe. Espero...

—¡Espera! —De repente a Zoe se le ocurrió una idea. Era un poco loca y probablemente Rose la rechazaría, pero tenía que intentarlo—. Tengo una propuesta.

3

—¿Vas a dejar que Zoe Bevan se instale en la Casa de la Playa? —Daisy Gallagher movió la cabeza con sus mechones grises ondulados como si todavía no diera crédito, y puso los brazos en jarras—. ¿Y qué pasa con los niños? ¿Los vas a echar como si nada?

—Ya está todo previsto —se defendió Rose—. Sarah se irá a casa de su amiga Rachel, y Henry y Luke pueden quedarse con Iris. —Miró, buscando apoyo, a su hermana menor, que estaba sentada a su lado a la gran mesa de la cocina de la pensión.

—Exacto —confirmó Iris—. Sarah está loca de alegría y los chicos también están de acuerdo. Y antes de que me preguntes: por el momento la tienda está bien equipada. Rose puede marcharse tranquilamente un par de días, no hay ningún problema.

Por su expresión, se la veía satisfecha, y Rose se sorprendió un poco de lo segura que parecía su hermana de que esa excursión a Londres fuera precisamente lo que necesitaba. Ella todavía tenía dudas de que ese espontáneo intercambio de casas que Zoe le había propuesto transcurriera sin contratiempos.

En el fondo, se diría que era algo muy sencillo: Rose le dejaría a Zoe unos días la Casa de la Playa y, a cambio, ella viviría en la mansión de Hampstead. Había visitado allí a su amiga un par de veces y se acordaba muy bien de las habitaciones de techos altos y de las hermosas antigüedades. Era mucho mejor —y más barato— que un hotel, y la idea de poder pedir explicaciones a

Matt acerca de los pagos por la manutención de los hijos la había llevado a aceptar la sugerencia sin pensárselo dos veces. Pero en ese momento, tras unas horas de reflexión, volvía a estar insegura y la reacción de su madre avivaba sus reparos.

Iris, por el contrario, se mostraba encantada con la idea.

—¡Mamá, es una estupenda oportunidad para Rose! No tendrá ni que coger el coche porque Zoe le prestará el suyo. A ver: ¡una oferta así no se puede rechazar!

Durante unos minutos, Daisy se quedó contemplando el jardín a través de la ventana. Era evidente lo poco que le gustaba lo que sus hijas habían tramado.

—¡Pero precisamente Zoe Bevan! ¿Qué la trae de nuevo aquí?

Rose se encogió de hombros.

—No lo dijo. Se mostró muy reservada al teléfono. Pero sea lo que sea, parece muy importante.

Daisy resopló y se volvió hacia la masa de pan que reposaba en una gran tabla de madera sobre la superficie de trabajo. Empezó a amasarla con gestos enérgicos, señal incuestionable de lo muy irritada que estaba.

—No es una buena idea —dijo, más bien hablando para sí misma—. Si Zoe vuelve a presentarse después de todos estos años, la gente empezará otra vez a hablar. Lo último que necesita tu hermano son más chismes, y todavía menos volver a ver a Zoe. —Daisy se detuvo y de repente sus ojos reflejaron preocupación—. ¿Sabe que él ha regresado?

Rose negó con la cabeza.

—No ha preguntado por él. —Eso le había llamado la atención, pero se había dicho que tal vez Zoe ya no tuviera ningún interés por su hermano. El tiempo lo cura todo. ¿O no?—. ¿Crees que su regreso tiene algo que ver con él?

—Claro que no —respondió Iris con su convicción habitual, al tiempo que miraba a su madre y a su hermana sin comprender—. Ni siquiera los amigos de Jack saben que ha vuelto, es imposible que la noticia haya llegado hasta Londres. Además, no creo que a nadie le interese todavía su amor de juventud. Ha pasado un montón de tiempo. Zoe debe de tener sus razones

para hacer el viaje, pero a nosotras eso ni nos va ni nos viene. ¡Lo importante es que Rose salga de una vez de aquí y no va a renunciar a ello por la remota posibilidad de que Jack reavive las llamas de un antiguo amor!

Iris parecía esperar que Daisy y Rose le dieran la razón, pero ambas se quedaron calladas y, cuando sus miradas se cruzaron, Rose supo que su madre pensaba lo mismo que ella.

Por aquel entonces, Iris todavía era muy joven. Ignoraba lo mal que lo habían pasado, sobre todo Jack.

Pero ese no era el único argumento que hacía dudar a Rose respecto al intercambio de viviendas.

—Creo que mamá tiene razón. En realidad, no es una buena idea.

Claro que le habría gustado viajar a Londres y no solo por hablar de una vez por todas con Matt. Hacía mucho que no pensaba en sí misma. No era que no le gustase su vida allí, pero a veces resultaba duro ocuparse sola de los niños. Apenas tenía tiempo para sí misma y, por una vez, respirar los aires de la gran ciudad, completamente sola y ni más ni menos que por un par de días, y hacer solo lo que le apeteciera, sin deberes ni obligaciones, se le antojaba como un sueño. Pero precisamente por ello no debía. Porque no estaba sola.

—Si me voy, tengo que llevarme a los niños. Hace mucho que no disfrutan de unas auténticas vacaciones. Se las debo.

Esta vez fue Iris quien resopló.

—¡Qué tontería! —dijo enervada—. Aquí a los niños no les falta de nada. No tienen escuela y nosotros nos ocupamos de ellos. Se las apañarán la mar de bien un par de días sin ti. ¿No es cierto, Henry?

—¿Eh? —murmuró el hijo menor de Rose, que acababa de entrar y miró a su tía. Tenía las mejillas enrojecidas y la camiseta manchada; por los pantalones cortos de deporte y las rodillas, Rose dedujo que su hijo había estado jugando a fútbol en el jardín con los hijos de los Peterson, que se hospedaban en Wild Flower Inn.

—Ya hemos hablado de que tu madre se irá un par de días a Londres y tú y Luke os quedaréis mientras tanto conmigo —dijo Iris, acariciándole cariñosamente el pelo—. ¿Estás de acuerdo, muchachote, o no?

—Claro —respondió Henry sin hacer mucho caso, y llamó la atención de

su abuela dándole unos golpecitos con los dedos—. ¿Me das algo de beber? Los chicos y yo tenemos sed.

—Por supuesto, cariño. Coge lo que quieras —contestó Daisy, sonriente, tras lo cual Henry sacó una botella de agua mineral de la nevera. Satisfecho y sin volver la vista atrás, salió de la cocina.

—¿Lo ves? —señaló Iris, triunfal, y levantó la mano cuando Rose ya iba a protestar—. Nos entenderemos, hermanita. Márchate a Londres y disfruta de nuevo de la vida.

Rose tomó una profunda bocanada de aire y volvió a comprobar lo difícil que resultaba disuadir a su hermana cuando llevaba algo entre ceja y ceja.

A su veintisiete años, Iris era la benjamina de la familia, pero les pasaba más de media cabeza a Rose y a Daisy, ambas menudas y delgadas. Al igual que Jack, que también era muy alto, había salido en ese aspecto a su padre, Brian, que había legado a todos sus hijos unos ojos verdes y cabellos de un castaño cobrizo. Sin embargo, Iris tenía un carácter más parecido al de su madre y, definitivamente, era la más testaruda de todos cuando se trataba de imponer su opinión.

En ese momento, el rostro de Iris resplandecía, rotundamente convencida de lo que pensaba.

—Por favor, Rosie, ¡es una oportunidad! A lo mejor por fin conoces a alguien. Llevas demasiado tiempo sola y aquí en el pueblo no parece haber nadie que te entusiasme.

Así que por ahí iban los tiros, pensó Rose, y se le escapó una sonrisa. En realidad debería haber imaginado que esa era la verdadera razón de que Iris estuviera tan ilusionada. Su hermana, una romántica incorregible, era incapaz de concebir que Rose no hubiese encontrado pareja después del divorcio. Y no era por culpa de Rose. Sencillamente le habían faltado candidatos, los pocos hombres solteros del pueblo eran demasiado viejos o demasiado jóvenes, o inadmisibles como pareja.

Lo que no había desanimado a Iris a la hora de intentar emparejar a su hermana. En un momento dado, Rose había hecho valer su autoridad y desde entonces ya no se veía obligada tan a menudo a encontrarse con un esperanzado soltero (la mayoría de las veces un amigo de su cuñado, Gordon,

a quien habían encontrado «por casualidad») sentado frente a ella cuando Iris la invitaba a comer. No obstante, la mayor parte de ellos salían corriendo cuando descubrían que era madre de tres hijos, pero tampoco con aquellos a los que eso no les habría molestado había saltado la chispa. Rose había dejado de pensar que su pareja ideal anduviera por ahí. Tras la decepción que había sufrido con Matt, tal vez se había vuelto demasiado desconfiada.

—No estoy buscando ningún hombre, Iris —le recordó a su hermana.

—Tú quizá no, pero seguro que hay muchos hombres sueltos a los que les gustaría conocerte —replicó su hermana con indiferencia—. Pero no pueden porque estás enterrada aquí. Además, un descanso te sentará bien después del estrés que has pasado con los encargos de esa horrenda americana.

—Ni me lo recuerdes.

Rose gimió al pensar en Felicity Myers, una bostoniana flaca y en mitad de la cincuentena, que durante las últimas dos semanas la había tenido con la lengua fuera. Se había entusiasmado tanto con las prendas que Rose había confeccionado para la tienda de Iris que le había encargado todo su vestuario. Dos pantalones nuevos, tres blusas, tres faldas, dos tops, una chaqueta y varias bolsas, además de las que ya cosía para la tienda... Rose había tenido que trabajar noches enteras para que todo estuviera listo en el plazo. Y lo malo era que la labor no solo había resultado extenuante, sino también desagradable, puesto que la americana la había tratado con mucha arrogancia. Había expresado constantemente deseos especiales y esperado que Rose los satisficiera al instante, hasta sus cumplidos eran ambiguos. «Jamás hubiera esperado encontrar aquí a una diseñadora de moda con talento. Quiero decir que... ¿dónde encuentra usted la inspiración?», le había dicho con un dulce tono de voz a Rose, y había dejado claro a qué se refería: a que Rose era una pueblerina que no podía estar a la altura de una elegante mujer de ciudad como ella.

Pero ¿y si fuera cierto? Hacía una eternidad que no salía de Cornualles y al pensar en los coloridos puestecillos del mercado de Camden y en las pequeñas tiendas de ropa que había por descubrir en Islington, Shoreditch o Soho, se le aceleró el corazón. Si allí encontraba motivos de inspiración, seguro que su trabajo se beneficiaría mucho. Y entonces sí podría plantar cara

a la siguiente clienta arrogante que le llegara...

Rose exhaló un profundo suspiro.

—En fin, en cierto modo sería un bonito viaje —admitió tímidamente.

—Pues hazlo —intervino su madre inesperadamente. Había metido en una bandeja de hojalata el pan ya moldeado en el gran horno Aga y en esos momentos se apoyaba con las dos manos sobre la superficie de trabajo, frunciendo el ceño con gesto pensativo.

Rose la miró sorprendida.

—Pero si acabas de decir que no era una buena idea.

—Me refería al hecho de que Zoe volviera a aparecer por aquí. Por Jack. Pero no había pensado en lo que eso significa para ti —admitió Daisy y, sentándose, extendió el brazo sobre la mesa y cogió la mano de Rose—. Realmente te has ganado un descanso y si eso te da la oportunidad de disfrutarlo, pues, santo cielo, que se instale un tiempo en la Casa de la Playa.

Daisy todavía no parecía especialmente entusiasmada ante tal idea, pero sonrió y Rose sintió que la invadía una cálida oleada de amor.

Esos últimos años, su madre no lo había tenido fácil. Desde hacía bastante tiempo dirigía la pensión prácticamente sola porque su marido estaba demasiado enfermo para ayudarla. Brian Gallagher sufría un tipo de reuma grave y en los días críticos moverse le provocaba un dolor horroroso. Había terapias que le ayudaban, pero el tratamiento era largo y costoso. También la cura que había empezado hacía un par de días le aliviaba solo por un tiempo breve y, recientemente, cada vez le resultaba más difícil ocuparse de la granja, que era, junto con la pensión, su fuente de ingresos. La empresa agrícola funcionaba mejor desde que Jack había regresado, pero en los últimos años cada vez iban más justos de dinero. Y todavía más desde que Rose, tras el divorcio, había vuelto con los niños a Penderak y se había mudado a la Casa de la Playa, que habían tenido que dejar de alquilar. Carecían de ingresos, pero, pese a ello, Daisy no había dudado en poner la casa de campo a disposición de su hija. Siempre estaba del lado de su familia y trabajaba desde bien temprano por la mañana hasta tarde por la noche, pero no se quejaba, algo que Rose admiraba profundamente en ella.

—En realidad, a ti todavía te harían más falta unas vacaciones, mamá.

—Pero la oferta no es válida para mí —le recordó Daisy, y echó un vistazo al calendario que colgaba de la pared—. ¿Cuándo empieza esta historia?

—Mañana mismo —contestó Rose, sonriendo con timidez y contenta de no tener que rechazar la propuesta de Zoe, pese a que era, en efecto, una iniciativa totalmente precipitada y loca. Pero también estaba ilusionada y, además, ¿cuántas cosas emocionantes le habían pasado en esos últimos años? ¿Acaso no iba a permitirse un poco de diversión?

—Bien, entonces propondría que te fueras ya a hacer las maletas, hermanita —observó Iris con una ancha sonrisa, al tiempo que se levantaba—. Ahora tengo que irme, pero volveré después de cenar a echarle una mano. Además, podemos volver a discutirlo todo, no vaya a ser que vuelvas a tener dudas.

Rose se despidió de su hermana sonriendo, pero cuando se quedó sola con su madre se puso seria.

—¿Está todo realmente en orden, mamá?

Daisy asintió.

—Diviértete un poco, lo necesitas. Y en lo que respecta al resto... —Se encogió de hombros—. Zoe no se queda mucho tiempo y Jack tiene suficientes cosas que hacer. A lo mejor ni se ven.

—¿No vas a decírselo a Jack? —preguntó sorprendida Rose—. ¿No se enfadará si se lo ocultamos?

Daisy se levantó.

—No tengo la intención de ocultárselo. Pero es mejor que se lo comuniquemos con cuidado, no dará saltos de alegría.

Sacó el pan del horno, luego colocó los utensilios de cocina en el lavaplatos y empezó a preparar la cena.

—Espera, te ayudo.

Rose se acercó a ella, le cogió el plato con las patatas y lo colocó sobre la mesa junto a un cuenco lleno de agua. Mientras pelaba hábilmente las patatas, reflexionaba sobre lo que su madre había dicho respecto a cómo reaccionaría Jack cuando se enterase de la presencia de Zoe.

Pero ¿de verdad iría tan mal la cosa? Habían transcurrido muchos años. A lo mejor Iris tenía razón y Jack ya había superado esa historia y se había reconciliado con ella.

En su mente apareció el rostro de su hermano, los labios formando una estrecha línea blanca, los puños apretados, los ojos oscuros de ira y de decepción. Rose nunca olvidaría la expresión con que se quedó mirando a Zoe cuando ella se marchó.

¿Y qué ocurriría si no era así?

Rose tragó saliva, angustiada. «Todo irá bien», pensó, e intentó concentrarse en la alegría que sentía ante el inminente viaje, mientras echaba la siguiente patata mondada en el cuenco con agua.

—Mamá, me voy a Penderak. —Zoe estaba sentada en el borde de la cama y miraba a su madre. Brenda estaba allí tendida, tranquila y con los ojos cerrados. Pero eso beneficiaba a Zoe, pues así podía decir aquello de lo que urgentemente tenía que liberarse—. He hablado con Rose. Rose Gallagher, ¿te acuerdas? Intercambiamos las casas: ella me deja la Casa de la Playa, donde vivíamos antes, y a cambio puede quedarse unos días en la mansión. Ha sido una idea espontánea. He tenido que organizar un montón de cosas, pero ahora ya está todo listo. Así que me voy mañana.

Esperó un momento, pero su madre no reaccionó, sino que siguió respirando pausadamente.

—Sabía que, de hecho, tú también querías volver y que fue papá quien te lo impidió. No puede ni soportar la idea de un viaje así, y durante mucho tiempo yo creí que a mí me ocurría lo mismo. Pero ahora tengo que ir, simplemente. —Zoe cogió la mano de Brenda y la sostuvo con firmeza—. Me gustaría que pudieras acompañarme, mamá. Así no estaría tan sola, las dos...

Los párpados de Brenda temblaron y Zoe contuvo involuntariamente la respiración cuando la mirada de su madre se dirigió a ella.

—¿Mamá?

El rostro de Brenda permaneció inmóvil unos minutos; la mirada, vacía. Luego frunció el ceño.

—¿Quién es usted? —preguntó con aspereza; retiró la mano que Zoe le sostenía y se alejó un poco de ella.

Zoe respiró de nuevo. «Soy tu hija», iba a decirle, pero sabía que su madre no la creería. En los días buenos, a veces sonreía y por un breve instante Zoe estaba segura de que Brenda todavía sabía en lo más profundo de su ser que las dos habían estado muy unidas. Pero recientemente casi no había días buenos.

—¿Qué quiere de mí? —Los ojos de Brenda brillaban hostiles y llenos de desconfianza.

—Venía a ver cómo está —explicó Zoe, manteniendo la calma todo lo posible. Sabía lo importante que era no inquietar más a su madre—. ¿Quiere que le traiga algo?

Brenda reflexionó tras la pregunta. Desconcertada, paseó la mirada por la habitación.

—¿Un té, quizá? —insistió Zoe. A veces ayudaba recordarle las cosas que le gustaban. Pero Brenda no prestaba atención, separó la colcha y se dispuso a levantarse. Zoe la retuvo.

—No, quédate acostada.

—Déjeme. Tengo que ir a casa —protestó su madre defendiéndose e intentando golpear a Zoe—. ¡Márchese!

Zoe la soltó. Brenda se levantó con dificultad de la cama y empujó a su hija a un lado. Corrió a la puerta, descalza y en camisón, la abrió y salió al pasillo. No fue muy lejos, pues la cuidadora, a la que Zoe había llamado por el timbre de la mesilla de noche, ya había llegado a toda prisa y la sujetó del brazo.

—Señora Bevan, ¿qué hace usted en el pasillo? ¿No prefiere acostarse? Aquí fuera hace mucho frío.

El rostro de Brenda reflejaba claramente su desconcierto y también la desesperación de no poder coordinar correctamente.

—Tengo que ir casa —repitió, esa vez más bajito, y volvió a mirar a su alrededor, como si estuviera buscando ese lugar del que ya no tenía una imagen real.

—Venga, vamos, señora Bevan, la acompañaré de vuelta. —La cuidadora tiró suavemente de la madre de Zoe, que ya no opuso resistencia, hacia la habitación y la ayudó a acostarse. Sin rebelarse, Brenda se tumbó y se quedó mirando el techo, parecía cautiva en su propio mundo, del que ya no podía

salir.

—Ya anochece. ¿Lo ve? El sol pronto se habrá puesto. Lo mejor es que duerma. —La cuidadora señaló la ventana para dar más credibilidad a sus palabras, pero Brenda se quedó indiferente, por eso la mujer de la bata le acarició el brazo. Luego sonrió animosa a Zoe, antes de marcharse y cerrar la puerta.

Zoe conocía a la cuidadora. Se llamaba Shauna y trabajaba desde hacía aproximadamente medio año en el establecimiento. Había empezado poco después de que Brenda ingresase en el asilo y Zoe tenía la sensación de que sabía muy bien cómo tratar a su madre. De algún modo, Brenda parecía reaccionar ante la manera de actuar de Shauna, cordial pero decidida, y seguía sus indicaciones. A su hija, por el contrario, la trataba como a una extraña, y aunque Zoe sabía que eso formaba parte del cuadro clínico, siempre le dolía.

Su madre ya no la reconocía. Ya no reconocía a nadie y apenas era capaz de hacer nada. Las cosas más sencillas le resultaban difíciles y su apatía iba en aumento. Lentamente al principio y luego cada vez más deprisa, el alzhéimer se lo había arrebatado todo. Y sin embargo tenía poco más de sesenta años. En las personas de su edad, esa horrible enfermedad aparecía pocas veces, por eso al principio los médicos no se habían dado cuenta de que la falta de memoria que padecía Brenda podía ser un primer síntoma. El diagnóstico había sido un golpe tremendo, y aunque Zoe se había informado ampliamente de todas las consecuencias de la enfermedad, no llegaba a entender lo mucho que había cambiado su madre entretanto.

Brenda Bevan había sido una mujer de carácter dulce, que nunca gritaba. Una auténtica dama, siempre elegante, siempre muy arreglada. En ese momento llevaba el cabello largo hasta los hombros y en general revuelto, canoso tras aquel verano en Cornualles; pero Zoe no la podía peinar porque Brenda no se lo permitía. Cuando lo intentaba, su madre se volvía agresiva y le pegaba, la insultaba o la apartaba de un empujón. En una ocasión había llegado a pedir ayuda y no se relajó hasta que la cuidadora le hubo administrado un calmante. Fue el momento en que Zoe comprendió de verdad que había perdido definitivamente a su madre.

Brenda se había vuelto a dormir, su respiración era tranquila y profunda, por eso Zoe se atrevió a volver a acercarse a la cama. Le acarició con dulzura la mano, contempló esos dedos delgados y esas uñas ovales que le resultaban tan familiares que habría podido reconocerlos entre cientos. ¿Cómo es que conocía con tanto detalle las manos de su madre? Tal vez porque la habían sostenido, acariciado y alimentado antes de que uno las percibiera conscientemente, reflexionó Zoe. Antes de que uno se diera cuenta de lo que significaba su roce y el daño que hacía tener que renunciar a ellas...

—Que te vaya bien, mamá —susurró Zoe, luego dio media vuelta, salió de la habitación y recorrió el pasillo de parquet oscuro hacia la salida del establecimiento. Shauna hablaba con una compañera de trabajo delante de la puerta abierta de la habitación de las enfermeras. Cuando Zoe pasó por su lado, le sonrió amablemente.

—¡Felices vacaciones, señorita Bevan! —exclamó, pues Zoe le había dicho que se ausentaría por un tiempo. Si bien ello no implicaba ningún cambio para Brenda, Zoe no quería que el personal del establecimiento pensara que ya no se interesaba por su madre.

En la puerta del asilo, volvió a dirigir un gesto de despedida a las dos cuidadoras. Luego sacó el móvil y marcó un número para llamar un taxi mientras bajaba la escalera y cruzaba el pequeño vestíbulo.

Una vez en la calle, levantó la vista para mirar hacia la ventana que sabía que pertenecía a la habitación de su madre. La rehabilitada mansión victoriana se encontraba en la noble Belgravia y estaba considerada una de las instituciones de más renombre en su campo dentro del área metropolitana londinense. Brenda y otros pacientes con alzhéimer recibían allí las mejores atenciones que cabía dedicar a pacientes acomodados, y Zoe debía alegrarse de poder permitirse un lugar así. Pero cada vez que abandonaba el asilo se sentía como una traidora, y esa vez con razón porque no tenía ni idea de cuándo volvería.

En el despacho, Zoe solo había comunicado que se tomaba un descanso. Se había presentado por la tarde y le había contado a Philipp que tenía que abandonar todo el trajín por unas semanas. Lo había justificado refiriéndose al estrés que había sufrido últimamente y a las consecuencias de su caída, y él

enseguida se había ofrecido a ayudarla compartiendo los proyectos más inminentes. No corrían ningún riesgo, pues muchos de los empleados de la joven parecieron alegrarse de tener la oportunidad de asumir más responsabilidad.

Zoe era la única a la que le costaba dejar su puesto. Todavía no podía imaginar que en lugar de ir a la oficina se marchaba a Cornwallles. Y en lo que realmente no quería pensar era que en cuestión de diez días a lo mejor todo se habría acabado. Al menos había dejado arreglados los asuntos más importantes, todos sabían lo que había que hacer y los negocios seguirían cerrándose sin ella.

El único que todavía lo ignoraba todo sobre su repentino viaje era su padre. Zoe había postergado durante el día el momento de comunicárselo, pero seguro que en el ínterin ya habría regresado de Winchester. Por eso iría a verlo y...

Un coche se detuvo directamente al lado de Zoe, aunque no reparó en él hasta que vio que se bajaba la ventanilla. No era el taxi que estaba esperando, sino un Jaguar plateado. Reconoció el vehículo y un segundo más tarde también al hombre que conducía.

—¡Papá! —exclamó sorprendida y también algo contenta, porque se le pasó por la cabeza que tal vez iba a visitar a Brenda.

Pero George Bevan no bajó, sino que se dirigió a ella desde la ventanilla bajada del acompañante.

—¡Sube! —le exhortó, y cuando Zoe percibió el ceño fruncido supo que ya estaba al corriente de sus planes. Y que no estaba en absoluto entusiasmado.

Jack Gallagher se llevó dos dedos a la boca y emitió un potente silbido. Pocos segundos más tarde, un border collie negro y blanco corría por el prado y se plantaba delante de él, moviendo la cola a la espera de sus nuevas órdenes. Pero no había nada más que hacer. Las ovejas ya estaban atendidas y todo estaba en orden; Jack se había cerciorado una vez más, al igual que todas las noches.

—Hemos acabado por hoy, *Buddy*. —Se inclinó y acarició la cabeza del perro—. Venga, vámonos a casa.

Buddy lo siguió y esperó hasta que Jack hubo cerrado la puerta de la dehesa. Luego emprendió el camino hacia la vieja granja que se elevaba ante ellos bajo sol de la tarde.

Estaba construida con esa pizarra plana típica de la zona y era tan vieja que las tablillas del pajar que estaba junto a la casa principal ya se habían combado un poco. Había además un par de cobertizos más pequeños y, un buen tramo más atrás, aunque siempre se podía cubrir a pie, estaba Wild Flower Inn. La pensión también había sido antes un pajar que sus padres habían rehabilitado hacía ya décadas, cuando comprendieron que los ingresos que la familia obtenía de la agricultura no eran suficientes. Salvo la Casa de la Playa, que se hallaba en el extremo posterior del prado y que se alcanzaba a ver desde allí, no había más edificios, así que la idílica imagen campestre era perfecta. El pueblo, a su vez, no empezaba mucho más lejos de las casas de los Gallagher, solo algo más abajo, en la bahía siguiente, y quedaba oculto

desde la granja. En cambio, sí había vistas al mar, al que se llegaba a pie cuando se cruzaba el prado y se seguía el sendero que conducía por las colinas suavemente onduladas hasta el acantilado, una de las excursiones favoritas de los turistas. Los surfistas disfrutaban del oleaje, y en verano las playas siempre estaban llenas, al igual que las calles del lugar y los restaurantes y tiendas en las estrechas y escarpadas callejuelas que descendían al puerto. A esas alturas, Penderak vivía del turismo y eso había cambiado el carácter del antiguo pueblo de pescadores, pero no tanto como para que Jack no lo reconociera tras su regreso. En muchos aspectos se había mantenido igual que antes y él se sentía agradecido, casi con desesperación, por ello.

No había pensado que añoraría todo eso cuando se marchó a Canadá. Al contrario. Había estado completamente seguro de que por nada del mundo desearía regresar al lugar que años atrás le había resultado tan sofocante como para escapar de él. Pero en ese momento le hacía bien volver a estar allí; era la calma que él tanto necesitaba.

Y lo mismo podía aplicarse a William, aunque su hijo todavía lo odiaba por haber dejado Vancouver.

Jack llamó al perro, que había corrido un trecho por el prado posterior a la granja, y *Buddy* se reunió inmediatamente con él para seguirlo al patio y luego a la casa. Las tablas emitieron su familiar crujido cuando Jack recorrió el pasillo que conducía a la pequeña sala de estar, con esos muebles de madera oscura que él conocía desde que tenía uso de razón. Su tatarabuelo había sido un hábil carpintero y había confeccionado cada una de las piezas, lo que daba al mobiliario un aire muy singular que con el tiempo Jack había aprendido a apreciar. Los Gallagher explotaban la granja desde hacía generaciones y la vista de los viejos muebles antes le había agobiado exactamente por eso. Todo parecía inamovible e inalterable, por más que fuese una impresión errónea, de modo que había tenido que llegar a la mitad de la treintena para reconocer que eso también tenía su encanto.

Buddy le dio un empujoncito y Jack sonrió cuando vio la mirada expectante del perro.

—Tienes hambre, ¿verdad? —Aunque *Buddy* no podía asentir con la

cabeza, dio un brinco y se adelantó corriendo a la cocina, lo que valió como una afirmación. Jack siguió al perro, llenó el cuenco de comida y se lo sirvió a *Buddy*, que se puso a devorarla.

El border collie no llevaba mucho tiempo con ellos. Jack lo había comprado poco después de asumir la dirección de la granja, sobre todo para trabajar con las ovejas, pero también por William. Hacía mucho que el chico quería un perro, pero Karen siempre se había opuesto, y dadas las circunstancias Jack había esperado que *Buddy* le levantara el ánimo a su hijo. Sin embargo, el chico no mostró el más mínimo interés por el animal. La mayor parte del tiempo vagaba sin decir adónde iba y cuando se lo preguntaban respondía con insolencia o con vaguedades.

Jack respiró hondo mientras llenaba el hervidor de agua para prepararse un té. Sabía que a esa hora se cenaba en la pensión y que su madre se alegraría si los acompañaba con William. Pero el muchacho se sentía abrumado ante el hecho de poseer de golpe una gran familia y Jack no quería ponérselo todavía más difícil. De ahí que comiesen casi siempre los dos solos.

Sacó una sartén del armario y empezó a preparar unas tortillas con jamón, porque sabía que a William le gustaban. Lo que no sabía era si su hijo también estaría allí para comérselas. Jack le había dicho por la mañana que lo esperaba para cenar a las siete, es decir, en un par de minutos, pero eso no significaba que el chico fuera a llegar puntual.

Un golpe en la ventana lo arrancó de sus pensamientos, y cuando miró hacia fuera vio a Megan Turner, que llevaba un cesto y lo saludaba sonriente.

—¿Puedo entrar? —Su voz sonó ahogada a través del cristal y él gimió para sus adentros: no le apetecían las visitas, ni siquiera de Megan. A pesar de ello, señaló con el mango de la sartén la puerta de la casa.

—¡Está abierto!

Poco después, Megan entraba en la cocina.

—Hoy he hecho pastel y he pensado en traeros un trozo —dijo, sacando un plato cubierto con papel de aluminio del cesto que había dejado sobre la mesa—. Es de manzana, a William le gusta mucho.

Lo miró resplandeciente y Jack volvió a percatarse de lo hermosa que era. No tanto como para dejarle sin aliento, pero le gustaba. Era atlética y casi

siempre llevaba la oscura melena recogida en una cola de caballo. Y tenía una sonrisa bonita. En el pasado ya se había dado cuenta de ello, cuando iban juntos a la escuela. Nunca habían sido amigos íntimos, pero se conocían bien y, tras el regreso de Jack, hacía de eso medio año, Megan —a diferencia de los otros habitantes del pueblo— se había aproximado a él de forma abierta y sin hacerle muchas preguntas. Sabía que muchos trataban de adivinar por qué había vuelto, pero a él no le gustaba hablar de su pasado. Megan era de las pocas personas que lo respetaba. Y él sabía valorarlo, al igual que lo mucho que ella se preocupaba por William.

Naturalmente, no lo hacía porque fuese una persona excelente. Jack había ido tomando conciencia de que sentía interés por él. Pero después del desastre con Karen y de su repentina muerte hacía más de un año, él y William ya tenían bastante de que ocuparse. Jack ignoraba si iniciaría una relación con Megan cuando volviera a estar preparado para ello. No obstante, ese era un asunto en el cual no quería pensar entonces. Por el momento agradecía su amistad y que ella no le exigiese nada más.

—Gracias, qué detalle. —Cogió el plato y lo puso en la superficie de trabajo, junto a la nevera—. De todos modos, no estoy seguro de que William vaya a comerse el pastel. Ya lo conoces, por el momento dice que no a todo.

Megan se sentó a la mesa de la cocina.

—Tienes que darle tiempo para que se adapte. Pero lo hará, ya verás.

—Que Dios te oiga —respondió Jack, que no era tan optimista—. Ahora está en una época realmente difícil.

—¿Quieres que intente hablar con él?

—No, déjalo, ya lo conseguiré. —Jack no pudo evitar torcer la boca.

Por muy simpática que le resultase Megan, ella daba, lamentablemente, demasiada importancia a su relación con William. El chico era más o menos amable con ella, pero solo porque Jack le había dejado claro lo que tenía que hacer. Cuando ella no estaba presente, William no tenía ningún reparo en decir lo poco que apreciaba a Megan. Por muy joven que fuera, no se le habían escapado cuáles eran las intenciones de la mujer en lo que a Jack concernía. Y aunque sabía que el matrimonio de sus padres no había sido feliz, la idea de que su padre pudiera volver a enamorarse no parecía atraerlo.

Jack sacó la primera tortilla de la sartén y la dejó en un plato.

—¿Quieres una? —preguntó a Megan.

—Será un placer —contestó mirándolo resplandeciente. Parecía haber estado esperando la invitación.

Jack le tendió el plato con la tortilla y los cubiertos, luego batió más huevos y los mezcló con leche.

—Oye, quería preguntarte otra cosa... —Megan dudó unos instantes, pero luego se animó—. El sábado se celebra el baile de verano en el pueblo. Me gustaría ir, pero no me apetece hacerlo sola. ¿Me acompañarías tú?

Miró esperanzada a Jack, quien por el momento no supo qué responder. Al baile de verano, uno de los acontecimientos más importantes y queridos de la comunidad, acudían tradicionalmente sobre todo parejas, y si se presentaba allí con Megan sería como dar un paso en la relación. Por lo visto era lo que quería Megan, y Jack se preguntó si no habría subestimado lo mucho que ella deseaba empezar un idilio con él.

Pero ¿acaso no le debía ese pequeño favor después de todo lo que ella hacía por William y por él? Megan era tan amable con él que bien podía mostrarle algo de reconocimiento. Además, solo era un baile, nada más.

—Si es lo que quieres... —respondió sonriendo.

—¡Oh, estupendo! —Los ojos de Megan centelleaban, y ya iba a añadir algo más cuando William entró en la cocina.

Al advertir que Megan estaba allí, su rostro, ya de por sí huraño, se ensombreció un poco más.

—Hola, Will. —La mujer le sonrió amistosamente y el joven contestó al saludo y miró de reojo a Jack antes de acercarse a la nevera para servirse un zumo de naranja.

Jack observaba a su hijo con el rabillo del ojo mientras preparaba la segunda tortilla. William era guapo, alto para su edad, todavía un poco torpón, pero caía bien a las niñas, aunque él todavía no mostraba ningún interés por ellas. Había heredado el cabello oscuro, casi negro, de Karen, y en general se parecía a ella. Solo los ojos verdes procedían de Jack y, seguramente, también su carácter testarudo.

—Qué, ¿cómo ha ido la jornada? —La pregunta equivocada, pensó

enseguida Jack después de plantearla, pero para su sorpresa obtuvo respuesta.

—He estado con Sarah allí arriba, en la Casa de la Playa. —William cogió cuchillo y tenedor, y tomó asiento lo más alejado posible de Megan.

—¿Todo el día? —preguntó Jack, perplejo. Por la mañana había hablado por teléfono con su hermana porque su sobrino Luke tenía que ayudarlo a arreglar las vallas, y cuando habían mencionado a William, Rose había afirmado que no lo había visto.

—No, antes —contestó William, sin dar más explicaciones de lo que había hecho el resto del día.

Jack no insistió. Se imaginaba que William habría pasado el día en la playa y le bastaba con que el chico le contase alguna cosa para alegrarse.

De hecho, William no había concluido su narración.

—La tía Rose se marcha mañana a Londres —informó cuando Jack le puso el plato con la tortilla.

Jack lo miró atónito.

—¿A Londres? No me ha dicho nada.

—Lo ha decidido hoy mismo —explicó William—. Mientras esté allí, Sarah se instalará en casa de los Donovan, y los chicos, en la de Iris. Porque entretanto viene una mujer a vivir en la Casa de la Playa.

—¿Y qué mujer es esa? —preguntó Megan con curiosidad.

William se encogió de hombros.

—Ni idea. Creo que la tía Rose la conocía de antes. Quería llegar lo antes posible y alquilar la Casa de la Playa, y ahora Rose se va a Londres y se quedará unos días en la casa de esa mujer.

Solo eran unos escasos datos, pero Jack, acostumbrado a las explicaciones incompletas de William, dedujo lo que debía de haber sucedido. Por lo visto, Rose había aceptado de forma muy espontánea un intercambio de casas. Con una amiga de antes...

Sintió un vacío en el estómago.

—¿Ha dicho cómo se llama esa amiga?

William negó con la cabeza.

—Um... no. No creo —respondió, lo que seguramente significaba que se le había escapado el nombre en caso de que Sarah o Rose lo hubiesen

mencionado. Un chico de trece años no presta atención a cosas tan banales.

De todos modos, no importaba. «No puede ser Zoe», pensó Jack, molesto, cuando la imagen de la joven emergió en su mente. Nunca había vuelto a dar señales de vida y, si por él fuera, que siguiera así. Ni siquiera sabía cómo podía haber pensado en ella. A lo mejor porque su familia siempre se había instalado en la Casa de la Playa. Y porque venía de Londres. Pero Londres era grande y él no tenía ni idea de si todavía vivía allí o qué era de su vida. Además, le daba totalmente igual.

Durante la cena, Megan habló mucho. Trabajaba en un *fish and chips* en el puerto y describió algunos encuentros cómicos con los clientes. Afortunadamente, de lo contrario habría sido imposible entablar una conversación. William mantuvo la boca cerrada y se marchó en cuanto hubo terminado la tortilla, y también Jack escuchaba a medias lo que Megan contaba y se alegró de que esta finalmente se despidiera.

—Hasta el sábado entonces —dijo ella junto a la puerta—. ¿Pasarás a recogerme?

Jack asintió.

—A eso de las siete y media.

De vuelta en la cocina decidió que tenía que alegrarse de ir al baile. Megan era amable. Y seguro que no lo decepcionaría tanto como Karen. O Zoe...

Pensó por unos segundos en si debía ir a ver a Rose para que le contara toda esa historia sobre el intercambio de casas, pero luego decidió que no. Si era cierto que tenía que marcharse a Londres al día siguiente, ya debía de estar bastante ocupada.

«Ya me enteraré más pronto que tarde de quién es esa invitada», pensó, y echó el cerrojo.

6

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Zoe se deslizó sobre el asiento del acompañante y cerró la puerta del coche. Su padre todavía llevaba el cinturón de seguridad, pero no hizo ademán de disponerse a seguir conduciendo.

—Tienes apagado el móvil. Eso nunca ocurre. Solo cuando estás con Brenda —contestó.

Zoe recordó que, en efecto, lo había desconectado antes de subir al asilo. En una ocasión se había producido un desagradable incidente cuando el móvil había sonado de repente. Su madre había creído que la llamada era para ella y había arrancado el teléfono de las manos de Zoe. Puesto que no conocía a la persona que llamaba, su desconcierto había aumentado y todo había acabado con Brenda arrojando el móvil contra la pared. Desde entonces, Zoe apagaba su *smartphone* antes de entrar en la habitación de su madre. Hasta entonces nunca se le había ocurrido que eso fuera un indicador para su padre. Pero así era. Era el único momento en que ella no estaba accesible.

—Pensaba que todavía estabas en Winchester —dijo volviéndose ante la mirada de su padre.

—Ha ido todo más deprisa de lo que se esperaba. —Dudó, como si sopesara lo que iba a decir a continuación. Pero se decidió (como siempre) por el ataque directo—. ¿Has perdido el juicio?

Zoe intentó mantener la calma. Sabía que a su padre no le gustaba que lo enfrentasen a hechos consumados. O que se hiciera algo que no le conviniera. Precisamente por eso había tomado ese camino. Porque no tenía sentido

discutir con él.

George Bevan era un hombre duro. No siempre lo había sido, pero la muerte de su hijo y la enfermedad de su esposa lo habían cambiado. Gracias a ello, tenía en ese momento más éxito profesional que antes, pero en el ámbito personal era más difícil. Apenas tenía vida privada. Era un adicto al trabajo; en su caso todo giraba en torno a la empresa, y Zoe había aprendido a convivir con ello. Todavía más: había adoptado el tipo de vida de su padre, se había apoyado en el trabajo al igual que él, porque era una buena solución para olvidar que en la vida de su familia se había abierto hacía años un agujero. «Y para papá pronto será más grande», pensó Zoe, entristecida, mientras contemplaba el rostro enflaquecido del empresario.

—¿Quién te lo ha contado? —Seguro que no habían sido Philipp ni Maureen. Zoe les había pedido a los dos que no dijeran nada porque ella misma quería informar a su padre, y no le cabía ninguna duda de que tanto su prometido como la asistente habían mantenido su palabra. Por eso solo quedaba una posibilidad—. ¿Ha sido Phyllis?

La secretaria de su padre parecía tener un sexto sentido cuando sucedía algo en la empresa. Tenía ojos y oídos en todas partes, así que a lo mejor había escuchado alguna conversación entre compañeros y enseguida le había transmitido la información a su jefe. Su lealtad hacia él, casi legendaria, en parte residía en el hecho de que ambos mantenían una relación sentimental desde hacía unos años. Zoe estaba segura, aunque su padre lo negaba, pero ella hasta lo podía entender. En cierto modo. Al final, el matrimonio de sus padres, aun antes de que Brenda cayera enferma, solo existía en los papeles.

—Da igual —respondió Georg Bevan, enfadado—. En cualquier caso, no lo sé por ti.

—No me habría ido sin informarte antes —respondió ella—. De hecho, ahora mismo iba a buscarte para...

—¿Para qué? ¿Para contármelo? —le cortó con tono imperioso—. No es suficiente, Zoe. No puedes decidir que lo dejas todo y te vas de viaje. Eres subgerente, por Dios. Deberíamos haberlo hablado.

—Lo siento —contestó, porque sabía que su padre tenía razón. Pero al parecer para él no bastaba con una disculpa.

—No puede ser, Zoe. No puedes irte, y mucho menos ahora. Sabes lo importante que es para nosotros el proyecto Lombardi. Hemos trabajado mucho tiempo en él y estamos a punto de perderlo. Jim Smethers dijo expresamente el otro día que solo ha permitido la subida de presupuesto porque tú lo convenciste. Te tiene en gran estima. Si ahora te desentendes, a lo mejor se niega a seguir adelante con el proyecto.

Zoe era consciente de ello y sabía que suponía un problema, pero no podía cambiar nada.

—Lo siento de verdad, papá, en serio —repitió—. Pero de todas formas tengo que marcharme.

Sorprendido de su terca negativa, la miró con mayor atención. Su enfado pareció disiparse y dejar espacio al desconcierto y la preocupación.

—¿Qué te sucede? Tú no sueles comportarte así. ¿Estás mal?

Precisamente ese era el punto de la conversación que Zoe más temía. No podía contarle nada sobre su estado. Bastante difícil lo tendría él para seguir adelante si llegado un punto la perdía también a ella. Pero algún motivo tenía que darle.

—Estoy agotada, papá. Llevo tiempo trabajando demasiado y lo de mamá... No puedo más, simplemente.

Zoe pronunció las últimas palabras con énfasis y sintió con horror que eran ciertas. Las lágrimas asomaron a sus ojos y parpadeó deprisa para combatir las. Pero su padre se había dado cuenta. Asustado, le puso la mano en el brazo.

—No era consciente. Nunca... nunca has dicho nada.

«No», pensó Zoe. Ella nunca decía nada. En cualquier caso, no algo así. Las pocas veces que hablaba con su padre era sobre proyectos de construcción y cálculos, no sobre cosas que tuvieran que ver con él, con ella o con su relación. Así era como funcionaban. O así era como ella había funcionado hasta entonces.

Él carraspeó.

—¿Y adónde quieres ir?

—No lo sé exactamente. Lo primero que se me ocurra.

Le parecía horrible tener que mentir a su padre, pero si se enteraba de que

quería ir a Penderak, perdería los estribos. A George lo encolerizaba todo lo que tuviera que ver con ese lugar y no comprendería que ella regresara allí. Por no mencionar que fuera a instalarse en casa de los Gallagher.

—Ajá —contestó el hombre, y por un momento Zoe se temió que no estuviera satisfecho con su respuesta. Pero él cambió de tema, tal vez porque notó que su hija no diría nada más y que no iba a hacerle cambiar de plan.

—¿Te llevo a casa? —preguntó.

Zoe alzó la mirada desde la ventanilla hacia el edificio victoriano.

—¿No quieres ir un momento a ver a mamá? Aprovecharías esta oportunidad.

«Vale la pena intentarlo», pensó. Pero su padre movió negativamente la cabeza. Como siempre.

—¿Para qué? No me reconoce.

En su voz había un deje de amargura.

—No por eso tienes que borrarla totalmente de tu vida. Es tu esposa —le recordó Zoe, aunque reconocía que era inútil. Él no sabía cómo desenvolverse con la enfermedad de Brenda, nunca lo había sabido. Si hubiera sido por él, habría metido a su esposa mucho antes en un asilo. Pero Zoe lo impidió.

Su padre no respondió, apartó la mirada y calló unos instantes. E hizo algo que Zoe manejaba igual de bien que él cuando un tema no le interesaba: se limitó a hablar de otro asunto.

—¿Qué opina Philipp de tus planes de vacaciones? Supongo que estará al corriente.

Zoe asintió.

—Me ha ayudado a organizarlo todo.

—Hum. —Era evidente que el hecho de que su futuro yerno no le hubiese informado de inmediato le desagradaba, y Zoe agradecía enormemente a su novio que hubiese callado.

Por regla general, Philipp era reacio a esconder nada a su jefe. Siempre se esforzaba por llegar a un consenso y había mediado a menudo entre Zoe y su padre cuando sus puntos de vista diferían mucho, una de las razones por la que ambos lo apreciaban tanto.

Si hubiera sido por su padre, la boda ya se habría celebrado hacía tiempo por esa razón. Pero Zoe siempre la aplazaba. Y en ese momento ni pensarlo, no quería animar a Philipp a unirse a una mujer que tal vez pronto requiriese cuidados intensivos. Ya había visto cómo había reaccionado su padre ante la enfermedad de su madre.

—¿Y qué sucede con la venta de la mansión? —quiso saber George—. Si vas a estar bastante tiempo fuera, habrá que aclarar antes este tema.

Zoe tragó saliva.

—Yo me ocuparé de ello cuando vuelva.

Su padre arqueó las cejas.

—La oferta no durará eternamente, Zoe. Deberías aceptarla antes de que ese individuo cambie de parecer.

Ella apoyó la espalda en el asiento y exhaló un suspiro. ¿Por qué precisamente ese día todo el mundo le exigía unas decisiones que ella no quería tomar?

—Me resulta difícil, papá. La casa me gusta. Crecimos allí, Chris y yo. Y mamá... —Se detuvo cuando pensó en el rostro desesperado de su madre, entonces, cuando todavía no había perdido la razón.

«No debes vender la casa, Zoe. Prométemelo. Todavía está aquí, lo noto. No permitas que caiga en manos extrañas.»

Por eso Zoe había tardado tanto en llevar a su madre a un asilo. Para Brenda había sido importante estar en su casa. Necesitaba los recuerdos que la rodeaban allí, justo al contrario de su marido, que no los soportaba.

George Bevan se había mudado de casa hacía años y vivía en ese momento en un apartamento cerca de la empresa, supuestamente porque le resultaba más práctico. Si hubiera sido por él, ya hacía tiempo que habrían vendido la mansión. Pero la casa no era de él, sino de Brenda, que la había heredado de su familia y legado a Zoe para impedir que él interviniese: un hecho que a George seguía disgustándolo.

—Tu madre tiene alzhéimer, se ha olvidado hasta de que la casa existe —le recordó a Zoe—. Y tú misma has dicho que es demasiado grande para ti sola.

«Sí, lo he dicho», reconoció Zoe para sus adentros. Y era cierto. Había noches que odiaba regresar a casa, esa gran y silenciosa mansión en la que

había habitaciones que ella no había pisado en años. Pero a pesar de todo...

Suspiró profundamente.

—Me da la impresión de que traicionaría a mamá.

—Qué tontería, Zoe. En la vida hay que mirar adelante. Pero tu madre ha sido incapaz. Siempre ha vivido en el pasado, incluso antes de la enfermedad. Ha intentado retener algo que ya no existe. —La voz de George emanaba desprecio y eso enfureció de repente a Zoe.

—¿Así que todo esto ya no tiene ningún significado para ti? ¿Los recuerdos de Chris? ¿Quieres venderlo todo y olvidar?

Su padre se inclinó hacia ella. Le brillaban los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, Zoe volvió a divisar en ellos el dolor en carne viva.

—No he olvidado nada en absoluto, Zoe. Pero yo no necesito la casa para recordar a Chris. Cada día soy consciente de lo que he perdido.

Despacio, como si esa frase le hubiese costado un gran esfuerzo, se hundió de nuevo en su asiento y se quedó mirando la calle a través del parabrisas.

Zoe notó de nuevo el peso del cansancio que la acompañaba todo el día y que le absorbía toda la energía. Sabía lo que su padre estaba admitiendo con sus palabras. Faltaba Chris. Todavía. Y daba totalmente igual lo mucho que ella se esforzase: nunca podría sustituir a su hermano.

Era Chris quien debería haberse hecho cargo de Bevan Constructions, no ella. Había iniciado los estudios en el sector de la construcción y habría seguido la estela de su padre. Su muerte había frustrado todos los planes de futuro y, desde entonces, Zoe intentaba compensar de algún modo la pérdida. Pero nadie podía llenar los vacíos que su hermano había dejado.

Por un momento se abismó en los recuerdos, pensó en la resplandeciente sonrisa de Chris, en su encanto. Y en lo bien que tocaba el piano. La música había sido su pasión, de ahí que Zoe llevara tiempo pensando en crear una fundación que llevara su nombre y se ocupara de promocionar a jóvenes talentos musicales. Esa era para ella la única razón por la que consideraba seriamente la oferta de compra de la mansión: con el dinero de la transacción podría hacer realidad ese proyecto.

Pero en ese momento se ponía en cuestión que fuera a lograrlo. Todo era incierto y Zoe sentía que ya no le quedaban fuerzas.

—Volveré a hablar con ese abogado —dijo porque no quería seguir discutiendo sobre el tema, y descubrió con alivio un coche negro con un pequeño rótulo luminoso en el techo que se paraba junto al bordillo delante del Jaguar de su padre—. Ahí está mi taxi. Voy a cogerlo y así no tendrás que dar ningún rodeo.

Dio un beso a su padre en la mejilla y bajó antes de que pudiera protestar. Luego volvió a inclinarse hacia él en el coche.

—Hasta luego —dijo, y sintió que el corazón se le encogía mientras lo miraba.

—Da señales de vida —le pidió él—. Quiero saber dónde estás.

Zoe asintió, aunque era consciente de que no podía decírselo, y sonrió vacilante. A continuación cerró la puerta del vehículo y fue hacia el taxi, cuyo conductor ya la estaba esperando.

—A Hampstead —indicó, una vez que hubo tomado asiento detrás, y siguió con la mirada el Jaguar que pasaba a su lado. El coche desapareció demasiado deprisa para que ella estableciera de nuevo contacto visual con su padre al volante.

Un minuto después, el taxi se puso en marcha y Zoe se recostó en el asiento con un profundo suspiro.

La sensación de que todo se le escapaba era casi abrumadora y le ardían los ojos. Cuánto le habría gustado llorar, pero no quería dar un espectáculo delante del taxista. Por eso apretó los dientes y se concentró en lo que debía hacer.

Por la mañana viajaría a Cornualles y empezaría por fin a hacer las preguntas cuyas respuestas ella había temido en aquel entonces. Había intentado evitar el dolor que amenazaba con desgarrarla. A pesar de todo, la incerteza la había torturado durante esos años. Se había instalado en su cabeza, justo como ese maldito aneurisma que la forzaba a entrar en acción. «Debo saber lo que pasó en realidad», pensó sintiendo que reaparecía el miedo y no solo por lo que iba a averiguar, sino también por el poco tiempo que le quedaba para descubrirlo.

Rose cerró la maleta y la bajó de la cama. Pesaba bastante, pero aun así consiguió cargarla escaleras abajo hasta el pasillo. Poco antes de llegar al portal, la depositó en el suelo y suspiró aliviada. Luego echó un vistazo al reloj de pulsera.

Pronto serían las once. Zoe llegaría allí a eso del mediodía, y aunque Rose casi no podía asimilarlo, ya todo estaba listo para que su antigua amiga se instalase, algo que el día anterior todavía había considerado casi imposible.

Probablemente no lo habría logrado sola en tan poco tiempo, pero su madre y su hermana la habían apoyado con determinación ayudándola a limpiar, ordenar la casa y recoger las cosas de los niños. Los tres se habían mudado la noche anterior y parecían alegrarse de emprender por un tiempo la aventura de vivir en otro lugar. Solo Henry se había mostrado un poco preocupado, pero no por el hecho de separarse de Rose, sino porque temía que Zoe cambiase algo de las vías del ferrocarril que los chicos habían montado en la habitación. Solo cuando Rose le garantizó que Zoe no jugaría con él se tranquilizó, y él y Luke se despidieron de su madre agitando la mano cuando ambos se marcharon. Sarah ni siquiera hizo eso, sino que le dio un beso fugaz en la mejilla antes de correr a encerrarse en la habitación de su amiga Rachel. Por lo visto, los niños se lo habían tomado todo con calma, algo que Rose no podía afirmar sobre sí misma.

Los nervios casi no le habían permitido pegar ojo durante la noche y, como es natural, por la mañana estaba hecha polvo. Aun así, había preparado el

equipaje más deprisa de lo esperado. En ese momento solo le quedaba dar una vuelta por las habitaciones y controlar si todo estaba realmente en orden. Luego, aún tendría tiempo suficiente para tomar una taza de té antes...

Unos golpecitos en la puerta, y Rose, que ya estaba en medio de la escalera, se dio media vuelta y regresó a la entrada. Supuso que era alguien de la familia y al instante le pasaron un montón de ideas por la cabeza. ¿Habría habido algún problema con los niños?

Abrió inquieta la puerta con la pregunta «¿qué sucede?» en los labios. Pero no era ni Daisy, ni Iris, ni ninguno de los niños.

—¡Zoe! —Sorprendida, Rose consultó de nuevo el reloj—. ¡No contaba con que fueras tú!

Zoe parecía ser consciente de eso y se encogió de hombros con aire de inseguridad.

—Lo siento, vengo demasiado temprano. Pero no tenía nada más que hacer en Londres y he decidido marcharme. Puedo esperar en el coche, en caso de que tú todavía...

—No, no, entra. Ya estoy lista. —«Por suerte», pensó Rose, apartando a un lado la maleta para dejar sitio a Zoe. Cuando las dos estuvieron en el pasillo, una frente a la otra un momento, dudó, porque no sabía exactamente cómo saludar a su amiga después de tanto tiempo. Ya no tenían la misma confianza que antes, pero estrecharle la mano le pareció demasiado rígido. Así que se inclinó sin pensárselo mucho más y abrazó a Zoe.

—¡Bienvenida! ¡Qué bien que estés aquí!

Zoe pareció sorprendida, pero devolvió brevemente el abrazo y Rose se percató de lo terriblemente delgada que estaba. Se la notaba más frágil que antes, e incluso cuando reía la expresión de cansancio no desaparecía de sus ojos.

—Gracias por haber hecho posible mi estancia aquí.

Rose restó importancia al hecho con un gesto.

—Yo también salgo ganando —respondió—. ¿Quieres un té? Estaba a punto de hacerme uno.

—Será un placer.

Rose la guio hacia la cocina, contenta de que la habitación estuviera

ordenada y presentable gracias a la ayuda de la familia.

—Siéntate —invitó a Zoe, señalando la pequeña mesa del rincón. Detrás, en la pared, colgaban algunos dibujos pintados por Henry, pero por el momento esa era la única señal de que allí vivieran niños. Todo lo demás (los lápices, las cosas de la escuela y los juguetes que los tres solían dejar allí) estaba guardado en la habitación infantil—. ¿Has tenido buen viaje? —preguntó, mientras llenaba el hervidor de agua.

Zoe asintió, aunque parecía absorta en sus pensamientos mientras contemplaba la cocina.

—Esto casi no ha cambiado —afirmó, y Rose se percató de que era cierto. Los armarios empotrados, el gran aparador de cocina e incluso el banco rinconera y las sillas seguían siendo los mismos de entonces. Solo los electrodomésticos habían cambiado entretanto, o la mesa, cuya superficie estaba en su día llena de arañazos. Pero la nueva recordaba por su forma a la de entonces, y quizá por eso no atrajo la atención de Zoe.

—Pero no sucede lo mismo con las otras habitaciones —respondió Rose mientras preparaba la tetera—. Cuando nos mudamos aquí tuvimos que rehabilitar y renovar. Ya verás, están irreconocibles.

Lo había dicho de manera positiva, la casa era vieja y Zoe no debía tener la impresión de que cambiaba su mansión en Hampstead por una ruina. Pero en lugar de alegrarse, Zoe pareció entristecerse de repente.

—Ya he visto que la antigua mesita no está en el pasillo.

—Pero la conservamos. —Rose sonrió—. Mi madre nunca permitiría que me deshiciera de ella. Pero me pareció que no encajaba con el resto de mis cosas. Además, ya estaba bastante tocada, como algunos de los otros muebles viejos que ahora están en el cobertizo. En realidad quería restaurarlos, pero...

«Es demasiado caro», había estado a punto de decir, pero se detuvo a tiempo.

—Pero esos sí que estaban demasiado anticuados —dijo en su lugar, un poco avergonzada porque eso solo era aplicable a la pequeña mesita. Los demás muebles eran preciosos: un secreter, varias cómodas y un armario adornado de marquetería que le habría encantado volver a colocar en la casa. En su estado actual, sin embargo, no era posible, y Rose carecía de dinero

para cambiar la situación.

Pero Zoe no tenía por qué saberlo. Los Bevan habían sido gente muy adinerada y, a juzgar por el elegante y nuevo BMW descapotable aparcado delante de la casa, nada había cambiado. En ese aspecto, las dos procedían de mundos totalmente distintos y Rose no quería que Zoe la compadeciera. Era demasiado orgullosa.

Pero Rose notó, al lanzarle una mirada de reojo mientras preparaba el té, que Zoe no le prestaba realmente atención.

Seguía sin acabar de creer que su antigua amiga hubiera ido para recuperarse, como había dicho. Toda esa operación era precipitada y en ningún caso meditada. Y por su aspecto y el modo en que se comportaba, se diría que Zoe no se alegrara en absoluto de tomarse unas vacaciones. ¿Habría alimentado esperanzas totalmente vanas de lo que iba a encontrarse allí, tras todos esos años, y ya se arrepentía de haber ido?

—¿Quieres que te enseñe la casa en un momento, mientras reposa el té? Así tú misma verás los cambios que hay.

—Sí, estupendo —dijo Zoe alegrándose aparentemente de la sugerencia.

Mientras recorrían juntas las estancias, Rose observaba las reacciones de su amiga. Pero los comentarios de Zoe, en las pocas ocasiones en que se expresaba, eran neutros. Contempló en silencio la mayor parte de la casa.

—¿No te gusta? —preguntó insegura Rose, cuando se sentaron de nuevo en la cocina, casi temiendo que cambiara de idea—. Si prefieres no quedarte a vivir aquí...

—Sí, sí, quiero —se precipitó a asegurarle Zoe—. Es que estoy... estoy un poco abrumada. Es todo.

Rose la observó con más atención.

—¿Te encuentras bien?

Zoe la miró sorprendida, pero enseguida volvió a bajar la vista antes de que Rose pudiese deducir algo de su expresión.

—Sí, por supuesto —respondió esbozando una sonrisa—. Todo está en orden.

«No, no lo está», pensó Rose. Puede que no se hubiesen visto en mucho tiempo, pero todavía conocía bien a su antigua amiga. A Zoe le pasaba algo,

como demostraban los círculos negros debajo de los ojos y la expresión que reconoció en ellos. Parecía angustiada. Y desdichada. Sin embargo, le había asegurado varias veces por teléfono que nada la haría más feliz que pasar un par de días en la Casa de la Playa.

Siguiendo un impulso, Rose extendió la mano por encima de la mesa y la posó sobre la de Zoe, que la miró sobresaltada.

—¿Qué pasa? —preguntó con dulzura pero con insistencia—. Dime. Veo que algo te preocupa. ¿No quieres contármelo?

Zoe respondió a la mirada de Rose y tuvo que apretar los dientes para no romper a llorar. ¡Dios mío, tampoco era tan llorona! Pero eso era demasiado. Volver a estar allí, en la Casa de la Playa, después de tanto tiempo, la inundaba de recuerdos. Y luego Rose, que se mostraba tan cariñosa y natural como entonces. E igual de comprensiva. Siempre había tenido intuición con las personas. «O al menos conmigo», pensó Zoe. Antes nunca podía esconderle nada, aunque de hecho tampoco lo había intentado, porque era agradable tener una confidente. Nunca había habido nadie como Rose en su vida, y de repente Zoe lo echó tanto de menos que casi sintió dolor físico.

«Puedo contar un poco —pensó—. No todo. Pero un poco sí.»

—Mi madre no se encuentra muy bien, y eso me consume bastante —dijo, y la voz se le quebró un poco porque ya no estaba acostumbrada a hablar sobre sus sentimientos. Pero entonces, en cuanto empezó, las palabras fueron brotando de sus labios con toda facilidad. Le habló del momento en que se había dado cuenta de que algo en Brenda no andaba bien. Y de todo lo que habían intentado para evitar lo inevitable. De lo difícil que había sido llevar a su madre a un asilo, algo contra lo cual ella se había defendido con uñas y dientes. Y de los sentimientos contradictorios que experimentaba respecto a la mansión, en la que ya no vivían, pero que tampoco quería vender—. Simplemente, no sé qué he de hacer. —Zoe se encogió de hombros y se dio cuenta de golpe de que había revelado más de lo que quería. Sobresaltada, miró a Rose—. ¡Perdona! No quería agobiarte. Es mi problema, no el tuyo.

—No me agobias, soy yo la que he preguntado —respondió, y a Zoe le hizo bien la simpatía que reflejaban los ojos de su amiga. Se sentía agotada, pero como si se hubiera quitado un peso de encima, y de repente la asaltó la

tentación de confiar a Rose el resto de sus cuitas. Pero no podía, por eso agitó la cabeza.

—Aun así, te estoy reteniendo con mis historias. Hay unas cuantas horas de ruta hasta Londres, así que deberías ponerte en camino pronto. —Sacó el manojito de llaves del bolso de mano y lo colocó junto con los documentos del coche y una tarjeta para carburante sobre la mesa—. Esta es la llave del coche y esta, la de la puerta de la casa —indicó—. He llenado el depósito, cuando vuelva a estar vacío puedes utilizar la tarjeta.

Rose cogió vacilante la llave y los documentos, pero rechazó la tarjeta.

—Esto no puedo aceptarlo. Yo misma pagaré la gasolina, y te devolveré el coche con el depósito lleno. Ya es bastante generoso por tu parte que me lo prestes. —Frunció el ceño—. ¿De verdad que no lo necesitas?

—No —contestó Zoe con determinación. Ya había corrido un riesgo al viajar hasta allí en coche. El médico le había desaconsejado que, en su estado, se sentara al volante. Si el aneurisma reventaba, no solo se ponía ella en peligro, sino a los demás, y ella lo sabía. Pero había tomado el camino más rápido para llegar a Penderak y por eso se había arriesgado. Todavía ignoraba cómo resolvería la vuelta, ya lo decidiría cuando llegara el momento—. Como te decía, aquí puedo ir a cualquier sitio a pie, así que el coche se quedaría ahí parado. Llévatelo con toda tranquilidad a Londres, además te será mucho más cómodo.

—Está bien. Si no te importa. —Rose se levantó para sacar las tazas sucias.

—Déjalo, ya me encargo yo —dijo Zoe mientras se ponía a su vez en pie y la seguía hasta el fregadero—. Ahora yo me ocupo de la casa.

—Es cierto. —Rose le devolvió la sonrisa y dejó las tazas en el fregadero—. Solo te explico deprisa cómo funciona todo, ¿vale?

Zoe asintió y una sensación de calidez se apoderó de ella. Entre las dos seguía existiendo un vínculo, por más que estuviera polvoriento y oxidado y ya no uniera nada. Pero allí estaba, esa profunda simpatía que las había hecho amigas, y Zoe volvió a sentir una punzada cuando se percató de lo mucho que había echado de menos a Rose durante todos esos años. Le habría gustado decírselo, pero calló y en lugar de ello escuchó con interés las explicaciones de su antigua amiga.

Cuando poco después se encontraban delante de la casa despidiéndose, no pudo evitarlo y dio un estrecho abrazo a Rose.

—Gracias —dijo con voz ahogada—. Para mí significa mucho volver a estar aquí.

Rose sonrió.

—Que te recuperes. Si hay algún problema, puedes acudir a mi madre en cualquier momento. O me llamas si tienes alguna pregunta. Me encontrarás en cualquier momento. —Le dijo esto último con insistencia, y no se refería a cualquier problema práctico de la casa, Zoe lo sabía cuando asintió.

—De acuerdo.

Observó a Rose mientras se subía al coche y estuvo despidiéndola con la mano al tiempo que maniobraba hasta desaparecer por el angosto camino en dirección al pueblo. Luego se dio media vuelta y miró el *cottage*.

Todos lo llamaban «la Casa de la Playa» aunque no estaba justo al lado del agua, sino al final de una extensa pradera donde pastaban las ovejas. Siguiendo el camino que discurría junto a la cabaña se llegaba directamente a los acantilados y, puesto que por los alrededores no había ninguna casa que estuviera más próxima al mar, en algún momento le habían puesto ese nombre.

El edificio había sido en sus orígenes un viejo corral de ovejas, pero los Gallagher lo habían rehabilitado y renovado, convirtiéndolo en una joyita. El tejado inclinado, la fachada encalada con algún desconchado que otro, y las bonitas ventanas francesas, además de la ubicación: solitaria, pero idílica... Sus padres habían amado todo eso, al igual que Chris y ella, y cada año habían vuelto ilusionados. Siempre habían sido felices allí. Hasta que ocurrió lo de Christian...

Zoe emitió un profundo suspiro. «Que te recuperes», había dicho Rose, y por un momento deseó poder disfrutar realmente de su estancia allí. En cambio, iba a enfrentarse con los fantasmas de su pasado. Todavía no sabía cómo y dónde iba a encontrarlos. «Pero cuanto antes empiece, mejor», pensó regresando a la casa con paso decidido.

Rose cambió de marcha en un paso estrecho y dejó que el coche fuera reduciendo velocidad por sí mismo hasta detenerlo en el semáforo. El sol de la tarde, que acababa de asomar por detrás de las nubes que erraban en el cielo, la deslumbró un poco, por eso bajó el parasol del coche y vio en el retrovisor que iba totalmente despeinada y que su cabello estaba más ondulado de lo normal.

Sonriendo, se pasó los dedos por el pelo para desenredarlo. No le molestaba en absoluto que el aire le hubiese arruinado el peinado, porque había disfrutado muchísimo conduciendo ese elegante y veloz descapotable por la autopista. Cinco horas, no había necesitado más, pero el viaje no solo había sido fantástico por su brevedad, sino también porque ya no recordaba cuándo se había sentido por última vez tan libre e independiente como en ese momento.

«Yo, completamente sola, en este maravilloso coche», pensó Rose, acariciando con devoción la funda suave y marrón claro del volante. Toda la tapicería era de piel del mismo color y los acabados interiores de madera noble, oscura y brillante, lo que todavía reforzaba más el aspecto lujoso. En comparación, el abollado Toyota Kombi de Daisy, que Rose también utilizaba, era una auténtica chatarra. Rose ni se atrevía a imaginar cuánto debía de costar un coche como el que estaba conduciendo. Por eso había sido al principio tan prudente, por miedo a estropear algo. Sin embargo, su espíritu aventurero había vencido en la autopista y había pisado el acelerador,

exhibiendo la velocidad del automóvil. Un poco después ya se sentía más segura y en ese momento, poco antes de llegar a su meta, casi dominaba totalmente la situación al volante.

Con una sonrisa complacida, se apoyó en el respaldo para erguirse de nuevo cuando resonó un fuerte bocinazo.

Miró asustada hacia un lado y vio que junto a su automóvil, en el carril de salida, había un deportivo rojo, también descapotado. Al volante, un hombre tostado por el sol que debía de tener su edad aproximadamente y encajaba muy bien con el coche. Llevaba una camisa blanca con los botones superiores sin abrochar, y sobre el cabello negro, peinado hacia atrás con fijador, lucía unas gafas de sol que parecían muy caras. La miró con una ancha sonrisa y Rose tardó unos minutos en darse cuenta de que, al tocar la bocina, él no le había señalado un error, sino que había querido atraer su atención.

Justo cuando él estaba a punto de decirle algo, el semáforo cambió al verde y Rose tuvo que arrancar. Con el corazón latiendo aceleradamente, miró por el retrovisor y vio que el coche rojo se iba haciendo más pequeño.

¿Había sido un intento de ligar? Sonrió ante esa idea. Hacía mucho que un desconocido no le hacía caso, así que se sentía bastante desconcertada. Pero debía admitir que, en cierto modo, también se alegraba.

Aunque... si hubiera podido elegir, habría preferido que le tocara la bocina un tipo menos peripuesto. Alguien con más estilo. Le habría gustado más un coche más serio, una limusina oscura, por ejemplo. Nada de camisas abiertas, mejor un traje cortado a medida. Y dentro, un hombre con buena planta, los hombros anchos y atractivo, con una sonrisa sexi. Y rubio. Sí, definitivamente, rubio.

Rose sonrió satisfecha, burlándose de sí misma. Pero qué, no está prohibido soñar, ¿verdad? A fin de cuentas estaba allí para divertirse.

Un trueno resonó en la lejanía y Rose se percató alarmada de que el tiempo estaba cambiando. El sol se había ocultado detrás de un muro de densas nubes y el aire fresco olía a lluvia. «Vaya, menuda manera de darme la bienvenida», pensó al tiempo que pulsaba a toda prisa el botón para extender la capota. Poco después empezaron a caer las primeras gotas, que golpetearon sobre la tela. La visión cada vez era peor y Rose tuvo que poner los cinco

sentidos para seguir las indicaciones del navegador.

Veinte minutos más tarde, cuando giró hacia Wells Walk en Hampstead, donde se encontraba la mansión de los Bevan, había dejado de llover. Sin embargo, en el cielo todavía se cernían unas nubes oscuras y los truenos retumbaban con más fuerza: no tardaría mucho en volver a llover.

Rose miró con atención por el parabrisas la calle flanqueada por elegantes mansiones. Habían pasado muchos años desde la última vez que había estado allí, pero todavía se acordaba de los edificios de ladrillo rojo, con las ventanas francesas blancas y los adornos de ladrillos klinker, que al principio de Wells Walk formaban un frente cerrado. Unas verjas de hierro y unos pequeños muros rodeaban los jardincillos delanteros y todo tenía un aire limpio y acogedor. En el lado derecho había un pequeño parque y detrás empezaba otra hilera de mansiones. Precisamente la primera pertenecía a los Bevan: un edificio de tres pisos con ventanas altas y varias chimeneas, la única cuyos ladrillos eran de un marrón tirando a amarillo y que destacaba también por su fachada, especialmente hermosa. Las altas ventanas semicirculares estaban enmarcadas en blanco, y el espacio previo a la puerta de la casa, lacada de negro y precedida por tres escalones, estaba protegido por un alero triangular que se apoyaba sobre dos columnas blancas.

La parcela estaba rodeada por un muro y, a la izquierda, junto a un jardincillo frontal, se hallaba el acceso en el que Rose aparcó el descapotable. Por el aspecto del cielo debía darse prisa si quería llegar a la casa sin mojarse, así que se apresuró a sacar la maleta del coche, cogió el abrigo y el bolso de mano, y se precipitó a la puerta del edificio.

Dio un par de pasos, pero se detuvo de golpe cuando una limusina oscura Mercedes se metió en el acceso y aparcó justo detrás del descapotable. Apenas había sitio para dos vehículos estacionados uno detrás del otro, de ahí que la parte posterior de la limusina sobresaliera un poco por la acera. Sin embargo, eso no pareció molestar al conductor, que se bajó relajadamente del coche y se aproximó a Rose.

—¿Señorita Bevan? Qué suerte haberla encontrado. ¿Tiene unos minutos para mí?

Rose no contestó, se quedó mirando al hombre, confusa, sin saber si su

cerebro le estaría jugando una mala pasada. Rubio, con buena planta y un traje gris aparentemente cortado a medida con la corbata a juego y una sonrisa simpática: era la réplica perfecta del hombre ideal que antes había imaginado. «Hasta el coche coincide», pensó al tiempo que movía negativamente la cabeza.

—¿Quién es usted?

El hombre ya iba a contestar, pero un breve rayo y un fuerte trueno anunciaron que el cielo volvía a abrir sus esclusas y, esa vez, a conciencia. Cayó un chaparrón que en cuestión de segundos dejó empapada a Rose. El agua fría impregnó la delgada tela de su vestido sin mangas y la dejó sin respiración, paralizada.

Pero el hombre reaccionó enseguida, la cogió del brazo y tomó la maleta con la otra mano.

—¡Venga!

La condujo escalones arriba, al abrigo de la pequeña cubierta de la puerta de entrada. Rose estaba helada, pero su cerebro volvía a trabajar, así que buscó a toda prisa la llave adecuada y, un minuto más tarde, ambos estaban en el vestíbulo.

—¡Señor, qué tiempo este! —El hombre se sacudió el agua del cabello y se pasó la mano por encima de la chaqueta mojada. La camisa blanca que llevaba debajo se le pegaba al cuerpo y Rose confirmó que había tenido razón. Era bastante musculoso y, además, en las zonas adecuadas.

Pero si ella era capaz de ver a través de su camisa, entonces...

Se miró el vestido y se quedó sin aliento, horrorizada: su estado era mucho peor que el de él. Bajo la tela mojada se dibujaban las curvas de su cuerpo con tanta claridad como si estuviera desnuda, y cuando volvió a levantar la vista y miró al hombre, se percató de que a él no se le había escapado ese detalle, aunque hubiera apartado la mirada de inmediato. Rose sintió que las mejillas se le encendían y cruzó los brazos delante del pecho. Pero no era suficiente. Ni muchísimo menos.

—Voy... voy a buscar un par de toallas —decidió, aunque no estaba segura de dónde iba a encontrarlas.

Dio unos pasos y recordó que allí mismo, en la planta baja, había un baño

en la parte posterior de la casa, donde estaban las habitaciones de invitados. Corrió por el pasillo, que partía de la izquierda del vestíbulo, y dejó al hombre solo en la entrada, lo cual, como vio claramente más tarde, no había sido buena idea. Ya se arrepentía de haberlo dejado entrar; al fin y al cabo no sabía nada de él. A lo mejor era un estafador, o, peor aún, un asesino en serie. Pero tampoco habría sido capaz de dejarlo bajo la lluvia, pensó mientras iba abriendo puertas. Detrás de la tercera encontró el baño y cogió a toda prisa dos grandes toallas. Con una se envolvió el vestido mojado, luego corrió de vuelta y tendió la otra al hombre.

—Tome.

—Gracias. —El desconocido esbozó una sonrisa torcida cuando cogió la toalla con un gesto de impotencia. Era obvio que la situación también le resultaba un poco incómoda—. Lo siento.

Rose sonrió sin querer.

—Usted no tiene la culpa. ¿O ha permitido intencionadamente que lloviera?

—No. Pero no quería causarle ninguna molestia —dijo, y al contestarle con una sonrisa ella intuyó que no era peligroso. Bueno, peligroso en el sentido de un asesino en serie, puntualizó, y sintió que se ruborizaba.

—Estaba diciéndome quién es usted.

—Sí, claro. Perdone. —Le tendió la mano y estrechó la suya con firmeza—. Soy Simon Fielding, del bufete de abogados Fielding & Mason. Hace poco hablamos por teléfono por el tema de la oferta de compra que le ha presentado nuestro cliente, el señor Pandakis, ¿recuerda? Dijo que llamaría, pero...

—No —dijo Rose retirando la mano y dejándolo a él estupefacto.

—¿No?

Ella movió la cabeza.

—No hablamos por teléfono. No soy Zoe Bevan. Mi nombre es Rose Riley.

—Oh. —Pareció decepcionado—. ¿Y dónde está la señorita Bevan?

Rose inclinó la cabeza y pensó en si debía decírselo o no. Parecía serio y muy amable, y Zoe le había comentado por la mañana que estaba dándole vueltas a la idea de vender la mansión. Pero ¿le correspondía a ella contarle a

un extraño dónde se encontraba en esos momentos Zoe, y más aún cuando era evidente que no la conocía personalmente?

—No está aquí —respondió Rose con una evasiva—. Si desea hablar con ella, inténtelo por el móvil.

El abogado pareció abatido y suspiró.

—Llevo una semana intentándolo. Pero no hay manera de hablar con la señorita Bevan, y tampoco responde a mis mensajes. ¿Podría usted contactar con ella y decirle que necesito urgentemente que me telefonee? El señor Pandakis insiste en fijar un día para hacer una visita a la casa con un perito elegido por nosotros.

Rose se mordió el labio. Si esa era la razón por la que él se presentaba personalmente, debía de ser algo importante. Tal vez fuera mejor facilitarle algunos datos.

—Mi amiga está de viaje. Volverá a finales de la semana que viene.

—¡A finales de la semana que viene! —La miró consternado—. Es demasiado tarde. Necesitamos el dictamen pericial antes. El señor Pandakis toma sus decisiones de forma realmente impulsiva y podría ser que retirase la oferta si debe esperar demasiado.

Rose tragó saliva; el asunto parecía ir muy en serio. Por nada del mundo quería que Zoe sufriera un revés económico por su culpa, lo que tal vez sucedería si ella se limitaba a despachar a Simon Fielding.

—Espere un segundo, ¿de acuerdo? Intentaré solucionarlo.

Sacó el móvil del bolso y se metió en el salón, lo bastante grande como para que Fielding no alcanzara a oír lo que ella decía, pero lo suficientemente próximo para que ella no lo perdiera de vista. Luego marcó el número de móvil de Zoe. De inmediato le respondió el buzón de llamadas. Colgó enseguida e hizo un intento a través del teléfono de la Casa de la Playa, pero allí tampoco respondió nadie.

—¡Joder! —maldijo en voz baja, y se reunió de nuevo con Simon Fielding, quien se estaba frotando su rubio cabello con la toalla—. Lo siento, por ahora no puedo contactar con mi amiga. Pero le haré saber que desea hablar con ella.

Él la miró pensativo.

—Se me ocurre una alternativa —propuso—. Dígale, por favor, que mañana por la tarde nos gustaría ver la casa con nuestros clientes y el perito. Si no le va bien este día, que proponga otro, pero tendría que ser pronto. ¿Está de acuerdo? Seguro que usted la localizará mejor que yo y entonces por fin obtendré una respuesta. Que necesito con urgencia. —Buscó en el bolsillo interno de la chaqueta—. Tome, mi tarjeta. Podrá localizarme a cualquier hora del día en este número.

—De acuerdo —contestó Rose un poco sorprendida, mirando al tarjeta de visita.

Simon A. Fielding, de Fielding & Mason, un bufete de abogados situado en Belgravia. Un barrio aristocrático, pensó ella. Una tarjeta elegante. El tacto del papel noble y un diseño con mucho gusto. Nada que ver con ese desastre que el rechoncho abogado de Matt le había tendido durante la tramitación del divorcio. Por lo visto, Simon A. Fielding era totalmente distinto. Desde cualquier punto de vista, pensó, volviendo a alzar la mirada hacia él.

—¿Ocurre algo? —preguntó sorprendido, y ella tomó conciencia de lo mucho que se había demorado mirando la tarjeta.

—¿Qué? No. Yo... estaba pensando en otra cosa. —Escondió de prisa la tarjeta en la mano y se la llevó a la espalda. «Por Dios, qué lamentable», pensó. No solo que ella estuviera allí plantada con el vestido empapado y cubierto por una toalla, sino que, encima, se quedara mirando la tarjeta como si fuera la lámpara de Aladino. ¿Qué iba a pensar él?—. Yo... hum... se lo comunicaré a mi amiga.

Simon Fielding pareció advertir que la situación le resultaba un poco desagradable y le devolvió la otra toalla.

—Entonces volveré —anunció, dirigiéndose a la puerta. Al pasar junto a la maleta de Rose frunció el ceño—. ¿Vive usted aquí?

Rose negó con la cabeza.

—Solo estoy de visita —contestó y estuvo a punto de añadir lo emocionada que se sentía de encontrarse de nuevo en Londres.

Pero para él seguro que no sería tan emocionante, total vivía allí. Tenía aspecto de hombre de mundo y ella no quería que, como Felicity Myers, la considerase una pueblerina.

—Mi amiga deja que me instale aquí cuando he de resolver algún asunto en la ciudad —añadió. Prefería no tener que dar más explicaciones, de modo que se alegró cuando llegaron a la puerta.

Ya no llovía, pero el cielo todavía aparecía cubierto por unas nubes espesas y oscuras.

—Bien, entonces... —Le tendió la mano para despedirse y él se la estrechó con la suya, cálida y firme.

—Espero recibir pronto noticias tuyas. —Sonrió, y Rose comprobó sorprendida que eran casi de la misma altura. Sin embargo, ella era bastante baja y él bastante alto. Pero él ya había bajado uno de los peldaños de la entrada, lo que le permitía mirarlo directamente a la cara. Y a los ojos, donde había una chispa que la ponía bastante nerviosa.

—Espero poderle dar una buena noticia —advirtió.

—Yo también lo espero —dijo él estrechándole la mano por última vez—. ¡Hasta la vista!

Rose se lo quedó mirando mientras él se dirigía al coche. Poco antes de subir, volvió la vista atrás, ella levantó una mano y lo saludó. Él le devolvió el gesto, subió al coche, sacó el Mercedes del acceso y se marchó.

Rose volvió a cerrar la puerta y se desprendió de la toalla, que dejó encima de la maleta, junto con la que había utilizado Simon Fielding.

«Bueno, al menos podré contarle a Iris que he conocido a un hombre», pensó, y esbozó una sonrisa socarrona en los labios mientras sostenía entre sus manos la tarjeta de visita.

Debía confesar que ese tal Simon A. Fielding le había gustado. Pero ya podía olvidarse. A fin de cuentas le había dado su tarjeta por razones profesionales. Y por eso mismo, sin duda, le había sonreído tan amablemente: porque quería que ella le ayudase.

Rose respiró hondo. Y aunque resultara que él sentía algún interés, la cosa no podía prosperar, pensó, y dejó la tarjeta de visita en el cuenco que había en la mesilla junto a la pared. Ella estaba de paso, y en casa tenía tres hijos con los que debía volver. Cuando se enterase de eso, ¿qué atractivo iba a ver en ella una persona como ese abogado?

Movió la cabeza ante esos pensamientos realmente superfluos. Era

probable que no volviese a verlo nunca más; como mucho hablaría una vez por teléfono con él cuando hubiese localizado a Zoe. Y punto.

«Así que más vale que invierta mi energía en quitarme la ropa mojada y organizarme un poco aquí», pensó, y cogió las dos toallas para volver a llevarlas al cuarto de baño.

Zoe se ciñó la chaqueta de punto al pecho mientras seguía el camino hacia el acantilado. Allí el viento soplaba con más fuerza y, pese al sol de la tarde, tenía algo de frío.

Ya desde lejos distinguió las ruinas de la torre de piedra. Una de las paredes todavía se erguía hacia el cielo, pero la parte inferior estaba cubierta de arbustos de rosas silvestres que alcanzaban la altura de una persona. Y no era ese el único cambio, pues al borde del acantilado había en ese momento, en el lugar donde el descenso era más escarpado, una barandilla para evitar que los visitantes se asomaran demasiado al abismo. La madera parecía carcomida y, al acercarse a ella, le surgió la pregunta de si la habrían colocado tras la caída de Chris. No tenía ni idea de lo que había pasado después en Penderak, algo de lo que entonces se arrepentía. Titubeante, posó la mano sobre la baranda de madera y miró hacia el mar, que la puesta de sol impregnaba de una luz anaranjada.

En realidad, no había querido ir hasta allí. Al menos, no el primer día. Incluso había supuesto que necesitaría tiempo hasta conseguir volver a acercarse a ese lugar. Pero se había sentido atraída por la esperanza de que ese sitio desencadenaría algo en ella. Por el momento, su estancia en Penderak no era tan perturbadora como se había imaginado, aunque no estaba segura de si debía alegrarse o entristecerse por ello.

A lo mejor se debía a que todo había cambiado mucho. La casa, el camino que conducía hasta allí, el acantilado mismo. Zoe lo reconocía todo y, sin

embargo, era distinto de la imagen que se había formado en su recuerdo. Eso disminuía el dolor, lo hacía más soportable de lo que había supuesto. Pero también la decepcionaba que esa visión desencadenase tan pocas emociones en su interior.

Había temido volver a sentarse en la cocina de la Casa de la Playa. O recorrer las habitaciones o el pequeño jardín que tan unidos estaban a los recuerdos de su niñez. Pero esas experiencias no habían sido dolorosas, sino más bien ajenas. Había sentido un poco como si se hubiera introducido en la esfera privada de una joven familia. Era a esta a quien pertenecía en ese momento la casa, ya no era un lugar donde pasar las vacaciones. Casi nada tenía el mismo aspecto de antes, y cuando sí guardaba un parecido, más que entristecerse Zoe se alegraba por ello. Cuanto más tiempo pasaba allí, más añoraba algo que evocaban sus recuerdos, algo que en ese momento y en honor a la verdad buscaba en lugar de evitar.

¿Era ese el lugar desde el cual ella había mirado hacia la playa aquel día aciago? Zoe intentó asomarse por encima del borde del acantilado, pero la barandilla estaba un poco alejada del filo. Desde allí solo se veía el agua, pero no la cala, por eso se inclinó por encima de la barandilla cuanto pudo. De hecho logró así distinguir los gruesos bloques de piedra que se encontraban al borde de la playa. El agua ya estaba alta, era evidente que subía la marea, pero aun así estiró un poco más la cabeza.

—¡Cuidado!

Zoe se echó sobresaltada hacia atrás y buscó a su alrededor a la persona que había gritado esa advertencia. Al principio no vio a nadie y llegó a creer que el grito había sido fruto de su imaginación. Pero entonces vio que había alguien entre los arbustos de la vieja torre de la mina. Era un joven, un adolescente que, por lo visto, acababa de llegar. Debía de haberse ocultado entre los arbustos y solo la preocupación de que Zoe pudiera caerse lo había obligado a salir de su escondite. Sin duda había sido una especie de reflejo y en ese instante parecía sentirse incómodo, pues se mordisqueaba el labio inferior, porque Zoe había descubierto que él estaba allí.

—Una vez una persona se cayó desde aquí —alertó.

El corazón de Zoe se aceleró.

—¿Qué sabes de eso?

El muchacho no tenía edad suficiente como para saber de primera mano lo que sucedió, pero tal vez podía decirle lo que se contaba al respecto en el pueblo. A ella, eso le interesaba mucho y se alegró de que el adolescente, tras un pequeño titubeo, se acercara. Era tan alto como ella, de cabello castaño oscuro y una cara agradable pero muy seria, en la que se reflejaba la sorpresa que le había producido la pregunta.

—¿Se refiere al hombre que se cayó?

Zoe asintió.

—¿Puedes decirme lo que sabes de lo ocurrido?

—No sé mucho —respondió el chico—. Creo que pasó hace mucho tiempo. Por entonces nosotros no vivíamos aquí, pero mi padre me lo ha contado para que tenga cuidado. Si por él fuera, yo no debería estar aquí.

«Naturalmente», pensó Zoe, exhalando el aire que había contenido sin darse cuenta. ¿Qué otra cosa podía significar la muerte de su hermano para los habitantes del pueblo más que una advertencia para los jóvenes que se asomaban a los acantilados?

—¿Por eso colocaron esta barandilla?

—Eso creo —respondió el muchacho.

—Y salvo esto, ¿no sabes nada más de lo ocurrido?

El joven negó con la cabeza.

—¿Por qué le interesa tanto?

Zoe dudó unos minutos.

—Porque yo conocía al hombre que se cayó.

—¿En serio? —El chico se acercó un poco más y se colocó al lado de Zoe, junto a la barandilla—. ¿Era amigo suyo?

—Era mi hermano.

Para su sorpresa, no se sintió rara conversando de Chris con un extraño. Al contrario. Incluso experimentaba cierto alivio. Durante el día entero todo en su mente había girado en torno a su hermano y después de haber reprimido todo pensamiento acerca de su muerte, le resultaba liberador hablar por fin de ella. Al fin y al cabo, esa era la razón por la que estaba allí.

El muchacho no contestó, lo que la asombró. Había esperado que le

formulara más preguntas. Pero él se apoyó en la barandilla y se quedó mirando al mar.

—Te sientes de puta pena, ¿verdad? —dijo después de un rato, encogiéndose de hombros cuando Zoe lo miró desconcertada—. Sé lo que es. Mi madre murió en un accidente de tráfico.

Zoe enmudeció por un instante.

—Lo siento.

El joven hizo una mueca, como si hubiese oído con demasiada frecuencia esa frase.

—Sucedió hace más de un año —dijo—. Pero sigue siendo una mierda.

Zoe se lo quedó mirando, atónita, preguntándose qué edad tendría. ¿Trece? ¿Catorce años? Hacía una eternidad que no hablaba con alguien de su edad. En su vida casi todo el mundo con quien se relacionaba era adulto, y habría jurado que no tenía nada de que conversar con un adolescente. Descubrió que se había equivocado, pues ese chico expresaba lo mismo que ella sentía.

—Sí. Opino lo mismo.

Él la miró y le dirigió una sonrisa triste que ella contestó. Le gustaba ese muchacho y quiso saber más sobre él.

—¿Cómo te llamas?

—William.

—Me alegro de conocerte, William. Yo me llamo Zoe.

Él estrechó la mano que ella le tendía y esa vez su sonrisa se hizo más ancha.

—Usted no es de aquí, ¿verdad?

Zoe negó con la cabeza.

—No. Estoy pasando unos días en la casita que hay detrás de los pastizales.

—¿En la Casa de la Playa? —William frunció el ceño y la miró con renovado interés—. ¿Entonces usted es la amiga de la tía Rose? ¿La de la mansión de Londres?

Zoe lo miró sorprendida.

—¿Rose es tu tía?

Asintió, y ella notó que su corazón latía más deprisa. Rose tenía dos hermanos.

—Entonces... ¿eres el hijo de Iris?

—No —contestó William—. Mi padre es...

—¿William? —gritó alguien desde lejos, y el joven se quedó paralizado.

—Joder, es él. ¡Que no me encuentre aquí! ¡Por favor, no se chive!

Volvió corriendo a la torre en ruinas y desapareció detrás de los arbustos antes de que Zoe pudiese responderle. Pero tampoco podría haber pronunciado una palabra, pues miraba como hechizada al hombre que había aparecido al final del camino y que se aproximaba a ella.

El recién llegado vestía unos tejanos y una camiseta, y calzaba botas negras de goma, como antes, cuando ayudaba a su padre en la granja. Pese a ello, todo su aspecto era distinto. Llevaba el cabello castaño rojizo un poco más largo, le llegaba hasta el cuello, y se le antojó más alto. Los hombros y el pecho eran más anchos; los brazos y las piernas, más musculosos, como si estuviera acostumbrado al trabajo físico, y su paso era más seguro. Ya no tenía nada de juvenil; era un hombre hecho y derecho, pero eso todavía lo hacía más atractivo de lo que ya era.

A la altura de la torre de piedra se detuvo bruscamente, colocó una mano sobre los ojos a la manera de visera y parpadeó combatiendo el sol poniente, dirigiendo la mirada hacia Zoe.

A ella el corazón le latía desesperadamente y sentía la boca seca. Le habría gustado salir corriendo, pero no podía moverse, de modo que esperó hasta que el hombre se puso de nuevo en movimiento y se acercó a ella. Se paró justo delante.

—Hola, Jack —dijo ella, porque no se le ocurrió otra cosa que decirle, y levantó la mirada hacia él conteniendo la respiración.

Jack no respondió, pero Zoe vio que los músculos de las mandíbulas se tensaban mientras la miraba fijamente. Lo entendió, porque tampoco conseguía apartar la mirada de él, sino que lo observaba minuciosamente, registrando todos los cambios.

Sus rasgos ya no eran tan suaves como antes, la mandíbula era más angulosa y las finas líneas de su rostro se habían convertido en profundos surcos. Pero sus ojos verdes la cautivaron igual que en el pasado.

En ese momento deseó haber preguntado a Rose por Jack. Pero lo había evitado a propósito y, como Rose no lo había mencionado, había creído que no lo encontraría allí.

En ese instante, Jack parecía furioso, la miraba con las cejas arqueadas.

—Así que eres tú. —Movió la cabeza como si no lograra dar crédito—. Rose debería habérmelo dicho.

Zoe tenía que hacer un esfuerzo para resistir su penetrante mirada.

—Yo... —Tragó saliva—. Pensaba que vivías en Canadá.

—Y yo pensaba que habías olvidado que existo. —Un escalofrío recorrió la espalda de Zoe al percibir la rabia reprimida que resonaba en su voz.

—Jack, yo...

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo aquí? —la interrumpió hablando con tal sequedad que ella se quedó unos segundos paralizada, pensando que se dirigía a ella—. William, maldita sea, ¡estoy hablando contigo! ¡Más vale que salgas de ahí! ¡Te he visto!

Pasó un rato hasta que el chico salió de los arbustos y se acercó a ellos, con las manos metidas en los bolsillos y mirando con expresión dubitativa a su padre. «Tiene los ojos de Jack», pensó Zoe, preguntándose cómo no se había dado cuenta enseguida.

Jack esperó a que el joven llegara junto a ellos, pero no le echó un sermón como Zoe había esperado, sino que le puso la mano en la espalda.

—Ven. Tu abuela nos está esperando para cenar.

Apartó a William de Zoe y regresó con él por el camino. Desconcertado, el muchacho se volvió una vez hacia Zoe, que los contemplaba a los dos.

Era evidente que Jack no tenía el menor interés en hablar con ella, algo que no extrañó a Zoe. A fin de cuentas, ella se había ido sin decir palabra.

Había borrado de sus recuerdos el día de su partida de Cornualles, como tantas otras cosas, pero en ese momento la situación acudió de nuevo a su mente. Cómo su padre había gritado a Jack en la pensión, ante la familia del chico y los otros huéspedes. George Bevan estaba seguro de que Jack les ocultaba algo y le había culpado de estar involucrado en la caída de Chris por el acantilado. Jack lo había negado y había buscado, desesperado, el apoyo de Zoe.

«Yo no estaba con él. Solo le presté la chaqueta, nada más. Por favor, créeme tú al menos.»

Pero Zoe ya no había sabido qué creer. Como en un bucle infinito, sus pensamientos giraban en torno a un punto: su hermano estaba muerto. Ya no se reiría con ella, ya no la consolaría cuando algo le saliera mal, ya no podría hacer realidad sus sueños, porque lo había visto con las extremidades dislocadas y los ojos sin vida delante de ella. Una imagen que nunca olvidaría.

Abrumada por la pena y los sentimientos de culpa, Zoe no había defendido a Jack, sino que se había ido con su padre. Había discutido con Chris antes de su muerte y le había dicho cosas desagradables. Y ya no podía retirar nada de lo dicho. La conciencia de ello había sido como un veneno paralizante, que le había quitado toda capacidad de actuar. Y la había cegado ante el dolor de los demás.

Por eso se había marchado con sus padres, sin despedirse. Y luego, cuando

había pasado el primer golpe, no había tenido ánimos para hablar con Jack. Tal vez lo habría hecho si él hubiese dado alguna señal de que era lo que esperaba de ella. Pero la única noticia que le había llegado tras regresar a la ciudad fue que se había marchado a Canadá. Nunca más la había llamado, y Zoe había supuesto que no quería saber nada más de ella. Había creído que su amor había muerto con Chris y no había vuelto la vista atrás.

Y era obvio que la vida de Jack había seguido su curso. En ese momento tenía un hijo, así que había amado a otra mujer, aun cuando esta hubiera muerto. Ella tan solo era un incómodo recuerdo, si es que era algo, nada más.

Zoe tragó saliva al pensar en la despectiva mirada de Jack y por un momento deseó no haberlo visto. Pero luego advirtió que era una oportunidad con la que no había contado. Tenía que hablar con él si quería indagar más sobre la muerte de su hermano. En el pasado no había podido, y en ese momento no le quedaba tiempo para averiguar lo que él sabía.

—¡Jack! —gritó, pero al ver que él no reaccionaba, ella corrió tras él y le colocó una mano sobre el brazo, reteniéndolo—. Jack, por favor... ¡No puedes dejarme así!

Se dio media vuelta de golpe y su mirada la fulminó.

—¿Que no puedo? ¿Por qué no? Tú lo hiciste, Zoe. Te fuiste sin decir palabra, como si nada.

Zoe sostuvo su iracunda mirada.

—Lo sé. Pero estoy de vuelta aquí, y yo... —Levantó los brazos buscando desesperada las palabras correctas—. Me gustaría hablar contigo. Sobre Chris. Necesito respuestas, Jack.

La contempló un largo rato, con el rostro impertérrito, y Zoe deseó de repente que sonriera. Fue su sonrisa la que la enamoró tiempo atrás. Pero él solo exhaló un suspiro.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces, a estas alturas ya no importa —dijo, y el tono rotundo de su voz le produjo una inesperada y dolorosa punzada.

—Jack...

—Tenemos que irnos —la interrumpió él siguiendo su camino y tirando de nuevo de William.

Zoe se los quedó mirando a los dos hasta que desaparecieron detrás de la torre en ruinas. Luego volvió a la barandilla de madera y apoyó en el travesaño las manos temblorosas, intentando tranquilizarse.

Siempre había temido volver a ver a Jack, pero en su imaginación el reencuentro con él siempre se producía de una forma totalmente distinta. Ella había esperado que él se mostrara frío y distante. O tal vez indiferente. Pero nunca tan iracundo.

De repente todo volvió a estar allí: la decepción, los sentimientos heridos, el dolor. Nada se había suavizado, al contrario. Si en algo había cambiado era en que en ese momento resultaba más doloroso que antes. Deseó haber hablado y aclarado la situación entre ellos en el pasado en lugar de dejar transcurrir tanto tiempo.

Pero no iba a rendirse tan deprisa, aunque eso implicara tener que soportar la ira de Jack Gallagher.

Una vez más, dejó que el aire salado del mar le llenara los pulmones y lo exhaló con un suspiro. Luego se dio media vuelta y emprendió el camino de regreso hacia el *cottage*.

Dio unos pocos pasos y se detuvo porque lo veía todo doble. Su corazón se aceleró, intentó volver a la barandilla. «No —pensó aterrada—. Ahora no. Por favor, no...»

—¡Espera, papá!

William avanzaba dando traspies al lado de su padre, pero este no reducía el paso, sino que seguía avanzando por el sendero a largas zancadas, alejándose del acantilado y agrandando la distancia entre él y Zoe. No tenía ni idea de si ella todavía podía verlo, y tampoco quería darse la vuelta para averiguarlo.

¿Por qué demonios no lo había llamado su hermana para avisarle de que Zoe iba a volver a Penderak? ¿Se le había olvidado con los preparativos del viaje? ¿O había pensado que él no se enteraría?

En ese momento cayó en la cuenta de que por eso los había invitado a cenar su madre, porque quería decirle algo importante. En ese instante ya se imaginaba qué era.

Pero, a fin de cuentas, seguramente eso no habría supuesto ninguna

diferencia. Aunque lo hubiera sabido, no le habría conmocionado menos el encuentro. «Catorce años», pensó. Y esa mujer todavía conseguía hacerle perder la sangre fría...

—¡Papá! ¡Eh! No vayas tan rápido. —William agarró a Jack por el brazo y lo forzó a pararse. Le brillaban los ojos de enfado—. ¿Cómo es que nunca me lo habías contado?

—¿Qué?

—Pues que conocías al hombre que se cayó por el acantilado. ¡Me lo podrías haber dicho! —William parecía indignado—. Siempre te quejas de que yo no te cuento nada. ¡Pues no es que tú seas mejor que yo!

«Es cierto», pensó Jack y sintió que lo habían pillado en falta. Era verdad que había ocultado cosas a su hijo, pero concernían a su madre. No le había mencionado lo ocurrido con Chris simplemente porque no quería recordarlo.

—No me gusta hablar de ello —contestó encogiéndose de hombros—. Y tú ya sabías por qué no me hace ninguna gracia que vayas solo por el acantilado. La identidad de la persona que murió no tiene importancia.

William caminó en silencio un par de metros a su lado, como intentando unir las piezas de información que había extraído del diálogo entre Jack y Zoe.

—¿Era ese hombre amigo tuyo?

—Muy buen amigo —confirmó Jack.

—¿Y la mujer? Ha dicho que era su hermana. ¿También eras amigo de ella?

—Sí.

William inclinó un poco la cabeza.

—¿Y por qué has sido tan desagradable con ella?

Jack apretó los puños al volver a notar un vacío en el pecho, como antes, cuando había estado frente a Zoe, contemplando su rostro.

Estaba incluso más guapa que antes. Más madura. Pero también más pálida. Y en cierto modo, vulnerable, con sus grandes ojos azules en los que asomaban las lágrimas. Había tenido que combatir con todas sus fuerzas el impulso de estrecharla entre sus brazos.

Pero ya hacía mucho que habían pasado los días en que él hubiera hecho

cualquier cosa para protegerla. Ya no era su Zoe, sino esa mujer que le había decepcionado amargamente.

—¿Papá? —insistió William, y Jack resopló.

—Te lo explicaré si me cuentas por qué has ido solo a los acantilados sabiendo que lo tienes expresamente prohibido.

William bajó la cabeza, afligido, evitando la mirada de Jack, y se mordió el labio inferior. Al parecer había olvidado por un momento que todavía estaba enfadado con su padre. Guardó silencio mientras seguían caminando, pero Jack notaba que seguía dándole vueltas al asunto. En algún momento, William le plantearía más preguntas y entonces Jack no podría evitar responderlas.

Pero al menos el chico volvía a interesarse por él. Algo de bueno había tenido el regreso de Zoe, pensó, y se detuvo cuando llegaron a la bifurcación que había sobre la cresta.

Desde allí, uno de los senderos conducía por la colina hasta las playas de Penderak, mientras que el otro, mucho más corto, finalizaba en una pequeña parcela del prado vallada que servía de aparcamiento a los visitantes. Era allí donde estaba el Defender Jeep de Jack, por eso había tomado esa dirección. Pero un par de pasos después, William volvió a agarrarlo fuertemente del brazo.

—¡Mira, papá! —Señalaba de nuevo al acantilado, sobre el que había una magnífica vista desde el lugar donde se hallaban.

Jack volvió la cabeza y distinguió lo que William indicaba.

—¡Maldita sea! —exclamó. Y dio vuelta atrás corriendo.

Rose estaba en el dormitorio, poniéndose una prenda más cómoda, cuando resonó en la residencia un estridente gong. Se detuvo sorprendida, porque no sabía a qué respondía ese ruido, hasta que llegó a deducir que era el timbre de la puerta.

Consultó de forma automática el reloj de pulsera, aunque sabía que eran poco más de las seis y media. A fin de cuentas ya había comprobado la hora poco antes, cuando en la cocina había metido el pastel en el horno. Tras el largo viaje y las más de dos horas que había pasado examinando la mansión y comprando en la tiendecita cercana, estaba lista para pasar una tranquila velada. De ahí que ya tuviera una pierna metida en el ancho pantalón de punto verde musgo con la cinturilla de seda verde.

Ella misma se había confeccionado el pantalón, como muchas otras prendas de ropa, y era una de sus piezas favoritas no solo porque era cómoda, sino también porque los tonos verdes armonizaban con su tez blanca y sus cabellos cobrizos. La camiseta blanca, sin embargo, había conocido tiempos mejores. Era ceñida y estaba gastada por el frecuente lavado, pero a Rose le gustaba la suavidad de su tacto y combinaba las dos prendas cuando quería ponerse cómoda. Aun así, ese atuendo era poco adecuado para recibir visitas, por lo que dudó. Quien fuera el que estuviese abajo delante de la puerta, querría hablar con Zoe y no con ella. Al fin y al cabo, nadie sabía que estaba allí. Por lo tanto, también podía ignorar la llamada y no...

El gong resonó de nuevo, incluso dos veces en esa ocasión, y Rose suspiró

al recordar que el coche de Zoe estaba en la entrada. El visitante debía de suponer que se encontraba allí y parecía urgirle hablar con ella, de modo que acabó de ponerse los pantalones a toda prisa y corrió al vestíbulo.

«A lo mejor es un mensajero —pensó mientras descorría el cerrojo y abría la puerta—. O un vecino que quiere pedir algo. O...»

—¿Usted?

Se quedó mirando, incrédula, a Simon Fielding, plantado delante de ella con una bolsa de plástico en la mano.

Llevaba el mismo traje que la primera vez que se vieron, pero sin la corbata y con el cuello de la camisa desabrochado, lo que le daba un aire menos formal. Aunque no por eso menos atractivo, pensó Rose. El toque informal también le sentaba estupendamente bien.

—Espero no molestarla —dijo, y sonrió de un modo tan encantador que a Rose le dio un vuelco el corazón. Se alegró de haber abierto la puerta y le irritó no llevar el camisero que se había puesto en lugar del vestido de verano mojado. Pero ya no había remedio, así que le devolvió la sonrisa.

—No, no me molesta. Pero si ha venido para saber la respuesta de Zoe acerca de la visita a la casa, tengo que decepcionarlo. Lamentablemente todavía no he logrado ponerme en contacto con mi amiga.

—No pasa nada, bastante hace usted con intentarlo. No estoy aquí por esa razón, sino porque antes la he abrumado con mis exigencias. Lo siento, al fin y al cabo usted no tiene nada que ver con este asunto. Por eso he pensado en traerle esto... para compensar, por decirlo de algún modo.

Le tendió la bolsa blanca de plástico y Rose la cogió con curiosidad. Era una de esas bolsas en las que los restaurantes *take away* solían empaquetar los platos, y cuando echó un vistazo descubrió, junto a una caja de cartón blanco con el nombre de un restaurante indio, dos grandes envoltorios de plástico llenos de especialidades japonesas. Sorprendida, levantó la mirada hacia él.

—¿Sushi?

Él asintió.

—Y un curri de mi restaurante indio favorito. No estaba seguro de si le gustaría el pescado.

—Soy de Cornwallles, claro que me gusta el pescado —contestó Rose moviendo la cabeza—. Pero... ¿por qué ha pasado para traerme la comida?

—Porque usted acaba de llegar —respondió—. He pensado que tendría hambre después del largo viaje. Y para que no tuviese que cocinar...

—Me temo que para eso llega usted un poco demasiado tarde. —Rose se encogió de hombros—. Tengo un pastel de carne en el horno. Debe de estar casi a punto.

Esa respuesta desbarató todos los planes de Simon Fielding, que se la quedó mirando, desorientado.

—En fin, ya veo que me he precipitado. Quédeselo de todos modos. Mañana puede recalentarlo. Al menos el curri. El pescado se lo toma de segundo plato, no se conserva tan bien. Señor... —Levantó la mano y se la pasó, confuso, por la nuca—. He venido expresamente para disculparme por haberla abrumado de ese modo, y ahora lo vuelvo a hacer. Debe de pensar que soy un manojito de nervios.

Rose sonrió complacida porque no era eso precisamente lo que ella estaba pensando.

—No, al contrario. Me parece muy amable por su parte —lo tranquilizó y abrió un poco más la puerta—. ¿No quiere entrar? Podría cenar conmigo si lo desea. —Sostuvo la bolsa en lo alto—. Ahora tenemos suficiente para los dos.

Simon Fielding dudó unos segundos.

—Pero solo si le parece a usted realmente bien.

—Me parece hasta muy bien —le aseguró Rose—. En realidad me siento un poco perdida en esta casa tan enorme. Además, no me gusta comer sola.

En cuanto lo dijo, se percató de que era cierto. Aunque se había alegrado de quedarse unos días a solas, no estaba acostumbrada, de hecho, a no tener a nadie dando vueltas a su alrededor y le pesaba tanto aislamiento. Sobre todo por lo espacioso de la mansión. El silencio de esas habitaciones altas y amplias, que todo lo dominaba y únicamente se veía interrumpido por el tictac de distintos relojes antiguos, la oprimía en cierto modo, y Rose había cocinado y se había puesto la ropa de estar por casa para no sentirse tan extraña. Por eso experimentó un verdadero alivio cuando Simon Fielding le

devolvió la sonrisa.

—Entonces, con mucho gusto le haré compañía —respondió él y pasó con Zoe al vestíbulo, donde se quedaron unos segundos el uno frente al otro.

—Voy a llevar la comida a la cocina y luego echo un vistazo al pastel —anunció Rose, señalándole el salón adjunto al vestíbulo—. Tome asiento. ¿Le apetece beber algo? —Reflexionó un momento sobre qué ofrecerle—. ¿Un té? ¿O mejor un vino, tal vez? No sé exactamente lo que hay... tengo que probarlo... —Ya había entrado en el salón en el que antes había descubierto una vitrina de cristal con un bar muy bien abastecido, pero Simon Fielding hizo un gesto sosegador.

—Una copa de vino estaría bien.

—De acuerdo. Espere un segundo, enseguida vuelvo.

A toda prisa y de repente un poco nerviosa, se dirigió a la cocina, que era más o menos el doble de grande que la que tenía en el *cottage* de Penderak, y parecía mucho más profesional. Esto último se debía sobre todo a los modernos electrodomésticos con los que Rose debía familiarizarse antes. Lo que más extraño le resultaba era el horno, a la altura de los ojos, pero al parecer había conseguido ponerlo correctamente en marcha, pues el pastel que había dentro olía estupendamente y estaba casi listo, como había confirmado tras una mirada de control.

Satisfecha, volvió a cerrar el horno e intentó recordar dónde estaban los platos. Había descubierto algunos cuando buscaba un molde para hacer el pastel, pero le llevó unos minutos recordar dónde los había visto.

—Y vino —se recordó a sí misma, y después de colocar otro cubierto más se acercó a la estantería del rincón, donde había una buena cantidad de botellas.

En circunstancias normales no se le habría ocurrido la idea de abrir ninguna, pero Zoe había repetido varias veces que podía coger todo lo que quisiera. Y había mencionado expresamente el vino, así que Rose deslizó la mirada por las botellas.

Todas eran de vino tinto y acompañarían mejor el plato de carne. Hasta ahí sabía ella. Pero ¿cuál era bueno?

Cogió varias botellas sin orden ni concierto y se quedó mirando las

etiquetas.

—¿Puedo ayudarla?

La voz de Simon Fielding resonó tan inesperadamente a sus espaldas que ella dio un respingo. Pero enseguida se controló y le sonrió.

—Sí, dígame qué vino le gusta. —Le tendió la botella que tenía en la mano—. ¿Este, tal vez?

Mientras él examinaba la etiqueta, Rose esperó encarecidamente que no le soltara un discurso sobre las excelencias de las diferentes zonas de cultivo. El vino no era en absoluto su especialidad. Casi nunca bebía alcohol y había tenido pocas oportunidades para desarrollar un paladar exquisito. En ese momento eso le resultó especialmente penoso, porque Simon Fielding dio el visto bueno de forma muy profesional a la botella.

—Hum, Primitivo di Manduria. Un excelente caldo tinto italiano, aunque yo personalmente prefiero los tintos franceses. Vamos a ver... —Estudió las otras botellas y al final eligió una con una sonrisa de satisfacción—. Esta, por ejemplo. Un Châteauneuf-du-Pape, y además de una buena añada. —Parecía realmente encantado, pero se detuvo—. Aunque podemos beber con toda tranquilidad el Primitivo si usted lo prefiere.

—No, no, cojamos este —se precipitó a responder Rose, que acababa de olvidar cómo se llamaba el vino que a él tanto le gustaba y se puso a buscar un sacacorchos. Encontró uno y Simon Fielding abrió la botella con la pericia de un experto.

—¿Comemos aquí? —Rose señaló la pequeña mesa que había delante de la ventana. Junto al salón había un pequeño comedor separado, pero a ella se le antojaba un poco severo—. Es más acogedor, ¿no?

La propuesta pareció sorprender a Simon Fielding, pero estuvo de acuerdo y, poco después, cuando se encontraban sentados uno frente al otro con un humeante plato de pastel de carne delante de ellos, levantó su copa.

—Por la cocinera —dijo y añadió con satisfacción—: Cuyas habilidades no me había imaginado.

Rose brindó con él.

—No es más que un sencillo pastel de carne. —Pensaba en el envase con sushi que estaba en la nevera—. Estoy segura de que está acostumbrado a

platos mucho más sofisticados.

—Por eso mismo —confirmó él—. Si he de ser sincero, ya no recuerdo cuándo comí por última vez un auténtico guiso casero. No era consciente de lo mucho que lo echaba en falta y, si es solo la mitad de sabroso del aroma que desprende, seguro que puede competir con cualquier plato con estrellas Michelin.

Probó un primer bocado y su expresión de éxtasis confirmó que Rose había colmado todas sus expectativas.

—¡Riquísimo! ¿Dónde ha aprendido a cocinar tan bien?

Rose calló unos instantes. Se suponía que ese era un buen momento para hablarle de sus tres hijos, para los que hacía muchos años que cocinaba cada día, gracias a lo cual había adquirido gran experiencia en la cocina. Pero cuando él lo supiera, ¿no se desvanecería de repente el brillo de sus ojos? Eso era lo que le había ocurrido demasiado a menudo con los hombres que Iris le presentaba, y Rose no quería arriesgarse a que volviera a sucederle. Pues, contrariamente a los candidatos que su hermana le había propuesto hasta el momento, Simon Fielding le gustaba de verdad. Al menos para un breve flirteo, se corrigió... más lejos no llegaría. Y no iba a arruinarlo poniéndole los pelos de punta con la historia de su vida.

—Como iba diciendo, no es tan difícil —respondió con una sonrisa y tomando un sorbo de ese vino realmente tan agradable.

—¿Y qué es lo que hace usted cuando no cocina? —preguntó él mientras seguía comiendo.

Rose vaciló de nuevo.

—Yo... diseño ropa —respondió, un poco orgullosa de sí misma, ya que el dato ni siquiera era mentira. Esa vez le resultó un poco más fácil omitir el resto.

—Ah, una diseñadora. —Se recostó hacia atrás—. Confieso que no me desenvuelvo bien en ese ámbito. Pero ¿a lo mejor he oído hablar de su línea de ropa?

Rose tragó saliva. Una línea de diseño propia... «Ya me gustaría a mí», pensó sintiendo una punzada. Antes había soñado con estudiar diseño de moda y hacerse un nombre en ese mundo. Pero luego se casó con Matt y sus

ambiciones profesionales se fueron perdiendo con el quehacer diario con los niños. Lo que había quedado era su amor por idear modelos y coser la ropa. Pero estaba claro que no podía calificarse de diseñadora por hacer eso, y si no lo corregía en ese instante, él se formaría una imagen totalmente equivocada de ella.

«Díselo —se exhortó a sí misma—. Dile que en realidad eres ama de casa y que lo único que coses es un par de blusas para la tienda de tu hermana. Y para una arrogante turista americana.»

Pero precisamente el recuerdo del aire de desprecio de Felicity Myers la hizo callar. Le resultaba demasiado doloroso disculparse por lo que ella era. Además, Simon Fielding no tenía por qué saberlo. Probablemente no volvería a verlo después de esa noche, pero en ese momento disfrutaba de su compañía. Su admiración le sentaba bien, era bonito que por una vez la volviesen a ver exclusivamente como mujer. ¿Tan reprochable era hacerle creer que era una exitosa diseñadora sin ataduras?

—¿Si habrá oído hablar de mí? No, por desgracia todavía no soy tan famosa —respondió, y añadió con una sonrisa—: Pero espero que eso no tarde en cambiar.

—Seguro —convino Simon, apoyando el mentón en la mano mientras la miraba con atención—. ¿Cuál es el punto de interés de sus diseños?

La pregunta la dejó perpleja. Las clientas y también Iris siempre se habían quedado fascinadas por lo que confeccionaba para la tienda, pero nadie le había preguntado por qué concebía las prendas del modo en que lo hacía. Pero a Simon Fielding parecía interesarle eso, así que ella intentó por vez primera describirlo con palabras.

—Me gusta combinar texturas distintas. Diferentes telas con similares tonalidades. Quiero que la gente no se canse de mirar las prendas, sino que siempre haya en ellas algo que descubrir. Tiene que ser moda para todos los sentidos.

Disfrutaba contándoselo y se explayó en ello; le habló de lo difícil que resultaba a veces encontrar las telas adecuadas y combinarlas, y lo mucho que tardaba en ocasiones en dar con el modelo perfecto.

Él la escuchaba con atención, de vez en cuando le hacía alguna pregunta y

sonrió cuando ella concluyó.

—Estoy convencido de que su línea será un éxito si pone tanta pasión en ella —opinó—. ¿No tendría un par de prendas que enseñarme?

Rose sonrió.

—Suelo hacerme yo la ropa. El vestido que llevaba esta tarde, por ejemplo, era mío. Y también esto.

Estiró la pierna un poco hacia un lado para que él pudiera ver bien los pantalones verdes. Pero se percató de que el pantalón, combinado con la gastada camiseta, no era el mejor ejemplo de su creatividad en el campo de la moda.

—Bueno, combinado con otro tipo de prenda —puntualizó—. Pero no sabía que usted aparecería por la puerta. De lo contrario me habría puesto otra cosa para impresionarlo más.

—Usted ya me impresiona mucho, se lo aseguro —respondió él con una sonrisa tan deslumbrante que a Rose se le desbocó el corazón. Cayó en la cuenta de la cantidad de tiempo que hacía que no estaba a solas con un hombre. El pastel tan bueno, el vino (que se le estaba subiendo poco a poco a la cabeza), las miradas profundas... Era como si tuviese una cita amorosa. ¿Lo era?

Tragó saliva.

—Bah, esto lo dice porque quiere que le consiga la fecha que necesita con tanta urgencia para hacer la visita de la casa. —Arrugó la frente cuando reflexionó sobre ello—. ¿Para qué, en realidad?

—¿Cómo que para qué?

—¿Por qué tiene usted que ocuparse de fijar una fecha para visitar la casa? ¿Los abogados no se dedican a otros asuntos?

—¿Se refiere a asuntos como defender a un cliente ante un tribunal? —Esbozando una media sonrisa socarrona—. También lo hago. Y me gusta más. Pero el señor Pandakis es un cliente importante de nuestro bufete. Es director gerente de Swan Holding, una empresa que nosotros también representamos. Y puesto que es una persona verdaderamente excéntrica, mi jefe ha decidido que es un asunto de máxima prioridad hacerle feliz. Por desgracia, me ha elegido a mí para realizar este trabajo, así que por el

momento debo dedicarme a asuntos con los que normalmente no tengo nada que ver.

—¿Tiene usted jefe? —Rose pensó en la tarjeta de visita que él le había dado antes—. Pensaba que era su bufete.

Él suspiró.

—El Fielding, en Fielding & Mason, corresponde a mi padre. El bufete es suyo y de su socio. Hay planes para que me incorpore pronto, pero por el momento no soy más que un empleado. Para «entrar en calor», como dice mi padre. Es algo así como una tradición familiar, él tuvo que hacer lo mismo antes de que mi abuelo lo admitiese en el bufete. Así que, de momento, mi padre también es mi jefe.

Rose inclinó un poco la cabeza mientras reflexionaba sobre esas palabras. A Fielding hijo no le gustaba cumplir el encargo de su padre, seguramente porque le resultaba demasiado aburrido. Pero en su voz había, pese a todo, respeto. Si ella hubiese tenido que adivinar cuál era su actitud hacia su padre, habría dicho que, aunque estaba descontento con la función que desempeñaba en el bufete, tenía en el fondo una buena relación con el señor Fielding Sénior.

—Entonces, ¿su carrera como abogado ya estaba predeterminada desde el comienzo?

—Se podría decir así.

—¿Y? ¿Es lo que usted desea?

La pregunta era bastante personal, y Rose enseguida se arrepintió de haberla planteado. A veces era incapaz de controlar su curiosidad. Pero Simon Fielding no pareció tomárselo a mal, porque movió la cabeza sonriendo.

—De hecho, nunca me lo he planteado. Qué raro, ¿verdad? —Se encogió de hombros—. Pero supongo que algunas cosas son tal como son. Y yo no sufro por ser abogado, si se refiere a eso. Al contrario, me gusta mi trabajo. A lo mejor me viene de familia.

Rose lo miró e intentó imaginárselo con la toga negra ante el tribunal. Lo que no era nada difícil, pues allí seguro que también daba una buena imagen y los miembros del jurado sin duda comían de su mano. Sobre todo las

mujeres. A ella, en cualquier caso, le habría resultado difícil concentrarse en el caso durante su alegato.

—O... ¿a qué se refiere usted? —Simon Fielding la miró expectante, pero Rose se limitó a encogerse de hombros, desconcertada.

—Lo siento, estaba ensimismada pensando. ¿Qué ha dicho?

—Me preguntaba si su amiga realmente quiere vender la mansión. Ha admitido las negociaciones, pero ahora me da la impresión de que no tiene auténtico interés en ello.

Rose se encogió de hombros.

—Mencionó algo referente a una venta, pero no lo sé con exactitud. Se lo preguntaré en cuanto dé con ella y le comunicaré lo importante que es para usted la visita de la casa. —Sonrió—. Y para que conste en acta: lo habría hecho igualmente, aunque no me hubiese traído usted la comida.

Él se inclinó hacia delante.

—Le habría traído la cena aunque usted no lo hubiera hecho —dijo, y cuando sus miradas se cruzaron, a Rose se le aceleró un poco el corazón.

El zumbido del móvil, que él había dejado sobre la mesa, destrozó la magia del momento.

Con el ceño fruncido, Fielding echó un vistazo a la pantalla. A juzgar por su reacción el mensaje debía de ser importante.

—Disculpe, tengo que atender la llamada. —Se puso en pie y salió de la cocina para telefonar.

Rose se lo quedó mirando, luego se levantó a su vez y dejó la bandeja con los restos del pastel en el horno. Sentía que estaba ruborizada y eso le resultaba un poco incómodo. ¿Cuánto tiempo hacía que no la aturdiría así un hombre con una sonrisa y una mirada profunda en los ojos? Rose ni se acordaba, pero era una sensación embriagadora, por eso sonrió resplandeciente cuando, poco después, Simon Fielding regresó a la cocina. Él, por el contrario, parecía abatido.

—Lo siento mucho, pero lamentablemente tengo que acortar nuestra cena. —Movió la cabeza compungido—. Me había olvidado por completo de que esta noche me esperan en una cena de beneficencia.

La sonrisa de Rose se desvaneció y los efectos del alcohol se esfumaron de

golpe.

—Entonces vale más que no haga esperar a su novia —dijo, esforzándose por ocultar su desilusión. Naturalmente, ya estaba ocupado. Cómo podía haber pensado que...

—A mi madre —la corrigió él—. Esta noche ha organizado una de sus numerosas cenas de beneficencia. No me pregunte de qué buena obra se trata esta vez, mamá está metida en tantos comités que hasta ella misma debe de haber perdido el control. Pero espera de mi padre y de mí que apoyemos su trabajo, y yo le había prometido que asistiría. Por eso estaba bastante enfadada por teléfono. Es mejor que no la haga esperar mucho más.

Aunque Rose era plenamente consciente de que sentirse aliviada con esa contestación era una tontería, volvió a sonreír.

—Ya, qué pena. Pero por supuesto eso es más importante —dijo, acompañándolo a la puerta.

Para despedirse, Simon Fielding le estrechó la mano y la retuvo algo más de lo normal.

—De todos modos, mi novia, si la tuviera, me habría acompañado sin duda alguna a la cena —dijo con una sonrisa tan insolentemente encantadora que Rose pensó que iba a caer redonda. Por un instante, mientras ella le devolvía la mirada, el tiempo se detuvo, y cuando él le soltó la mano Rose se percató de que había estado conteniendo la respiración.

»De verdad que me habría gustado quedarme más rato —dijo—. Pero espero que pronto nos pongamos de nuevo en contacto.

—Le llamaré en cuanto haya hablado con Zoe —le aseguró ella de nuevo, y lo siguió con la mirada cuando él se encaminó hacia el coche. Una vez que se hubo ido, Rose cerró la puerta y se apoyó contra ella, sin poder evitar una sonrisa. Qué primera noche, pensó, recordando cada uno de los detalles de la velada.

¿De verdad Simon Fielding le había dado a entender que estaba libre? ¿Y se alegraba realmente de volver a verla?

«Por Dios, para de una vez», se riñó a sí misma. No lo conocía de nada; de hecho, tal vez flirteaba con toda mujer que pillase. A lo mejor ella lo había vivido como si fuera algo tan especial porque hacía mucho tiempo que no le

interesaba ningún hombre.

Pero podía hacerlo, a fin de cuentas no había nada que se lo impidiese. Y no tenía por qué ir en serio. Ella iba a quedarse un par de días en la ciudad y no debía explicaciones a nadie de con quién pasaba el tiempo, una idea que de repente todavía encontró más emocionante que antes.

Decidida, se separó con un impulso de la puerta de la casa y corrió al armario donde colgaba su bolso. Sacó el móvil y llamó a Zoe, aunque, como la última vez, respondió el buzón de voz. Así que llamó al teléfono de la Casa de la Playa y dejó que sonara el timbre largo tiempo. Tampoco respondía nadie allí.

«Qué raro», pensó Rose, consultando el reloj. Había supuesto que entretanto Zoe habría regresado. Pero ya lo probaría más tarde otra vez. O por la mañana temprano. En algún momento atraparía a su amiga y la convencería para que permitiera que visitaran la casa. Pues una cosa estaba clara: en ese momento Rose tenía un interés muy personal en que la visita se celebrara.

Ya iba a colgar cuando, efectivamente, alguien respondió.

—¿Hola?

Rose se quedó pasmada al oír una voz masculina. Y, además, una que reconoció al instante.

—¿Jack? —preguntó moviendo incrédula la cabeza—. ¿Qué estás haciendo con Zoe?

Alguien gritó su nombre, pero era una voz apagada y muy lejana que poco a poco fue aproximándose.

—¡Zoe! Zoe, por Dios, ¡despierta!

Se obligó con mucho esfuerzo a abrir los ojos, pero la luz la cegaba. Aunque por un momento tuvo dificultades en fijar la vista, al final lo consiguió.

—¿Jack? —Vio el rostro del hombre sobre el suyo y pensó que era una alucinación. Pero luego sintió que sus manos la sujetaban y que tenía la cabeza apoyada sobre su regazo mientras él la miraba preocupado.

—¡William ha visto que te desmayabas! ¿Qué ha pasado? ¿No te encuentras bien?

Zoe intentó incorporarse y él la ayudó sosteniéndole la espalda. En ese momento vio que William también había regresado y estaba junto a ella con expresión asustada y perpleja.

—No lo sé, de golpe me he sentido extraña —respondió, intentando tranquilizarse y sofocar el miedo que al principio la había invadido.

No, el aneurisma no había reventado. El doctor Kashrani le había dicho que una ruptura provocaba unos dolores tremendos y a ella solo le dolía un poco la cabeza. Pero la protuberancia, como también había mencionado el neurólogo, se hallaba en un lugar donde podía producir trastornos como la imagen doble o mareos repentinos. No había dicho nada de que fuera a perder el sentido, pero Zoe pensó que el desmayo podía atribuirse a lo mismo. Y eso

la aterraba.

Como les ocurría a muchos pacientes con esa dolencia, al principio ella misma no se había dado cuenta de su estado. Pero en ese momento sentía que el peligro antes teórico se volvía súbitamente muy real. Sintió que las piernas apenas la sostenían y fracasó de forma lamentable en su intento de ponerse en pie.

—¡Quédate sentada! —ordenó Jack, colocándole un momento la mano sobre la frente.

Ella sintió sus dedos cálidos y se percató de lo fría que estaba. En efecto, estaba tiritando, algo que también Jack advirtió.

—Te llevo al pueblo para que te vea la doctora Corby —anunció, pero Zoe enseguida negó con la cabeza.

—Nada de médicos. Ya vuelvo a estar bien, en serio.

Para dar prueba de ello se levantó con esfuerzo, pero decidida, y esa vez Jack la ayudó. No obstante, siguió sujetándola con firmeza y en esa ocasión ella no supo si la debilidad de sus piernas se debía al desmayo o al hecho de tener tan cerca a Jack. Su olor era familiar y le trajo recuerdos que no quería evocar.

—Yo... me acostaré un rato. Seguro que enseguida estoy mejor.

Procuró aparentar más optimismo del que en verdad sentía, pues, en su estado, el trayecto hasta la Casa de la Playa le parecía una prueba que no sería capaz de superar. Necesitaba ayuda, y aunque odiaba tener que pedírsela precisamente a Jack, no le quedaba otro remedio.

—¿Podrías llevarme a casa? —preguntó abatida y levantado la vista hacia él. Jack todavía la miraba con rabia, pero asintió.

En lugar de sujetarla mientras caminaba, como ella había esperado, la cogió en brazos y la llevó mientras William los seguía.

—¡Déjame, puedo caminar! —protestó ella, pero él siguió caminando sin depositarla en el suelo.

—Así acabamos antes —respondió. Zoe se encontraba demasiado débil para oponerse. Cansada y todavía un poco mareada, enlazó los brazos alrededor del cuello de Jack y apoyó la cabeza contra su hombro.

—Peso demasiado —murmuró.

Él solo contestó a esa protesta torciendo el gesto, como si la encontrara bastante absurda. Y de hecho no parecía afectarle demasiado recorrer con ella en brazos el empinado camino de la colina. La respiración de Jack apenas se había alterado cuando por fin llegaron a su Defender verde oscuro. Dejó con cuidado a Zoe en el suelo y la ayudó a acomodarse en el asiento del acompañante para acto seguido regresar por el camino más corto a la Casa de la Playa.

—Ve a la pensión y dile a la abuela que enseguida voy —indicó a William.

El muchacho asintió y se marchó corriendo tras lanzar una mirada titubeante a Zoe, mientras Jack la ayudaba a entrar en la casa. Esa vez no la llevó en brazos, sino que le ofreció apoyo y la acompañó al sofá de la sala de estar, donde ella se dejó caer, aliviada.

—Gracias. —Se recostó y esbozó una leve sonrisa.

—¿Cuándo has comido por última vez? —preguntó Jack.

Zoe lo pensó.

—Hoy al mediodía —respondió, aunque sin mencionar que solo había tomado un yogur y una manzana. Rose había dejado la nevera llena, pero ella no había sentido hambre. En ese momento eso había cambiado y el estómago protestaba ostensiblemente ante la idea de ingerir algún alimento. Algo que tampoco se le escapó a Jack.

—Te preparo algo —anunció—. ¿Qué te apetece?

Ella hizo un gesto de rechazo.

—No te preocupes por eso. No quiero causarte ninguna molestia.

—Lo has pensado un poco tarde. —Torció la boca en una sonrisa irónica pero, por primera vez desde que habían vuelto a encontrarse, la expresión de su mirada no le pareció a Zoe tan hostil—. Las tortillas me salen de lujo y se preparan deprisa. O a lo mejor también descubro otra cosa. Voy a ver.

Dicho esto, se metió en la cocina antes de que Zoe pudiese volver a protestar. Ella lo oyó trastear por allí. La grasa siseó y poco después se expandió por la sala de estar un aroma estupendo a beicon asado. Se le hizo la boca agua. Cerró los ojos porque el cansancio la vencía y los volvió a abrir pocos minutos después, cuando Jack le llevó un plato con huevos, beicon y judías guisadas.

—De verdad que no era necesario —insistió Zoe, al tiempo que se lanzaba con avidez al plato. Mientras ella comía, Jack volvió a la cocina y regresó cuando ella ya había acabado. Por el ruido se diría que lo había dejado todo ordenado, y además le había preparado una taza de té que dejó delante de ella sobre la mesa baja.

—¿Estás mejor?

—Mucho mejor —confirmó Zoe tímidamente pese a lo agradecida que se sentía. No podía contarle a Jack lo que le ocurría, pero al menos debía darle alguna explicación para ese desvanecimiento—. Creo que hoy ha sido un día demasiado intenso para mí. El largo viaje desde Londres y tantos recuerdos...

—No concluyó la frase y se encogió de hombros.

Jack se sentó frente a ella en uno de los sillones.

—¿Por qué te haces esto? —Le reprochó, pero sin ira ninguna en sus ojos. Más bien asombro—. ¿Y por qué ahora?

—Porque no me deja. Durante mucho tiempo creí que ya había pasado y que todo estaba olvidado. Pero últimamente... —Tragó saliva al pensar en la inminente operación—. Últimamente no deja de darme vueltas en la cabeza. Quedan todavía muchas preguntas sin contestar en torno a la muerte de Chris. Y solo puedo aclararlas aquí.

Jack resopló.

—¿Y qué es lo que ha cambiado? Nadie sabe lo que ocurrió esa noche. Solo hay suposiciones, nada más.

—De todos modos, quiero revisarlo todo otra vez —insistió ella—. Cuando lea los expedientes de la policía, quizá se me ocurra algo que entonces se pasó por alto. Además, me gustaría volver a hablar con la gente del lugar que lo presencié todo. Con Harry Owen, el inspector de policía, por ejemplo. Fue él quien se encargó del caso, ¿no? ¿Está todavía en Penderak?

Jack asintió.

—Ahora dirige la comisaría. Pero seguro que no se ha realizado ningún avance, de lo contrario te habrían informado. Y, tras todos estos años, ¿qué te hace pensar que vas a encontrar algo que la policía no vio?

Zoe se mordisqueó el labio inferior.

—No lo sé. Pero de todos modos lo intentaré.

Jack se levantó de forma casi abrupta.

—Entonces haz lo que debas —dijo, y volvió a mirarla de modo tan hostil como cuando estaban en los acantilados—. Ahora he de irme.

Dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

—¡Jack!

Él volvió con desgana la vista hacia ella.

—Nunca pensé que tuvieras algo que ver con la muerte de Chris.

Por unos instantes él le sostuvo la mirada y Zoe advirtió cómo iba cambiando la expresión de sus ojos. Sin embargo, no acertó a determinar lo que se reflejaba en su rostro.

—Adiós, Zoe.

Se fue hacia la puerta y algo en el pecho de Zoe se encogió dolorosamente. No quería que se fuera, tenía miedo de quedarse sola en esa casa cargada de recuerdos. Eso no había supuesto ningún problema durante todo el día, pero entonces se había sentido más fuerte. En ese momento, en cambio, aún notaba en las extremidades la conmoción que le había producido el desvanecimiento y, por mucho que le molestase admitirlo, en presencia de Jack se sentía más segura. Naturalmente no podía decírselo y era de suponer que tampoco habría servido de nada, a fin de cuentas lo esperaban en la pensión y no habría podido quedarse. Por eso calló mientras contemplaba su ancha espalda.

Cuando Jack hubo llegado a la puerta, el teléfono sonó en el pasillo. Era un aparato inalámbrico colocado sobre una mesita blanca en su soporte, y Zoe gimió ante la idea de tener que levantarse y responder a la llamada.

—¿Te importa contestar? —pidió a Jack—. De todos modos, seguro que no es para mí.

Él asintió y se internó en el pasillo. Le oyó hablar con alguien y luego volver a la sala de estar.

—Es Rose —dijo tendiéndole el teléfono con expresión de indiferencia. Luego se dio media vuelta y un segundo más tarde Zoe oyó que la puerta se cerraba.

—Hola —respondió.

—Oh, menos mal que por fin puedo hablar contigo. —La voz de Rose tenía

un tono excitado—. Tengo que preguntarte algo muy urgente.

Jack maniobró el Defender y pisó el acelerador tan a fondo que el vehículo saltó hacia delante. Durante unos minutos mantuvo la velocidad, luego frenó y condujo más despacio por el camino que llevaba a la pensión, cuyas luces ya se distinguían en la lejanía.

«Haz un esfuerzo», se reprendió a sí mismo, intentando no pensar más en lo que había ocurrido durante la última hora y media. Pero no lo conseguía; una y otra vez surgía en su mente la imagen de Zoe desvaneciéndose. No recordaba cuándo había sido la última ocasión en que había corrido tanto. En un abrir y cerrar de ojos había llegado al lado de la joven y no había importado lo más mínimo lo furioso que estaba con ella. O el modo en que se habían separado entonces. Lo único importante era que ella había vuelto a abrir los ojos y el alivio que eso le había producido había desvanecido la cólera y la había sustituido por algo que todavía no acababa de identificar. Algo que lo desconcertaba profundamente porque no quería sentirlo.

«Necesito respuestas, Jack.»

Exhaló el aire al recordar las palabras de Zoe. Y la expresión suplicante de sus ojos.

En el pasado había esperado en vano distinguir esa rebelión en sus ojos. O al menos algún sentimiento. Pero solo había encontrado vacío y un rechazo que le había herido profundamente. Estaba seguro de que se había equivocado. De que ella no se había tomado en serio el amor que le tenía.

Pero en ese momento...

Movió la cabeza. «No —reflexionó—. No pienses en ello. Lo pasado, pasado está.» No había vuelta atrás, y mucho menos después de tantos años. Bastante tenía por el momento con William. Y tampoco debía nada a Zoe. Si ella quería indagar y volver a abrir antiguas heridas, era cosa de ella. A él ni le iba ni le venía, así que se mantendría apartado. Así de fácil.

Con un volantazo, aparcó el Defender junto al combi de su madre, bajó del vehículo y cerró de un fuerte portazo. Luego se dirigió malhumorado y dando zancadas a la puerta de entrada de la pensión.

—Simon, ¿serías tan amable de acompañar a la señora Edgars a la puerta?

Elaine Fielding miró a su hijo con una inequívoca expresión de autoridad y Simon suspiró para sus adentros.

—Naturalmente.

Se levantó y sonrió a la anciana dama que ya quería marcharse. Por lo general, a él mismo se le habría ocurrido cumplir con los deberes de la hospitalidad, era perfectamente consciente de la importancia que daba su madre a esas cosas. Pero llevaba toda la noche con la cabeza en otro sitio y apenas prestaba atención a lo que Martha Edgars le contaba durante el trayecto hasta la puerta. Se trataba de su nieta Lydia, con la que él ya se había cruzado en diversas ocasiones. Tenía casi treinta años, si mal no recordaba, y, a juzgar por lo que decía la anciana, la chica parecía tener un gran interés por él.

—Lydia estaba muy decepcionada por no haber podido venir, pero ha sufrido un contratiempo. Uno de sus caballos cojea, ¿sabe?, y ha tenido que ocuparse de él.

—Lo lamento. Salúdela de mi parte —respondió cortésmente Simon, pese a que a duras penas recordaba el rostro de Lydia Edgars. A fin de cuentas era como tantas otras mujeres jóvenes de los círculos de clase alta en los que se movía su familia: bien educadas, con los *hobbies* obligatorios y perfectamente vestidas y peinadas. No podía imaginar que un día le abrieran la puerta con una camiseta ceñida y gastada. O que le sirvieran un guiso

tradicional en la mesa de la cocina...

—Lo haré —respondió satisfecha Martha Edgars, dejando que Simon le sostuviera la puerta—. Y diga a su madre que esta vez también se ha superado a sí misma. No sé cómo lo hace, pero ha sido una velada absolutamente perfecta.

—Se lo comunicaré —prometió Simon mientras ayudaba a la anciana a bajar los escalones de la entrada hasta la limusina que la aguardaba.

Luego volvió a entrar en la casa y ya iba a dirigirse al salón, donde todos los invitados se habían reunido tras la cena, cuando su madre apareció en el vestíbulo.

—¿Todo en orden? —preguntó preocupada.

Simon asintió.

—He de comunicarte una vez más lo estupenda que ha sido la cena.

El elogio no era extraño, pues las *dinnerparties* de Elaine Fielding eran legendarias. Cuando organizaba uno de sus actos de beneficencia, toda la alta sociedad londinense acudía complacida, y no solo porque era una anfitriona perfecta. Como esposa del célebre abogado Robert Fielding, se movía desde hacía tiempo entre los acaudalados industriales del país, muchos de los cuales eran clientes de su marido desde hacía años. Y dado que era además hija del conde de Chiswick y tenía acceso a los círculos de la nobleza, las listas de sus invitados eran tan interesantes que la gente se peleaba por que la invitase, en especial cuando el acontecimiento no se celebraba, como esa noche, en su mansión de Kensington, sino en Marlton House, la residencia familiar de los Chiswick en Kent. De ahí que Elaine Fielding fuese miembro honorífico de diversas instituciones benéficas y, a juicio de Simon, le encantaban las obligaciones que ello conllevaba.

En ese momento, sin embargo, no parecía especialmente dichosa y miraba a su hijo con el ceño fruncido.

—No me refiero a Martha. Quiero saber si estás bien tú.

—¿Yo? —Simon sonrió sorprendido—. Pues claro.

Pero su madre no parecía estar convencida.

—¿Y por qué has estado toda la noche tan ensimismado? ¿Qué sucede, Simon? ¿Hay algún problema en el bufete del que tu padre no me haya

hablado?

—¿Qué? Nada. Todo va estupendamente, de verdad —le aseguró.

—Entonces tiene que ser una mujer la que te preocupa, ¿no? —Levantó la mano cuando Simon iba a protestar—. Venga, te conozco —le interrumpió sonriendo—. ¿No será por casualidad Lydia Edgars? Es encantadora, ¿no crees? Y creo que le gustas.

Simon suspiró.

—Lo lamento, pero el sentimiento no es recíproco.

—Oh. —Era evidente que Elaine Fielding había sufrido una decepción—. ¿Y de quién se trata entonces? ¿O debería preguntar en qué primera plana la he visto últimamente?

—No es una modelo —respondió Simon, y torció el gesto al reconocer ante sí mismo que la pregunta de su madre estaba justificada. A fin de cuentas, sus últimas tres novias habían sido modelos. Aunque la palabra «novia» era un poco exagerada, más bien habían sido breves aventurillas amorosas, muy a pesar de sus padres, que consideraban que su hijo único, en mitad de la treintena, tenía que sentar la cabeza de una vez y perpetuar el linaje de los Fielding. Naturalmente, no con una mujer que se ganara la vida haciéndose fotos para revistas. Ellos pensaban en una pareja de su mismo ambiente social. Alguien con un buen nombre y una ascendencia todavía mejores. Alguien como Lydia Edgars. Si fuera por su madre, ya habría anunciado, hoy mejor que mañana, el compromiso en el *Times*.

—¿Ninguna modelo? —Elaine arqueó las cejas—. Entonces, ¿a qué se dedica?

—Es diseñadora de ropa —respondió Simon, sonriendo al pensar en los dos encuentros con Rose Riley, un soplo de aire fresco comparada con las mujeres que solía conocer. En cualquier caso estaba seguro de que no iba a olvidarla tan deprisa y esperaba de verdad volver a verla.

—¿Una diseñadora? —preguntó Elaine, dudando a ojos vistas si no sería preferible que fuera una modelo—. ¿Es conocida?

Simon negó con la cabeza.

—Todavía no. Está al comienzo de su carrera.

—Ajá —contestó su madre con repentina desconfianza—. Y supongo que

tendrás que ofrecerle algo de ayuda para arrancar. Apuesto a que se ha informado sobre ti y sabe que tienes buenos contactos. Por no hablar de tu dinero. Ay, Simon. —Suspiró—. ¿Por qué siempre ha de ser algo tan extravagante como una modelo o una diseñadora? ¿Por qué no te buscas a una pareja de tu misma clase? Si no te gusta Lydia Edgars, a lo mejor esa Hazel Cummings, que ahora trabaja con vosotros en el bufete; ella sí sería adecuada para ti. Es amable, tiene tu misma profesión y, por lo que yo sé, es de buena familia.

Simon pensó en la joven abogada pelirroja que su padre había contratado recientemente. Era amable, no cabía duda. Pero hasta el momento no la había considerado una potencial pareja, por eso arqueó las cejas.

Su madre suspiró.

—Hazme caso, este tipo de relaciones son más sólidas.

—Acabo de conocer a Rose, mamá. Todavía no estamos planeando una boda —protestó, casi divertido de lo mucho que exageraba su madre cuando tocaban ese tema.

—Pero, hablando de diseño —dijo—. ¿Te acuerdas de la inauguración de la exposición del sábado?

Simon puso cara de perplejidad, no tenía ni idea de lo que le estaba hablando y Elaine respondió con una mirada de censura.

—Sé que te he enviado una invitación y que te pedí que estuvieras libre para ese acto. Es una exposición sobre las tendencias de moda más importantes de los últimos cincuenta años que he organizado para nuestro proyecto de salud mental. Con modelos que subastaremos después. Hay uno de Coco Chanel y otro que llevó la duquesa de Cambridge. Lo ha puesto personalmente a nuestra disposición para apoyar nuestra causa. Además estará allí Clive Wentworth, ya sabes, el gurú de la moda londinense del que todos hablan. Y otros dos peces gordos de la escena *fashion*. Será todo un acontecimiento, Simon, y espero que hagas acto de presencia. —Bajó la voz—. Por otra parte, también acudirá Lydia Edgars. Sería una buena oportunidad para conocerla mejor.

Simon ofreció el brazo a su madre.

—Sería mejor que nos ocupásemos de nuestros invitados, ¿no crees?

Su madre lo miró con esa expresión de desconcierto que siempre aparecía en su rostro cuando él no decía lo que ella esperaba, pero no tenía ninguna respuesta preparada que dar a su hijo.

—Sí, claro.

Avanzaron unos pasos en dirección al salón, pero Simon se quedó parado porque el móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta.

—Perdona. Enseguida voy —dijo y, pese al gesto de reproche de su madre, sacó el aparato para leer el SMS que acababa de recibir.

Visita a la casa mañana por la tarde a las cinco. Saludos, Rose.

En el rostro de Simon resplandeció una sonrisa. «Perfecto», pensó, y guardó el número del móvil de Rose en su *smartphone*. A continuación regresó al salón con paso vivaz.

—No, lo siento. No puedo. —Harry Owen se encogió de hombros, apesadumbrado, y Zoe sintió que la invadía una ola de decepción.

—Pero se trata de mi hermano. —Apretó los puños y miró suplicante al policía—. Tengo derecho a examinar estos datos.

Harry Owen dio media vuelta y volvió a su escritorio, del que se había levantado poco antes, cuando Zoe había llamado a la puerta de su despacho. Por lo que había leído ella en la puerta, ya no era sargento, sino jefe de policía, y por encima del cinturón le asomaba una barriguita. Por lo demás, su aspecto no había cambiado. Conservaba su cabello espeso y de un rubio blanquecino, como antes, y sus ojos azul claro la miraban con atención mientras le indicaba que tomara asiento en una silla que había delante del escritorio.

—Me gustaría ayudarla, señorita Bevan. Pero no puedo. El expediente de investigación es un documento interno. No podemos entregarlo a terceros, ni a los culpables, si los hay, ni a las víctimas y sus familias. Así lo dicta la ordenanza y yo debo atenerme a ello.

Zoe siguió su indicación y se sentó en la silla.

—Pero usted ya no necesita esos datos —argumentó—. El caso está en suspenso desde hace años.

—Por eso mismo —respondió Harry Owen contemplándola con ojos inescrutables—. La investigación ha concluido. ¿Qué obtendríamos revolviéndolo todo de nuevo?

—Usted no lo entiende. —Zoe se deslizó hacia el borde de la silla mirando al policía con aire de súplica—. No quiero criticar las investigaciones ni nada por el estilo. Sé que usted y sus compañeros hicieron cuanto estuvo en su mano para dilucidar este asunto. Pero en ese momento yo estaba tan alterada que realmente casi no me enteré de a quién habían interrogado y de qué había dicho la gente de Chris. Y eso me interesa ahora. Por supuesto seré muy discreta y no le...

Se interrumpió al ver que Harry Owen sacudía la cabeza en un gesto vehemente.

—Como ya le he dicho. No me está permitido. —Sus labios formaban en ese momento una fina línea y Zoe fue consciente de lo desagradable que le resultaba esa conversación. Pero ella no podía rendirse.

—Pero sería muy importante para mí. Y tampoco tendría que llevarme los documentos. Los leería aquí si usted no puede permitir que salgan de estas dependencias.

—No debe leerlos —insistió Harry Owen—. Si alguien pudiera hacerlo, sería, en el mejor de los casos, un abogado contratado por usted. Podría solicitar inspeccionar los expedientes y contarle lo que hay en los documentos. Pero tampoco él debería mostrarle los archivos.

—Pero...

—No. No puedo ayudarla, en serio. —Se levantó y, cuando Zoe lo imitó, la acompañó hasta la puerta—. Lo siento mucho —dijo evitando el contacto visual—. Hasta pronto, señorita Bevan.

Cerró en cuanto Zoe salió al pasillo y ella, frustrada, se quedó mirando la puerta. Luego volvió a la sala principal de la comisaría.

En uno de los dos escritorios que había en esa habitación estaba el policía que la había recibido y la había conducido al despacho de Harry Owen. Se trataba del sargento Collins, un hombre más joven que ella, de entre veinticinco y treinta años, alto, torpón y con una sonrisa afable. Cuando pasó por su lado, él se la quedó mirando con curiosidad. Parecía más accesible que su superior y por un segundo Zoe pensó en si debería preguntarle acerca de los expedientes de la investigación. Pero él no iba a enfrentarse con su jefe y ya había sido todo suficientemente desalentador, de modo que se limitó a

saludarlo con una inclinación y salió de la comisaría.

De nuevo en la calle, volvió otra vez la vista al precioso edificio histórico que con su fachada de pizarra y su ventanas francesas encajaba perfectamente con la imagen de la ciudad.

Había estado convencida de que Harry Owen la ayudaría. Cuando ocurrieron los hechos él todavía era un joven policía, lo recordaba bien porque se había quedado muy impresionado. Debía de haber sido su primer caso y su conmoción había mostrado a Zoe que la violenta muerte de Chris también había constituido una experiencia traumática para las fuerzas del orden de la pequeña y pacífica población de Penderak. Por eso había imaginado que mostraría cierta comprensión hacia su solicitud, pero era evidente que se había equivocado.

Por supuesto, no iba a arrojar la toalla: contrataría a un abogado, tal y como le había aconsejado. Del abogado de su empresa en Londres no podía fiarse, porque sin duda le comunicaría a su padre dónde se encontraba. Así que tenía que ser un bufete de los alrededores. Eso, sin embargo, le llevaría tiempo. «Un tiempo del que no dispongo», pensó suspirando. Zoe vagó, sumergida en sus pensamientos, por las callejuelas de hermoso adoquinado.

Cuando llegó al paseo del puerto se detuvo e inspiró profundamente. Ya estaba avanzada la tarde y los herrumbrosos arrastreros ya hacía rato que descansaban en los dos embarcaderos, a la espera de su nueva salida. Había menos que antes, comprobó Zoe, sorprendida. A cambio, el número de veleros y de barcos de motor había aumentado notablemente. La dársena donde se encontraban amarrados estaba abarrotada, y también había muchos más turistas que discurrían por el paseo y contemplaban los escaparates de las tiendas u ocupaban las sillas de restaurantes y cafés. Zoe todavía reconocía algunos negocios y hoteles, pero se habían abierto establecimientos nuevos y otros habían cambiado de nombre. En general, sin embargo, la imagen que presentaban las casas blancas y gris de pizarra, con los marcos de las ventanas de colores frente al agua resplandeciente, le resultaba casi dolorosamente familiar. Estar de nuevo allí, viéndolo, oyéndolo y oliéndolo todo desencadenó de golpe un raudal de recuerdos.

El grito de las gaviotas, el alto resonar de los cabos que el viento lanzaba

contra los mástiles de los veleros y el típico y peculiar olor del puerto a alga podrida y agua salada, todo ello estaba indisolublemente unido en su mente al verano, el sol y un sentimiento de felicidad, calidez y seguridad. Se veía a sí misma sentada con Rose en los noráis y comiendo un helado, recordaba cómo se paseaba de la mano de Jack cuando oscurecía, ambos en su recién estrenado enamoramiento. Con cuánta emoción latía su corazón. Y qué segura estaba de que nada se interpondría en su felicidad...

—Disculpe, ¿nos conocemos?

La pregunta le hizo volver la cabeza, sorprendida, hacia una mujer mayor que la miraba con la cabeza ligeramente inclinada. Tenía alrededor de sesenta y cinco años, el pelo castaño claro ondulado y presentaba un aspecto de lo más llamativo con unas bermudas de un rojo rabioso y una túnica de un vigoroso estampado. Zoe la reconoció al instante.

—¡Señora Carmichael!

Cuando pronunció el nombre de la mujer, esta pareció recordar también y su mirada se iluminó.

—¡Zoe! Zoe Bevan, ¿no es así? Dios mío, ¿cuánto tiempo ha pasado? —La mujer le dedicó una sonrisa resplandeciente, pero un segundo después se puso seria—. No pude decirle entonces lo mucho que sentí lo que le ocurrió a su hermano. Era un... —Su voz se quebró un instante pero se repuso enseguida—. Un pianista con tanto talento... Nunca volví a tener un alumno como él.

—A él también le gustaba mucho asistir a sus clases —contestó Zoe y notó un nudo en la garganta al ver que a la mujer se le llenaban los ojos de lágrimas. Habían pasado tantos años desde que Chris había muerto que Zoe creía que solo ella y sus padres aún lloraban su pérdida. Le hizo bien saber que había otras personas que tampoco lo habían olvidado.

Pero quizás eso solo pudiera aplicarse a Lizzy Carmichael; a fin de cuentas, había sido ella quien había descubierto y promovido el talento musical de Chris. Zoe ya no recordaba cómo se habían conocido los dos, pero Chris se había enterado de que daba clases de piano a los niños de Penderak y había insistido hasta que le permitieron estudiar con ella un par de horas. En Londres había continuado aprendiendo con otros profesores, y gracias a su

aplicación y entusiasmo había dominado el instrumento. A pesar de todo, o quizá por ello, se había convertido en una especie de tradición seguir tomando clases con Lizzy Carmichael cada verano.

—Las horas que pasó con usted significaron mucho para él.

—También para mí eran algo especial. —Lizzy Carmichael suspiró y una sombra pasó por su rostro. Luego volvió a sonreír—. ¿Cuánto tiempo se queda en Penderak?

—Unos días —respondió Zoe.

—Pase entonces a verme. Tengo algo que me gustaría darle. Todavía recuerda dónde vivo, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó Zoe—. ¿De qué se trata?

La mujer sonrió.

—Venga a verme mañana por la tarde y se lo enseñaré. —Acarició a Zoe en el brazo y siguió caminando, pero se detuvo otra vez a un par de metros de distancia—. A las cuatro, para el té —gritó, y agitó la mano saludándola por última vez antes de desaparecer entre la multitud.

Zoe la siguió con la mirada. No tenía ni idea de qué querría darle Lizzy Carmichael, pero debía de ser algo relacionado con Chris. Y eso ya era un punto de partida. Seguro que habría más gente en el pueblo que lo recordaba y con quien ella podría conversar.

La idea la llenó de optimismo, y ya se disponía a seguir su camino cuando le llamaron la atención unos vistosos bolsos de tela en el escaparate de la tienda ante la cual se había parado. Siempre había tenido debilidad por los bolsos, y esas piezas únicas, a todas luces confeccionadas a mano, eran preciosas, de varios colores, pero no tenían nada de estridentes o infantiles, sino que eran singulares y al mismo tiempo llevaderas.

Entró en la *boutique* sin pensárselo dos veces. Era una tiendecita que no solo ofrecía todo tipo de accesorios domésticos con motivos marineros, sino también prendas de vestir poco comunes y más bolsos.

La vendedora de cabello castaño rojizo y largo, que atendía en el mostrador a una señora mayor, levantó la mirada cuando sonó la campanilla de encima de la puerta.

—¿En qué puedo servirla? —preguntó afablemente, pero antes de que Zoe

respondiera y preguntara por los bolsos, soltó una alegre exclamación—. ¿Zoe? ¡Qué bien que hayas venido a parar aquí! Soy Iris, la hermana menor de Rose. ¿Te acuerdas?

—Pues claro —respondió Zoe, sorprendida. Le resultaba difícil creer que la hermosa y alta mujer adulta fuera la niña con alambres en los dientes de entonces, pero no había duda de que era Iris. Y continuaba siendo tan abierta y alegre como antes, pues enseguida dio la vuelta al mostrador y abrazó cariñosamente a Zoe—. ¿Ya te has adaptado un poco a la Casa de la Playa?

—Sí, gracias. —Zoe contempló los bolsos y las blusas que colgaban de sus correspondientes perchas repartidas por toda la tienda y recordó lo que su amiga le había contado sobre sus labores de costura—. Entonces, ¿estas son las prendas que diseña Rose? —preguntó sinceramente impresionada—. Apuesto a que se venden bien.

—Ya lo creo —respondió Iris—. Es lo que más éxito tiene. Rose ha de confeccionar nuevas constantemente. ¿Verdad, mamá? —Miró a la mujer mayor que todavía estaba junto al mostrador y a la que Zoe reconoció en ese momento.

—¡Señora Gallagher! —exclamó tendiéndole la mano con una sonrisa—. Me alegro de volver a verla.

La madre de Jack le devolvió una sonrisa más bien contenida mientras se estrechaban la mano.

—Yo también me alegro, Zoe —dijo, pero la expresión de sus ojos conservó cierta reserva—. Ha pasado mucho tiempo.

—En efecto, así es —confirmó Zoe bajando unos segundos la mirada. De repente lamentó haber expulsado sin más a esas personas de su vida. Había sido un error, pero ya no se podía enmendar.

—Jack nos contó lo que te sucedió ayer en el acantilado. Estaba preocupado. —Daisy miró a Zoe con mayor detenimiento—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, mucho mejor —confirmó Zoe y sintió que se le aceleraba el corazón al pensar en Jack. ¿De verdad se había preocupado por ella?—. El largo viaje me afectó más de lo que yo pensaba, por eso esta mañana he dormido más rato.

«Incluso demasiado rato», se corrigió para sus adentros, pues hasta mediodía no se había despertado, una hora en la que habitualmente ya estaba en el despacho trabajando con la primera pila de expedientes. En Penderak, por el contrario, no hacía nada y estaba totalmente agotada. Pero iría mejorando poco a poco. El abundante desayuno le había sentado bien, y el hermoso paisaje del que había podido disfrutar durante el paseo a pie hasta el pueblo obraba un efecto sosegador en ella, liberándola lentamente del estrés de los dos últimos días. Lo había olvidado, pensó. Había olvidado lo que se siente estando allí, en Cornualles.

Daisy Gallagher seguía contemplándola con escepticismo.

—Estás pálida —observó—. ¿Comes suficiente?

Zoe pensó apenada que en el pasado eso ya había sido un motivo de preocupación para Daisy Gallagher. Siempre la había encontrado demasiado delgada y le había ofrecido a menudo pasteles recién horneados y otras exquisiteces de su cocina. También en ese momento parecía sentirse responsable de la salud física de Zoe, pues tras una breve reflexión, añadió:

—Puedes venir a comer a la pensión si quieres. Siempre tenemos suficiente y, a fin de cuentas, también eres nuestra huésped.

Zoe asintió tímidamente.

—Gracias. Es muy amable por su parte —dijo, un poco abrumada por la inesperada invitación, y paseó la mirada de Daisy a Iris, quien seguía con su resplandeciente sonrisa. Aunque la madre de Jack se comportaba con ella de modo algo más reservado que antes, era evidente que no había perdido el sentimiento de hospitalidad de los Gallagher. Eso no hacía sino aumentar la mala conciencia de Zoe respecto a ellos, por eso escogió rápidamente un bolso de distintos tonos de azul que colgaba de un perchero y que le gustaba en especial.

—Me gustaría llevarme este.

Le dio el dinero a Iris y esperó a que ella le entregara por encima del mostrador la gran bolsa de papel que contenía el artículo. Luego volvió a dirigir una sonrisa a ambas mujeres.

—He de continuar. Me ha gustado mucho volver a verlas.

Con la cabeza baja y sumida en sus pensamientos, dejó la tienda y, tras dar

unos pocos pasos, tropezó con otra persona.

—Lo siento —se disculpó sobresaltada—. No le había...

Las palabras se extinguieron en sus labios cuando vio que la persona con quien había chocado era Jack.

Se lo quedó mirando, incapaz por unos segundos de articular palabra. Jack, que llevaba una caja bajo el brazo, tampoco podía apartar la mirada de ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con desconfianza, señalando la puerta de la tienda.

Zoe tragó saliva.

—Yo... pasaba por aquí por casualidad. En realidad he estado en la comisaría de policía. Pero luego he visto esos bolsos tan bonitos y he decidido entrar. No sabía que la tienda era de tu familia.

—Es de Iris —corrigió él, y Zoe notó que se ruborizaba mientras le sostenía la mirada.

—¿Es para la tienda? —preguntó para romper el silencio, señalando la caja. Él asintió, pero era obvio que pensaba en otra cosa.

—¿Cómo ha ido con la policía? —quiso saber.

Zoe suspiró.

—Mal. Me han cerrado la puerta en las narices. Harry Owen no quiere darme el expediente de investigación. Dice que va en contra de la normativa. La única posibilidad sería contratar un abogado, pero es probable que ya no lo consiga...

Se interrumpió al darse cuenta de que casi había desvelado su secreto a Jack y lo miró alarmada.

—¿Cómo que ya no lo consigues? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Porque... porque solo puedo quedarme unos días más antes de volver a

Londres —se apresuró a aclarar—. Por eso había pensado que revisar los expedientes sería algo rápido. Pero, al parecer, en este asunto el jefe de policía no puede hacer la vista gorda.

—Típico de Harry —murmuró Jack, y se encogió de hombros cuando Zoe lo miró sorprendida—. Mi cuñado Gordon es policía. Trabaja en la comisaría y a menudo se queja de lo puntilloso que es Harry con las normas.

Zoe suspiró.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó entristecida, alzando la mirada hacia Jack—. ¿Hay en el pueblo algún abogado al que pueda dirigirme?

—Que yo sepa, el bufete más próximo está en Newquay —contestó, mirándola con escepticismo—. Pero ¿qué podría hacer por ti un abogado si solo piensas quedarte unos días?

«Tiene razón», pensó Zoe mordiéndose el labio, porque de repente se percató de lo inútil que era su propósito. Aunque obtuviera a toda prisa un abogado que se ocupara de inspeccionar los expedientes, este no sabría qué buscar.

—Lo intentaré de todos modos —dijo afligida.

Jack murmuró algo que ella no entendió; pero cuando le preguntó, él hizo un gesto negativo.

—He de marcharme —declaró como si de repente tuviera mucha prisa.

La saludó con una inclinación de la cabeza y se metió en la tienda de su hermana.

Zoe se lo quedó mirando. ¿No podría al menos haberle sonreído y deseado suerte? Pero por lo visto esperaba demasiado. Después de todo lo que había sucedido, su relación nunca volvería a ser la de antes. Y prefería no pensar en por qué eso la afectaba tanto, así que se dio media vuelta y se encaminó de regreso a la Casa de la Playa.

Jack depositó el paquete junto a la caja y se enderezó.

—Aquí están las cosas que tenía que recoger para Iris —anunció a su madre, pero ella lo miraba con expresión preocupada—. ¿Qué te sucede?

—He visto que estabas fuera con Zoe. —Daisy paseó la mirada por Iris, que estaba sirviendo a una clienta—. ¿De qué habéis hablado?

—De nada importante —contestó Jack de mala gana—. Quiere averiguar

qué le ocurrió a su hermano. Ya te lo dije. —El día anterior, Zoe había sido el tema de conversación de la comida en la pensión y, por lo visto, Daisy no le daba ninguna tregua.

—¿De verdad está aquí solo por eso? —Movi6 la cabeza—. ¿Por qué no ha venido mucho antes?

—Ni idea. —Se apoy6 en el mostrador y mir6 pensativo a su madre—. Pero a lo mejor debería ayudarla.

—¿C6mo? ¿Y eso por qu6? —A Daisy no parecía gustarle en absoluto esa idea, pero Jack insistió.

—Cuanto antes averigüe lo que quiere saber, antes se marchará.

Daisy lo mir6 con aire de escepticismo.

—¿Quieres que se marche?

El resopl6.

—Se irá de todos modos —respondió, intent6 hacer caso omiso de la punzada que sintió en el pecho al pensar en c6mo acababa de mirarlo Zoe.

Había algo en ella que no iba bien. Se la veía tan abatida como si llevara una carga muy pesada sobre los hombros. Y la tristeza que traslucía su mirada era tal que a él le penetraba hasta la médula. Maldita sea, no quería ayudarla para que se fuera antes. Quería ayudarla. Y basta. Y también sabía c6mo.

—¿Está Gordon en la comisaría? —pregunt6 a Iris, cuya clienta acababa de marcharse. Ella asintió.

—Allí lo encontrarás, si es que no ha salido por alguna operación. ¿Por qué?

—Tengo que preguntarle una cosa —respondió Jack, antes de salir con paso decidido de la tienda.

—Y aquí está el baño —señaló Rose, apartándose a un lado para dejar sitio a Darios Pandakis y al perito que lo acompañaba. Se sentía un poco rara conduciendo a esos hombres a través de una casa que a ella misma todavía le resultaba ajena, pero había prometido a Zoe que se encargaría de ello y que se quedaría mientras durase toda la visita.

Los dos hombres revisaron a fondo ese espacio, al igual que las habitaciones que habían visitado anteriormente. El rostro de Darios Pandakis se mantenía impasible y tampoco mostraba ninguna emoción cuando conversaba en voz baja con el perito. Se comportaba de ese modo desde que, media hora antes, habían empezado la visita, y Rose iba poniéndose cada vez más nerviosa. Si bien Simon Fielding le había mencionado que su cliente era una persona difícil, Rose no había esperado que ese hombre, en mitad de la cincuentena, actuase de forma tan desabrida. Apenas sonreía, era seco y mostraba poquísimo entusiasmo por una propiedad que, supuestamente, deseaba comprar a toda costa.

—¿No le gusta? —preguntó con un hilillo de voz buscando ayuda con la mirada en Simon Fielding, quien esperaba con ella delante de la puerta.

Él se inclinó hacia ella sonriendo.

—No se preocupe. Siempre está así —le susurró, y Rose sintió que un escalofrío le recorría la espalda cuando percibió su aliento en la mejilla. Por unos segundos se abismó en sus ojos azules, que tenía tan cerca que hasta le resultaba difícil respirar.

«Ha venido por razones profesionales», se recordó. De modo que mejor no mirarlo como una adolescente enamorada. Sin embargo, así era como se sentía desde la velada del día anterior. Había soñado con él y había pasado todo el día preparándose, con alegría anticipada, para su nuevo encuentro. Había pasado horas delante del espejo probándose distintos modelos hasta que al final se había decidido por su vestido de verano más bonito, uno de punto color lila de ensueño. Y cuanto más cerca estaban las manecillas del reloj de las cinco y media, más nerviosa se ponía. Había sentido palpitations cuando les abrió la puerta a él y a los otros dos hombres, y la mirada de admiración de Simon había compensado todos sus esfuerzos.

Sí, quería gustarle. Pero que él desencadenase en ella todos esos sentimientos inhabituales le hacía sentirse insegura. La verdad era que ya no estaba acostumbrada a coquetear y no podía valorar si él sentía verdadero interés por ella o si no era nada más que un truco. Si era así, lo hacía muy bien, tenía que admitírselo...

—¿Hay más habitaciones aquí abajo? —preguntó Darios Pandakis, que acababa de volver al pasillo, arrancando con ello a Rose de sus pensamientos.

—No, estas son todas.

—Bien. Entonces subamos —anunció él, y Rose apretó los dientes por lo desagradable que le resultaba su tono de mando. Pero no replicó, sino que subió la ancha escalera que partía de la sala hacia el primer piso.

Apenas había estado en esa parte de la casa. Zoe le había contado que antes había sido el ámbito privado de su madre y que ella misma ya no utilizaba esa zona. Su dormitorio estaba abajo, justo al lado del baño, y Rose dormía allí porque le parecía lo más razonable. La mansión era demasiado grande para una sola persona, y en la planta baja tenía todo lo que necesitaba. Por eso había estado solo una vez arriba, al principio, para orientarse. Las puertas que daban al pasillo del primer piso estaban cerradas y ella solo había abierto la de la habitación más cercana al rellano, para echar un vistazo. Supuso que había sido el dormitorio de la madre de Zoe, y Rose se había quedado atónita porque, además de los pesados muebles antiguos, todavía contenía muchos objetos personales. En el pequeño tocador del rincón había distintos tarros y frascos, sobre la cómoda colgaba una serie de retratos enmarcados de familia

y encima de la mesilla de noche se amontonaban los periódicos. Parecía como si la señora Bevan fuera a volver en cualquier momento. Rose se había sentido como una intrusa y por eso había bajado a la planta baja sin entretenerse más.

Sin embargo, en ese momento tenía que abrir todas las puertas de esa planta para que entraran los hombres. Además del dormitorio de la madre de Zoe, había un pequeño salón amueblado igual que el de la planta baja y que parecía todavía en uso, y también dos dormitorios que habían servido antes de habitaciones de invitados, así como una espaciosa sala de baños. Todo estaba limpio y ordenado, algo que no extrañó a Rose, pues Zoe le había mencionado que una vez a la semana acudía una mujer de la limpieza que se ocupaba de esas habitaciones.

Rose no acertaba a explicarse qué era lo que le parecía tan extraño en ese lugar. Tal vez el hecho de saber que nadie lo habitaba ya. Todo se veía como en conserva, y esa impresión se confirmó cuando entraron en la última habitación, al fondo del pasillo.

Era un espacio luminoso, dominado por un piano de cola negro, cerrado. Además de los dos sillones y la mesita delante de la ventana, había varias estanterías y vitrinas, y todos los huecos se habían llenado de fotos enmarcadas y de recuerdos. También las paredes estaban cubiertas de dibujos y de fotos en formato grande, y la mayoría ilustraba un mismo tema: Chris Bevan. Sonreía desde las imágenes, unas veces solo, otras, con su familia o con amigos. Se habían retenido todas las facetas de su vida: la niñez, el período escolar, su formación y las actividades deportivas. Por lo visto había sido un excelente jugador de críquet, de lo que daban muestra los trofeos dorados que descansaban en una estantería. Una gran foto en la pared lo mostraba inmerso tocando el piano, y los dibujos que colgaban junto a ella eran, a juzgar por la firma, también de él.

Rose cruzó atónita la habitación. Se quedó casi sin respirar ante lo presente que estaba allí el hermano de Zoe y de golpe surgieron llenos de vida en su mente los recuerdos de él. Simpático, amable, siempre con una sonrisa en los labios: ese había sido Chris. Le había gustado desde el primer día e incluso había estado largo tiempo enamorada en secreto de él. Pero Chris la había

tratado como a una hermana pequeña y un día se había convertido realmente en un segundo hermano para ella. Le había resultado incomprensible que hubiese muerto, y en ese momento, cuando ella misma tenía hijos, comprendía el tremendo golpe que había sufrido su familia con la pérdida. No podía imaginar perder a uno de sus propios hijos, la sola idea le resultaba insoportable.

¿Habría erigido ella un altar como había hecho Brenda Bevan? De pronto entendió por qué Zoe había eliminado todo ese piso de su vida cotidiana y se había decidido por dormir abajo. Tanto recuerdo no parecía fácil de soportar.

—Las imágenes muestran al difunto hermano de la señorita Bevan —dijo rompiendo el silencio, porque tenía la sensación de que debía explicarles la razón de que hubiera tantas fotografías. Pero solo en la mirada de Simon Fielding se reflejaron los pensamientos que también giraban en su cabeza. Los otros dos se limitaron a asentir y se concentraron en la valoración de la casa.

Tras treinta minutos más y una visita al desván y al sótano, los caballeros por fin se despidieron.

—Nos pondremos en contacto con usted —le comunicó Darios Pandakis, antes de subirse con el perito a la limusina que los aguardaba y que no tardó en arrancar para salir del acceso a la casa.

—¿Satisfecho? —Rose miró a Simon Fielding, que estaba de pie a su lado, junto a la puerta, mirando la limusina. Había ido con su propio coche y no parecía tener tanta prisa como los otros dos.

—Mucho —respondió él, sonriendo.

—¿Y eso? —preguntó Rose, asombrada—. Por la cara de aburrido que tenía su cliente, no creo que siga teniendo interés en comprar.

—Pues lo tiene, se lo digo yo. Sencillamente, no es del tipo extrovertido. El simple hecho de que quisiera ver la casa en persona ya demuestra lo importante que es para él. Por lo que sé, hasta tiene proyectos concretos de rehabilitación.

—¿Cómo encontró la mansión, en realidad? —preguntó Rose—. No estaba a la venta, ¿verdad?

—Cierto. Pero, por lo visto, el señor Pandakis acudió a un acto de los

Bevan que se celebró aquí. La casa ya le gustó entonces y como ahora está buscando un nuevo domicilio en Londres, quería volver a verla a toda costa. Por eso hizo una oferta de compra.

—¿Por una casa que ni siquiera está en el mercado?

Simon Fielding sonrió.

—Ya dije que era muy excéntrico. Para el señor Pandakis todo gira en torno a lo que él desea tener y no a lo que puede obtener.

Rose frunció el ceño, pensativa.

—Quizá no consiga la casa. Cuando llamé a mi amiga, parecía bastante dudosa. Tuve que hablar largo rato con ella hasta acordar una hora para la visita.

—Su ayuda ha sido sin duda impagable —observó Simon Fielding—. Y por eso quisiera demostrarle una vez más mi reconocimiento.

—No es necesario —objetó Rose, sonriendo—. De verdad que me las arreglo en la cocina.

—Pero yo quiero —insistió—. ¿Cómo habría pasado la tarde si no hubiera tenido que mostrar la casa a tres desconocidos?

Rose se encogió de hombros.

—Supongo que habría ido al East End —confesó, pues la noche anterior había estado investigando esa parte de la ciudad en Internet. Varios artículos coincidían en que allí se encontraba el distrito emergente y le habría gustado ver esa faceta alternativa de Londres.

—¿Al East End? —Simon Fielding movió incrédulo la cabeza, como si hubiera estado esperando algo distinto—. ¿Y dónde exactamente?

—No sé, quizás a Shoreditch o Whitechapel. En Brick Lane dicen que hay varias tiendas estupendas. ¿Se desenvuelve bien en esa zona?

Él sonrió.

—Soy londinense, aquí me desenvuelvo bien por todos los sitios. Aunque debo confesar que no es el área que más conozco. No obstante, si está usted interesada, mañana la recojo y la acompaño. ¿Qué tal a eso de las dos? Así tendremos toda la tarde libre.

Rose arrugó la frente.

—¿No tiene que trabajar?

—Mañana es viernes, así que puedo acabar un poco antes. Además, es usted un contacto importante para mí, de modo que esta es una cita casi de trabajo.

—¿O sea que por eso es usted tan amable conmigo?

Una chispa brilló en los ojos de él y Rose contuvo el aliento cuando él se inclinó hacia ella.

—No. También quiero conocerla mejor —dijo. Y le dio un beso en la mejilla—. Hasta mañana, Rose.

Ella lo siguió con la mirada sintiendo el corazón desbocado. Todavía notaba el lugar en que sus labios le habían tocado la piel y las rodillas le flaqueaban al pensar lo que habría ocurrido si la hubiera besado en toda regla. Estaba más que segura de que no lo habría detenido.

Pero por mucho que le gustase, ¿podía realmente aventurarse a ese flirteo? ¿No debería contarle antes la verdad sobre su situación?

«No vayas tan lejos», se tranquilizó, sonriendo ante la idea de lo que diría su hermana sobre esa tarde. A fin de cuentas, era exactamente lo que había deseado que le sucediera a Rose: un poco de diversión y escapar de la monotonía cotidiana.

«Y para ello Simon Fielding es la persona adecuada», pensó Rose mientras cerraba con una sonrisa la puerta de la casa.

Zoe despertó sobresaltada y se dio cuenta de que estaba tendida en el sofá de la Casa de la Playa. Recordaba que tras el largo paseo a pie desde el pueblo se había sentido muy cansada y había querido reposar un poco. Debía de haberse quedado dormida y por un tiempo bastante largo, ya que fuera el sol ya se ponía y la casa estaba tan en penumbra que tuvo que encender la pequeña lámpara que tenía en la mesita junto al sofá.

Parpadeó asombrada con la claridad de la luz. ¿Cómo podía ser que estuviera tan cansada, si había dormido casi hasta media mañana? Debía de ser a causa del aire de mar y a que no estaba acostumbrada a moverse tanto.

Con un suspiro, apartó a un lado la manta que se había echado sobre las piernas, se enderezó y se estiró. Luego se dirigió a la cocina y se preparó un té. Mientras el agua hervía, contempló desde la ventana el camino que llevaba hacia los acantilados y se le ocurrió que probablemente Chris lo había recorrido aquella tarde funesta. Por un instante imaginó incluso su silueta delgada y alta a la luz crepuscular del exterior, alejándose de ella.

¿Para qué habría ido esa tarde a los acantilados? ¿Estaba solo?

Le habría gustado tanto leer los expedientes de la policía. A lo mejor entonces habría...

El sonido de un tintineo la arrancó de sus pensamientos. Era como si detrás de la casa alguien hubiese tirado un objeto. Atravesó la sala de estar lo más rápido que pudo, abrió la puerta de la galería y se quedó atónita.

—¡William! —Reconoció de inmediato al chico, que se la quedó mirando,

asustado. Debía de haber estado dando una vuelta alrededor de la casa y seguramente había tropezado sin querer con un bate de críquet que estaba apoyado contra el muro. Al caer, el bate había golpeado la regadera de estaño que estaba al lado y traicionado de este modo su presencia. Un hecho que a todas luces no era del agrado del chico.

—¿Venías a verme?

Él asintió, pero no dio ninguna explicación de por qué no se había limitado a tocar el timbre. Zoe no insistió porque sabía exactamente lo que lo había llevado hasta allí. Sentía curiosidad por ella y su historia, y el interés era recíproco. Ella también tenía ganas de conocerlo mejor, así que se hizo a un lado y lo invitó con un gesto a entrar en la casa.

—Estoy preparando un té. ¿Te apetece una taza?

William la siguió a la cocina y unos minutos más tarde se encontraban sentados el uno frente al otro a la mesa delante de unas humeantes tazas de té.

—Siento lo de ayer —dijo Zoe, para romper el silencio—. Seguro que te asusté.

El chico se encogió de hombros y Zoe no supo si eso significaba que le daba la razón o todo lo contrario. Pero en sus ojos, tan parecidos a los de Jack, se reflejaba una auténtica preocupación mientras la observaba con detenimiento.

—¿Se encuentra usted mejor?

Zoe estaba a punto de asegurarle que todo iba estupendamente bien, pero algo en la mirada del joven le indicó que tenía que ser sincera con él.

—Más o menos. —Esbozó una media sonrisa—. Me resulta difícil volver a estar aquí.

—¿Por lo de su hermano?

Ella asintió.

—Pienso mucho en él.

—Yo también pienso mucho en mi madre —admitió el muchacho—. La echo de menos.

—Y yo a Chris —confesó Zoe—. Pero el tiempo lo irá haciendo todo más fácil.

William sacudió la cabeza con energía.

—Yo no quiero que se haga todo más fácil —objetó con una mezcla de obstinación y desesperación—. Si todo se vuelve más fácil es posible que la olvide. Y yo no quiero.

Zoe tragó saliva porque conocía muy bien esa sensación. Se había sentido culpable el día que se había dado cuenta de que ya no pensaba constantemente en Chris. Ese día en que él se había deslizado un poco más en su subconsciente y que su quehacer cotidiano recuperó la normalidad. Con el tiempo había comprendido que era un paso más en el proceso de duelo, pero todavía recordaba muy bien lo doloroso que había sido soltar ese lastre.

—No la olvidarás nunca —lo tranquilizó, y dudó un segundo antes de plantearle la pregunta que hacía tiempo que le rondaba por la cabeza—. ¿Cómo pasó?

William jugueteó con la taza de té entre sus manos.

—El coche se salió de la carretera y cayó por un terraplén. La rescataron viva, pero murió poco después en el hospital.

Callaron unos minutos y Zoe vio reflejado en el rostro del chico el impacto de esas palabras.

—¿Y sabe qué es lo peor? —Había apretado los puños y las palabras estallaron literalmente de su boca—. Había estado un tiempo fuera y regresaba exprofeso para estar conmigo. Venía a buscarme. Papá y ella querían separarse y ella iba a llevarme a Nueva York. Por eso papá se había peleado con ella durante semanas. Él quería que yo me quedara con él, pero yo me hubiera ido con ella. Era mi madre. —Resultaba inevitable percatarse de la rabia que había en su voz, pero cuando siguió hablando con un volumen algo más bajo, el tono era más bien de desesperación—. No pude decirle lo mucho que la quería. Y lo mucho que la había añorado cuando no estaba.

A Zoe se le encogió el corazón.

—Yo me había peleado con mi hermano la tarde en que murió y le había echado en cara unas cosas horribles —confesó ella—. No puedes imaginarte cuántas veces he deseado retirar esas palabras y, en lugar de todo eso, decirle a mi hermano lo importante que era para mí.

No tuvo que explicar lo mucho que le dolía no tener la oportunidad para ello, porque en la mirada de William vio que él la entendía. Por eso el chico

no se sintió incómodo cuando de repente en los ojos de ella asomaron unas lágrimas.

Zoe bebió un sorbo más de té y carraspeó.

—¿Dónde estaba tu madre antes del accidente? —preguntó, considerando que para William sería agradable hablar de ese tema. Pero el joven se cerró.

—Tengo que marcharme a casa —dijo consultando el reloj de pulsera.

—De acuerdo —respondió Zoe, sorprendida, y se dispuso a acompañarlo a la puerta principal. Pero él se dirigió con paso seguro a la puerta de la galería, por donde había entrado.

—Iré por detrás, por el prado; es más rápido —explicó, agitando la mano en señal de despedida antes de marcharse corriendo.

«Es tan resuelto como Jack», pensó Zoe mientras miraba cómo se alejaba. Y era evidente que tenía la tendencia de su padre a interrumpir abruptamente sus conversaciones cuando trataban de temas sobre los cuales no quería hablar.

Con un suspiro, dio media vuelta y se metió en la casa para beberse el resto del té en la sala de estar, pero antes de que pudiera sentarse oyó el sonido de un coche que se acercaba por el camino. El vehículo se detuvo junto a la casa y un par de minutos más tarde, cuando Zoe ya se encaminaba hacia la puerta, llamaron.

Zoe abrió y se quedó mirando al recién llegado como si fuera una alucinación.

—¡Jack!

Parecía muy serio.

—¿Puedo entrar?

Zoe se apartó a un lado para que pasara y lo siguió hasta la sala de estar. Él se quedó parado delante del gran ventanal, al fondo de la habitación, casi como si no quisiera acercarse demasiado a ella.

—Tengo algo para ti. —Le mostró la carpeta que llevaba consigo.

Zoe se la cogió, sintiendo que el corazón se le aceleraba al darse cuenta de lo que contenía. Sorprendida, levantó la mirada hacia él.

—¿Es el expediente de investigación sobre mi hermano!

—No, es una copia —explicó Jack—. Y no es el expediente completo. Solo

las declaraciones de los testigos y todo el material escrito sobre el estado de las investigaciones. Las fotos no están.

Zoe ojeó las páginas todavía atónita.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Gracias a mi cuñado. Ya te he contado que es policía, aquí en Penderak. Lo has conocido hoy en la comisaría. En cualquier caso, me ha dicho que te había visto.

Zoe pensó en el joven agente junto al que había pasado.

—Pero yo pensaba que la policía no podía sacar de allí los expedientes de investigación.

—Y no puede. He tenido que hablar largo rato con él y prometerle que solo leerás las declaraciones y que luego devolverás el expediente sin contarle a nadie que has podido echarles una ojeada. Esto se aplica también a todo lo que logres descubrir a través de los documentos. No debes hablar de ello. Si alguien se enterara, Gordon sufriría las consecuencias.

Sin pronunciar palabra, la mirada de Zoe iba de los papeles a Jack, mientras intentaba imaginarse cómo habría sido la conversación entre los dos hombres. Si ese Gordon estaba dispuesto a correr un riesgo así, o bien era muy bonachón o bien Jack había puesto mucho de su parte en la balanza para satisfacer el deseo de ella.

—Nadie lo sabrá, te lo prometo.

—Bien. —La expresión de los ojos de Jack cambió y pareció relajarse un poco—. Espero que encuentres lo que estás buscando.

Él ya iba a marcharse, pero cuando pasó junto a ella camino de la puerta, Zoe lo agarró por el brazo.

—¡Espera! —Tomó una profunda bocanada de aire—. Gracias. No sé qué decir. Esto... significa mucho para mí.

Su mano todavía descansaba en el brazo de él y, cuando sus miradas se cruzaron, Zoe se sintió igual de sobrecogida que entonces, cuando por primera vez se abandonó en sus ojos verdes y supo que estaba enamorada de él...

—¿Quieres tomar un té?

Percibió su vacilación y el momento en que cedió.

—De acuerdo. —Se desprendió de ella y al suspirar pareció emitir un gemido—. Pero no tengo mucho tiempo.

—Me daré prisa —dijo ella, corriendo a la cocina, aliviada y con el corazón palpitante. Le ponía nerviosa estar junto a él, pero no quería que se marchase.

Enchufó apresurada el hervidor de agua y sacó tazas del armario, colocó dentro unas bolsas de té y esperó impaciente a que el agua hirviese. Cuando por fin empezó a burbujear, sacó el aparato de la base con tanta brusquedad que unas gotas de agua caliente le cayeron en la mano.

Profirió un grito de dolor y soltó el hervidor, que cayó con un tintineo al suelo y derramó otro chorro de agua hirviendo por la tarima. Unos segundos más tarde, Jack se asomaba a la puerta.

Enseguida dedujo lo que había sucedido.

—Pon la mano debajo del chorro de agua fría —le indicó a Zoe, y como ella no se movía, la empujó hasta el fregadero, dio al agua fría y la obligó a mantener debajo el dorso de la mano para enfriar la quemadura—. ¡Quédate ahí!

—¡El suelo! —se lamentó Zoe, pero Jack ya estaba pendiente de ello y extendió todos los paños de cocina que estaban a su disposición sobre el charco para que absorbieran el agua. Acto seguido, el caos ya estaba controlado y el hervidor volvía a estar en la base de nuevo. Solo Zoe seguía con la mano debajo del chorro de agua sintiéndose sumamente boba.

—Lo siento —murmuró y notó, para su horror, que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Qué torpe soy.

—Deja que te vea. —Jack le cogió la mano y se la acercó para observarla, luego se la volvió a colocar bajo el chorro de agua—. No es grave. Pero deja que se enfríe un poco más.

Estaba detrás de ella y seguía cogiendo con firmeza la mano de Zoe mientras el agua fría continuaba cayendo sobre la piel ligeramente quemada. El cuerpo, cálido y musculoso de Jack, estaba muy cerca del de ella, y cuando Zoe levantó la vista y sus miradas se cruzaron, ella imaginó lo que significaría besarlo. Sentir sus suaves labios sobre los suyos, que podían ser suaves y excitantemente ansiosos. Sentir lo que era estrecharse contra él mientras su lengua exploraba su boca. Sentir las manos de él bajo la falda y

luego subiendo hasta...

—Creo que ya estoy bien. —Sacó la mano del chorro de agua y se separó de Jack dando un paso a un lado—. Voy... voy a prepararte otro té.

Él se pasó la mano por los cabellos.

—Necesito algo más fuerte —murmuró y dejó rápidamente la cocina.

Cuando Zoe lo siguió, se encontraba delante del armario de la sala de estar frente al bar de Rose y se servía un dedo de whisky en uno de los vasos que había preparados para ello. Tomó un buen trago del líquido dorado y luego se volvió hacia ella.

El corazón de Zoe palpitaba locamente mientras sostenía su mirada. Quería preguntarle por qué la ayudaba, pero tenía miedo de su respuesta.

Todavía temblorosa, se acomodó en el sofá.

—Pero siéntate —le pidió a Jack y se alegró de que le hiciera caso. Guardaron silencio unos minutos y Zoe buscó desesperada un tema para hablar con él. Al final le planteó la pregunta que llevaba tiempo rondándole por la cabeza.

—¿Cómo es que has vuelto de Canadá?

Él miró el vaso y se encogió de hombros.

—No era como me lo había imaginado.

—¿Y eso?

Él levantó la cabeza y pareció pensarse si tenía que contestar. Pero lo hizo.

—Yo quería empezar algo allí, una empresa, algo propio. Pero primero tenía que ganar dinero, así que trabajé en la industria de la madera. Estaba en las explotaciones madereras de la Columbia Británica, talando árboles. Es un trabajo de esclavos. Al principio estaba demasiado cansado para pensar qué otra cosa podía hacer. Luego nació William y tuve que ocuparme de él y trabajar al mismo tiempo. Sencillamente, no tenía tiempo ni fuerzas suficientes para hacer realidad mis planes.

Zoe frunció el ceño, porque todo ello no era propio del Jack que ella conocía. Y porque había algo extraño en esa historia.

—Pero tu esposa todavía estaba con vida, William me ha dicho que murió hace un año.

Jack se la quedó mirando.

—¿William te ha estado hablando de Karen?

Ella asintió.

—Tu hijo estuvo aquí, poco antes de que tú llegaras.

Jack parecía no dar crédito a esa noticia, luego movió la cabeza.

—¿Qué ha dicho?

—Que murió en un accidente de tráfico —contestó Zoe—. Y que la echa de menos.

Jack seguía sin apartar la mirada de ella.

—¿Ha mencionado también que me odia porque cree que le impidió que se fuera a vivir con su madre?

—Me ha dicho que queríais divorciaros y que discutíais acerca de con quién debía vivir él —respondió Zoe con prudencia porque no quería que volviera a enfadarse con ella.

—Sí, discutíamos mucho —respondió él con un profundo suspiro y luego se quedó tanto rato en silencio que Zoe temió que no fuera a decir nada más—. En realidad nunca nos llevamos bien. Tuvimos una corta aventura sentimental y para mí fue un golpe bastante fuerte enterarme de que estaba embarazada. Precisamente estaba consolidándome un poco allí y lo último que me faltaba era un hijo, y una esposa que esperaba de mí que la mantuviese. A pesar de todo nos casamos, pero no formamos ningún *dream team*. Nunca lo fuimos, ni siquiera al principio. Yo lo intenté mucho tiempo, por el niño. Pero llegó un momento en que la relación ya no funcionaba. —Miró a Zoe y movió la cabeza—. William no suele hablar de Karen, y mucho menos con desconocidos —añadió, como si no pudiera creer que su hijo se hubiese sincerado precisamente con Zoe. Y como si no estuviera seguro de que eso le gustase.

Ambos guardaron silencio y Jack permaneció absorto mirando su vaso.

—¿Y cómo es que tuviste que ocuparte tú solo de William? —preguntó ella, rompiendo el silencio.

Él levantó la mirada, como si de pronto se diese cuenta de que había hablado demasiado. Y, en efecto, así había sido. Lo que había contado desvelaba mucho sobre sí mismo y proyectaba una luz totalmente nueva sobre el supuesto fracaso de su emigración. Simplemente había desistido de

llevar a término sus planes porque su hijo había sido más importante para él. Pero había algo que Zoe no acababa de entender.

—¿Por qué no te ayudaba Karen?

Jack luchaba consigo mismo mientras miraba los azules ojos de Zoe. No sabía por qué estaba allí sentado, bebiendo un whisky y hablando de cosas que no eran de incumbencia de la joven. Todo eso solo les afectaba a William y a él, pero el chico había conversado con ella y tal vez estuviera bien que supiera la historia. Al menos la parte que él podía contarle.

—Karen era un persona extremadamente inconstante —empezó—. Unas veces estaba contentísima y otras se moría de pena. Lo llaman trastorno bipolar. O carácter maníaco depresivo. Cuando estaba en la fase optimista, tenía miles de planes y hacía lo primero que se le pasaba por la cabeza. Así que era capaz de conducir varias horas para ir a un parque de atracciones con William o le compraba juegos carísimos y le cubría de amor y de atenciones. Pero, del mismo modo, también podía pasar que se marchara sin él. Se tomaba un «respiro», como lo llamaba ella. Desaparecía entonces durante varios días, sin dar señales de vida, y yo tenía que tomarme unas vacaciones no pagadas para ocuparme de William. Y durante sus fases de depresión se encontraba a veces tan mal que no podía levantarse de la cama, de modo que yo también tenía que estar con el pequeño. —Suspiró—. Era un eterno arriba y abajo.

Zoe lo miró alarmada.

—¿Y eso no se puede tratar con una terapia?

—Claro que sí —confirmó Jack—. Pero Karen no quería saber nada del tema, al menos no en sus fases positivas. No se sentía enferma y siempre me reprochaba que yo pretendiera embaucarla. Creo que ella no quería admitir lo que le ocurría. Una única vez, durante una grave fase depresiva, pude convencerla de que siguiera una terapia, tras la cual estuvo mejor durante un tiempo. William empezó a ir a la escuela y tuvimos dos años de paz. Pero en un momento dado todo comenzó de nuevo, y esa vez peor que antes. Y entonces...

Se interrumpió.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Zoe, y él estuvo a punto de contarle

el resto. Pero se había jurando no decir nada... por el bien de William. Por eso hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nada —respondió, sintiendo una punzada al ver la expresión decepcionada en los ojos de ella.

Se llevó bruscamente el vaso a los labios, tragó el último sorbo de whisky y luego se puso en pie.

—Ahora tengo que irme.

Tenía que marcharse urgentemente, pues si se quedaba más tiempo tal vez acabaría besándola. Casi lo había hecho en la cocina, cuando estaba delante del fregadero y sus miradas se habían cruzado. Y también en ese momento, cuando se quedaron delante de la puerta de la casa y tuvo que luchar contra el impulso de estrecharla entre sus brazos. Por eso ni le dio la mano, sino que cruzó a toda prisa el umbral para volverse hacia atrás cuando ya se había alejado un paso de ella.

—Buenas noches, Zoe.

Ella se ciñó la chaqueta de punto sobre el pecho, como si de repente le hubiese entrado frío.

—Buenas noches, Jack.

Él fue hacia el coche, pero una vez hubo abierto la puerta del conductor, se dio de nuevo media vuelta. No pudo remediarlo, la veía así, tan perdida...

—En caso de que averigües algo o quieras hablar, ya sabes dónde encontrarme —dijo, y sintió que se le encogía el corazón ante la sonrisa de ella.

Se odiaba por ello, pero cuando dejó la iluminada Casa de la Playa a sus espaldas y se dirigió a la granja, esperaba que ella aceptara su ofrecimiento.

Zoe casi había llegado a la granja cuando un perro blanco y negro salió inesperadamente de la esquina del edificio y corrió hacia ella. Se colocó a su lado ladrando y ella se detuvo, asustada, pero cuando lo miró con más atención, se relajó de nuevo. No parecía agresivo, más bien inquieto, por eso, tras una pequeña vacilación, le tendió la mano y él la husmeó.

Si bien nunca había tenido perro, recordaba muy bien a los del padre de Jack, con los que había jugado mucho durante sus veranos en Cornualles. Eran border collies, justo como ese, y la habían ayudado a superar el temor que sentía hacia los perros y a comprender el lenguaje corporal de los animales. Ese conocimiento, que había quedado tanto tiempo sepultado, le indicaba que estaba ante un perro cordial, que la saludaba con más curiosidad que desconfianza. Lo único que debía hacer era no darle ningún motivo para que la considerase una intrusa, y era evidente que el animal no lo hacía, pues al cabo de un momento se dejó acariciar e incluso le lamió la mano.

—Perrito bueno —dijo mientras miraba hacia la granja—. Y si tú estás aquí, seguro que tu amito también lo está, ¿verdad?

Y como si se lo confirmara, el perro se dio media vuelta y corrió hacia la casa. En la esquina del edificio se quedó quieto, se volvió a mirar a Zoe y se marchó.

Ella lo siguió vacilante y luchando contra el nerviosismo que, con cada paso que la llevaba más cerca de Jack, se iba intensificando un poco más.

La tarde de la víspera, aún habría jurado que él la odiaba. Pero en ese

momento ya no sabía qué pensar. Todavía no daba crédito a lo que había hecho por ella. Los motivos que lo habían impulsado eran para ella un misterio, pero había cedido un poco y Zoe no quería desaprovechar otra vez la oportunidad de hablar con él sobre su hermano. Tal vez todavía quedaba una chispa de esperanza para que ambos pudieran relacionarse con normalidad. «Solo como amigos, naturalmente», pensó mientras entraba en el patio. Imposible que se convirtiese en algo más, a fin de cuentas ella no se encontraba en situación de hacer planes de futuro...

—¿Puedo ayudarla? —preguntó una voz de mujer tan bruscamente que Zoe se estremeció y miró a su alrededor, sorprendida. Pero en el patio no había nadie. Fue al levantar la mirada que vio a una mujer, con el cabello recogido en una cola de caballo, asomada a la ventana de la cocina y mirándola con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—Estoy buscando a Jack —respondió Zoe, sin hacer caso de la punzada que le había provocado la visión de la mujer. Había supuesto que Jack vivía solo, pero resultaba evidente que no era el caso, y por un momento se enfadó porque él no le había mencionado a su nueva pareja—. ¿Está en casa?

—Por el momento no —contestó la mujer—. ¿Quiere que le diga algo?

—No, tengo que hablar yo misma con él. ¿Sabe cuándo...?

No concluyó la frase porque oyó el sonido de un motor que se acercaba velozmente. Acto seguido, Jack entró en el patio en un gran tractor y frenó delante del pajar. Bajó del asiento del conductor con un ágil movimiento y se dirigió hacia ella.

«Llegado el caso de que la agricultura no funcionase, podría ganarse la vida como modelo trabajando para cualquier revista *outdoor*», pensó Zoe, y tragó saliva para deshacer el nudo que de pronto sintió en la garganta.

—¡Jack! ¡Qué bien que hayas venido! —gritó la mujer de la ventana, mirándolo resplandeciente—. Os he traído un par de tarros de mermelada que acabo de hacer. Y también frambuesas recién cogidas. Tengo tantas este año que no sé qué hacer con ellas. William me ha abierto la puerta para que pudiera dejarlo todo.

La sonrisa de Jack era contenida. De hecho, más bien parecía irritado, y Zoe supo al instante que se había equivocado. Esa mujer solo estaba allí de

visita. Jack no mantenía una relación con ella, por más que las mejillas enrojecidas y todo el lenguaje corporal de la mujer delataran su interés por él. «Eso no marca ninguna diferencia», se recordó Zoe, y prefirió no pensar en por qué se alegraba de ello a pesar de todo.

—Ha sido muy amable por parte de William —contestó Jack, pero tenía un deje de asombro, como si le extrañara mucho que hubiera sucedido eso. Luego miró a Zoe—. ¿Y qué haces tú aquí?

Ella tragó saliva porque la sobrecogió el temor de que él no le hubiera hecho en serio su ofrecimiento.

—Yo... quería hablar contigo. Ya sabes. —Señaló con la barbilla las copias del expediente de investigación que sobresalían por encima de su gran bolso de piel—. Pero no quiero molestar. Ya volveré otro día.

Iba a marcharse, pero él la cogió por el brazo y la retuvo.

—No, quédate. —Miró a la mujer de la ventana—. Megan solo está aquí de paso. ¿No es así, Megan?

—Exactamente. Tengo que marcharme enseguida —contestó la mujer con una sonrisa algo forzada mientras cerraba la ventana y desaparecía en el interior de la casa. Poco después llegó a la puerta, cuando Jack y Zoe estaban a punto de entrar. Miró con curiosidad a Zoe, y Jack aprovechó la ocasión para presentarlas.

—Zoe, esta es Megan Turner, una antigua compañera de escuela. Y esta es Zoe Bevan. Es...

Dudó.

—Soy una amiga de Rose —dijo Zoe en su lugar.

—Zoe Bevan —repitió Megan Turner frunciendo el ceño, al tiempo que le estrechaba la mano. Luego, la expresión de su rostro cambió, tal vez porque en ese momento identificó el vínculo con Chris.

Su caída desde el acantilado había provocado un gran escándalo, y si Megan había sido compañera de escuela de Jack, debía de haberse enterado de todo. Pero ¿sabría que Jack y Zoe habían sido pareja? Su mirada, apenas un poco más gélida, parecía confirmarlo. Luego se dio media vuelta y se volvió hacia Jack.

—He dejado los tarros de mermelada en la despensa. Y las frambuesas ya

están lavadas, podéis coméros las directamente cuando queráis.

Sonrió cuando Jack le dio las gracias y lanzó a Zoe una última y distante mirada. Acto seguido se despidió y se marchó.

—¡*Buddy*, aquí! —gritó Jack, y el border collie que había desaparecido en el pajar abierto lo siguió al instante y entró con ellos en la casa.

Jack condujo a Zoe a la sala de estar, que a ella todavía le resultaba muy familiar. Había estado allí a menudo, y en su mente surgió el recuerdo de aquella tarde en que Chris y ella —agotados porque habían ayudado al padre de Jack a recoger el heno— se habían dormido en el sofá. Rose y Jack siempre les habían tomado el pelo porque no estaban acostumbrados a ese trabajo y durante mucho tiempo se habían reído de eso.

Zoe miró a Jack, y cuando sus miradas se encontraron él sonrió, como si acabara de pensar lo mismo que ella.

—Siéntate —la invitó—. ¿Te apetece un té u otra cosa?

—No, gracias. —Negó con la cabeza y esperó a que él tomara asiento en un sillón de orejas, frente a ella. Luego sacó la copia del expediente del bolso y se la devolvió—. Toma. Te la tenía que devolver.

Él la cogió con el ceño fruncido.

—¿Ya lo has leído todo?

Ella asintió.

—Y muy a fondo.

Había estado analizando el escrito casi toda la noche y toda la mañana, lo había revisado todo minuciosamente, aunque una parte le había resultado muy difícil. Solo había echado un sucinto vistazo al apartado de la autopsia, así como al informe sobre el hallazgo del cadáver, y para ella había sido un alivio que en la carpeta no estuvieran las fotos.

Sumergirse otra vez en aquel suceso le había resultado más doloroso de lo que esperaba, pero en la medida en que ella, como lega en la materia, podía juzgar, la policía había realizado una investigación sumamente seria. Había docenas de declaraciones, entre las que se encontraban las suyas y las de Jack, y también se habían inspeccionado con gran precisión todas las huellas en lo alto del acantilado y abajo, en la playa. El único problema residía en que apenas había indicios y que tampoco se había encontrado el móvil de

Chris, que tal vez habría definido sus últimas horas. Todo ello no procuraba ninguna imagen concluyente del transcurso de la tarde del infortunio.

—Tenías razón. —Zoe hizo un gesto de impotencia, incapaz de ocultar su decepción—. No hay ningún indicio que pasaran por alto, no hay nada que permita dilucidar cómo se cayó por el acantilado o por qué razón se encontraba allí.

—¿Qué esperabas? —preguntó Jack—. Si hubiera habido un indicio así, la policía ya lo habría encontrado hace tiempo.

Zoe suspiró.

—Lo sé. Pero no lo acepto. Tiene que ser posible averiguar qué le ocurrió. —Recordó el acta de la declaración de Jack y lo que había pensado al leerla—. ¿De verdad no discutisteis esa noche?

Jack la miró asombrado.

—No. Estuvimos charlando un rato, entonces me preguntó si podía prestarle la chaqueta de cuero y se marchó. —Frunció el ceño—. ¿Crees que estoy mintiendo? ¿Como tu padre?

—No, es solo... —Zoe dudó—. Esa tarde, la última vez que hablé con Chris le dije que quería irme contigo a Canadá. No le entusiasmó la idea e intentó disuadirme de que lo hiciera. Ese fue el motivo de que discutiéramos, así que pensé que había ido a tu casa para convencerte de que no cumplieras tu propósito.

Jack se la quedó mirando.

—¿Querías venir conmigo?

Justo en ese momento, Zoe cayó en la cuenta de que nunca había podido comunicárselo.

—Había pensado decírtelo por la mañana. Pero entonces... —Se encogió de hombros, abatida, y recuperó el tema del que realmente estaban tratando—. ¿De verdad no te mencionó Chris nada al respecto cuando hablasteis? ¿No estaba furioso?

Jack calló un largo rato, en sus ojos había una extraña expresión mientras la miraba fijamente.

—No, al contrario. Estaba de buen humor y me preguntó acerca de Canadá. No mencionó nada de que hubiera discutido contigo. Por otra parte...

—¿Qué? —le urgió Zoe.

—No sé... —Jack movió la cabeza de un lado a otro—. Se comportaba de una forma un poco extraña. La primera vez que le hablé de mis planes de emigrar a Canadá estaba muy escéptico. Tenía todo tipo de reparos y consideraba que yo sobrevaloraba una acción de ese tipo. Pero esa tarde era como si hubiese cambiado de opinión. De repente parecía entusiasmado y me alentó a que llevara a la práctica mis planes. Estaba sumamente animado y al principio llegué a pensar que había bebido. Pero no olía a alcohol y en todo momento se mostró muy lúcido. Simplemente estaba contento, resplandeciente, como quien acaba de recibir una noticia estupenda. Le pregunté si había pasado algo, pero me respondió con una evasiva. Luego me dijo que tenía que marcharse y así lo hizo.

Zoe sintió un hormigueo en la cabeza, tenía la sensación de que había dado con algo.

—¿Por qué no se lo contaste a la policía?

Jack suspiró.

—Porque no querían saberlo. Solo me preguntaron si parecía desanimado o si había comunicado su intención de suicidarse. Pero no lo hizo, al contrario. Parecía feliz.

—¿En serio? —La idea de que Chris no estuviera furioso o triste por las cosas que ella le había dicho la consolaba y Zoe sintió que su corazón se libraba ligeramente de una pesada carga—. ¿Y no dijo adónde iba?

Jack negó con la cabeza.

—Ya has leído mi declaración. Todo pasó como se lo conté a la policía: me preguntó si le prestaba la chaqueta, se despidió y se marchó. Después no volví a verlo.

Zoe pensó en su pelea con Chris.

—Hay algo que no encaja —apuntó—. En mi caso fue totalmente distinto. Estaba serio y casi furibundo. Dijo que en la vida no siempre se obtiene lo que se desea. Y no quería, de ninguna de las maneras, que me fuera contigo a Canadá. Pensaba que era egoísta por mi parte.

Miró a Jack y reconoció en sus ojos que pensaba lo mismo que ella: algo debía de haber sucedido entre las dos conversaciones que habían sostenido

con Chris para que este cambiara de opinión. Y si hubieran hablado de ello, se les habría ocurrido esa idea.

Zoe hizo unos cálculos mentales. Había discutido con Chris a eso de las nueve y, según sus declaraciones, Jack había hablado con él a las once y cuarto. Nadie sabía dónde había estado Chris entre ambos encuentros, ni tampoco lo que había hecho el resto de la noche antes de caer, se suponía que a la una de la madrugada, por el acantilado.

—No es posible que se suicidara —dijo Zoe, como si se lo confirmara de nuevo a sí misma, y miró a Jack, desconcertada—. Si dices que estaba animado cuando se marchó, no pudo haber saltado. ¿No es cierto? Él no era así. No se habría matado como si nada, sin escribir al menos una carta de despedida.

—No, no lo habría hecho —le confirmó Jack.

—Pero ¿qué ocurrió entonces? —Zoe alzó entristecida los brazos y sintió que las lágrimas anegaban sus ojos—. Esta noche he soñado con él, Jack. Estaba al borde del acantilado y me miraba. No sonreía y había algo incriminador en su mirada. Porque soy culpable. Me di cuenta de que había algo en él que no era normal. Debería haberlo investigado en lugar de gritarle. Quizá si hubiera estado más atenta habría podido evitarlo.

Cerró los ojos y las lágrimas descendieron cálidas por sus mejillas mientras revivía su última pelea con Chris.

—Lo acusé de ser un cobarde. Y le dije que me parecía deplorable que no se rebelara contra nuestro padre. Chris quería ser pianista, era su sueño. Pero se habría hecho cargo de la compañía solo porque era lo «razonable». Quería que yo también lo fuera y eso casi me enloqueció. Yo siempre lo había admirado, era mi modelo, pero esa tarde le dije que lo odiaba y que no quería volver a verlo nunca más. Y así fue. —Sollozó—. Fue lo último que oyó de mí, ¿lo entiendes? Por eso no quería hablar del tema. No quería tener que averiguar que lo que había ocurrido fue por mi causa.

También en ese momento el miedo que sentía cuando pensaba en esa posibilidad se apoderó de ella. Cegada por las lágrimas levantó la mirada hacia Jack, que se había sentado en el sofá a su lado.

—No fue culpa tuya, Zoe, y tampoco podrías haberlo evitado.

Ella quería responderle y decirle que no hacía falta que la consolara, que volvía a recuperar el control sobre sí misma. Pero no logró dominar lo que de repente estalló en su interior: el duelo por Chris, que la lectura del expediente había reavivado con tanta intensidad, y el miedo ante la operación y ante lo que le esperaba después. Todo eso la consumía y agotaba todas sus fuerzas. Sacudida por los sollozos, le temblaban los hombros y las lágrimas le bañaban las mejillas.

—Venga, ya está bien. —Jack la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí, abrazándola mientras lloraba. Ella se sentía sumamente avergonzada por no ser más fuerte y por haberse desmoronado delante de él. Pero no podía contenerse, y dejó escapar todo el sufrimiento que ya llevaba tiempo consumiéndola en su interior.

Jack le susurraba palabras de consuelo, acariciándole el cabello y la espalda, hasta que ella fue sobreponiéndose y volvió a respirar serenamente. Pero él no dejó de acariciarla y Zoe permaneció un momento inclinada sobre él, demasiado agotada para abandonar esa placentera sensación. Cuando al final se apartó un poco, añoró de inmediato su calidez.

—Lo siento. —Se secó las mejillas y esperó que el rímel no se le hubiera corrido. «Debo de parecer un mapache», pensó infeliz, mirando la mancha húmeda sobre el pectoral de Jack—. Te he puesto la camisa perdida.

Pero Jack no parecía oírla, solo la miraba.

—Desearía que lo hubieras dicho entonces —apuntó, y por un breve y desconcertante momento, Zoe también lo deseó. Así tal vez no estarían los dos sentados como extraños. Y entonces ella habría podido extender la mano y recorrer con los dedos las finas líneas que rodeaban sus ojos y que daban un aspecto tan agotado a su mirada que a ella se le partía el corazón al verlo. Entonces habría podido estrecharse contra él y olvidar que debía enfrentarse sola a sus problemas.

—¿Puedo utilizar un momento el baño?

Él asintió y ella supo cuál era el camino, porque todavía recordaba dónde estaba. Se lavó la cara con vigor hasta que desaparecieron las huellas de las lágrimas y se arregló el pelo antes de volver a la sala de estar. Pero Jack ya no se encontraba allí, así que siguió hasta la cocina.

Buddy, que estaba tendido sobre una manta, se acercó a ella y Zoe se inclinó para acariciarlo. A continuación, se enderezó y vio a Jack junto a la superficie de trabajo de la cocina, esperando a que el agua hirviese en el hervidor. Cuando sus miradas se encontraron, ella no consiguió definir la expresión de sus ojos, pero su sonrisa parecía más fría.

—¿Te apetece ahora un té? —preguntó, y en ese instante Zoe recordó una cita que casi había olvidado con la conversación.

—No, no puedo, tengo que ir a ver a la señora Carmichael. —Miró nerviosa el reloj de pulsera y suspiró aliviada porque eran las tres y media—. Me espera para tomar el té.

Jack frunció el ceño.

—¿La antigua profesora de piano de Chris?

Zoe asintió.

—Ayer me la encontré por casualidad y me invitó a su casa porque quiere darme algo. —Esbozó una sonrisa triste—. Creo que tiene que ver con Chris. A lo mejor me ayuda a avanzar.

Jack asintió.

—¿Quieres que te lleve en coche?

Zoe sacudió la cabeza tal vez con demasiada energía.

—No. Mejor voy a pie.

Jack la acompañó al exterior y se quedó junto a la puerta cuando ella salió al patio. Con sus anchos hombros llenaba casi totalmente el hueco del umbral, pensado para personas más menudas. A pesar de todo él pertenecía allí, pensó Zoe cuando lo miró.

—Gracias —dijo—. Por todo.

Él abrió la boca, pero ella no supo qué iba a contestar porque en ese momento William apareció por la esquina de la casa. Cuando vio a Zoe se detuvo.

—Hola, William —dijo ella, y esperó hasta que él le devolvió el saludo con un gesto negligente y una sonrisa.

Acto seguido, se marchó sin volver la vista atrás.

Jack permaneció unos minutos más junto a la puerta antes de seguir a William, quien ya había entrado en la cocina y se estaba preparando un plato

de frambuesas.

—¿Por qué ha venido? —quiso saber cuando Jack se sentó con él a la mesa.

—¿Quién? ¿Zoe? —Jack se encogió de hombros—. Quería devolverme una cosa.

William arqueó las cejas.

—Pensaba que no querías saber nada de ella.

«No quería», pensó Jack intentando deshacerse de la sensación que experimentaba desde que había estrechado a Zoe entre sus brazos. Su cabello olía como entonces y había tenido que reunir todas sus fuerzas para no estrecharla todavía más fuerte. Todavía la deseaba, pero no era solo eso lo que había encogido su corazón al tenerla tan cerca. Sus palabras le habían llegado hasta lo más profundo de su ser, igual que sus lágrimas. Era como si él mismo hubiese sentido el lastre que ella estaba cargando, se diría que hacía mucho tiempo, y por unos instantes la perdonó y se imaginó lo que habría sucedido si ella realmente lo hubiese acompañado a Canadá.

Pero luego se le ocurrió que habría podido hacerlo si de verdad lo hubiese querido. Recordó una vez más la carta que le escribió después de que ella se marchara de Penderak. Casi le había suplicado que diera otra oportunidad a su relación, porque él la echaba muchísimo de menos y no quería creer que entre ellos todo se hubiera acabado de golpe. Pero Zoe no respondió. Lo que en sí ya fue una respuesta.

—Y yo pensaba que no querías saber nada de Megan —le señaló él a William, que seguía comiendo las frambuesas—. ¿Por qué la has dejado entrar?

—¡Yo no quería! —protestó William—. Estaba en el patio cuando ha venido y le he dicho que tú no estabas. Pero ella me ha contestado que seguro que no tendrías nada en contra de que ella guardara las cosas, y se ha metido en casa.

—¿Y por qué no te has quedado con ella? —prosiguió Jack.

William soltó un gemido.

—Porque no mola nada que me esté dando el palo. Todo el día está dando vueltas por aquí y trayendo cosas, me pone de los nervios, la verdad.

Jack reprimió el comentario de que, al parecer, las frambuesas de Megan sí le estaban sentando bien, a pesar de todo. Y a los dos les gustaban sus pasteles. Pero ya sabía a qué se refería el muchacho.

También le había molestado que Megan se metiera sin más en la cocina en su ausencia. Ella no era responsable de cuidar de él y de William, pero por lo visto eso era justo lo que creía. O intentaba hacerse imprescindible y para él estaba yendo demasiado lejos. «Tengo que hablar con ella, fijar los límites», pensó, y suspiró ante la perspectiva de una conversación que sospechaba que sería muy desagradable.

William ya debía de haberse saciado, porque retiró la silla hacia atrás arrastrándola ruidosamente por el suelo de madera y se levantó.

—¿Me ayudas con las ovejas? —preguntó Jack, pero solo obtuvo una mirada de desgana. Habría podido insistir, lo sabía. Pero estaba demasiado ocupado con sus propios pensamientos como para medir fuerzas con el terco de su hijo, que ya se encaminaba a la puerta.

Poco antes de dejar la cocina, William se detuvo y volvió la cabeza por encima del hombro.

—Zoe es simpática —dijo, y desapareció antes de que Jack pudiera decir algo. Sorprendido y algo maravillado, se quedó sentado a la mesa de la cocina, mirando por la ventana.

«Opino lo mismo», pensó, e inclinó la cabeza hacia atrás.

—Aquí está. —Sonriendo, Lizzy Carmichael tendió a Zoe un delgado librito encuadernado en piel y volvió a sentarse a la pequeña mesa redonda de madera de cerezo en la que había servido el té para las dos. Era un lugar muy acogedor, en la galería, desde la cual se disfrutaba de una hermosa vista sobre la bahía de Penderak.

Pero Zoe estaba demasiado concentrada en el pequeño ejemplar para prestar atención al panorama.

—¿Tiene algo que ver con Chris?

Lizzy Carmichael asintió.

—Ábralo.

Vacilante, Zoe siguió sus indicaciones y confirmó que se trataba de un poemario. Contenía poemas de los románticos ingleses, sobre todo de Keats y Byron, y se veía sumamente desgastado, como si lo hubiesen leído una y otra vez. Además, en algunos lugares había versos o palabras subrayadas con lápiz y unas anotaciones al margen con una caligrafía que Zoe reconoció al instante.

—¡Son apuntes de Chris! —exclamó emocionada mirando a la profesora de piano, que se estaba poniendo algo de leche en el té—. ¿Cómo es que tiene usted este libro?

Lizzy Carmichael removió el líquido en la taza.

—Es mío. O, para ser más precisos, de mi fallecido esposo. Se lo presté por un tiempo a Chris, el verano en que... —Una sombra se deslizó por su rostro

—. Ay, qué tragedia...

Zoe seguía pensando en el libro.

—¿No le molestó que dejara sus notas en él?

—Al contrario. Incluso le animé a hacerlo. Uno ha de ahondar en la poesía para entenderla y extraer algo de los versos para sí mismo. Por eso tenía que subrayar las partes que le gustaran o que le conmovieran y apuntar lo que pensaba. —Lizzy Carmichael sonrió ante el rostro sorprendido de Zoe—. Yo opino que los libros no tienen que estar immaculados. Encuentro mucho más bonito descubrir que un lector ha trabajado en ellos.

Esa opinión parecía ser válida también para su casa. La abigarrada mezcla de muebles, todos ellos ya algo viejos; los libros de las estanterías, algunos de los cuales ofrecían el mismo aspecto que el poemario; y las figurillas de todo tipo que no casaban: piezas de porcelana, piedras, postales, botellas, cajitas. Se diría que eran recuerdos, objetos que la señora Carmichael había ido reuniendo o que le habían regalado, y aunque la mezcla era arbitraria, precisamente por eso creaba una atmósfera de placidez. Allí no había nada de rígido y nada parecía someterse a ninguna regla... como la misma Lizzy Carmichael, que ya en la elección de su ropa expresaba claramente lo poco que le importaban las tendencias de la moda.

Ese día, por ejemplo, había combinado una falda de *tweed* de un verde grisáceo con una blusa de seda rosa y un chaleco de piel artificial. Pero justamente esa estridencia y originalidad le quedaban bien, y Zoe descubrió por qué Chris se había sentido tan a gusto con ella. Con Lizzy Carmichael todo era distinto que en la conservadora casa de sus padres, de modo que para su hermano tenía que haber sido como una revelación poder disfrutar allí de su faceta musical, con la que su padre siempre se había mostrado muy crítico. De haber sido por George Bevan, Chris debería haberse concentrado en actividades supuestamente más viriles, y no precisamente en tocar el piano. Y de su amor por la poesía, Zoe jamás había sospechado nada.

—Puede quedarse con el libro, si lo desea —apuntó Lizzy Carmichael—. Ya debería habérselo dado antes, pero no me decidía a desprenderme de él porque me traía muy valiosos recuerdos. Cuando ayer la vi en el pueblo supe que no debía retenerlo más. Al fin y al cabo era su hermano.

«Al que yo no conocía tan bien como pensaba», le pasó a Zoe por la cabeza mientras acariciaba las tapas de piel.

—No sabía que se interesara por la poesía —confesó a media voz.

—Oh, sí, mucho —confirmó Lizzy Carmichael, y se recostó en su silla de mimbre—. A veces no tocábamos, sino que leíamos juntos. Chris tenía una capacidad increíble para entusiasmarse. Por eso me lo pasé tan bien enseñándole a tocar el piano y por eso mismo se le daba tan bien. Porque ponía el corazón en lo que hacía. Amaba la música, se entregaba a ella. Pero también tenía un gran interés en la palabra escrita. Yo estoy muy agradecida por haber podido ayudarle a descubrir las dos.

Zoe dominó el sentimiento de celos que se apoderó de ella al percatarse de que esa mujer había conocido mucho mejor a su hermano que ella misma. O al menos esa faceta de él que nunca había mostrado cuando estaba en familia.

—A mi padre no le parecía bien que Chris dedicara tanto tiempo a tocar el piano. Para él era solo un pasatiempo banal. Se negaba a ver que para su hijo era muy importante.

—Lo sé. —La sonrisa de Lizzy Carmichael se entristeció—. A mí me habría gustado que fuera más transigente con Chris. A fin de cuentas, tu hermano había heredado de él la pasión con que lo abordaba todo.

—¿De mi padre? —Zoe pensó en su padre, del que se podía decir mucho pero, con toda seguridad, no que fuera apasionado. Profesionalmente no cabía duda de que era un emprendedor, pero por el tipo de vida que llevaba más bien lo hubiera calificado de analítico y frío.

Lizzy Carmichael asintió con vehemencia.

—Oh, sí. Piense solo en cómo luchó por su madre. Ella misma me lo contó una vez que estuvo aquí.

Zoe volvió la cabeza y se quedó mirando, pensativa, a través de la ventana. Claro que conocía la historia de cómo se habían conocido sus padres. Los dos habían llegado a Penderak de vacaciones, cada uno por su cuenta. Se enamoraron nada más verse, aunque Brenda estaba a punto de comprometerse con el hijo de un conde. Los padres de Brenda, procedentes de los acaudalados círculos de banqueros londinenses, habían depositado muchas esperanzas en esa unión y se horrorizaron cuando Brenda les

comunicó que no quería casarse con el aristócrata, sino con el ambicioso constructor George Bevan, que ya había invertido todo lo que poseía en la fundación de su empresa. Se habían opuesto a la unión y habían movido todos los hilos posibles para separarlos, pero George había perseverado y al final había estallado en una celebración en casa de los padres de Brenda para dejar claro que no tenía intención de renunciar a ella. La escena debió de ser sonada, porque Brenda se fue con él y poco después se casaron en la pequeña iglesia de Penderak, con el consiguiente disgusto de los padres de la novia, que siempre habían soñado con una pomposa ceremonia nupcial en Londres.

Por todo ello, la pequeña población de Cornualles tenía un significado muy especial para los padres de Zoe y esa había sido una de las razones por las que habían pasado tantas vacaciones allí. La violenta muerte de Chris había borrado todos esos buenos recuerdos y con ellos también había ido muriendo el amor entre el matrimonio. Desde entonces, George Bevan solo ponía pasión en lo concerniente a su empresa.

Puesto que Zoe no quería hablar mal de él con una señora a la que apenas conocía, hojeó el poemario, leyendo por encima las líneas que Chris había subrayado.

Parecían haberle interesado sobre todo los fragmentos en torno al dolor por el amor insatisfecho. Las citas que había seleccionado eran casi todas tristes y hablaban de la desesperación del poeta. Zoe reconoció de golpe lo que eso significaba.

—¿Estaba Chris enamorado de alguien que no le correspondía?

Lizzy Carmichael asintió.

—Sí, eso creo.

—¿De quién? —preguntó al instante, pero la profesora de piano se limitó a encogerse de hombros.

—Oficialmente ni siquiera sabía que estuviera enamorado. En cualquier caso, nunca me lo dijo, de forma directa. Pero había alguien. Se lo noté por sus preguntas y el tipo de poemas por los que mostraba preferencia. —Movié la cabeza—. Le preocupaba mucho, pero no quería hablar de ello y yo no insistí. Pensaba que ya me lo contaría cuando llegara el momento. —Exhaló un profundo suspiro—. Pero lamentablemente no se dio la oportunidad.

Zoe tragó saliva con dificultad. ¿Tanto la había absorbido su amor por Jack que no se había dado cuenta de lo mal que lo estaba pasando su hermano?

—Cree... —Dudó—. Cree que era tan infeliz que...

—¿Que se suicidó? —Lizzy Carmichael sacudió la cabeza con vehemencia—. No, de eso nada. Chris era un joven sensible, pero no se hubiese tirado por el acantilado porque tuviese un problema. Lo habría combatido, de eso estoy segura.

Zoe contempló frustrada el libro de poemas. Tenía la sensación de volver a estar frente a un muro.

—Desearía saber qué le sucedió —dijo llena de fervor.

La profesora de piano carraspeó.

—No sé si debería preguntarlo, a fin de cuentas es algo muy privado — intervino vacilante—, pero... pero ¿no hay nada de eso en su diario?

Zoe la miró sin comprender.

—No creo que llevara ninguno.

—Sí —insistió Lizzy Carmichael—. Le regalé uno en verano, un cuaderno de esos como antiguos. Pensé que tal vez el hecho de poner por escrito sus cuitas le ayudaría, ya que no quería hablar de ellas. Y me contó que lo utilizaba.

Los recuerdos de Zoe retrocedieron a los días en que había revisado las pertenencias de Chris. Si hubiera sido por Brenda, no habría podido tocarse nada en la habitación de su hermano. Pero llegado un momento, Zoe y su padre la convencieron para que se separase al menos de gran parte de su ropa y de los libros que no habían tenido ningún significado especial para él. Como consecuencia de ello había pasado por su mano todo lo que era de Chris, también las cosas que había tenido en Cornualles. Y, definitivamente, entre ellas no había ningún diario.

Pero en ese instante en que Lizzy Carmichael lo mencionaba, se acordó de que, un par de días antes de su muerte, había visto a Chris en la Casa de la Playa con un cuaderno como los de antes.

—¿Tenía las cubiertas verdes?

Lizzy Carmichael asintió y Zoe percibió que nacía en ella la esperanza. Si el cuaderno no había aparecido entre las cosas de Chris, todavía tenía que

estar en Penderak. ¿Lo habría escondido en algún sitio y por eso no llegaron a encontrarlo?

Se puso en pie de un salto, agitada.

—¡Tengo que marcharme! —anunció, y abrazó a la sorprendida Lizzy Carmichael, quien también se levantó de su sillón de mimbre—. Muchas gracias por todo. Espero que...

Se interrumpió porque de golpe vio a la profesora doble.

—¿Qué le sucede? ¿Se encuentra mal?

Zoe intentó desesperadamente fijar la vista de nuevo, pero no podía. Una oleada de malestar la envolvió, salió dando traspiés al aire libre por la puerta de cristal de la galería y dio dos pasos hacia el seto de boj. Las piernas dejaron de sostenerla y oyó el grito aterrado de Lizzy Carmichael antes de que a su alrededor se hiciera la oscuridad.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Rose mirando sonriente a Simon, que iba por la acera a su lado.

—Depende de qué más necesite —respondió él levantando las tres bolsas repletas que llevaba en la mano.

Era el sustancioso botín de su recorrido por las tiendas del East End y Rose todavía estaba dichosa por la cantidad de bonitos detalles con que se había topado en las numerosas *boutiques* y comercios. Había encontrado algo para cada uno de sus hijos: un precioso adorno para el pelo para Sarah y para los chicos, dos vagones de distintos colores que encajaban con el tren de madera con el que tanto les gustaba jugar. Naturalmente, Simon se había sorprendido, pero cuando ella le había contado que eran regalos para los hijos de sus amigas se lo había creído. Y las demás compras las necesitaba para su trabajo: muestras de telas, cintas de seda y dos libros sobre diseño de modas que había encontrado en un anticuario pequeño pero exquisito. Había olvidado la gran variedad que ofrecía Londres en ese sentido y todavía disfrutaba de todas las impresiones que había recibido. Había sido una tarde perfecta, también porque Simon había demostrado ser un compañero galante y generoso.

—Soy completamente feliz —dijo, y lo miró resplandeciente y poniéndose sería un segundo después—. Pero aunque no lo fuera, no se lo confesaría para que no volviera a hacer algo tan insensato.

Él sonrió.

—Puedo hacer con mi dinero lo que me apetezca. Y encuentro que está muy bien invertido.

—La tela era carísima —protestó Rose, que todavía se sentía mal al pensar en la etiqueta con el precio en los rollos de esa seda fantástica que había descubierto en una pequeña tienda de labores. Respecto a la calidad, no había nada que objetar, y ese brillante color aguamarina era precisamente el tono que llevaba buscando desde hacía tiempo. Pero lo que costaba el metro superaba con creces su presupuesto. Por eso, apesadumbrada, había vuelto a dejar los rollos—. Yo no la habría comprado.

—Pero le gustaba, lo noté —respondió Simon—. Y quería que la tuviese.

Por eso había intentado convencerla para que se la quedara, y cuando ella se había negado, él había comprado cinco metros sin demorarse ni un segundo más y se los había regalado..., algo que Rose todavía no alcanzaba realmente a comprender.

—No debería haberlo hecho.

—Sí, lo sé. Pero me apetece. —Se detuvo y la miró con una sonrisa divertida—. ¿Sabe que es usted la única mujer que conozco a la que no le gusta que le hagan regalos? ¿Por qué le cuesta tanto aceptarlos?

Rose lo miró. «Porque no estoy acostumbrada», pensó para sí con tristeza. Si alguna vez Matt le había regalado algo de forma espontánea, era solo para disculparse por alguna de sus infidelidades. Nunca le había comprado un regalo porque a ella le gustase, ni siquiera al principio de su noviazgo. Pero desde los primeros tiempos habían tenido que ahorrar porque Rose se había quedado embarazada muy pronto y sin haberlo planeado. La casa, los niños... siempre había algo para lo que necesitaba el dinero con mayor urgencia que para satisfacer sus deseos. Y desde el divorcio contaba cada céntimo antes de gastárselo. Hacía mucho que no adquiría algo por capricho, por eso se sentía realmente abrumada ante el hecho de que Simon, a quien apenas conocía, le hiciera un regalo tan caro. Pero no podía decirle todo eso, así que se encogió de hombros, sonriente.

—Lo siento. Me... me ha sorprendido tanto... —contestó—. Es una seda maravillosa, y ya sé qué voy a hacer con ella: un elegante vestido con una falda amplia. Y una blusa, si alcanza la tela. Quedará de maravilla.

Él sonrió.

—De eso estoy seguro. Espero tener la oportunidad de admirarla con él.

Rose no sabía qué decir. Allí, en Londres, no tenía máquina de coser, así que hasta que no estuviera en su casa no podría confeccionar la prenda. La posibilidad de que la viera era más bien nula, y él debía de ser consciente de ello, pues ella le había mencionado en el transcurso de la tarde que se marchaba el jueves siguiente. ¿Significaba eso que él suponía que también se verían después? ¿O solo quería ser amable?

—¿Tiene hambre?

—Me muero de hambre —mintió Rose, porque quería pasar un poco más de tiempo con él y la idea de comer juntos era muy tentadora.

—Muy bien. Lo mismo me sucede a mí.

Levantó el brazo para detener un taxi que se aproximaba.

—Cerca de mi casa hay un bonito restaurante italiano. Creo que...

Rose cogió la mano a Simon y lo obligó a interrumpir el gesto para solicitar el taxi. Él la miró sorprendido.

—¿No podemos comer en algún restaurante de por aquí? —preguntó, porque de repente tuvo miedo de que la llevara a un local de primera categoría. Había mencionado que vivía en Belgravia, donde también se encontraba su bufete y donde había cantidad de *boutiques* de diseño. Comer allí sin duda sería carísimo y no quería que volviera a gastarse tanto dinero en ella. Además, todavía veía con más claridad lo alejados que estaban sus mundos. Destruiría el momento de proximidad que tanto la complacía y no quería, por eso señaló calle abajo—. Acabamos de pasar un local indio que parecía muy agradable. Mire, el de ahí detrás, con la farola antigua sobre la puerta, ¿lo ve? ¿Por qué no entramos allí?

Simon la miró con el ceño fruncido.

—Mi italiano es realmente muy bueno —dijo escéptico—. Estoy seguro de que le gustaría.

—Pero yo creo que este me atrae más. A usted le gusta la comida india, ¿no? —Le sonrió para animarlo, ya que él seguía dudando—. Bah, venga. Es muy aburrido volver siempre al lugar que uno ya conoce. ¿No quiere probar algo nuevo?

Se la quedó mirando un largo rato, pero las arrugas de la frente desaparecieron y esbozó una media sonrisa.

—Desde luego. A fin de cuentas no quiero que me tome por un aburrido.

Moviendo la cabeza, Rose contestó a su gesto. Era más o menos tan aburrido como subirse a una montaña rusa. Tenía el estómago como si fuera a descender por una de ellas solo porque él no le soltó la mano mientras caminaban hacia el establecimiento.

El Sangam constituía una caprichosa mezcla de *kitsch* indio con un moderno *look vintage*, amueblado con sillas cada una de su estilo y mesas de colores sobre las cuales resplandecían unas velitas doradas; las columnas que dividían el espacio estaban talladas, y en las paredes, junto a las fotografías en blanco y negro del Taj Mahal, se veían coloridas imágenes de divinidades y otros motivos indios. En contra de lo que Rose había pensado, no era un mero restaurante, sino que también era bar, y en un rincón incluso había una pista de baile. Pero ese inusual conjunto parecía ser del agrado de la clientela, pues a duras penas consiguieron una mesa.

No era extraño, como comprobó poco después Rose, pues el curri que les sirvieron era riquísimo, al igual que el vino que había pedido Simon. De un humor estupendo y algo achispada al cabo de un rato, Rose escuchaba atentamente las historias que Simon le contaba sobre sus experiencias en el bufete.

Era un conversador muy divertido y cuanto más rato pasaban juntos, más se extrañaba ella de que él perdiera el tiempo en su compañía. Alguien como Simon podía tener a cualquier mujer que se le antojase, por eso la halagaba aún más su atención... y esa era también la razón de que le diera respuestas más bien vagas cuando los temas giraban en torno a ella misma. «Es solo un flirteo», recordó. Una velada agradable de la que podía disfrutar antes de volver a su vida cotidiana en unos días...

—Puede admitirlo sin mayor problema —indicó Simon cuando la camarera volvió a recoger los platos, y Rose se sobresaltó porque temía haberse delatado.

—¿Qué?

Él sonrió irónico.

—Usted ya sabía que la comida aquí era estupenda. No puede ser pura casualidad.

Aliviada, Rose suspiró.

—Solo ha sido un golpe de suerte —respondió ella sonriendo a su vez, pero se puso seria cuando Simon extendió la mano por encima de la mesa y cogió la suya. Le acarició suavemente los dedos con el pulgar y ella sintió un estremecimiento burbujeante recorriéndole la espalda.

—Desde luego, estoy absolutamente de acuerdo —observó él, y ella distinguió en la expresión de sus ojos azules que ya no se refería a la comida. Por unos minutos se olvidó de respirar mientras le devolvía la mirada—. ¿Bailamos?

Simon no esperó la respuesta, sino que se levantó y la llevó a la pequeña pista de baile que había en el rincón. Con el corazón palpitante, Rose lo siguió y dejó que la estrechara contra él. La canción que sonaba era lenta y, junto a ellos, dos parejas más giraban sobre la tarima de tablas de madera que seguramente servía de escenario para una orquesta en otras ocasiones.

Pero Rose no prestaba atención a las otras parejas. Era como si solo existiesen Simon y ella. La proximidad entre ambos era fascinante y su cuerpo reaccionaba de forma instintiva, se estrechaba contra el de él como si hubiera estado esperando ese momento. El singular olor de Simon, que había estado percibiendo vagamente cuando él se inclinaba hacia ella durante el paseo por las tiendas para decirle algo, la envolvió en ese momento y ella disfrutó de la sensación de estar entre sus brazos. Algo por lo demás necesario, pues sentía que las rodillas le flaqueaban, de ahí que para sentirse más segura le pasara los brazos por el cuello mientras ambos se movían lenta y sensualmente al ritmo de la música.

—¿Siempre bailas así con las mujeres que te interesan profesionalmente? —susurró jadeante.

Él todavía la estrechó un poco más.

—Solo cuando me es imposible quitarme a esa mujer de la cabeza —respondió Simon pegado a su oreja, y Rose se estremeció cuando él se inclinó un poco más y rozó con los labios la sensible piel de su cuello. Si tenía que detener lo que estaba pasando entre ellos, esa era su última oportunidad. Y de

repente le volvieron a asaltar las dudas.

¿Podía realmente dejarse llevar así, como si nada, sin pensar en el mañana? Todo en ella se rebelaba contra la idea de que lo que estaba sintiendo fuese algo pasajero. Algo que olvidaría una noche después. Pero ¿no funcionaban así las cosas? ¿No se había marchado a Londres para buscar un poco de diversión?

Simon levantó la cabeza. Sus ojos azules parecían algo más oscuros y ella no recordaba cuándo había sido la última vez que había sentido un hormigueo tan fuerte en el vientre. Que apenas conociera a ese hombre dejó de tener importancia. Se sentía bien. Estupendamente bien, incluso. Así que no lo detuvo cuando él acercó los labios a los suyos, sino que se los ofreció, le contestó al beso que inflamó sus sentidos de una manera que casi le resultaba ajena. Sabía besar bien, condenadamente bien, por eso Rose ignoraba cuánto tiempo había pasado una vez que él se separó y apoyó la frente en la de ella. Respiraba más deprisa.

—Llamaré un taxi —anunció con voz ronca.

Rose asintió, todavía completamente trastornada, y esperó a que él recogiera sus cosas y pagara. Fuera, en la acera, volvieron enseguida a abrazarse y se besaron de forma tan apasionada y arrebatada que tardaron un buen rato hasta que Simon consiguió por fin llamar a un taxi que pasó por su lado. Le dio al conductor la dirección de su apartamento en Belgravia y quiso continuar en el coche donde lo habían dejado. Pero ella le puso la mano en el pecho y lo detuvo.

—Yo... solo estoy unos días aquí —susurró, no muy segura de si se lo recordaba a sí misma o quería advertírselo a él.

—Entonces aprovechemos al máximo —replicó él, y cuando sus labios la tocaron, Rose le rodeó con los brazos el cuello y se olvidó de por qué había dicho eso.

—¿Seguro que no quiere que la lleve a la doctora Corby? —Lizzy Carmichael lanzó una mirada de reojo a Zoe antes de dirigir de nuevo su atención a la calle—. Su consulta está justo ahí delante y a estas horas debería estar todavía...

—No —la interrumpió Zoe—. De verdad que no es necesario.

—Pero acaba usted de girar los ojos de una forma muy extraña —insistió la mujer madura—. En serio que me preocupa. ¡Y luego la caída! ¿Está segura de que no se ha hecho daño?

—No, he tenido suerte. —Zoe sonrió débilmente y reprimió el impulso de llevarse la mano al esparadrapo que cubría la herida superficial que se había hecho en la frente. Por fortuna, el seto de boj había amortiguado la caída y evitado lo peor. Pero llevaba el susto en el cuerpo, aunque intentaba que no se le notase—. He debido de levantarme demasiado deprisa. A veces tengo problemas de circulación. Tengo la presión demasiado baja. Eso es todo.

Lizzy Carmichael no parecía muy convencida, aunque pasó de largo con su viejo Austin Mini el cruce que llevaba a la consulta del médico y cruzó lentamente el pueblo.

—Debería dejarla en la pensión —dijo, más para sí misma—. Allí alguien se ocupará de usted. En su estado no debería quedarse sola allí en la Casa de la Playa.

—Ya me las apañaré, de verdad —le aseguró Zoe mientras se apoyaba en el respaldo del asiento del conductor—. Pero es usted muy amable por

acompañarme.

Le estaba sinceramente agradecida por ello. No necesitaba ningún médico, solo un poco de tranquilidad, por eso suspiró aliviada cuando, unos minutos después, llegaron a la Casa de la Playa.

—Si me encuentro mal, se lo diré inmediatamente a los Gallagher — prometió a Lizzy Carmichael, y la despidió agitando la mano cuando se fue. Luego entró en la casa, contenta de haber escapado de la mirada observadora de la otra mujer.

Exhausta, se tendió sobre el sofá de la sala de estar, pero cuando cerró los ojos la invadió el pánico y volvió a incorporarse.

Lizzy Carmichael tenía razón: era peligroso quedarse allí sola. Si el aneurisma reventaba tendría que acudir a toda prisa a una clínica para tener la oportunidad de seguir con vida, el doctor Kashrani se lo había advertido encarecidamente. Eso era posible en Londres. Pero allí la clínica más cercana en la que poder tratarse estaba muy lejos y por un momento se le ocurrió subir al primer piso y empaquetar sus cosas.

Sin embargo, su mirada se posó en el poemario que estaba sobre la mesa baja. Con un suspiró tendió la mano hacia él y pasó los dedos por la cubierta. Ese día se había acercado un poco más a la verdad, lo notaba. Razón para no irse. Antes tenía que encontrar ese diario. ¿Dónde podía estar?

«Reflexiona», se exigió a sí misma. Si estaba en algún lugar de la casa, ¿dónde podría haberlo escondido Chris? Lo más fácil era que lo hubiese colocado bajo el colchón de su cama, pero entonces los Gallagher ya hacía tiempo que lo habrían encontrado. Seguro que habrían sabido lo importante que era como documento y lo habrían enviado a Londres o se lo habrían entregado a la policía, y Zoe lo sabría. Así que si en el transcurso de los años no había aparecido, debía de encontrarse en un escondite que no era tan fácil de descubrir.

Zoe deslizó la mirada por la habitación y se detuvo en un aparador contiguo a la puerta. Era uno de esos muebles que conocía de antes, aunque en el pasado ocupaba otro lugar. Había otras dos cómodas de aquel tiempo arriba, en las habitaciones, y ella también estaba familiarizada con los armarios de la cocina. ¿Y no había mencionado Rose que en el cobertizo estaban guardados

otros muebles antiguos?

Un cosquilleo le recorrió el cuerpo. A lo mejor entre ellos se encontraba el armario que había estado en la habitación de Chris. Era de madera maciza y oscura, con dos cajones abajo y unas altas molduras arriba, ideal para ocultar algo de la vista de todos.

Se incorporó expectante y, dos minutos más tarde, en el cobertizo, descubrió el viejo mueble en el fondo, en un rincón. Para llegar hasta él primero tenía que apartar a un lado algunas cajas y el secreter.

Fue a la cocina a buscar una linterna, porque la penumbra del cobertizo impedía ver con claridad. Luego empezó a revisar el armario, comprobó todos los fondos, buscó en los cajones y se subió a una escalera para examinar con detalle las molduras. Aun así, no encontró nada.

Decepcionada, quiso volver a poner el secreter delante del armario otra vez, pero se detuvo. Esas piezas solían tener cajones secretos, ¿no? Empezó de nuevo la búsqueda, dio la vuelta a todos los cajones y palpó la madera. Todo fue en vano. «Entonces, a por las cómodas», pensó casi por testarudez, y examinó todos los muebles que había en el pajar y luego en la casa. Después de una hora de búsqueda intensiva, durante la cual también exploró la cocina, se dejó caer finalmente en el sofá de la sala de estar y se mordisqueó, frustrada, el labio inferior.

Si el cuaderno había estado allí, debía de haberse perdido con el paso de los años. A lo mejor se hallaba en otros muebles que los Gallagher habían dado. O Chris no lo había escondido en ese lugar, sino en otro totalmente diferente.

«No», pensó Zoe. Lo había visto con el diario arriba, en su habitación, así que tenía que estar allí. Cualquier otra cosa sería absurda. Pero si no lo había escondido en un mueble, entonces...

De pronto se le ocurrió una idea y se levantó de un brinco, como electrizada. Corrió escaleras arriba a la habitación donde Chris solía dormir durante sus estancias en Penderak y que habían compartido durante un período cuando eran niños.

Desde entonces, los hijos de Rose se habían instalado en esa habitación, que era la típica infantil con una litera y estanterías llenas de juguetes. No había nada que evocara lo que había sido, salvo el suelo de tablas de madera.

Y una de ellas había estado floja.

Zoe no pudo reprimir una sonrisa al pensar que de niños habían saltado encima de ella a la pata coja, riéndose del fuerte crujido que emitía. En un momento dado, la tabla se había soltado tanto que la pudieron levantar y habían descubierto un pequeño espacio hueco. Chris lo bautizó el «escondite de los piratas» y habían metido canicas en su interior. Luego, Zoe se había instalado en la habitación de enfrente y se había olvidado de la tabla suelta. Pero ¿habría pensado Chris en ella cuando buscaba un lugar seguro donde ocultar su diario?

Con cuidado y atenta a cada paso que daba, Zoe fue pasando entre las vías del ferrocarril de madera que estaba montado en el suelo y que casi se extendía por toda la habitación

«¡Aquí!» Una de las tablas cedió bajo su pie con un crujido claramente audible y ella se agachó de inmediato para palpar los bordes de la madera. En efecto, esa tabla se movía más que las otras, pero para explorar con más detalle tenía que desmontar algunas vías y ponerlas a un lado. La madera, sin embargo, debía de haberse alterado con el tiempo o bien alguien había intervenido, pues la tabla estaba más sujeta que en el pasado. Zoe necesitó todas sus fuerzas y uno de los raíles de madera como palanca para levantar lo suficiente la tabla y que cupiese la mano por la rendija.

Palpó nerviosa el pequeño hueco y se detuvo cuando sus dedos rozaron un objeto. Tardó un rato en conseguir sacar su hallazgo por la abertura, y finalmente vio un cuaderno lleno de polvo que parecía el diario que Lizzy Carmichael le había descrito.

Con el corazón palpitándole salvajemente volvió a colocar en su sitio los raíles, se llevó el cuaderno a la cocina y lo limpió cuidadosamente con un paño. A continuación, se sentó con él en el sofá de la sala de estar, mirándolo y sin abrirlo.

Desde que Chris había muerto, nunca se había sentido tan cerca de él como en ese momento. Era como si estuviese con ella en la habitación y supiera exactamente que se disponía a leer lo que él había ocultado a ojos de todos. Y justo eso era lo que le hacía dudar, porque, pese a todo, hacer lo que estaba pensando le parecía una traición.

Sin embargo, necesitaba una certeza. Así que, con dedos temblorosos, abrió el cuaderno por la primera página y empezó a leer.

Rose abrió los ojos y la deslumbró la clara luz del día que entraba por la ventana. Sin duda ya era mucho más de mediodía, dato que confirmó al echar un vistazo al elegante despertador de la mesilla de noche. Debía de haberse vuelto a dormir, lo que no era extraño. Un agradable cansancio invadía todo su cuerpo y los músculos se estiraron cuando se volvió hacia Simon.

Todavía estaba dormido y Rose levantó sonriendo la mano para acariciarle el pelo revuelto. Pero poco antes de tocarlo, se detuvo y bajó el brazo. No quería despertarlo, prefería disfrutar mirándolo tranquilamente y memorizando todos los detalles que descubría en él: sus bonitos y carnosos labios; esas manos que la noche anterior y esa mañana habían inflamado su cuerpo; la incipiente barba clara en sus mejillas, que rascaba un poco cuando acariciaba con ella su piel y que ella encontraba, a pesar de todo, increíblemente sexi, así como su musculoso pecho y los fuertes brazos entre los cuales tan bien se encontraba ella. Sentía que esa noche había cambiado. Simon la había cambiado. Era un maravilloso amante y había despertado en ella facetas que no conocía en absoluto.

No es que tuviese muchos elementos de comparación. Matt había sido su primer novio y después del divorcio solo había estado con un par de hombres. Esas breves aventuras enseguida habían salido mal y le habían dejado mal sabor... así como el convencimiento de que no era una mujer especialmente deseable.

Pero esa noche, Simon le había demostrado lo contrario y Rose apenas

podía comprender qué había desencadenado en ella. Con él se sentía libre y tan segura que realmente podía abandonarse. Con él había hecho cosas que hasta entonces ignoraba y todavía ansiaba más. Una caricia o un beso de Simon bastaba para avivar su pasión. Y a Simon parecía sucederle lo mismo, por eso no habían conseguido salir todavía de la cama.

«Y por cierto, va siendo hora», pensó Rose mientras se levantaba sin hacer ruido. En el suelo, delante del lecho, yacían las prendas que la noche anterior se habían ido quitando mutuamente y habían dejado caer sin ningún cuidado. La camisa de Simon también estaba allí y Rose la recogió y se la puso. Le llegaba hasta el muslo y olía a él, lo que le provocó una sonrisa mientras iba a la cocina.

La imagen que se le ofreció al abrir la nevera disminuyó un poco su euforia. Un plato con mantequilla, dos tarros de mermelada, cuatro huevos y un envase medio vacío de leche en la puerta, junto a una botella de champán y dos de vino blanco. No contenía nada más. O sí; Rose todavía descubrió una caja de cartón en el cajón de la verdura, que según el membrete era del mismo restaurante indio del que Simon le había llevado un plato su primera noche en Londres. De todos modos, los restos del curri que había allí dentro no eran nada apetitosos, de modo que tiró el envoltorio a la basura. Ya iba a abrir el congelador que había debajo de la nevera en busca de algo comestible cuando sintió que la rodeaban los brazos de Simon.

—Ey. —Él la besó en el cabello—. ¿Qué haces tú aquí?

Ella se dio media vuelta y le echó los brazos al cuello.

—Quería... quería preparar algo de comer —dijo entre dos besos—. Tengo hambre.

—Yo también. De ti. —Sonrió y Rose inspiró una bocanada de aire al notar que él deslizaba la mano por debajo de la camisa. Iba a besarla pero se detuvo cuando el estómago de Rose protestó.

—Me temo que si no como algo, pronto estaré demasiado débil para lo que usted pretende hacer conmigo, señor Fielding —bromeó—. A fin de cuentas, no podemos vivir todo el día de aire y amor.

—Tampoco se trata de eso. ¿Qué hay de las tostadas con huevo que te he preparado?

En efecto, esa mañana le había llevado a la cama el desayuno con una bandeja, con lo cual había conquistado un poco más su corazón.

—Todo estaba estupendo, de verdad —dijo ella—. Pero ya ha pasado mucho tiempo. Y por desgracia las tostadas y los huevos parecen ser lo único comestible que tienes en casa.

De mala gana, Simon sacó la mano de debajo de la camisa.

—Lamentablemente, así es. La asistenta está de vacaciones. Es quien hace las compras y llena la nevera. Pero por suerte... —Extendió la mano y cogió una pila de folletos que estaban en la superficie de trabajo, junto a la nevera—. Restaurantes con servicio de entrega a domicilio—. ¿Quieres que te recomiende algo?

Rose frunció el ceño mientras observaba las numerosas y muy manoseadas hojas de propaganda.

—Lo haces a menudo, ¿verdad? Llamar para que te traigan la comida.

—No. La mayoría de las veces salgo a comer. Y cuando voy a ver a mis padres, la cocinera de mi madre suele darme algo. Trabaja en nuestra casa desde que yo era pequeño y todavía necesita cuidar de mí.

Rose lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Tenéis cocinera?

Él asintió.

—Y mayordomo. Pero Harold pronto se jubilará y no creo que mi madre vaya a buscar un sustituto cuando nos deje. Últimamente ha mencionado que prefiere contratar un ama de llaves. Oh... disculpa un momento. —Simon la soltó y salió de la cocina para atender el teléfono que sonaba en algún lugar de la casa.

Rose lo siguió con la mirada, luego se vio a sí misma en esa supermoderna cocina de diseño, con unas estanterías que habrían costado cada una el doble que todo su mobiliario de cocina. Los frentes brillaban con un elegante tono gris, y los delicados y rectos tiradores tenían aspecto de ser carísimos. Toda la casa estaba lujosamente amueblada, propia de un ambicioso abogado londinense cuyos padres se podían permitir tener personal. «Una cocinera», pensó Rose, y no pudo evitar pensar en su madre, que cada día preparaba la comida para los huéspedes de la pensión y su familia. El mundo de Simon no

solo estaba a kilómetros de distancia del suyo, los separaban años luz.

—Era mi madre. —Simon, que se había puesto unos pantalones cortos tipo bóxer y una camiseta, regresó a la cocina arrancando a Rose de sus pensamientos. Dejó despreocupadamente el teléfono sobre la superficie de trabajo de la cocina—. Quería recordarme que hoy a las cinco tengo que ir a la inauguración de una exposición. —Movi6 consternado la cabeza—. Tengo treinta y cuatro años y soy un abogado de 6xito, pero por lo visto no me considera capaz de acordarme por m6 mismo de mis citas.

Rose sonri6 ir6nica.

—Es probable que desconf6e. 6ltimamente olvidaste que ten6as la cena de beneficencia cuando estabas conmigo —le record6.

—Solo porque ten6a la mente concentrada en otra cosa. —Volvi6 a atraerla hacia s6—. Pero en este caso me habr6a acordado, porque la exposici6n tambi6n te puede gustar a ti. Es sobre las tendencias de moda de los 6ltimos cincuenta a6os. Te interesar6a, ¿no?

—¿Quieres que te acompa6e? —pregunt6 Rose, sorprendida—. Pero si no estoy invitada.

—Como mi acompa6ante, s6. —Sonri6—. Adem6s, tambi6n viene Clive Wentworth.

Rose se lo qued6 mirando sin dar cr6dito.

—¿Clive Wentworth? ¿El dise6ador?

Simon asinti6.

—Y es probable que m6s gente del ramo que seguramente t6 conocer6s mucho mejor que yo.

A Rose los pensamientos se le agolpaban en la cabeza, oscilaba entre una alegr6a enorme y un horror total. Clive Wentworth. El nombre era conocido por todo el mundo interesado en la moda, pues era uno de los *top designers* de Gran Breta6a. Modelos y actrices llevaban sus prendas y, en la 6ltima boda real, fue el dise6ador elegido para el vestido de la novia. Conocerlo personalmente habr6a sido un sue6o, pero Rose sinti6 de repente miedo de quedar atrapada en su propia mentira.

«¿Deber6a haberle dicho a Simon desde el principio la verdad en lugar de contarle que soy una dise6adora emergente?», se pregunt6. Pues as6 la

presentaría él a la gente. Y podía ser lamentable para ella si alguien la sondeaba y salía a la luz que estaba muy lejos de hacer carrera en ese ámbito.

—No creo que conozca a demasiada gente allí. Ya te dije que estoy al principio de todo.

«En el cero», añadió mentalmente compungida.

—Razón de más para que vayas —respondió Simon—. Quieres llegar más lejos, ¿no?

—Sí, ya... —Suspiró—. Pero no quiero meterme donde no me llaman.

—¿Meterte donde no te llaman? —se asombró Simon—. Sinceramente, Rose, a veces eres todo un misterio para mí. Pensaba que te alegrarías. Es una estupenda oportunidad para establecer contactos.

Sus ojos reflejaban una incomprensión que pronto se convertiría en desconfianza si Rose no se decidía enseguida. «Díselo», la exhortaba una voz en su interior. Pero el miedo a dejar de estar con él de repente se lo impidió. Además, esa exposición parecía de lo más interesante. ¿Y qué podía pasar de malo si se encontraba con gente que no la conocía y a la que nunca volvería a ver?

—Sí que me alegro, y mucho —le aseguró, y puso la mano sobre el pecho de Simon, acariciando distraídamente la tela de la camiseta—. ¿De verdad no tendrás problemas si te acompaño?

La sonrisa de Simon desapareció por unos segundos cuando pensó lo que su madre opinaría de Rose. Pero un instante después tuvo claro que le daba igual. Más tarde ya se enteraría de si a su madre le parecía bien o no, porque en ese momento no podía imaginarse haciendo algo sin Rose.

Conocía a muchas mujeres, pero ninguna le había calado tan hondo como Rose Riley. Era algo especial y tenía poco en común con las beldades de la alta sociedad que solían revolotear a su alrededor. Con ellas sabía lo que tenía que decir y hacer para impresionarlas, pero no con Rose. Ella era la que le sorprendía constantemente con su pragmatismo y no haciendo nunca lo que él esperaba. Y era de una modestia que desarmaba. No coqueteaba con su aspecto, como hacían muchas otras, y era obvio que no sospechaba lo atractiva que era, con su tez de porcelana y su esbeltez no exenta de curvas que él ya había admirado en su primer encuentro gracias al vestido empapado

por la lluvia.

Desde entonces no se le iba de la cabeza. Con cada encuentro se sentía más atraído por ella, pero no había sospechado lo intensa que era esa fuerza de seducción hasta que la besó por vez primera en ese local indio tan *kitsch* y poco iluminado. No recordaba cuándo había sido la última vez que había deseado tanto a una mujer como para ser incapaz de parar un taxi. Se habían amado como en un delirio, como si cada segundo fuese precioso. Y lo era, pues Rose no se quedaría mucho tiempo en Londres. Por eso no habría objetado nada a la idea de pasar todo el fin de semana en la cama con ella.

Pero sería un placer llevarla con él a la inauguración de la exposición. «Quién sabe —pensó—, tal vez conocer a la gente adecuada la ayudará en su carrera. Así no trabajará en Cornualles, sino en Londres, y entonces...»

Se sintió confuso al sorprenderse pensado de ese modo. Una breve aventura, ese había sido hasta entonces el acuerdo entre ellos, y Rose tampoco parecía estar planeando nada más allá de eso. No le exigía ninguna promesa ni declaración de amor, lo que también la diferenciaba de sus anteriores novias. Algo que, para su sorpresa, a él le molestaba un poco.

«Tengo que averiguar más sobre esta mujer», pensó mientras la abrazaba.

—¡Claro que no pasará nada! Les robarás protagonismo a todos y nos lo pasaremos estupendamente —le aseguró, besándola porque hacía mucho que no lo hacía.

El cálido cuerpo de ella se apretó contra el de él, que suspiró cuando sintió que volvía a brotar el deseo. Dios, tenía adicción hacia esa mujer, así que sonrió triunfal cuando ella le quitó la camiseta y le acarició el pecho.

«La comida tendrá que esperar un poco más», pensó enfrascándose en su beso.

Jack aparcó el Defender junto a la Casa de la Playa y se apeó. Aunque ya era más de mediodía, el sol acababa de abrirse camino entre la espesa capa de nubes y bañaba el pequeño *cottage*, con su jardín primoroso y florido, con una luz dorada. Pero él no se percató de esa idílica imagen, sino que se plantó con dos zancadas frente a la puerta de la casa y llamó.

—Vamos —murmuró, irritado con su propia impaciencia, mientras esperaba que Zoe le abriera la puerta. Seguro que Lizzy Carmichael se equivocaba y que todo estaba en orden. Pero desde que se había encontrado en el pueblo con la profesora de piano tenía una desagradable sensación que no lo abandonaba.

«A Zoe le pasa algo, Jack. Creo que está enferma.»

Era justo lo mismo que él había pensado cuando Zoe se había desmayado junto al acantilado. Había recordado esa escena todo el rato mientras Lizzy Carmichael le contaba lo que había sucedido en su casa. Había tenido que prometer a la profesora que su madre le echaría un vistazo a la Casa de la Playa y vigilaría a Zoe, pero en lugar de eso, había ido él mismo en cuanto había concluido con sus compras.

Volvió a llamar a la puerta y, al no oír nada, su inquietud dio paso a la preocupación.

—¿Zoe? —Alzó la voz y escuchó, pero no recibió ninguna respuesta.

«Entonces será que no está en casa —pensó para tranquilizarse—. Es posible que haya ido a los acantilados», y se rio de sí mismo por haber

pensado que ella necesitaría su ayuda.

Malhumorado, dio media vuelta y regresó al coche, pero antes de llegar se quedó parado y apretó los puños.

«Voy a mirar por la ventana por si acaso y luego me voy», decidió. Rodeó la casa. La pequeña habitación de costura de su hermana estaba vacía y se dispuso a asomarse a la sala de estar. Pero cuando llegó a la fachada posterior descubrió sorprendido que la puerta de la galería no estaba cerrada. Dudó un segundo, la abrió y entró en la sala de estar.

—¡Zoe! —gritó de nuevo, porque era consciente de lo que estaba haciendo allí. Si ella estaba bien y simplemente había salido, no le gustaría encontrárselo allí dentro. Pero la inquietud, que no lo abandonaba, lo empujó a seguir allí. No iba a tocar nada, solo iba a comprobar si...

Se detuvo en seco, mirando el sofá.

Zoe estaba tendida en él, ovillada bajo una fina manta de lana. La larga cabellera rubia escondía una parte de su mejilla. Además, estaba terriblemente pálida y el hecho de que durmiese tan profundamente como para no oír los golpes en la puerta aumentó su inquietud. Se acercó al sofá, se agachó, la agarró por los hombros y la sacudió suavemente.

—¡Zoe! ¡Eh! ¡Despierta!

Ella abrió los ojos muy despacio y tardó un buen rato en despertar del todo. Entonces lo reconoció, se enderezó con una exclamación y se sentó.

—¿Jack? —Desconcertada, lo miró y se llevó la mano a la frente, donde estaba la gran tira de esparadrapo—. ¿Cómo... cómo has entrado?

—Por la puerta de la galería —explicó él, sintiendo que el alivio que acababa de experimentar daba lugar a un sentimiento de ridículo. Se sintió como un tonto.

Zoe se había dormido en el sofá, probablemente con el libro que yacía abierto y con el lomo hacia arriba sobre el brazo del sofá. Eso era todo. Pero ¿cómo iba a saberlo él?

—Me he encontrado con Lizzy Carmichael y me ha dicho que ayer por la tarde no te sentías bien. Quería ver cómo estabas, pero no me has abierto la puerta. —Hizo un gesto de impotencia—. Tenía miedo de que te hubiese pasado algo.

No parecía ser el caso, a pesar de que su semblante pálido y lloroso expresaba con toda claridad que algo no andaba bien.

—¿Qué ocurre, Zoe? ¿Por qué has llorado?

Alarmada, Zoe se tocó las mejillas. ¿Había estado llorando mientras dormía? Lo ignoraba, solo sabía que había estado soñando mucho. De hecho, incluso se acordaba de haber oído unos golpes en la puerta. Pero había incorporado el sonido a su sueño sin darse cuenta, demasiado cautiva por las imágenes que su cerebro evocaba. De Chris, de pie al borde del acantilado, pero esa vez no estaba solo. Alguien había estado con él: una figura borrosa que Zoe no llegaba a distinguir del todo. Había intentado llegar hasta allí, pero cuanto más se acercaba más palidecía la figura. Y también su hermano se iba alejando, como siempre sucedía en sus sueños.

No obstante, algo había cambiado.

—Ahora sé qué le ocurría a mi hermano —dijo mientras cogía el diario que todavía estaba abierto en el brazo del sofá—. Todo está aquí.

Jack tomó el cuaderno que ella le tendía y, mientras lo hojeaba, Zoe cayó en la cuenta de que acababa de confiarle un documento muy íntimo. Aunque no creyó equivocarse con ello. Jack y Chris habían sido amigos. Y si él no hubiese estado allí, de todos modos se lo habría llevado y se lo habría mostrado, porque él era el único con el que podía hablar sobre el resultado de sus pesquisas.

Jack enseguida se percató de lo que significaba ese cuaderno.

—¿De dónde lo has sacado?

Mientras Jack echaba un vistazo a las primeras páginas, Zoe le contó la conversación que había sostenido con Lizzy Carmichael y cómo había buscado el diario.

—¿Son cartas? —preguntó sorprendido.

Eso también le había asombrado a ella al principio. Había pensado que se trataría de apuntes diarios, pero esas líneas también confirmaban lo que Zoe ya había sospechado.

—Son cartas de amor. Estaba enamorado, Jack. Muy enamorado.

Jack levantó la cabeza, y cuando sus miradas se encontraron, ella distinguió su sorpresa.

—Tú tampoco lo sabías, ¿verdad?

Él negó con la cabeza y eso la tranquilizó un poco. Al parecer ella no era la única a quien Chris había ocultado sus sentimientos.

—¿Y cómo es que no dijo nada? —quiso saber Jack.

—Porque ese amor era secreto. Un secreto muy bien guardado. Chris escribió más de una vez que nadie debía enterarse.

—¿Y de quién se había enamorado? —Jack señaló el encabezamiento en lo alto de la página—. Aquí solo pone «amor mío», y aquí, «corazón mío».

—Así empieza cada apunte, siempre con unas palabras cariñosas — confirmó Zoe—. Creo que Chris no mencionó por voluntad propia el nombre en ningún sitio. A lo mejor tenía miedo de que alguien encontrase el diario.

Jack arrugó la frente.

—¿Y cuál era la razón de este juego del escondite?

—No lo sé —respondió Zoe—. Se diría que entre los dos había algún conflicto. Es evidente que la diferencia de edad era muy grande, Chris lo señala en algún sitio. Por lo demás, todo es bastante críptico, con imágenes poéticas, como los versos que a él tanto le gustaban. Aun así, me ha ayudado a ver las cosas algo más claras. —Recostó la espalda—. Todos los apuntes son de las semanas previas a su muerte, pero la relación debió de comenzar el verano anterior. Creo que por eso Chris quería volver a toda costa a Penderak, aunque ya había empezado la universidad. En realidad, papá quería pagarle una estancia en Nueva York. Allí iba a hacer unas prácticas con un socio de mi padre, pero Chris insistió en postergarlo para otro momento porque quería venir con nosotros a Cornualles. Para él era más importante que aprovechar esa oportunidad de trabajo. —Calló un momento, pensativa—. ¿Con quién debía de estar? ¿A ti te mencionó algo?

—No. Bueno, tenía éxito con las mujeres; tú misma lo sabes. Pero contar, no contó nada. —Jack sonrió levemente—. Además, ese verano yo también estaba ocupado con otros asuntos —puntualizó, y Zoe tragó saliva al reconocer que se refería a ella.

Y era cierto. Pasaban juntos cualquier instante que tuvieran libre y por eso, seguramente, no se percataron de lo que le ocurría a Chris. Pero por lo visto nadie había notado nada, de lo contrario habría constado en el expediente de

la policía. Y eso era lo que confundía a Zoe.

—¿Cómo pudo guardarlo en secreto? Alguien debió de verlos juntos.

—Siempre que se tratara de alguien de aquí —señaló Jack—. A lo mejor había conocido a esa persona en la universidad.

—No —replicó Zoe—. Las cartas no revelan gran cosa, pero estoy segura de que era alguien de aquí.

Jack movió la cabeza.

—¿Y eso qué nos indica? Es interesante, por supuesto, pero no tiene por qué estar relacionado con la noche en que murió.

—Pero ahora sabemos de la existencia de una persona —señaló Zoe—. De alguien que era importante para Chris. ¿Y si los dos habían quedado en el acantilado esa noche? A lo mejor era su lugar de encuentro secreto. Nosotros también íbamos a menudo.

—Lo sé —respondió Jack. Y cuando sus miradas se encontraron, Zoe se vio abrumada de nuevo por los recuerdos. Las maravillosas puestas de sol, arriba, en la vieja torre; la calidez de sus abrazos; los miles de besos que se daban, cada uno de los cuales sabía a promesa. Fue la última vez que se vio libre de toda preocupación. La última vez que fue auténticamente feliz...

Volvió a concentrarse en el tema que en ese momento más le importaba.

—Debo averiguar de quién habla Chris en este cuaderno. Así podré resolver por fin el enigma —anunció, pero al mismo tiempo que lo decía se desvanecía su optimismo—. Pero ¿cómo? No puedo ir de casa en casa preguntando quién estuvo con mi hermano. Y aunque lo hiciera, sería absurdo. ¿Por qué iba a hablar ahora alguien que ha permanecido tanto tiempo callado? Y a lo mejor estoy buscando en el lugar equivocado, a lo mejor esa mujer vive ahora en otro sitio.

Miró a Jack, abatida.

—A lo mejor sí, pero a lo mejor no —contestó él poniéndose en pie. Con expresión grave, se puso a caminar arriba y abajo de la habitación, algo que solía hacer cuando reflexionaba. Era obvio que ese asunto también le inquietaba.

En un momento dado, se paró en seco.

—Esta noche se celebra el baile de verano.

—Lo sé. —Había visto los carteles en el pueblo anunciándolo—. ¿Y?

—Podrías ir —respondió.

Ella lo miró asombrada.

—¿Por qué?

—Porque es una fiesta popular. Vendrá mucha gente, sobre todo de aquí, así que los tendrías a todos juntos, por decirlo de algún modo. Podrías hablar con ellos y recordarles lo que pasó. A lo mejor a alguno se le ocurre algo.

Zoe lo miró. La idea era genial, pues el baile de verano era, en efecto, uno de los puntos culminantes de la vida del pueblo y un marco obligado para plantear preguntas. El problema residía en que había que ir con pareja. Lo sabía, porque había estado varias veces allí. Y siempre con Jack.

Al principio, cuando eran más jóvenes, él la había acompañado en lugar de Chris porque Rose y ella encontraban divertido «cambiar» de hermanos. Y también aquel verano en que salían juntos habían ido en pareja. El recuerdo le provocó una dolorosa punzada.

Carraspeó.

—Sí, quizá sí —dijo—. ¿Vas a ir tú?

Él asintió.

—Le prometí a Megan que la acompañaría.

«Claro», pensó Zoe, y se sintió ridícula porque por unos segundos había esperado que él tal vez se ofrecería a ayudarla en ese asunto. Aunque se había referido varias veces a «nosotros», ya no formaban pareja, y por eso él pasaría la noche del baile con la mujer que le interesaba. Porque, aunque oficialmente no estaba con esa Megan, era seguro que algo estaba germinando entre ellos. No había sitio para ella.

Zoe tragó saliva.

—¿Cuándo empieza?

—A las siete y media, como siempre —contestó consultando el reloj—. Tengo que irme.

Ella asintió, lo acompañó a la puerta y lo siguió con la mirada cuando se acercó al coche dando largas zancadas, como si de repente le apremiara separarse de ella.

En cuanto se quedó sola volvió a la sala de estar y se tumbó de nuevo en el

sofá. Todavía se sentía cansada, rendida porque había pasado media noche despierta.

«Voy a dormir un poco más», pensó, y cerró los ojos. A fin de cuentas necesitaría de todas sus fuerzas para sobrevivir sola al baile de verano. Y no le quedaban muchas.

—¿Falta mucho? —preguntó Rose mientras intentaba distinguir algo entre los árboles que flanqueaban el camino. Pero no había nada más que el extenso jardín que llevaban ya un rato recorriendo.

—Enseguida lo verás —contestó Simon y, cuando giró en la siguiente curva y apareció Marlton House al final del paseo, Rose se quedó sin respiración.

—Uau, es... grande —dijo mirando la fachada gris de la casa señorial con sus numerosas torrecillas. La más grande de ellas era un alto torreón de defensa con balcones en cada esquina, pero también había numerosas almenas que sobresalían de la cubierta del alargado edificio y ofrecían una imagen general impresionante y algo intimidadora—. ¿Y vas a heredar esto un día?

—Dios nos guarde, ¡no! —Simon se echó a reír—. Mi abuelo lo cedió hace años al National Trust. Mantener ese viejo caserón es sumamente caro y, a la larga, la familia de mi madre no lo habría resistido. Por eso la casa solo es residencia del conde de Chiswick sobre el papel, y los únicos que pasan por ella son los turistas curiosos. Pero a mi madre le gusta emplearla como marco de sus actividades benéficas. Afirma que en un entorno así la gente es más generosa.

«Cuando uno tiene dinero para ser generoso con él», pensó Rose, un poco angustiada, mientras Simon dirigía el coche al patio anterior de la casa. Dos jóvenes con librea enseguida acudieron a atenderlos y Simon le dejó a uno la

llave del coche. Luego dio la vuelta al vehículo para ayudar a bajar a Rose.

Emocionada, ella se alisó el vestido de tubo que había elegido para la ocasión. Era de una tela de *chiffon* rojo con un ligero brillo que había cortado en bandas anchas y luego recompuesto de forma asimétrica, lo que le daba un aspecto muy interesante sin hacerle perder ni una pizca de elegancia. No era ninguna de sus prendas típicas y era tan refinado que hasta entonces no había tenido la oportunidad de llevarlo. Ni siquiera sabía por qué lo había metido en la maleta, pero se puso muy contenta al descubrir la mirada de admiración de Simon.

—Estás arrebatadora, ¿ya te lo había dicho?

—Un par de veces —contestó sonriente cogiéndole del brazo mientras se dirigía a la escalinata que había delante de la entrada—. Pero puedes decirlo más a menudo, así a lo mejor me tranquilizo un poco.

Simon se inclinó hacia ella y le dio un beso en los labios.

—Si hay alguien que esté nervioso aquí, soy yo —confesó—. Nunca he tenido una compañera más bonita y habré de tener cuidado para que nadie te secuestre.

«A mí me pasa lo mismo», pensó Rose, y sintió que se le encogía el corazón al mirarlo. Lo encontraba increíblemente atractivo, y no porque le quedara perfecto el traje o por el hecho de que fuera de ese tipo de hombres que se veían relajados con esa indumentaria. Le fascinaba su forma de ser. Su sonrisa, su amabilidad, la seguridad que tenía en sí mismo y que irradiaba. Hacía un par de días que lo conocía pero ya estaba convencida de que nunca más conocería a un hombre como él. Era encantador desde cualquier punto de vista y no podía ni imaginar que pronto debiera separarse de él. Pero en ese momento no quería pensar en eso, así que se limitó a devolverle la sonrisa.

Cuando llegaron a la entrada y Simon tendió su invitación a la elegante señora que lo esperaba allí, Rose volvió a ponerse nerviosa.

La mujer asintió y les indicó que siguieran la alfombra roja que conducía por los escalones hasta el interior y finalizaba en un gran vestíbulo de entrada con columnas de mármol. Eran muchos los invitados que ya contemplaban con asombro los vestidos expuestos en unos maniquís de tamaño natural y en las vitrinas que se habían colocado alrededor del vestíbulo. Entre ellos se

desplazaban los empleados de una compañía de *catering* con bandejas, ofreciendo canapés y bebidas.

—¡Simon, qué estupendo! —exclamó una mujer mayor con un elegante vestido color lila, y lo saludó con un abrazo y un beso en la mejilla. Luego su mirada se posó en Rose y su sonrisa perdió cierto entusiasmo.

—Oh, ¿vienes acompañado?

Era más bien una pregunta que una afirmación, y Rose miró a Simon con perspicacia. Pero él ignoró su mirada y presentó a las dos mujeres tranquilamente.

—Rose, esta es mi madre, Elaine Fielding. Y ella es Rose Riley, mamá. Ya te he hablado de ella.

—Sí, es cierto. Ya me acuerdo —dijo Elaine Fielding tendiéndole la mano a Rose. Luego se volvió hacia su hijo—. Lydia Edgars ha preguntado por ti. Ha venido con una amiga. Las dos deben de estar por ahí, creo. —Señaló con la mano un punto de la sala.

—Seguro que nos cruzamos con ellas. Pero ahora Rose y yo vamos a ver la exposición. A fin de cuentas, para eso hemos venido —contestó Simon algo impaciente, y sostuvo la mirada severa que le lanzó su madre. Luego tiró de Rose—. Hasta luego, mamá.

—Dijiste que no pasaría nada si venía —se quejó Rose en cuanto nadie podía oírlos.

—Y así es —dijo Simon al tiempo que cogía de la bandeja de un camarero dos copas de champán y le tendía una a ella—. En la invitación decía expresamente que podía venir acompañado.

—¿Y por qué tu madre me ha mirado tan horrorizada?

Simon esbozó una sonrisa irónica.

—Me temo que no respondes a la imagen que ella se ha hecho de mi futura esposa.

Rose lo miró desconcertada.

—Pero si no voy a casarme contigo.

Mientras la miraba, por el rostro de Simon asomó una expresión que ella no supo identificar. Luego se encogió de hombros.

—Pero es lo que quiere mi madre. Me refiero a que me case.

Preferiblemente con la hija o la nieta de una de sus distinguidas amigas de sociedades benéficas.

De golpe, Rose entrevió cuál era el problema.

—¿Y esa Lydia es una de ellas?

—Exactamente —respondió él con un suspiro—. Mi madre considera que a mitad de la treintena debo pensar de una vez en sentar cabeza y fundar una familia. Por eso siempre vuelve al tema e intenta emparejarme. Pero en este aspecto no voy a permitir de ninguna de las maneras que me imponga nada.

«Esa es la razón», pensó Rose mientras bebía un sorbo de su champán. No quiere compromisos. Se había preguntado cómo era posible que un hombre así todavía no estuviera casado. Seguro que no le habían faltado ofertas e incluso en ese momento advertía las miradas que le dirigían algunas mujeres.

—¿Y qué ocurre con los hijos? —dijo, casi sin pretenderlo.

Él hizo un gesto de indiferencia.

—Me gustan los niños. Pero no creo que vaya a ser un buen padre.

—Seguro que lo serías —afirmó Rose, categórica, y acto seguido se arrepintió de haberlo hecho cuando él se detuvo y la miró—. Al menos es lo que yo pienso —especificó—. Eres amable y abierto. A los niños les gusta la gente así.

Simon frunció el ceño, no muy seguro de que eso fuera un cumplido.

—La verdad, todavía no he pensado mucho en este tema —confesó con una media sonrisa—. Debo de dar la impresión de ser muy superficial al pensar tan poco sobre mi vida, ¿no?

—Hay cosas sobre las que uno piensa cuando le pasan —observó ella.

Simon la miró sorprendido y calló unos segundos.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Te imaginas teniendo hijos?

Rose tragó saliva con dificultad. «¿Por qué habré sacado este tema?», pensó abatida mientras evitaba su penetrante mirada. Pero no tuvo que contestarle, porque de repente resonó un grito de entusiasmo.

—¡Oh, Simon, ya has llegado!

Una joven con el cabello ondulado peinado en un recogido alto se acercaba apresurada seguida de una muchacha de cabello castaño y largo. Las dos eran delgadísimas, llevaban vestidos cortos y joyas caras.

—Heather y yo te estábamos buscando —dijo la rubia saludando a Simon con un beso en la mejilla—. ¿Te acuerdas de mi amiga Heather? —añadió, señalando a la joven castaña que le tendió la mano con una sonrisa resplandeciente—. Tu madre es un auténtico genio, esta exposición es fantástica.

—Rose y yo acabamos de llegar, de modo que todavía no hemos tenido la oportunidad de verla —contestó Simon acercando a Rose hacia él—. Creo que debería hacer los honores. Rose, te presento a Lydia Edgars y su amiga Heather Farrington. Y ella es Rose Riley.

Se estrecharon la mano y Rose observó la expresión del rostro de Lydia Edgars mientras esta la examinaba críticamente. Pero Lydia decidió proseguir con la táctica de ignorar a Rose mientras seguía flirteando con Simon sin el menor reparo y sin disimulos.

Él respondía cordialmente a sus preguntas y sonreía, pero rodeó con el brazo a Rose y la atrajo hacia sí. Aun así, ella sintió el terrible aguijón de los celos mientras seguía la conversación.

Llegaría el día en que otra mujer obtuviera a Simon. A lo mejor no una de esas dos que tan abiertamente se interesaban por él, pero alguna conseguiría conquistar su corazón y sentirse segura en sus brazos. Una que no tuviera hijos de los que no le hablaba. Y que fuera tan mundana como él y no de un pueblucho de Cornualles...

—Disculpad, ahora tenemos que ver la exposición. Mi madre no me perdonaría si no apreciase el trabajo que ha realizado.

Simon sonrió a las dos mujeres de nuevo y condujo a Rose del brazo a la pieza expuesta más próxima.

—Pensaba que no dejaría de hablar —dijo en voz baja y poniendo los ojos en blanco, lo que provocó una sonrisa aliviada en Rose. Puede que otra mujer se quedara con él un día, pensó. Pero en ese momento estaba con ella y pensaba disfrutarlo mientras durase.

Llegaron a uno de los maniqués de tamaño natural que formaban el centro de la exposición y que estaban flanqueados por vitrinas de cristal con otras piezas y cartelas informativas. Allí se podía descubrir todavía más sobre la década a la que pertenecía el vestido en cuestión.

El modelo del maniquí parecía ser el más actual, como comprobó Rose cuando se acercaron.

Era un vestido de noche largo, de seda brillante de un azul pálido. El talle cruzado que caía suelto solo estaba trabajado con dos capas por la parte delantera. La finísima tela de la espalda, por el contrario, dejaba entrever generosamente lo que había debajo. O lo que no había, pensó Rose. En ese instante recordó dónde había visto el vestido.

—Lo llevaba Catalina —dijo emocionada—. Me refiero a la duquesa de Cambridge. Cuando fue a la *première* de una película con el príncipe Guillermo. —Miró el rótulo que estaba pegado a la pared, junto al vestido, donde confirmó lo que había supuesto—. La prensa armó mucho jaleo con el tema de si llevaba o no sujetador debajo.

Rose no solía leer los artículos de sociedad en el periódico, pero esa noticia le había llamado la atención porque estaba relacionada con la moda.

—Bien, entonces mi madre puede esperar que paguen un buen precio por él —opinó Simon—. Los vestidos se sortean al final de la exposición.

Su indiferencia la dejó perpleja, pero seguramente para él no era nada especial que la futura reina de Inglaterra abriera el armario ropero para su madre.

—Y este es el modelo que la duquesa de Cambridge ha puesto a nuestra disposición —resonó una voz a sus espaldas, y cuando Rose dio media vuelta vio que Elaine Fielding se aproximaba a ellos seguida de un grupo atento a sus palabras. Rose enseguida se percató de la presencia del hombre que estaba junto a la madre de Simon. Era bajo, calvo y pasaba desapercibido con su traje gris. Pero ella lo reconoció al instante.

—Clive Wentworth —dijo, casi para sí misma, pero lo suficientemente alto como para que Elaine Fielding la oyera.

—Ah, Simon —dijo complacida—. Creo que todavía no te he presentado a nuestro invitado de honor —añadió—. Clive, estos son mi hijo Simon y... —dudó un instante refiriéndose a Rose— su acompañante.

A Rose le daba completamente igual que la madre de Simon se hubiese olvidado de su nombre, estaba demasiado fascinada con el famoso modisto inglés que estaba frente a ella y cuyo trabajo admiraba desde hacía tiempo. A

Simon, por el contrario, pareció molestarlo, pues lanzó a su madre una mirada de desaprobación.

—Su nombre es...

—¡Rose Riley! ¡Oh, qué casualidad! —Una mujer alta, flaca y con el pelo corto se abrió camino y Rose se quedó estupefacta cuando reconoció a Felicity Myers.

La arrogante americana que la había sacado de quicio con sus deseos especiales... y que conocía sus auténticas condiciones de vida en Cornwall.

—¿Qué está haciendo aquí en Londres? —preguntó Felicity Myers, y Rose sintió que su rostro enrojecía cuando fue consciente de que tenía que ocurrírsele enseguida alguna idea si no quería que Simon descubriese la verdad delante de su madre y de toda esa gente.

—¿No se encuentra bien, querida? —preguntó Felicity Myers, preocupada—. Está usted muy pálida.

—Sí, sí —se apresuró a contestar Rose aferrándose a la copa de champán—. Me ha sorprendido verla aquí. Pensaba que había vuelto a Boston.

—Y es lo que tenía pensado hacer, pero se postergaron dos citas y tuve que cambiar de planes —contestó la americana y le dirigió una sonrisa de complicidad—. Por otra parte, he recibido un montón de alabanzas por las prendas que me hizo. —Señaló una de las blusas en distintos tonos melocotón y naranja y que Rose reconoció en ese momento como una de sus creaciones—. Esta pieza, por ejemplo, me gusta especialmente. Pero yo también tengo un buen ojo para la moda. ¿No es cierto, Clive?

Clive Wentworth asintió con expresión grave y Rose todavía palideció un poco más. ¿Los dos se conocían?

—¿Diseñaste tú la blusa? —preguntó Simon, asombrado, y también Elaine Fielding pareció impresionada de repente.

—Imagínense cómo me quedé yo —prosiguió Felicity Myers—. Nunca hubiera pensado que precisamente en un lugar tan diminuto de Cornualles iba a descubrir una joya así. Uno diría que las tendencias actuales no llegan hasta allí. Pero yo no sabía que usted viniera periódicamente a Londres. —dijo esto último a Rose—. Ahora no me extraña que sus diseños sean tan modernos. ¿Por qué no lo mencionó entonces? Podríamos haber quedado.

Rose dedicó una sonrisa forzada a la americana y la odió una vez más por

su don para hacer cumplidos de doble filo.

—Ha sido un viaje imprevisto —señaló, contenta al menos de no tener que mentir—. No vengo aquí con tanta frecuencia.

—No, claro que no. —Felicity Myers puso un tono compasivo y colocó una mano sobre el brazo de Rose—. Ya me imagino que debe de ser difícil para usted conseguir unos días libres. Seguro que tiene que organizarse muy bien.

Rose sintió que la sangre volvía a agolpársele en las mejillas cuando Simon la miró con aire inquisitivo.

Felicity Myers le sonrió con dulzura.

—Cómo están sus... ¡Oh!

Aterrada, se miró los pantalones de seda, que Rose acababa de mojar con el contenido de su copa de champán. La copa estalló con un sonido estridente al chocar contra el suelo y provocó que quienes estaban alrededor retrocedieran un paso, mientras las esquirlas de vidrio saltaban en todas las direcciones sobre las baldosas de mármol.

—¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto lo siento! —exclamó Rose, esforzándose por expresar auténtico pesar—. ¡Qué torpeza por mi parte!

—¡Es un pantalón Clive Wentworth! —protestó enfadada Felicity Myers, al tiempo que se frotaba con energía la mancha—. ¡Me lo ha destrozado!

—Le confeccionaré otro nuevo. —La voz gangosa era de Clive Wentworth, quien había observado en silencio la escena entre las dos mujeres. Felicity Myers lo miró, pero él se volvió hacia Rose y clavó en ella sus ojos azul pálido, que parecían sorprendentemente cordiales aunque él no sonreía—. Son cosas que pasan, ¿no es así?

Rose estaba demasiado perpleja para responder.

—¡Oh, sería maravilloso, Clive! —exclamó Felicity Myers disfrutando de la envidiosa mirada de los invitados que estaban alrededor. Con expresión desolada, señaló los pantalones—. ¡Era uno de mis modelos favoritos!

Rose ya iba a asegurarle que la compensaría por los daños causados, cuando Simon se le adelantó.

—Envíeme la factura en caso de que el pantalón pueda limpiarse. —Tendió a la sorprendida americana una tarjeta de visita—. Por supuesto, yo mismo

me ocuparé de los costes de la prenda con que el señor Wentworth tiene intención de sustituir el pantalón.

—Gracias —dijo la americana, asombrada—. Ya veré si puede salvarse algo.

Y dichas estas palabras corrió a los baños. Mientras tanto, Elaine Fielding llamó con un gesto apresurado a dos de los camareros, que, acto seguido, regresaron con bayetas y una pala.

Rose quería ayudarlos a recoger las astillas de vidrio, pero Elaine se lo impidió.

—Está bien. Enseguida lo limpiarán —dijo, pero la mirada que lanzó a Rose mostraba inequívocamente lo que en realidad opinaba del hecho de que la compañera de su hijo hubiese provocado tanto jaleo en su exposición—. Como bien ha dicho el señor Wentworth: son cosas que pasan. Y mi hijo ha sido muy amable enmendando este asunto.

Elaine arqueó una ceja y dirigió a Simon una mirada con la que pretendía comunicarle que no estaba en absoluto de acuerdo con su intervención. Luego se volvió de nuevo a Clive Wentworth y al grupo que lo acompañaba.

—¿Seguimos?

Serenamente, prosiguió la visita guiada en privado y dejó a Simon y a Rose con los camareros que limpiaban el suelo a su alrededor.

—Ven. —Simon tomó a Rose de la mano y la llevó detrás de una de las grandes columnas, donde no estaban tan expuestos a las miradas curiosas de los otros invitados.

—¡Dios mío, qué lamentable! —gimió Rose apoyando la frente en su pecho mientras recordaba esos espantosos últimos minutos—. Por una vez que tengo la oportunidad de hablar con Clive Wentworth ¡y le mojo los zapatos con champán!

—Y no te olvides de los fragmentos de cristal. Han salido volando por todos los lados —añadió Simon en tono socarrón, y cuando Rose levantó la mirada, él esbozó una amplia sonrisa.

—¡No tiene nada de divertido! —se quejó ella—. Lo he echado todo a perder.

No se le había ocurrido nada más para evitar que Felicity Myers preguntase

por sus hijos. Simon no tenía que enterarse así de que ella le había ocultado uno de los aspectos más importantes de su vida, y mucho menos ahora que ella sabía lo que pensaba él sobre el tema familia. Por eso no había tenido más remedio que dejar caer la copa para dirigir la atención hacia otro punto.

—Te devolveré el dinero, por supuesto —dijo, pensando abatida en lo que debía de costar un pantalón Clive Wentworth. Pero Simon lo negó sonriente.

—Nada de eso. Pero podrías darme las gracias con un beso. Eso sí lo aceptaré.

Rose levantó la cabeza y le dio más que complacida su recompensa. Pero cuando él la soltó, pensó en la mirada demoledora que Elaine Fielding le había lanzado.

—Seguro que tu madre me odia —comentó compungida.

—Al menos no te olvidará fácilmente —reconoció Simon, todavía burlón—. Y en última instancia ha sido un éxito, si pensamos en lo mucho que esa americana ha elogiado tus diseños. ¿Quién era en realidad?

—Una de las peores clientas que he tenido en los últimos años —comentó Rose—. No tengo ni idea de qué está haciendo aquí. Pensaba que ya había vuelto a su país hacía tiempo.

—Pero le gusta tu blusa —observó Simon.

—Le «gustaba» mi blusa —corrigió Rose—. Es probable que ahora esté desmenuzándola con unas tijeras y me borre para siempre de su mente.

—Estaba demasiado encantada para hacer algo así —la contradujo Simon—. ¿Tiene algo que ver con el mundo de la moda? Por lo visto conocía a Clive Wentworth.

—Ni idea. —Rose recordaba que la americana siempre se jactaba de que conocía todas las marcas de los diseñadores. Por lo demás, estaba especialmente ocupada manteniendo a Rose en vilo con sus deseos especiales.

Que sus caminos hubieran vuelto a cruzarse precisamente allí era una jugarreta del destino, y Rose fue consciente de que todavía estaba expuesta al peligro. Podían volver a encontrarse con Felicity Myers y esa vez quizá la pusiera en evidencia. Y perdería a Simon...

—Podría preguntar a mi madre quién es —sugirió Simon—. Seguro que lo

sabe, a fin de cuentas todos los presentes están convocados con invitación. O vamos directamente a esa Felicity Myers. Así puedes disculparte otra vez y...

—¡No! —Rose le puso un dedo sobre los labios y le sonrió—. Es mejor que me beses —susurró, y sintió que su corazón palpitaba más deprisa cuando él satisfizo ese deseo.

—Pero seguro que sería algo positivo para tu carrera —dijo él entre dos besos.

—Me da igual —murmuró Rose sin aliento... y lo decía sinceramente. No tenía carrera. En un par de días volvería a su vida de siempre, pero hasta ese momento quería besar a Simon tantas veces como fuera posible. El resto no era tan importante, y mucho menos esa horrible Felicity Myers.

—Rose Riley, si sigues así no me hago responsable de lo que pueda suceder. —Simon la estrechó todavía más contra sí y le hizo sentir lo mucho que le excitaba su proximidad—. No querrás que todas las miradas vuelvan a centrarse en nosotros, ¿no?

—Entonces más vale que nos vayamos —respondió ella, poniéndose de puntillas y besándolo de nuevo apasionadamente hasta que él casi se separó de ella con brusquedad. Frunciendo el ceño, bajó la mirada.

—Acabamos de llegar —protestó, pero no sonaba del todo sincero y ella vio en sus ojos que encontraba su sugerencia sumamente excitante.

Rose sonrió.

—No creo que tu madre me eche de menos.

—No, sospecho que no —respondió, y casi emitió un suspiro apenado—. Pero yo sí te echaré de menos cuando vuelvas a Cornualles.

Rose sintió que se le encogía el corazón.

—En ese caso, ¿no deberíamos aprovechar el tiempo?

Simon no respondió, sino que la cogió de la mano y la llevó con paso decidido hacia la salida.

Callaron mientras esperaban a que uno de los asistentes con librea les llevara el coche, pero la tensión que había entre ellos era casi palpable.

Simon arrancó en cuanto se hubieron sentado, pero no siguió el paseo por el que habían llegado, sino que tomó un estrecho camino tras la primera curva que llevaba directamente al parque. Al parecer se desenvolvía bien allí

dentro, luego tomó dos desvíos flanqueados por altos setos y aparcó al final junto a una arboleda.

—Aquí no nos molestará nadie —le dijo a Rose mientras se disponía a tomarla de nuevo entre sus brazos. Pero en lugar de eso, ella bajó del coche.

—Ven —le invitó, y cuando él la siguió, lo cogió de la mano y lo llevó hacia los árboles. El aire era agradablemente cálido y olía a hierba y verano, una mezcla que Rose encontraba tan embriagadora como el hecho de que estuvieran allí completamente solos—. ¿Alguna vez has hecho el amor al aire libre? —preguntó, sorprendiéndose un poco de sí misma.

Nunca le habían gustado especialmente los experimentos en ese ámbito, pero con Simon era distinto. Lo deseaba con una intensidad que hasta ella misma desconocía, por eso gimió de placer cuando él la apoyó contra el tronco de una encina y le cubrió el pecho derecho con la mano.

—No. Pero hace poco una mujer muy inteligente me aconsejó que tengo que probar más a menudo cosas nuevas.

—Entonces creo que deberías hacerle caso —dijo ella, jadeante.

—Sin falta —susurró Simon y la besó tan apasionada y profundamente que en cuestión de segundos toda ella ardía. Su corazón estaba desbocado y se sentía tan viva y libre como hacía tiempo no se sentía. Dejó de pensar para centrarse plenamente en sus sentidos. Se entregó por completo a sus caricias, lo ayudó despojándose de todas las prendas que molestaban y jadeó cuando sus labios se cerraron cálidamente en uno de sus pezones desnudos.

—Simon —gimió y enredó los dedos en sus cabellos mientras que él la lamía suavemente haciendo que todo su cuerpo se estremeciera. Rose necesitaba más de él, quería sentirlo, por eso le desabrochó con dedos temblorosos la camisa y apartó la tela, deslizando luego las manos por su pecho desnudo. Se perdió irremediabilmente en la mirada de sus ojos azules, oscurecidos en ese momento por el deseo.

Lo observó impaciente mientras él se desprendía de los pantalones y volvía junto a ella. Simon la levantó y ambos se tendieron sobre la hierba a la sombra de los árboles. Rose se abrió para él, y cuando la penetró y se miraron por un instante, ambos disfrutaron del sentimiento de ser uno. Él empezó a moverse, Rose lo siguió. Casi enseguida encontraron un ritmo, apremiante e

inoslayable, que cada vez los arrebatava más. Rose se agarró a él como extasiada cuando el mundo que la rodeaba estalló, y Simon la siguió un segundo después liberando un gemido.

A continuación su respiración se fue tranquilizando y se sosegaron los deliciosos estremecimientos que todavía los recorrían. Pero el sentimiento de felicidad permaneció, de modo que suspiraron mientras yacían abrazados.

Era muy hermoso estar con él, una emoción salvaje y desatinada, y cuando Simon levantó la cabeza y la miró, lo que ella sentía pareció reflejarse en la mirada de él.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Rose? —preguntó besándola suavemente, pero a Rose se le hizo de repente un nudo en la garganta.

Eso no estaba planeado, pensó asustada. No debía enamorarse de Simon Fielding. Era una aventura que acabaría cuando él supiera la verdad sobre ella. Y era mejor no abandonarse a ideas románticas. Por eso empujó su tórax con fuerza hasta que él cambió el apoyo, se separó de ella y Rose consiguió hacerlo rodar.

—Te hago caer en la tentación —dijo lo más despreocupadamente posible, y lo besó de nuevo antes de levantarse y tenderle la mano para ayudarlo a hacer lo mismo.

Se vistieron sonriendo, los dos todavía embriagados por la locura que acababan de hacer, y volvieron de la mano al coche.

—¿Te vienes a mi casa? —preguntó Simon mientras ponía en marcha el motor.

Rose asintió y se apoyó con un suspiro en el respaldo mientras él maniobraba con el coche.

«Lo disfrutaré todo el tiempo que dure», decidió ella, intentando no hacer caso del tirón que sentía en el pecho y que se negaba a ceder.

Cuando Zoe entró en la gran sala del hotel Alistair, adornada con flores y guirnaldas, respiró hondo. Todo tenía el mismo aspecto que antes: las mesas con los finos manteles blancos situadas al borde de la sala; la orquesta que tocaba en una tarima elevada, en un rincón; y el gran número de parejas que se movían animadas al ritmo de la música sobre el suelo de parquet. Era la misma imagen de hacía catorce años, cuando por última vez se asomó por la puerta de la sala. Pero aquella vez Jack la había llevado de la mano y se había abierto camino con ella entre la multitud para buscar asiento a una mesa. Ahora tenía que hacerlo sola.

«No debería haber venido», pensó desanimada y sintiendo una fuerte punzada detrás de la frente. Desde que se había vuelto a despertar le dolía la cabeza y había estado mucho rato dándole vueltas a si debía asistir al baile o no. Pero Jack tenía razón: debía intentarlo si quería averiguar algo sobre el amor secreto de Chris. Así que había tomado un comprimido y emprendido el camino hacia el Alistair.

El hotel disponía de la mayor sala de todo Penderak, por lo que el baile de verano se celebraba tradicionalmente allí, al igual que otras muchas actividades y reuniones de la comunidad. Sin embargo, la sala solo se ornamentaba especialmente en ocasión del baile. Muchos voluntarios se ocupaban de la decoración, prueba de lo mucho que significaba ese acontecimiento para el pueblo. Y también entre los turistas debía de haber corrido la noticia de que era una fiesta especial, pues si en algo había

cambiado era en que había más gente que antes.

Sintiéndose algo perdida entre todo ese gentío, Zoe intentó recordar el nombre de aquellas personas a quienes reconocía. Eran menos de los que ella había supuesto, pero suficientes, y la idea de ir preguntándoles por Chris de una en una aumentó su dolor de cabeza. Era una empresa enorme y ella no se sentía con ánimos. «Debería marcharme», pensó abatida. Así también se ahorraría ver cómo bailaban juntos Jack y Megan...

—¡Hola, Zoe!

«Demasiado tarde», se dijo al reconocer que era Jack quien la saludaba. Se esforzó por esbozar una sonrisa y se volvió hacia él.

A diferencia de otros hombres allí presentes, no llevaba traje, sino una elegante camisa verde que le sentaba de maravilla y un pantalón oscuro. Zoe no supo decir si eran tejanos, pero lo supuso. A Jack nunca le habían gustado los trajes formales, algo que no menguaba su atractivo, pues incluso con una camiseta medio rota tenía mejor aspecto que la mayoría de los hombres.

—Hola —respondió ella un poco aliviada al verlo solo. Pero aún no había pasado un segundo cuando Megan apareció detrás de Jack y se puso a su lado. Pegada a él.

—Ah, señorita Bevan —dijo—. No sabía que usted también venía.

—No estaba planeado —contestó Zoe mirando a la otra mujer.

Megan llevaba un vestido con una falda amplia color champán, en hermoso contraste con su cabello oscuro, que esa vez llevaba suelto sobre los hombros. Se veía muy cambiada, más femenina y relajada. Pero tal vez eso dependiera de Jack, al que sonreía resplandeciente.

Él, sin embargo, mantenía la mirada fija en Zoe, incómoda a causa del vestido de verano azul claro que llevaba con una chaqueta también azul. Era consciente de que no era una vestimenta lo suficientemente elegante para la ocasión, pero no se había llevado nada adecuado, así que tendría que aceptar que Megan la aventajara fácilmente con su indumentaria.

—Si quieres, puedes sentarte con nosotros —apuntó Jack señalando una mesa en el lado derecho de la sala.

Zoe reconoció a Daisy e Iris con su marido, Gordon, que también estaban allí sentados, y se sintió tentada de aceptar el ofrecimiento. Los Gallagher

eran apreciados y conocían a mucha gente, por lo que obtendría información más fácilmente. Pero si lo hacía, tendría que ver toda la noche a Megan y Jack haciéndose carantoñas, y no estaba segura de poder soportarlo.

—No, gracias. No quisiera molestar.

—De acuerdo. Entonces que pases un buen rato —intervino Megan antes de que Jack pudiera añadir algo, y se colgó del brazo de este—. Íbamos a bailar, cariño. ¿Vamos?

Tiró de él, pero Zoe captó la mirada indignada de Jack. Afectada, se los quedó mirando. Era evidente que no había sabido ver la estrecha relación que había entre Megan y Jack. ¿Le resultaba incómodo a él que ella hubiese vuelto? Pero ¿por qué le había sugerido y ofrecido que se sentara con ellos?

Zoe se obligó a no pensar más en ello y se abrió paso entre la multitud. Buscó a propósito un sitio libre en el lado de la sala donde no estaban sentados los Gallagher. Al final encontró una silla vacía junto a una de las mesas colocadas al fondo de la sala. Otras dos parejas estaban allí sentadas y la saludaron amistosamente con una sonrisa antes de levantarse poco después para ir a bailar. Zoe se quedó sola, sintiendo las miradas que le lanzaba la gente de las otras mesas. «Seguramente se estarán preguntando por qué he venido sin pareja», pensó, deseando haber aceptado la oferta de Jack y estar en ese momento sentada a la mesa de los Gallagher.

—¿Quiere beber algo?

Sorprendida, alzó la mirada hacia una chica de cabello oscuro y largo que había aparecido de repente a su lado. Llevaba una camiseta y tejanos y se había atado a la cintura un delantal azul oscuro, al igual que otros adolescentes que circulaban entre las mesas con bandejas y blocs en la mano. Todos eran demasiado jóvenes para pertenecer a un servicio de *catering*, y Zoe se acordó de repente de que ya antes la comunidad adjudicaba esos trabajos de camarero a los jóvenes del pueblo, que de esa forma ganaban algo de dinero.

—Sí, un agua, por favor —respondió, aunque hubiese preferido una cerveza. El médico, sin embargo, había insistido en que no tomara alcohol. Y además, tenía que conservar la mente clara.

La chica arrancó una hoja de su cuaderno y se la tendió a Zoe.

—Entonces tendrá que poner su nombre aquí, por favor. Al lado escribiré lo que beba y cuando se marche haré la cuenta de todo. —Sonrió—. Ahora lo hacemos así, es más fácil.

Zoe siguió sus indicaciones, pero cuando la muchacha le trajo el agua unos minutos más tarde y quiso hacer la marca en la hoja de papel, se quedó perpleja.

—Uau. Es usted la señora que vive en nuestra casa —dijo mirando a Zoe con renovado interés.

—Entonces, ¿tú eres... la hija de Rose? —Zoe intentó recordar el nombre—. Sarah, ¿no es así?

—Exacto —contestó la jovencita, resplandeciente—. Mi primo me ha hablado de usted. Dice que es muy guay.

—¿De verdad? —Zoe estaba sorprendida, pero se alegró del inesperado cumplido—. ¿Él también está aquí?

—No —respondió Sarah—. Se ha peleado con mi tío. Por qué, no lo sé; pero Jack estaba muy enfadado y lo ha castigado sin salir de casa.

—Lo siento por él. —Zoe deslizó la mirada hacia Jack, que bailaba entre la muchedumbre con Megan, y se preguntó por qué habrían discutido. ¿Estaría William todavía enfadado con su padre por no haberle dejado marcharse a Nueva York con su madre? Seguro que Jack tenía buenas razones para haber tomado esa decisión, pero la relación entre ambos se había roto por esa causa y solo cabía esperar que el chico perdonase en algún momento a su padre.

—Tengo que seguir —advirtió Sarah y volvió a sonreír cordialmente antes de marcharse a preguntar a otros clientes qué deseaban tomar.

Cuando volvió a quedarse sola, Zoe no pudo evitar buscar de nuevo a Jack con la mirada en la pista de baile. En ese momento él se volvió hacia ella y sus miradas se cruzaron sobre el hombro de Megan. Luego esta dijo algo y él dirigió su atención hacia ella y siguió bailando sin hacer caso de Zoe.

Se apresuró a beber un trago de agua y se quedó contemplando el vaso, al tiempo que intentaba ignorar la quemazón que sentía en el pecho. Jack estaba pendiente de Megan, por supuesto. Hacían buena pareja. Su relación no tardaría demasiado en formalizarse...

—Vaya, ¡pero si es Zoe Bevan! —exclamó de repente alguien, y cuando

Zoe levantó la mirada, descubrió delante de ella a una mujer de unos cincuenta años, con el cabello oscuro y una figura atlética, de aspecto llamativo con un ceñido vestido rojo. Sonreía amistosamente y Zoe la reconoció de inmediato.

—¡Doctora Corby! —dijo—. ¿Cómo está usted?

—Según Lizzy Carmichael, soy yo quien debería preguntarle eso. ¿Puedo sentarme?

Barbara Corby no esperó a que Zoe le respondiera, sino que tomó asiento en la silla libre, lo que de hecho no supuso una sorpresa para Zoe. La única médica de Penderak siempre había sido conocida por su modo directo, un poco campechano, de comportarse. La misma Zoe había estado en su consulta en una ocasión porque le había dolido mucho el vientre y su madre quería estar segura de que no se tratase de una apendicitis. No se había olvidado de ese encuentro, pero se sorprendió de que el recuerdo fuera recíproco.

—No hubiese pensado que todavía se acordara de mí.

—Pues claro que sí —respondió sonriendo Barbara Corby—. Una médica rural conoce a sus pacientes, aunque no se hayan dejado ver durante mucho tiempo. —Se puso seria—. Pero ¿qué me han contado? No hay que bromear con los desmayos. Debería haber venido a verme para que la examinara.

Con el ceño fruncido contempló a Zoe, que no sabía qué decir. A su internista en Londres nunca se le habría ocurrido darle un consejo médico sin que ella se lo hubiese pedido. Pero seguramente tampoco se habría enterado de que había sufrido un desmayo. Esa era la diferencia entre Penderak y una gran ciudad. En el campo la gente se conocía y se preocupaban unos de otros, incluso cuando la persona afectada no lo quería. Por lo visto, también Barbara Corby era consciente de esto último, pues movió la cabeza.

—Discúlpeme. No es asunto de mi incumbencia. Llámelo interés profesional. Ya ve, soy incapaz de desconectar. Si eres médica, lo eres siempre.

—Es bonito que se ocupe usted de la salud de la gente de aquí. Pero me encuentro bien, de verdad. Yo...

Zoe balbuceó porque su mirada se deslizó de nuevo a la pista de baile y se

detuvo en Jack. Llamaba la atención porque era muy alto y porque se movía con Megan a través de la pista con especial elegancia. Ya antes había sido un buen bailarín, recordó Zoe, y tuvo que apartar la mirada de sus amplias espaldas para acabar la frase que había comenzado.

—Estoy segura de que fue solo porque me bajó la presión.

Barbara Corby le dirigió una mirada crítica, pero no insistió en el tema.

—¿Cómo están sus padres? —inquirió, y Zoe sintió remordimientos porque en los últimos días no había ni pensado en ellos. Había estado tan centrada en sí misma que había perdido de vista todo lo demás. De hecho, ni siquiera sabía si su padre o Philipp habían intentado contactar con ella. Tras su llegada, les había escrito a los dos un breve mensaje y había desconectado el móvil. Había sido una negligencia. Mientras le describía a Barbara Corby el estado de salud de su madre, se propuso volver a conectar su teléfono en cuanto volviera a casa.

—Lo siento mucho —dijo la médica, afligida—. Primero su hermano, y ahora su madre. Debe de haber sido muy difícil para usted.

Zoe asintió.

—Por eso he vuelto aquí, porque quería averiguar cómo se cayó mi hermano por el acantilado. Necesito hacer las paces con lo que ocurrió y no podré hacerlo mientras no obtenga alguna certeza.

Barbara Corby asintió.

—Entiendo muy bien su desazón. Fue una terrible tragedia. Cuando me enteré, no daba crédito. Su hermano había estado un par de días antes en mi consulta. Se había lastimado el pie al pisar un cristal.

Zoe asintió.

—Es cierto. La herida se le había infectado.

—El corte había sido bastante profundo —recordó la médica—. Por eso tuvo que venir varias veces a controlar la evolución.

Zoe dudó un instante, pero luego se animó.

—¿Le contó Chris algo respecto a que estuviera saliendo con una mujer?

Era un disparo a ciegas, porque estaba segura de que su hermano y Barbara Corby no habían tenido una estrecha relación. Pero valía la pena intentarlo, a fin de cuentas, para eso había ido.

—No lo recuerdo. De todos modos, ese no era el tema de nuestras conversaciones —respondió la médica con una sonrisa bondadosa. Pero Zoe no se rindió.

—Entonces lo formularé de otro modo: ¿lo vio alguna vez con una mujer mayor que él y con la cual tuviera una relación... digamos que más íntima?

—¿Íntima? ¿Con una mujer mayor? —preguntó Barbara Corby, desconcertada.

—Sí. Ya sabe... una a la que parecía conocer bien pero que en realidad no encajaba con él.

La médica frunció el ceño.

—Qué preguntas me hace. Ha pasado una eternidad desde entonces. —Se detuvo—. Aunque sí, ahora que lo dice... Creo que lo vi en una ocasión con Alicia Spencer. Recuerdo que una vez, al asomarme por casualidad a la ventana, vi que ella lo esperaba delante de la consulta. Lo cierto es que me sorprendió que precisamente fuera ella a buscarlo.

—¿Alicia Spencer? —El nombre no le decía nada.

—La esposa del que antes era jefe de policía, John Spencer —explicó la médica.

Zoe reflexionó un momento y, sorprendida, tomó una bocanada de aire al reconocer de quién hablaba la médica.

—¿No es la hermana de... Harry Owen?

—La hermana mayor, exacto —confirmó Barbara Corby—. Es difícil no advertirlo, a fin de cuentas los dos tienen el mismo cabello claro.

Zoe recordó a la agradable mujer cuyos cabellos eran de un rubio casi blanco, exactamente igual que los de su hermano Harry. Pero lo que a él más bien le empalidecía, aumentaba, por el contrario, la belleza de ella.

—¿Parecía como si los dos tuvieran una relación?

La médica la miró extrañada.

—No, claro que no. Alicia acababa de tener su primer hijo con John. Por lo que yo sé, todavía están casados. Y entre Chris y Alicia había una diferencia de edad de diez años. —Miró a Zoe con desconfianza—. ¿Por qué me pregunta todo esto?

Zoe dudó en si contarle la verdad a la médica y finalmente decidió ponerla

al corriente, pues solo de ese modo iba a averiguar lo que quería saber.

—He encontrado un viejo diario de Chris —dijo, suspirando—. En él escribe que está enamorado pero no menciona el nombre de la persona. Únicamente sé que era una mujer mayor que él.

—De todos modos, seguro que no era Alicia Spencer —insistió Barbara Corby—. Por muy buena voluntad que le ponga, soy incapaz de imaginármelo.

«Pero encajaría», pensó Zoe, y notó que la música se detenía un momento. El guitarrista de la orquesta decía algo al micrófono, pero no lo escuchó, estaba concentrada en sus pensamientos. Chris mencionaba en sus cartas que había una gran diferencia de edad. Y si Alicia había tenido esposo e hijo, ese debía de ser el obstáculo que se interponía en su amor y la razón de que la relación debiera mantenerse en secreto. ¿Podía ser esa la solución del enigma?

—Chris nunca mencionó a Alicia, yo ni siquiera sabía que los dos se conocían —apuntó, sintiendo un inquietante hormigueo. Su mirada se dirigió como por propia iniciativa a la pista de baile, pero no distinguió a Jack.

—Creo que se conocían bien, de lo contrario ella no habría ido a buscarlo —confirmó pensativa la médica—. Pero a lo mejor me equivoco y fue un encuentro casual. Como ya he dicho, hace mucho de eso y no quisiera dar pie a chismorreos.

—Ni yo tampoco —se apresuró a decir Zoe.

Ya se enteraría después de si Alicia Spencer todavía vivía en Penderak, pero antes de poder añadir algo más sintió una mano en el hombro.

Se volvió, sorprendida, y se quedó petrificada al ver a Jack detrás de ella.

Él retiró la mano del hombro y se la tendió.

—¿Me permite este baile?

—Pero si estás aquí con Megan —dijo Zoe, sin salir de su asombro ante la petición de Jack.

—No hay que bailar el siguiente baile con la pareja —contestó él—. ¿No has oído que lo anunciaban?

Así que eso era lo que había comunicado el guitarrista de la orquesta. Era una de las costumbres del baile de verano, Zoe se acordó de repente. En el pasado había odiado tener que «prestar» a Jack durante varios bailes de la noche a otras parejas y siempre se había alegrado cuando él le decía después que prefería mucho más bailar con ella. ¿Se lo diría también a Megan cuando volviera a su lado?

Zoe dudó un segundo, pero luego, con el corazón palpitante, puso su mano en la de Jack y dejó que él la ayudara a levantarse.

—Discúlpeme —dijo a Barbara Corby, y lo siguió a la pista.

La música acababa de empezar y Zoe comprobó angustiada que se trataba de un lento. «Lo que faltaba», pensó intentando no tener en cuenta lo cerca que estaba de Jack y lo confiada que se sentía entre sus brazos mientras se movían al son de la música.

Pero no había remedio. Él la guiaba con seguridad y ella lo seguía de una forma natural, se balanceaba con él al ritmo de la melodía. Siempre habían formado una buena pareja de baile y, cuando ella levantó la vista y se miraron, los recuerdos de aquel baile de verano, catorce años antes, la abrumaron.

Aquella noche, Jack le había dicho que quería marcharse a Canadá y que no podía imaginar irse sin ella. Ella todavía no le había dado una respuesta porque su razón había retrocedido asustada ante semejante paso. Su corazón, por el contrario, enseguida había dicho que sí, como siempre que se trataba de Jack.

No habría podido determinar cuándo los sentimientos de amistad hacia el hermano de su mejor amiga habían cambiado hacia algo más, pero sabía perfectamente que lo había notado en el baile del año anterior a aquel fatídico verano. Había bailado con Jack, tal como lo estaba haciendo en ese momento, y algo había cambiado entre ellos. Los dos se habían dado cuenta, aunque todavía no habían podido definirlo con palabras.

Poco tiempo después, Zoe se había marchado con su familia, pero habían mantenido el contacto: se habían escrito, telefoneado y habían ido intimando. Ese año, Zoe había visitado a Rose durante las vacaciones de verano, y Jack y ella se habían besado por primera vez bajo la rama de muérdago que siempre pendía sobre la puerta de la pensión. A partir de entonces, Zoe había contado las horas para volver a Penderak, y el último había sido el verano más hermoso de su vida. Hasta ese funesto día.

El corazón de Zoe se encogió. ¿Cómo podía haber acabado tan mal algo que había empezado tan bien? ¿Por qué había expulsado a Jack de su vida tras la muerte de Chris y por qué él no había luchado por su amor?

«A lo mejor nos equivocamos y solo fue un espejismo», pensó con tristeza y bajó la cabeza para no tener que mirarlo a los ojos.

—Pensé que no vendrías. —Sus palabras le hicieron alzar de nuevo la mirada y preguntarse si él se alegraba o si hubiese preferido que ella no hubiera acudido.

—Estuve a punto de quedarme en casa —contestó ella carraspeando para ahuyentar su repentina melancolía—. Acabo de encontrarme con tu sobrina. ¿Dice que te has enfadado con William?

El rostro de Jack se ensombreció.

—Este chico me vuelve loco. Diga yo lo que diga, él está en contra, y si le prohíbo algo, le encanta hacerlo. Hoy ha revuelto las cajas del desván y lo ha dejado todo patas arriba.

Sorprendida, Zoe lo miró.

—¿Por qué?

Jack suspiró.

—Porque está buscando recuerdos de su madre y cree que yo se los oculto.

—¿Y lo haces? —preguntó Zoe, y advirtió que una sombra recorría el semblante de Jack.

—Sabe todo lo que debe saber —replicó él y la apretó un poco más contra sí para evitar a otra pareja—. ¿Y de qué has hablado con la doctora Corby?

Zoe era tan consciente de su cercanía que no pudo contestar. Luego consiguió repetir lo que había dicho la médica.

—Creo que he dado con una pista.

Le contó emocionada lo que Barbara Corby había observado, pero Jack se mantuvo escéptico.

—No sé si eso sirve como indicio, Zoe —señaló—. Que ambos estuvieran hablando no tiene por qué significar nada.

—Pero podría serlo —insistió ella—. Al menos puedo preguntarle a Alicia Spencer cuál era su relación con Chris.

Jack negó con la cabeza.

—No, me temo que eso no será posible. Se marchó con su familia a Irlanda, hace ya un par de años. John Spencer es de allí y quería regresar. Por eso es Harry Owen el jefe de policía ahora. Después de la partida de su cuñado, lo ascendieron y ocupó su puesto.

La noticia desanimó a Zoe. Irlanda, pensó desesperada. No estaba a la vuelta de la esquina y ese era un mal momento para viajar.

—Entonces hablaré con Harry Owen. Ya lo he visto, está aquí. A fin de cuentas es su hermano. A lo mejor sabe algo sobre la relación que tenían.

—Despacio, Zoe —le advirtió Jack—. No está claro que hubiera un vínculo sentimental entre ellos dos. La doctora Corby los vio una vez, nada más. No puedes deducir de eso que tuvieran una aventura.

Zoe le lanzó una mirada de reproche.

—Ha sido idea tuya que yo viniera aquí y preguntara a la gente por Chris.

—Sí, pero suponía que ibas a despertar sus recuerdos y no a lanzarte sobre el primer indicio que encontraras para elaborar toda una teoría a partir de él.

Si hay alguien más que los vio juntos, tendrás un punto de referencia. De lo contrario, yo iría con prudencia para no provocar habladurías.

Zoe se quedó parada, mirándolo. «Tiene razón», pensó mientras a su alrededor las parejas seguían girando. Había tomado al pie de la letra el comentario de la doctora Corby y enseguida se había convencido de tener la solución del enigma, porque no abandonaba la esperanza de concluir con todo eso. Sin embargo, seguía estando al principio de su búsqueda, algo que la llenaba de desesperación.

—Ya no me queda tiempo —dijo sin pensar, pero enseguida se arrepintió al ver que Jack entrecerraba los ojos. Él la cogió del brazo y la condujo fuera de la pista, la llevó hasta el vestíbulo del hotel, más silencioso y casi vacío.

—¿Cómo que ya no te queda tiempo? —preguntó con una mirada penetrante—. ¿Qué te sucede, Zoe?

—Nada —se apresuró a responder ella—. Solo es que estoy impaciente. Quiero aclarar ese asunto de Chris antes de marcharme, y no era consciente de lo complicado que sería todo esto.

En su interior se mezclaban la frustración, la rabia y la desesperación y tenía que hacer un esfuerzo para mantener la compostura mientras sostenía la mirada de Jack.

—No lo sería si te hubieses quedado entonces —le reprochó él con cierta tristeza—. Podríamos haberlo averiguado juntos.

—Te marchaste a Canadá —le recordó—. No querías tener nada que ver conmigo.

La expresión en los ojos de él cambió: primero fue de incredulidad; luego, de enfado.

—Entonces no te habría escrito ninguna carta.

—¿Qué carta? —Zoe lo miró sin entender—. No recibí ninguna carta tuya. Jack no sabía si creer lo que ella le decía.

—Te la envié antes de marcharme a Canadá. Hasta retrasé el vuelo porque esperaba que tú contestaras. Pero no lo hiciste.

—No me llegó nada —le aseguró Zoe otra vez—. ¿Por qué me escribiste? Podrías haberme llamado por teléfono.

—¿Cómo? —le echó él en cara—. Imposible contactar contigo por el

móvil. «Este número está fuera de cobertura.» Ese era el aviso que se oía cada vez que trataba de hablar contigo.

Zoe pensó en los días y las semanas que siguieron a la muerte de Chris. De repente le desapareció el móvil. No daba con él y su padre le dio otro nuevo relativamente deprisa, con otro número. Jack ya no podía acceder a ella, pero estaba tan inmersa en su pena que ni siquiera pensó en ello.

—¿Por qué no probaste en el teléfono de casa?

—Porque tu padre podría haber contestado y tras la escena que había montado en la pensión yo no quería volver a hablar con él. —Apretó los puños y la miró airado—. Pero al final, a pesar de todo, lo hice, Zoe. Cuando ya estaba en el aeropuerto con las maletas hechas, llamé a vuestra casa. Porque quería intentarlo al menos una vez más. Tu padre contestó, justo como yo había imaginado, y me dio a entender muy claramente que tú no querías tener nada que ver conmigo y que lo mejor era que te dejara en paz.

—¿Qué? —Zoe lo miró aterrada—. No sabía nada de eso.

De repente se sintió desfallecer y tuvo la imperiosa necesidad de sentarse. Pese a ello se quedó de pie y contestó a la mirada de Jack, en la que parecía reflejarse su propia perplejidad. Si todo eso era cierto, entonces...

—¿Qué ponía en la carta? —preguntó con voz ahogada, aunque sabía la respuesta porque la leía en sus ojos.

«Oh, Dios mío», pensó mientras sentía que la sangre se le agolpaba en la cara. Jack no se había recluso como ella. Había intentado hablar y reconciliarse, pero su padre había impedido que le llegaran sus mensajes. Por eso Zoe había supuesto que Jack no quería saber nada de ella, que ya no había nada entre ellos y que su amor había muerto con Chris. Pero no era cierto. Nunca había sido cierto.

—Jack, yo...

—¡Ah, conque aquí te habías metido? —Megan apareció de golpe junto a él y le cogió del brazo—. Te he estado buscando —dijo, mirándolo a él y a Zoe alternativamente y sin saber cómo evaluar la situación—. No te habrás olvidado de mí, ¿verdad?

Jack no respondió enseguida, sino que siguió mirando a Zoe sin que ella acertara a definir la expresión de su cara. Luego se volvió hacia Megan.

—No —respondió, lo que hizo resplandecer la tensa sonrisa de la mujer. Incluyó la cabeza hacia Zoe y volvió a la sala con Megan.

Zoe se los quedó mirando y fue a sentarse en una de las butacas que había en un rincón del vestíbulo.

«Ya no importa nada», pensó abatida. Eso era lo que se había reflejado en los ojos de Jack. Había desaprovechado la oportunidad de reconciliarse con él, incluso si era evidente que ella no había sido la única culpable. «Pero tal vez esté bien así», reflexionó con tristeza. Al fin y al cabo no había nada en su actual situación que ella pudiera ofrecerle.

Se quedó un rato sin moverse, esperando que se aplacase el dolor que le oprimía el pecho. Pero esa sensación de ahogo que le impedía respirar con normalidad no disminuía, así que trató de centrarse en la razón que la había llevado hasta allí.

De repente todo le parecía tan inútil... Le faltaban las fuerzas para volver a la sala, mezclarse entre la gente y preguntar por Chris. Remover una y otra vez la herida para comprobar al final que no había averiguado nada nuevo. Además, ¿de verdad era la forma más adecuada para abordar el tema?

Zoe frunció el ceño cuando una idea surgió en su mente. Ya la había considerado algunas veces, pero en ese momento tomó forma y ocupó el primer término.

Chris había tenido que ser prudente en extremo si había conseguido mantener su amor en secreto. Precisamente en un pueblo como Penderak, donde todo el mundo se conocía, algo así era difícilísimo. Pero había alguien que lo sabía y desde hacía casi una eternidad.

Zoe abrió el bolso y sacó el diario que había metido sin pensar. No le gustaba separarse de él y no había estado segura de si podría serle útil. Hojeó las páginas con premura hasta dar con el lugar que estaba buscando. Era una de las últimas anotaciones y las palabras ya la habían emocionado en la primera lectura.

¿Le habría pasado lo mismo a la persona a quien iban dirigidas?

Se quedó sentada tranquilamente mientras urdía su plan. Luego se levantó y volvió a la sala, donde la fiesta estaba en pleno apogeo. La orquesta tocaba, los bailarines giraban apretados en la pista y el aire, cálido, casi pegajoso,

rebosaba de música y de vocerío. Tras la paz del vestíbulo, el bullicio la molestó mientras se abría camino a través del gentío hasta el escenario.

Su corazón latía con fuerza y tenía las palmas de las manos húmedas, pero subió decidida los escalones laterales y esperó hasta que la orquesta hubo terminado la canción. El batería, que estaba sentado al fondo, ya se había percatado de ella y alertó a sus compañeros de su presencia.

—Me gustaría decir unas breves palabras —anunció al guitarrista, y el director le señaló sonriente el micrófono que estaba en el escenario.

—Adelante, guapa.

Avanzó con una sensación de angustia. La música había cesado, los bailarines estaban quietos y las miradas de la gente de las mesas se dirigían a ella. Era un mar de rostros y Zoe intentó no dirigir su atención a ninguno de ellos en concreto, porque eso todavía la habría puesto más nerviosa. En cambio, carraspeó y esperó a que el murmullo de la sala enmudeciese.

—Me llamo Zoe Bevan —dijo con voz firme—. Soy la hermana de Chris Bevan, quien hace catorce años se cayó cerca de los acantilados. Me gustaría leerles algo que escribí en su diario poco antes de morir.

Zoe pasó las páginas hasta llegar al fragmento que quería leer. De repente sintió la boca seca y que perdía seguridad en sí misma.

Había hablado frecuentemente en público, así que la situación no le resultaba extraña. Pero en una reunión de trabajo los sentimientos no contaban, así que lo que estaba haciendo en ese momento era como entrar en un campo desconocido y le resultaba más difícil de lo que había creído.

Carraspeó de nuevo.

—Es un poema que mi hermano escribió para su gran amor. Y dice así:

*Oscuro secreto, el amor
la norma a romper se apresura.
La noche oscura nos oculta como al ladrón
y una única estrella nos alumbra.
Una vez más, dichoso y tuyo todo,
pero solo ahora, solo aquí, un instante, a solas solo.*

*Necesitamos la esperanza en el mañana,
o todo en mí enmudecerá.
Anhelante de ti, aunque pesarosa el alma,
espero lo que vendrá.
Atrévete a vivir esa nueva era conmigo.
Tú y yo y nadie más, por siempre unidos.*

Chris había trabajado los versos, cambiando palabras, tachando unas y añadiendo otras. No era una obra maestra, pero había conmovido a Zoe. «Y espero que no solo a mí», pensaba ella al tiempo que su mirada se dirigía de nuevo a la muchedumbre.

—No sé de quién está hablando, pero sé que habría significado mucho para él que ese amor no permaneciera en secreto. Ha pasado mucho tiempo desde entonces, y se podría creer que eso ya no importa. Pero sí importa.

Su mirada se deslizó brevemente por Jack, que estaba en la pista de baile con Megan y la observaba fijamente.

—La verdad es importante, y alguien me la debe a mí y a mi familia. Alguien que ha guardado silencio durante demasiado tiempo. Por eso se lo pido de todo corazón, sea quien sea usted: atrévase y sea leal a Chris. Se lo merece. Ayúdele a él y a nosotros a encontrar por fin la paz.

Por un momento, un silencio de muerte se cernió sobre la sala, mientras los presentes la miraban sorprendidos, desorientados o desconcertados.

Cuando Zoe hizo una señal a los músicos y dejó de nuevo el escenario, volvió a resonar el vocerío con más viveza que antes y Zoe notó que los ojos de la gente la seguían a través de la sala.

Suponía que sus palabras no tenían ningún sentido para la mayoría. Muchos no la conocían ni a ella ni a Chris y no sabían de qué hablaba. Pero bastaba con que la hubiese entendido la persona a quien iban dirigidas esas palabras.

—¡Espere, señorita Bevan!

Harry Owen la detuvo cuando casi había llegado al vestíbulo, tenía una expresión seria.

—¿Hay un diario? —preguntó, manifiestamente inquieto—. ¿Por qué no nos lo presentó para realizar las tareas de investigación?

—Lo he descubierto hace poco por casualidad —explicó Zoe, perpleja. La idea de que también la policía pudiera estar interesada en el diario no se le había pasado por la cabeza.

—¿Puedo verlo? —Harry Owen extendió la mano en un gesto autoritario—. Tal vez podríamos obtener nuevos indicios. Tenemos que examinarlo.

Parecía muy decidido, pero Zoe dudó.

—¿Me lo devolverán?

—Por supuesto. Lo recuperará lo antes posible.

Pese a esa afirmación, Zoe le dio el cuaderno a regañadientes.

Él lo guardó y se despidió con unas pocas palabras, antes de darse media vuelta y volver a la sala de fiestas.

—Por favor, tenga mucho cuidado con él —le gritó, y el cansancio se adueñó de golpe de ella. No sabía si su plan surtiría efecto, pero no tenía más fuerzas para quedarse y esperar una reacción. Probablemente eso tampoco conduciría a nada y quería escapar de esas miradas curiosas que le resultaban desagradables.

Por eso fue al guardarropa, cogió el abrigo y abandonó el hotel.

Había bajado la temperatura y el viento, que había refrescado, arrastraba nubes por el cielo nocturno que ocultaban la luna llena. Pero Zoe estaba tan inmersa en sus pensamientos que apenas se percató de que el tiempo había cambiado. Se abrochó el abrigo y descendió por las callejuelas hacia el puerto. Solo las tabernas y restaurantes despedían luz, por lo demás, nadie circulaba por el paseo y, en contra de lo que había esperado, no se veía ningún taxi por ningún sitio. Había llegado en uno porque no se sentía con suficiente energía para ir a pie hasta allí y le habría gustado regresar del mismo modo a la Casa de la Playa. Sin saber qué hacer, se quedó quieta y contempló los pequeños botes que a la pálida luz de las farolas danzaban sobre las olas.

—¡Zoe! ¡Espera!

El viento le llevó la voz de Jack y, cuando se volvió, descubrió que él corría por el paseo hacia ella. A un par de pasos de distancia se detuvo. Una ráfaga de viento lo alcanzó, se introdujo por su chaqueta de piel abierta y le revolvió el cabello. Él la miraba con insistencia.

—Están hablando de ti, Zoe —gritaba para que ella lo oyera por encima del susurro del viento—. Has provocado bastante alboroto.

Zoe se encogió de hombros.

—Esa era la intención —replicó con una trémula sonrisa, pero volvió a ponerse seria cuando él avanzó un paso y luego otro hasta quedar muy cerca de ella.

A la luz de la farola sus ojos brillaban y la expresión que vio en ellos le cortó el aliento.

—¿De verdad no recibiste la carta?

Ella negó afligida con la cabeza.

—¿Y si la hubieras recibido?

Zoe sintió que el corazón se le encogía. «Entonces todo habría sido distinto», pensó. Pero había perdido esa oportunidad.

—Eso ya da lo mismo. —Hizo un gesto de impotencia—. Ahora estás con Megan y yo...

—No, no da lo mismo —la interrumpió él y todavía se acercó más, sin apartar la vista de ella, mirándola con tal intensidad como si quisiera impregnarse de todos los detalles de su rostro—. Es cierto, Zoe. Te he odiado. No quería volver a verte nunca más porque pensaba que lo que tuvimos no había significado lo mismo para ti que para mí. Porque pensaba que me habías desterrado sin más de tu vida y porque me había hecho un daño tremendo tener que aceptarlo.

Le agarró el brazo y lo apretó con tanta fuerza que le hizo daño.

—Pero ahora ya no sé qué pensar —añadió, y la pesadumbre que ella captó en sus ojos le llegó hasta el alma—. ¿Significaba algo para ti? ¿Lo cambiarías si pudieras?

Zoe sintió un nudo en la garganta.

—Sí —respondió de todo corazón, porque le habría encantado tener una segunda oportunidad para amarlo. Ni siquiera sabía si había dejado de hacerlo.

Jack la soltó, le tomó la cara entre las manos y le acarició los labios con los pulgares. Sin ella quererlo, sus ojos se posaron en los labios de Jack, que tan cerca estaban de los suyos.

La besaría y ella no podía detenerlo, como tampoco podía detener el viento que tiraba de su ropa. De hecho, no quería. Se acercó a él y cuando sus labios se rozaron fue como una descarga. Sintió que los brazos de Jack se cerraban en torno a ella. Zoe se inclinó hacia él y cruzó los dedos de las manos en su nuca mientras respondía febril a su beso.

De repente no supo cómo había conseguido vivir tanto tiempo sin Jack. Era

como si volviera a estar completa, como si se hubieran llenado los huecos que se habían abierto en su vida durante años. Se estrechó instintivamente aún más contra él y no hizo caso de las voces de la razón, que le advertían que ese no era el lugar para hacer algo así. Que había llegado para despedirse y no para iniciar algo nuevo.

Jack la soltó tan de repente que Zoe necesitó un momento para volver a la realidad. Pero entonces también ella oyó que lo llamaban.

—¡Tío Jack! ¡Tío Jack!

Sarah corría por el paseo hacia ellos con el delantal todavía atado a la cintura. Se detuvo a su lado sin apenas poder respirar.

—Tío Jack, creo que a William le pasa algo —dijo cuando recuperó el aliento—. Acaba de llamarme y tenía un tono de voz raro. Creo que ha estado llorando. Me ha dicho que ahora sabía, pero cuando le he preguntado el qué ha colgado. Y ahora no contesta, creo que ha apagado el móvil. —Miró asustada a Jack—. Estoy preocupada.

Jack sonrió.

—Seguro que no es nada. Pero está bien que me hayas informado. Enseguida iré a la granja para ver cómo está.

—De acuerdo —respondió Sarah, y ya iba a marcharse cuando él la retuvo por el brazo.

—Espera. ¿Podrías decirle a Megan que me he ido y que siga en la fiesta sin mí? Dile que tengo que ocuparme de William y que la llamaré enseguida. Y dile que lo siento.

Sarah asintió y se encaminó de vuelta al hotel. Cuando no podía oírlos, Jack resopló como si hubiera estado haciendo un esfuerzo todo el tiempo. Sus labios dibujaban en ese momento una fina línea y Zoe se asustó al ver cómo había palidecido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó inquieta.

—No lo sé —respondió—. Pero si es lo que me temo, se trata de una auténtica catástrofe.

Jack dirigió el Defender por las calles vacías de Penderak, la mirada fija al frente. Cuando dejaron atrás las luces del pueblo, pisó el pedal del gas y aceleró un poco la marcha a pesar del fuerte viento que atizaba con violencia la carrocería.

Zoe, que estaba sentada a su lado, se sujetaba con fuerza al asa de la puerta sin comentar nada sobre su vertiginosa forma de conducir. Seguía sin tener idea de por qué estaba tan preocupado, pues él evitaba sus preguntas, pero por la expresión de su cara debía de tratarse de algo serio.

—¿De verdad quieres que te acompañe? —Lo miró vacilante—. Tal vez sea mejor que hables a solas con William.

—Ni siquiera sé si tenemos algo de que hablar —contestó Jack, furioso—. Pero si hay algo, estará más dispuesto a compartirlo contigo que conmigo. Le caes bien, me lo ha dicho.

Ya no parecía cuestionar ese hecho, como había ocurrido la última vez que habían hablado de William; pero Zoe no tenía tiempo para meditar sobre ese cambio, pues Jack sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta.

—Toma. Intenta otra vez dar con él. El número está grabado.

Cuando le dio el móvil y sus dedos se rozaron, Zoe levantó la vista sobrecogida y sus miradas se encontraron. Por un segundo volvió a vivir su impresionante beso, pero no era momento para eso, así que se concentró en llamar a William. Sin embargo, solo respondió el buzón de voz.

—Sigue apagado.

Jack maldijo por lo bajo y aceleró un poco más. Casi habían llegado a la granja y ya se distinguían en la oscuridad las ventanas iluminadas.

—Parece que está ahí. —Jack pareció aliviado, pero, poco después, cuando estaban en la casa, solo lo saludó *Buddy* y William no respondió a sus llamadas—. Voy a ver si está arriba —advirtió Jack mientras subía a toda prisa la escalera hacia los dormitorios mientras Zoe, acompañada de *Buddy*, iba a la cocina por la sala de estar. Las dos habitaciones estaban vacías y tampoco en la despensa, donde echó un vistazo, vio al muchacho.

En la planta baja, salvo por el cuarto de baño de invitados, solo había un estudio en la parte posterior de la casa. Cuando Zoe abrió la puerta para comprobar lo que había en el interior, no pudo reprimir un grito.

Parecía como si unos ladrones hubieran entrado en la habitación. Habían forzado violentamente uno de los cajones del gran escritorio que estaba delante de la ventana, pues aparecía abierto y la madera astillada justo por encima del cerrojo. Allí debían de haber estado los papeles que en ese momento se hallaban desparramados por encima del escritorio y por el suelo.

Zoe cogió con curiosidad una de las hojas y leyó el contenido por encima. Era una carta que Karen había escrito a Jack, pero Zoe apenas si podía dar crédito a su contenido. Horrorizada, se dispuso a echar un vistazo al resto de los papeles, pero se detuvo cuando Jack entró. Al ver lo sucedido, se puso blanco como la nieve.

—Los ha encontrado —gimió, y se dejó caer en la silla del escritorio.

—¿Ha sido William? —Miró escandalizada la madera astillada—. ¿Él ha forzado el cajón?

Jack asintió.

—William siempre ha preguntado qué es lo que guardo ahí, pero pensaba que mientras cerrara el cajón con llave, los papeles estarían a salvo. Nunca hubiera pensado que llegaría a esto.

Se lo veía tan afectado como Zoe, pero por otras razones. Señaló la carta que sujetaba en la mano.

—¿Karen no quería llevarse a William a Nueva York?

—No —contestó Jack—. Conoció a un tipo, un rico hombre de negocios de Nueva York. Estaba totalmente eufórica, incluso quería casarse con él. Pero

al parecer él solo estaba interesado en ella y no en William. La quería para él en exclusiva y no tenía ningunas ganas de educar a un niño que era hijo de otro. Así que me escribió diciendo que al divorciarnos renunciaba al derecho de custodia. No quería régimen de visitas ni pasar con él las vacaciones. Nada. De haber sido por ella, habría borrado a William completamente de su vida. —Suspiró—. Lo intenté todo para que cambiara de parecer, le expliqué que no podía esfumarse como si nada de nuestras vidas y que al menos tenía que visitar a William. Pero ella no quería saber nada de eso.

Zoe movió la cabeza, compungida.

—¿Cómo pudo hacerlo?

Él se encogió de hombros.

—Así era Karen: totalmente impredecible. Por eso nunca le habría cedido a William, ni siquiera si ella hubiera tenido el derecho de custodia. Nos escribimos y hablamos por teléfono durante semanas, hasta que logré convencerla de que nos viésemos. Pensaba que podría hacerla entrar en razón si hablábamos cara a cara. Venía a vernos cuando tuvo el accidente.

Zoe se pasó la mano por la frente.

—Y William no sabía nada de eso hasta ahora. —No era una pregunta, sino una afirmación.

Jack levantó las manos en un gesto de desamparo.

—¿Debería haberle contado que su madre no lo quería? Bastante sufrió con su muerte repentina. No quería destruir la imagen que se había formado de ella.

«Y por eso has pagado un precio muy alto», pensó Zoe sintiendo que se le encogía el corazón. Jack había aceptado que su hijo lo odiase para evitarle el dolor. Y al final, a pesar de todo, no había podido evitar que él se enterase.

—Debería haber quemado estas cartas —se lamentó Jack—. Pero en cierto modo pensé que era importante conservarlas porque Karen también escribía cosas cariñosas sobre William. Quería revisarlas en algún momento y mostrarle esos fragmentos cuando tuviera edad suficiente para entenderlo.

Zoe comprendía por qué había actuado de ese modo, pero con su última frase abordaba precisamente el problema. William todavía no era lo bastante mayor y enterarse de todo de ese modo debía de haber sido un golpe terrible

para él.

—Tenemos que encontrarlo a toda costa —dijo Zoe—. Antes de que haga una tontería.

Jack se levantó de un salto ante esa idea.

—A lo mejor está en el pajar o en el establo —dijo mientras salía apresuradamente.

Zoe lo siguió y le ayudó a buscarlo, pero William no aparecía.

—Si no está aquí en la granja, puede haber ido a cualquier lugar —dijo Jack, desesperado, cuando renunciaron a seguir buscando—. Siempre está vagando por los alrededores y conoce miles de escondrijos.

Zoe movió negativamente la cabeza.

—Creo que está arriba, en los acantilados —dijo pensando en su primer encuentro con el muchacho—. La primera vez que nos vimos salió de detrás de un arbusto junto a la torre en ruinas. Ese debe de ser uno de sus escondites. Y allí también sucedió un acontecimiento trágico, como ocurrió con su madre. Yo creo que cuando está triste y abatido ese es uno de los primeros lugares a los que va.

Jack asintió.

—¡Vayamos y comprobémoslo! ¡Por algún sitio hemos de empezar!

Un par de minutos más tarde llegaron al pequeño aparcamiento del que salía el camino hacia los acantilados.

Zoe comprendió que no llegaría muy lejos con los zapatos de tacón, así que se los quitó y siguió a Jack descalza. Este había cogido una linterna del coche y la encendió, aunque se veía bastante bien. El viento había arreciado, pero el cielo se había despejado y las nubes dejaban paso a la luz de la luna, lo que les hizo más fácil recorrer el camino.

Las ruinas de la vieja torre no tardaron en erigirse frente a ellos, perfectamente dibujadas ante el cielo nocturno. Cuando llegaron, Jack iluminó todos los rincones y los dos llamaron a gritos al muchacho. Pero William no estaba allí o tal vez el fuerte sonido de las olas batiendo abajo, en la playa, ahogaba sus voces.

Desanimada, porque era obvio que se había equivocado en su suposición, Zoe se acercó a la barandilla que estaba al borde del acantilado, se inclinó

hacia delante y miró hacia la superficie de arena. La marea subía y el agua ya había conquistado gran parte de la playa. Instigadas por el viento, las olas rompían con una violencia atronadora y rociaban de espuma blanca las rocas que ya estaban en parte sumergidas. Solo las más altas emergían del agua.

Zoe no pudo evitar evocar la mañana en que encontraron a Chris y pensó junto a qué piedra yacía. Pese a que había pasado mucho tiempo, estaba bastante segura de que se trataba de la alta roca alargada que surgía en medio de la playa y que en ese momento ya estaba casi totalmente cubierta por el agua.

Ya iba a darse media vuelta, cuando se detuvo. Entrecerró los ojos y distinguió a alguien allí sentado.

—¡Allí abajo! —gritó excitada a Jack—. ¡Creo que William está ahí!

Jack corrió hacia ella para asomarse también por encima de la barandilla y Zoe vio en su rostro que pensaba lo peor.

—Está sentado en la roca —dijo para tranquilizarlo, pero la alerta no desapareció de su semblante.

—Tenemos que bajar inmediatamente, aunque no sea William. —Jack señaló las olas que iban ganando terreno—. La piedra no tardará en estar rodeada de agua. Sea quien sea el que está allí sentado, no podrá bajar, y cuando rompan las próximas olas lo arrojarán al mar.

Zoe asintió angustiada y lo siguió por el escarpado sendero que descendía hasta la playa. Se alegraba de haber dejado los zapatos en el coche, porque con los pies desnudos se agarraba mejor a los escalones de piedra húmedos de espuma. Cuando llegaron abajo, Jack cogió a Zoe de la mano.

—¡Deprisa! ¡No tenemos mucho tiempo!

Corrieron juntos por la playa hacia la roca donde suponían que se encontraba el chico.

Era un peñasco de casi tres metros de alto y alargado. La parte superior era plana y a la luz de la luna se dibujaba claramente la silueta del chico, que estaba sentado delante, sobre la roca, donde ya llegaba el agua. Se abrazaba las piernas flexionadas y miraba fijamente al mar, sin hacer caso de la espuma que le salpicaba.

—¡Es William! —exclamó Jack con alivio y preocupación a un mismo

tiempo—. ¡William! —gritó varias veces y tan fuerte como pudo, pero el bramido de las olas apagaba sus gritos. Se rindió maldiciendo—. ¡No nos oye! ¡Tenemos que subir antes de que la roca esté rodeada de agua! —Jack intentó escalar por el muro de piedra, pero no encontraba apoyo con los pies y resbalaba continuamente—. Esto está demasiado resbaladizo.

Ya iba a intentarlo por otro sitio cuando Zoe lo detuvo sujetándole el brazo.
—A lo mejor yo puedo subir si me levantas a pulso.

Por la expresión de su cara, la idea de que ella subiera a la roca no le convencía en absoluto. Pero también Jack se daba cuenta de que el tiempo corría en su contra.

Cruzó los dedos de las manos y se inclinó para que Zoe apoyara el pie y pudiera subir. Ella tomó impulso, se estiró hacia lo alto y consiguió colocar el pie arriba del todo en un hueco. Desde allí se encaramó a la plataforma superior de la roca. Se le había mojado y ensuciado el vestido, pero no se preocupó por ello, sino que se aproximó con prudencia al joven. Cuando estaba lo suficientemente cerca, lo llamó.

—¿William?

El chico se volvió y ella distinguió las huellas de las lágrimas y los ojos enrojecidos. Era evidente que había estado llorando. Por un momento, el chico se quedó mirando a Zoe como si fuera una aparición, luego se dio media vuelta y volvió a replegarse sobre sí mismo.

—¡William! —Zoe también se agachó para ofrecer menos resistencia al viento y se acercó a gatas—. Tienes que marcharte de aquí, ¿me oyes? Está subiendo la marea y cubrirá la playa.

Él negó con la cabeza.

—Me da igual —contestó William con voz llorosa y pasándose la mano por las mejillas—. No le importaba nada a mi madre. Y yo pensaba que me quería.

—Te quería, seguro. —Zoe le apoyó una mano sobre el hombro y lo forzó a mirarla—. Y sobre todo te quiere tu padre, y mucho. Está ahí abajo y te espera. Ven conmigo. ¡Quedarnos aquí arriba es peligroso!

Como para subrayar sus palabras, una ola especialmente alta arremetió contra la roca y cayó sobre ellos, empujándolos hacia atrás.

El chico pareció entrar en razón con el contacto del agua fría y dejó que Zoe lo ayudara a levantarse. Los dos corrieron por la resbaladiza roca pulida por las mareas mientras el viento soplaba con tanta fuerza que debían ir con cuidado para no perder el equilibrio.

—¡Por aquí! —gritó Jack, que se había adelantado hasta un lugar donde la piedra era más irregular y permitía un descenso más fácil. El agua, sin embargo, estaba allí mucho más alta. A él le llegaba hasta las rodillas y con cada nueva ola le subía hasta los muslos, por lo que tenía que hacer un esfuerzo para mantenerse derecho—. ¡Deprisa!

—Tú primero.

Zoe empujó a William hasta el borde y lo sostuvo con firmeza mientras él iba descendiendo lentamente. Desde arriba, el suelo se veía muy lejano y el estrepitoso bramido de las olas aumentaba el miedo de Zoe, quien era consciente de que estaban en un auténtico peligro. Pese a ello, sonrió al chico para tranquilizarlo.

—Lo conseguirás —lo animó y, en efecto, William realizó el descenso con seguridad.

Jack lo ayudó en el último tramo y lo estrechó entre sus brazos cuando llegó al suelo sano y salvo. Luego lo envió a la playa y se volvió hacia Zoe.

—¡Ahora tú! —gritó levantando de nuevo los brazos.

Zoe inspiró hondo y actuó exactamente igual que William: dio media vuelta, apoyó los brazos en la roca y estiró las piernas por encima del borde para buscar apoyo en la húmeda pared de piedra.

Pero no era tan fácil como le había parecido cuando lo hizo William. El vestido empapado se le pegaba al cuerpo y, entretanto, los dedos de los pies se le habían enfriado tanto que casi no tenían tacto. Buscó un entrante en la piedra y por fin encontró uno, pero cuando quiso bajar resbaló. Asustada, se agarró al borde de la piedra y lo intentó de nuevo, pero no consiguió sujetarse. Los brazos le temblaban a causa del esfuerzo.

—¡Jack! —gritó desesperada cuando una nueva ola la empujó contra la piedra. Era más alta que todas las demás, bañó toda la parte superior de la piedra y presionó el cuerpo de Zoe. Ella intentó agarrarse con todas sus fuerzas. Con el rabillo del ojo vio que la ola también empujaba a Jack y lo

lanzaba hacia la playa.

Tenía las manos entumecidas de frío y, horrorizada, notó que sus dedos resbalaban por el borde lenta pero inexorablemente. Con un grito cayó hacia atrás y un segundo más tarde la ola rompía sobre su cabeza.

Zoe perdió la orientación unos minutos, antes de sentir la arena en los dedos y en la espalda. Aunque se apoyó y consiguió sacar la cabeza del agua y tomar aire, un segundo más tarde una nueva ola la cubrió y la arrastró. Llevada por el pánico pateó e intentó hallar un asidero, pero parecía una pelota a merced de los remolinos del agua y temía que de un momento a otro fuera arrojada a una roca. Le ardían los pulmones mientras se afanaba desesperadamente por salir a la superficie.

Por fin asomó la cabeza y cuando respiró con avidez se dio cuenta horrorizada de que se había alejado de la bahía. Aterrada intentó nadar contra la corriente, pero la siguiente ola la cubrió de nuevo.

Entonces la rodearon unos brazos y tiraron de ella hacia arriba.

—Tranquila —le susurró Jack al oído—. Ayúdame y conseguiremos volver.

Zoe hizo cuanto pudo, pero fue la fuerza de él la que tras unos minutos espantosos venció a las olas y la corriente. Apenas sin respiración llegaron a la playa, y Zoe se habría quedado allí tumbada, pero Jack tiró de ella hacía los peldaños de piedra.

—¡Tenemos que irnos de aquí! —advirtió también a William, empujando a los dos delante de él.

Más tarde, Zoe ya no recordaba cuánto tiempo habían tardado en subir por el acantilado y volver al coche, pero de algún modo lo lograron. Empapados y muertos de frío llegaron los tres a la granja, donde *Buddy* los saludó con

unos ladridos.

—Necesitamos ropa seca. —Jack corrió hacia arriba y regresó poco después con un montón de prendas y una toalla que le tendió a Zoe—. Puedes cambiarte aquí abajo —dijo, y luego rodeó a William con un brazo—. Y nosotros vamos arriba.

El chico asintió en silencio. Estaba pálido y parecía perdido mientras seguía a Jack hacia el piso superior, y Zoe sintió ternura por él.

Poco después, en el baño de invitados, comprobó que su cara no tenía mejor color que la de William. Se desprendió rápidamente de las prendas mojadas y se secó. Luego se puso los pantalones de deporte, el jersey y los calcetines que Jack le había dado. Los pantalones le iban más o menos bien, por eso pensó que eran de William. El jersey, en cambio, era demasiado grande y la envolvió con el olor de Jack, lo que le resultó muy reconfortante después del horror vivido esa última hora.

Lentamente fue recuperando el ánimo y quiso ayudar a Jack, así que se fue a la cocina y preparó dos tazones de té que llevó arriba.

—He pensado que os sentaría bien esto —dijo, cuando se encontró con Jack en el pasillo. Él seguía aún con la ropa mojada, pero por primera vez desde que habían hablado con Sarah en el puerto, volvía a sonreír.

—Gracias. —Cogió una taza y señaló una puerta—. ¿Podrías llevarle el té a William? Voy corriendo a ponerme algo seco.

Zoe asintió y lo siguió con la mirada hasta que se metió en su habitación. Luego llamó a la puerta que él le había indicado y abrió con cautela.

—Te traigo algo para entrar en calor —dijo a William, que estaba en la cama bajo la manta. Estaba despeinado y se le veían unos ojos enormes en contraste con la palidez del semblante.

—Lo siento —se disculpó afligido—. No quería que sucediera esto.

Zoe dejó el tazón sobre la mesilla de noche y se sentó junto a él al borde de la cama.

—Ya lo sé. Pero por suerte todo ha acabado bien —intentó tranquilizarlo. Pero él negó con la cabeza.

—Podría haberse ahogado usted. Y habría sido por mi culpa. —En los ojos del muchacho brillaban unas lágrimas—. Todo lo hago mal. ¿Sería por eso

que mi madre quería abandonarme?

Parecía tan desamparado que a Zoe casi se le rompió el corazón. Le acarició el cabello con cariño.

—Tú no has hecho nada mal —le aseguró—. Al contrario. No habrías podido comportarte de otra forma o mejor. El problema no eres tú, sino tu madre. Ella no podía actuar como otras madres. Y a veces se le ocurrían unas ideas descabelladas. Es cierto, ¿no?

William asintió.

—Incluso muy descabelladas —confirmó con una sonrisa triste.

—¿Lo ves? Y respecto a ese asunto pasó lo mismo. Era una idea descabellada, nada más. Y tu padre tampoco lo habría permitido. Quería reunirse con ella para disuadirla de que hiciese esa locura. Y por lo que yo sé de tu padre, lo habría conseguido. —Sonrió—. Tu madre habría vuelto otra vez contigo. Al final siempre volvía, ¿no es así?

—Sí. —William se mordisqueó el labio—. Pero papá no se fue. Él siempre estaba a mi lado, todo el tiempo. Y yo me he portado mal con él porque pensaba... —No acabó la frase y de nuevo las lágrimas asomaron en sus ojos—. Tendría que habérmelo dicho.

Zoe se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Quería protegerte, William. Y estoy segura de que no se ha enfadado contigo.

La mirada del chico reflejó alivio, pero de repente dirigió la vista hacia la puerta por encima del hombro de Zoe.

—¡Papá!

Jack estaba apoyado en el marco de la puerta cuando Zoe se volvió. Debía de haberse cambiado a toda prisa y era evidente que había oído una parte de la conversación, por lo que Zoe se ruborizó. Se levantó de un brinco, porque temió haber ido demasiado lejos. La relación entre Jack y su hijo no era asunto suyo, por más que así lo sintiera tras los acontecimientos de la tarde.

—Yo... espero abajo —anunció al tiempo que intentaba pasar junto a Jack. Este le cogió la mano y la retuvo.

—Gracias —dijo, y Zoe sintió un escalofrío en la espalda cuando advirtió la cariñosa mirada de Jack.

Se soltó titubeante de su mano y vio que Jack se sentaba en la cama junto a William. Luego se dio media vuelta y se fue a la escalera.

Abajo, en la sala de estar, se dejó caer en el sofá y se percató de golpe de lo rendida que estaba tras los esfuerzos realizados en esa última hora. Al menos físicamente. Su mente seguía estando despierta y continuaba viendo las dramáticas imágenes de la playa, revivió los horribles minutos en el agua, el miedo a morir... y el beso de Jack en el puerto.

Había confesado que ya no sabía qué debía pensar. Lo mismo le sucedía a ella. Tenía sentimientos encontrados y le dolía tanto la cabeza que cerró los ojos. «Solo un momento», pensó, se reclinó de lado y se tendió en el sofá, arrojándose en el jersey de Jack.

Cuando volvió a abrir los ojos, la habitación estaba a oscuras. Se sentó sobresaltada y tardó un par de segundos en recordar dónde estaba. La luna asomaba por la ventana y gracias a ello distinguió el contorno de la lámpara que estaba en la mesa baja junto al sofá. Buscó el interruptor, lo pulsó y parpadeó deslumbrada por la luz.

Buddy, que dormitaba delante del sofá, levantó la cabeza y Zoe lo acarició ensimismada. Fue entonces cuando se percató de la manta que le cubría las piernas y del grueso almohadón sobre el que había apoyado la cabeza.

Al parecer, en lugar de despertarla, Jack la había tapado e intentado que estuviera cómoda.

«No, no ha sucedido así», pensó. Había estado con ella y le había preguntado si quería que la llevara a la Casa de la Playa, recordó de repente. Pero no se acordaba de lo que había contestado. Solo sabía lo agradable que había sido sentir su cercanía y que la calidez de la manta todavía la había adormecido más, así que al poco rato había vuelto a dormirse.

Su mirada se detuvo en el viejo reloj de pie que estaba en el rincón de la habitación y se percató asombrada de que eran las dos. Pero ya no estaba cansada, sino totalmente despierta, así que volvió a acostarse de mala gana en el sofá, mirando al techo.

Sabía que lo mejor habría sido marcharse antes de que se descontrolase el asunto con Jack. Pero no podía, por mucho que su razón la exhortara a hacerlo. Todo en ella se rebelaba a volver a la Casa de la Playa porque allí se

quedaría de nuevo sola con sus miedos. Su corazón se aceleró y sintió que el pánico la estrangulaba.

Se incorporó a toda prisa y corrió hacia la escalera, se dirigió lo más silenciosamente posible al dormitorio de Jack y se deslizó en él. Era una habitación pequeña, dominada por una gran cama y un viejo y pesado armario. La luz de la luna entraba por la ventana y proyectaba su claridad sobre el lecho.

Jack dormía boca arriba, no se había tapado del todo y su respiración era tranquila y regular.

Silenciosamente, Zoe se acercó a la cama y vio que no llevaba camiseta. Tenía el torso desnudo, y su corazón palpitó más deprisa mientras paseaba la mirada sobre su pecho. La añoranza se apoderó de ella y se percató de que si había ido hasta allí no era solo porque no quisiera estar sola. Anhelaba a Jack, lo deseaba con todo su ser, tanto que casi le dolía.

«Solo una noche», pensó desesperada. No podía pedir más, e incluso eso era egoísta. Pero ¿acaso no se concedía a los condenados a muerte un último deseo?

Jack se volvió dormido a un lado y giró la cara hacia ella, que estaba sentada en el borde de la cama, y aunque se había movido de forma inconsciente, a Zoe se le antojó como una invitación. Respiró profundamente, se acostó junto a él y se tapó con la manta. La calidez y el olor de Jack la envolvieron y ella suspiró reconfortada cuando sintió que él, aún dormido, la rodeaba con un brazo y la atraía hacia sí.

Por un momento se quedó inmóvil, luego le tocó el pecho y lo acarició, disfrutó absorta de la sensación que le producía el tacto de su piel desnuda. Pero cuando se inclinó hacia delante y le besó en el hombro, sintió que se tensaba. Levantó la cabeza y vio que estaba despierto y la miraba, sorprendido.

Conteniendo la respiración y de repente muy nerviosa, se perdió en sus ojos, sin estar segura de lo que pasaría. Jack no se movió, se limitó a quedarse mirándola. Entonces la abrazó más fuerte y la apretó todavía más contra sí. Sus labios se encontraron como por iniciativa propia y Zoe suspiró, dichosa, cuando comprendió que, por esa noche, él volvía a pertenecerle.

Jack era incapaz de pensar con claridad. Ignoraba cómo había llegado Zoe a su cama, pero le daba igual, porque le embriagaba volver a tenerla entre sus brazos y besarla. No quería pensar en que la situación entre ellos era complicada y que todavía les quedaban muchas cosas de que hablar. Por el momento bastaba con que ella estuviera a su lado y que él pudiera hacer lo que tantas veces había imaginado y que con la misma frecuencia había reprimido desde el día en que se reencontraron en los acantilados.

Su suave piel olía ligeramente a vainilla, exactamente igual que antes, y cuando él le apartó el pelo, la tenue luz de la luna cayó un instante en el lunar tras la oreja, que parecía un pálido corazón.

Le recorrió lentamente con los labios el cuello, trazó una línea de pequeños besos hasta la clavícula y sintió un escalofrío cuando ella gimió suavemente y le pasó las manos por el cabello.

Antes de conocer a Karen había tenido distintas aventuras para evitar pensar en Zoe, para borrarla de su mente y que su imagen no lo torturara más. Pero no lo había conseguido, aunque hasta ese momento no se había dado cuenta. Nunca había sido igual que con Zoe, nunca tan ardiente y profundo como para perder el contacto con la realidad. Y él tampoco había vuelto a entregarse de forma tan incondicional a ese sentimiento que también en ese momento lo invadía.

Cogió con determinación el borde del jersey y se lo quitó a Zoe por la cabeza antes de arrojarlo junto a la cama sin miramientos y sin apartar la vista

de sus pechos. No eran grandes, pero sí perfectamente redondos, con areolas y pezones oscuros que se irguieron hacia él cuando lamió primero uno y luego el otro. Los gemidos de Zoe lo recompensaron y le estimularon a producirle más placer.

Deslizó las manos por su vientre, le bajó los pantalones y contempló su delgado cuerpo, que yacía desnudo ante él. Zoe había cambiado, pero lo había hecho para mejor; era más madura, más seductora. Y él quería volver a descubrir cada centímetro de su suave cuerpo, quería conquistarlo de nuevo.

Y lo mismo parecía ocurrirle a Zoe. Extendió los brazos hacia él y lo apretó contra sí, lo exploró igual que él a ella hasta que se sintieron poseídos por un deseo febril.

—Jack —jadeó Zoe en su oído, anhelante y casi desesperada, y abrió los muslos cuando él se tendió sobre ella.

Él la miró a los ojos, le sostuvo la mirada mientras la penetraba y sintió que ella lo envolvía, caliente y húmeda.

Cualquier pensamiento racional, cualquier duda que pudiera alimentar sobre si estaba bien o no lo que hacía, desapareció de golpe de su cabeza.

Empezó a moverse despacio, se adentró en los ojos de Zoe, en los que reconoció el mismo asombro que él sentía. Estaba hecha para él, se estrechaba contra él y se ajustaba a cada uno de sus embates, lo recibía de buen grado y gemía cuando él se retiraba, lo retenía, daba y tomaba, exactamente como él. Y entonces se estremeció debajo de él, se contrajo y se agarró a sus hombros, arqueándose.

Jack atrapó su grito con los labios y sintió que él mismo perdía el control. Una vez más se sumergió profundamente en ella, y mientras alcanzaba la cumbre del placer con un gemido liberador, en su interior se rompió una barrera y supo que para él no había vuelta atrás, que tendría que asumir el poderoso sentimiento que llenaba cada poro de su cuerpo.

Zoe tembló cuando otro estremecimiento desencadenado por el clímax le recorrió el cuerpo. Rodeaba a Jack con los brazos, reteniéndolo contra sí como si no quisiera soltarlo jamás.

Después de un buen rato, Jack se desprendió de ella y la atrajo hacia sí cuando se dio media vuelta. Mientras yacían estrechamente enlazados en la

cama, Zoe escuchó la respiración de él, que iba normalizándose lentamente.

«Lo amo», pensó, y abatida cerró los ojos porque sabía que no tenía derecho a hacerlo. Sin embargo, quería conservar su proximidad, esa que tanto bien le hacía, y se estrechó aún más contra él, sin darse cuenta de que se quedaba profundamente dormida, sin soñar nada.

Cuando se despertó, ya clareaba y descubrió que estaba sola en la cama. A la luz del día lo que había sucedido por la noche le parecía casi irreal. Pero no había sido un sueño, pues el lugar que había a su lado todavía conservaba el calor y el olor de Jack.

Había cometido un error acostándose con él, lo sabía, pero era incapaz de arrepentirse. Se levantó enseguida y volvió a ponerse el jersey y los pantalones de deporte que Jack le había dejado sobre la silla, al lado de la cama. A continuación salió al pasillo y se dirigió al baño para asearse. Al pasar vio que la puerta del dormitorio de William todavía estaba cerrada. El chico aún debía de dormir, pero le llegaron ruidos del piso inferior, de la cocina.

Un par de minutos después, ya aseada, fue hacia allí y se quedó parada en el marco de la puerta. *Buddy*, hasta el momento tendido en la manta, se levantó y se acercó moviendo la cola, pero Jack, que estaba de espaldas delante de los hornillos y —a juzgar por el chisporroteo y el olor— freía beicon, no se percató de su presencia.

Todavía le brillaba el cabello húmedo tras la ducha que debía de haber tomado, iba descalzo como ella y llevaba la camisa abierta por encima de los vaqueros. Así que tampoco hacía tanto rato que se había levantado, aunque el reloj de pared señalaba casi las diez. No era extraño que hubiese dormido tanto. Incluso a alguien como él la operación de rescate en la playa sin duda le había llevado al límite de sus fuerzas... por no mencionar lo que había sucedido por la noche.

Zoe se estremeció al recordar la pasión con que se habían amado y lo feliz que se había sentido en sus brazos. Pensó espontáneamente en la pregunta que él le había planteado la noche anterior en el puerto.

«¿Lo cambiarías si pudieras?»

«Sí —pensó—. Sí, sí, sí.» Lo haría todo de otra manera, y sobre todo haría

desaparecer de su cabeza ese condenado aneurisma que le impedía acercarse a él, lanzarse a sus brazos e intentar volver a conquistarlo. Que esta vez todo saldría bien, y que no tendrían que volver a separarse. Pero debían hacerlo, y eso le partía el corazón.

—Buenos días —dijo en voz alta para hacerse oír por encima del siseo de la grasa caliente, y esperó inquieta. De repente sintió miedo de que esa noche que habían pasado juntos no significara para él lo mismo que para ella. Pero cuando Jack se dio la vuelta, su sonrisa era tan resplandeciente que disipó cualquier duda.

Aliviada, se acercó a él. O, más bien dicho, quería ir hacia él cuando de repente le fallaron las piernas.

—¡Zoe! —gritó Jack, alarmado, y un segundo después estaba junto a ella y la sostenía antes de que perdiera el equilibrio.

—Ya estoy bien —le aseguró mientras luchaba contra el malestar que le había producido el mareo. Pero apoyarse en él fue una ayuda. Una estupenda ayuda, de hecho—. Ya ha pasado.

—¿Qué es lo que ya ha pasado, Zoe? —Su mirada de preocupación inquiría a la suya, pedía respuestas—. ¿Qué demonios te pasa?

—¡Jack! —La voz llegó desde fuera y alguien golpeó al mismo tiempo la puerta de la casa—. Jack, ¿estás ahí?

Zoe reconoció a Megan y se sobresaltó. Se había olvidado completamente de ella y levantó la mirada hacia Jack, que también parecía sorprendido y frunció el ceño en un gesto de disgusto cuando se oyó de repente que la puerta de la casa se abría.

—¿Jack? —La voz de Megan resonaba en ese instante más claramente y unos pasos se acercaron.

Zoe iba a apartarse de Jack, pero él la retuvo, para su bien, pues todavía se notaba algo frágil.

Un momento después, Megan aparecía en el marco de la puerta.

—Estaba abierto y he pensado que...

No siguió hablando, sino que se quedó mirando atónita a Jack y Zoe.

—Lo... lo siento, no pretendía molestar —dijo tras un breve e incómodo silencio—. Solo quería saber qué tal estaba William. Sarah me dijo ayer por

la noche que no habías vuelto al baile por su causa. ¿Está bien?

—Sí, todo en orden —contestó Jack.

—Bueno, entonces... —Sonrió, pero en sus mejillas se dibujaron unas manchas rojas—. Me marchó. Que te vaya bien, Jack.

Giró sobre sus talones y dejó la cocina. Unos segundos después la puerta de la casa se cerró.

Jack soltó una maldición por lo bajo, ayudó a Zoe a sentarse en una de las sillas de la cocina y apartó la sartén del fuego. El tocino había emitido un feo siseo y olía un poco a quemado, lo que avivó todavía más la mala conciencia de Zoe.

—Lo siento —se lamentó, ya que no sabía muy bien qué decir.

—No ha sido culpa tuya —dijo él, acercándose a la mesa. Se sentó frente a Zoe—. Si alguien ha cometido un error he sido yo. Sabía que Megan sentía algo más por mí y no le aclaré que no quería entablar una relación. Pero ¿cómo se le ha ocurrido venir sin que nadie se lo haya pedido y entrar en la cocina como si tuviera derecho a hacerlo? Ya hace tiempo que me molesta que no respete mi intimidad. Y que ayer me llamara constantemente «cariño», aunque no somos pareja, me sacó de mis casillas.

Zoe pensó en la expresión adusta de Jack cuando pasó por su lado del brazo de Megan. Creyó que era por su causa, pero en realidad estaba disgustado con Megan. Porque no quería tener una relación con ella. Por supuesto, pensó angustiada, tras las malas experiencias vividas con Karen debía de estar harto.

—Espero que Megan no se lo tome muy mal.

Él se encogió de hombros.

—Ya hablaré con ella más adelante. Ahora lo primero que quiero saber es qué te sucede.

Su mirada volvía a ser inquisitiva y, en un breve momento de debilidad, Zoe estuvo a punto de decírselo. Pero el simple hecho de que hubieran pasado una noche maravillosa juntos y que ella supiera definitivamente que todavía lo amaba no significaba que él fuera a sentir lo mismo. Jack no quería iniciar ninguna relación sentimental, acababa de decirlo, y si se enteraba de lo mal que iba todo a lo mejor se sentía obligado a ser amable y quedarse con

ella. Y no quería su compasión ni tampoco que el tiempo que les quedaba de estar juntos estuviese marcado por ese tema. ¿Acaso no era mejor disfrutar del momento mientras fuese posible?

—Yo... no lo sé —respondió, porque él no se creería otra vez que tenía la presión baja—. A lo mejor sí que tendría que ir al médico.

—Sin falta —convino, aliviado—. Mañana mismo puedes ir a ver a la doctora Corby.

Zoe asintió, contenta de haberlo tranquilizado y segura de que encontraría cualquier pretexto cuando llegara el momento.

—¿Cómo lo ha asimilado William? —preguntó para cambiar de tema, pero también porque el asunto le importaba de verdad.

Jack suspiró.

—Está hecho polvo y necesitará bastante tiempo para elaborarlo todo. Pero creo que en su interior ya hacía mucho que lo sabía. Los niños tienen olfato para esas cosas. Pero se negaba a aceptarlo, es natural.

Zoe pensó en cómo había encontrado a William la noche anterior en la cama. Había amargura en su mirada, pero también el reconocimiento de que tenía un padre que nunca lo dejaría en la estacada como sí había hecho su madre.

—Entonces, ¿os habéis reconciliado?

—Al menos de momento —respondió Jack con una media sonrisa—. Pero ya se le ocurrirá algo para sacarme de quicio.

Miró hacia la puerta al oír unos pasos en la escalera y su expresión se suavizó cuando poco después William, con el cabello revuelto y el rostro todavía bastante pálido, entró en la cocina.

Zoe contuvo el aliento, no muy segura de cómo iba a reaccionar ante su presencia. Pero William la saludó y se sentó con toda naturalidad a su lado.

—¿Tienes hambre? —preguntó Jack.

—¡Ya lo creo! —confirmó William—. ¿Hay huevos?

Jack sacó un cuenco con huevos revueltos del horno, donde se había mantenido caliente, y los sirvió en tres platos con el tocino bastante reseco. William se abalanzó literalmente sobre la comida.

—¿Quieres que Zoe y yo te ayudemos luego con las ovejas? —preguntó a

su padre entre bocado y bocado.

Sorprendidos, los dos adultos se miraron.

—Por mí estupendo —contestó Jack—. Pero tal vez deberías consultarlo primero con Zoe.

William acabó de masticar y se volvió hacia ella.

—¿Vienes con nosotros?

Zoe dudó y miró con el rabillo del ojo a Jack, que parecía tan expectante como el chico.

—Solo si me enseñas lo que hay que hacer —respondió sonriendo, negándose a pensar que así se haría aún más difícil la despedida que pronto debería producirse.

—¡Este sitio es perfecto! —Rose señaló un lugar bajo un árbol que aún no estaba ocupado por ningún visitante de Hyde Park. El sol de la tarde brillaba en el cielo despejado y el parque estaba lleno de paseantes de domingo. El árbol que Rose había elegido quedaba apartado de los recorridos y ofrecía una agradable sombra, por eso desplegó allí el mantel que había llevado.

Simon dejó la cesta de la merienda en el suelo y ella se dispuso a sacar la fruta y otras exquisiteces que se encontraban dentro. Cuando estuvo lista, Rose se dio cuenta de que él la observaba con expresión divertida.

—¿Quieres algo? —preguntó.

—Sí, a ti —contestó él con una sonrisa irónica, se inclinó hacia ella y le dio un beso—. En realidad solo te quiero a ti.

Rose sintió que el corazón le daba un brinco de felicidad.

—A mí a lo mejor me tienes de postre. Hasta entonces tendrás que conformarte con esto —explicó, y se puso un grano de uva en la boca.

Con un suspiro, Simon se tendió a un lado, y estiró las piernas, y apoyó la cabeza en el brazo.

—Llevaba siglos sin hacer un pícnic en el parque —caviló y cogió un bocadillo que mordió vigorosamente—. Pero podría acostumbrarme.

«Yo también», pensó Rose, mirando a Simon de reojo. Apenas si comprendía lo bien que se sentía con él y lo compenetrados que estaban, teniendo en cuenta que se conocían desde hacía muy poco. Todo encajaba entre ellos y estaba tan rematadamente enamorada de él que no quería ni

pensar que, cuando empezara la nueva semana, ya no podrían estar juntos tanto tiempo.

—Qué lástima que no sea domingo cada día —dijo abatida, porque a partir de ese momento solo les quedaban las tardes y, según su opinión, eso era demasiado poco.

—A lo mejor me tomo los próximos días libres.

—Oh, sería estupendo —dijo ella, esperanzada—. Pero ¿se las arreglarán tus clientes sin ti?

—Mejor que yo sin ti —respondió Simon, y en su mirada había la misma pregunta que también preocupaba a Rose. Quería saber qué iba a ser de ellos. Pero ella no tenía respuesta mientras le faltara el valor de contarle la verdad sobre su vida.

—¡Cuidado! —gritó alguien y Rose vio con el rabillo del ojo que algo volaba hacia ella. Quiso evitarlo, pero no fue necesario, porque Simon se levantó a la velocidad de un rayo y paró el balón, que, de no haber sido por él, seguramente la habría golpeado en la cabeza.

—Menudos reflejos —observó ella, maravillada, después de recuperarse del susto—. Podrías ser portero en el equipo de Henry.

—¿Quién es Henry? —preguntó Simon, sorprendido, y Rose se mordió el labio al darse cuenta de lo que se le había escapado. «Pero tal vez sea el destino», pensó. De todos modos, en algún momento tendría que decírselo, así ya lo habría solucionado.

Respiró hondo y abrió la boca, pero la cerró de nuevo cuando un chico se acercó al mantel. Era aproximadamente de la edad de su hijo menor y miraba titubeante el balón que Simon sostenía en la mano.

—¿Me lo devuelve? —preguntó, y enseguida añadió un «por favor», seguramente porque en el último momento se había acordado de lo que su madre le había enseñado sobre las fórmulas de cortesía.

Simon sonrió satisfecho cuando le tendió el balón al muchacho.

—Buen tiro —observó—. Seguro que un día te conviertes en el nuevo David Beckham. Pero la próxima vez apunta un poco mejor, ¿de acuerdo?

El joven asintió sonriendo antes de volverse y correr de nuevo hacia su familia.

Rose sonrió cuando de nuevo se quedaron solos.

—No sabía que fueras tan amable con los niños.

Simon dibujó una media sonrisa.

—Mientras sea solo un par de minutos, funciona.

—¿Y luego? —preguntó Rose, angustiada.

—Ni idea —contestó encogiéndose de hombros—. La verdad es que todavía no lo he probado. —Volvió a recostarse y miró a Rose con aire pensativo—. Pero creo que me gustaría.

El corazón de Rose latió un poco más deprisa.

—Ah, ¿sí?

Él asintió y le cogió la mano.

—He estado pensando mucho estos últimos días y he comprobado que ya no encuentro tan horrible la idea de fundar una familia. Incluso me imagino que el proyecto de tener hijos con la mujer adecuada puede ser muy bonito.

Rose tragó saliva.

—Pero tendrían que ser tus propios hijos, ¿no?

—Claro —respondió, y sacó el móvil que acababa de sonar. Arrugando la frente miró la pantalla—. Lo siento, pero tengo que atender la llamada.

Se puso en pie y se alejó unos pasos para telefonar. Rose se alegró de la interrupción, así tal vez él no se daría cuenta de lo mucho que la había afectado su contestación.

Era hermoso que de repente imaginara tener hijos, pero no podría haber sido más claro al decir que tenían que ser los suyos propios. Era evidente que en su modelo de familia no cabía que la mujer tal vez ya los tuviera. Claro que no, pensó, mientras arrancaba la hierba que crecía junto al mantel, y todavía sintió más miedo del momento en que él supiera la verdad.

Simon concluyó la conversación con Darios Pandakis y farfulló un improperio. Poco a poco se estaba hartando de los caprichos del excéntrico griego que, por lo visto, también solucionaba sus negocios en domingo y además esperaba que los demás hicieran lo propio. A Simon, sin embargo, en ese momento le repugnaba pensar en el trabajo porque prefería dedicar su tiempo libre a Rose.

La miró desde la distancia y frunció el ceño al ver que estaba sentada en el

mantel, inclinada hacia delante, arrancando ensimismada briznas de hierba.

¿Por qué parecía tan desdichada? ¿Tal vez porque había mencionado lo que él pensaba sobre la familia? Ya había intentado varias veces hablar del futuro, pero Rose siempre lo evitaba, un hecho que, poco a poco, realmente lo inquietaba.

Sin embargo, la situación no carecía de cierta ironía. En otras ocasiones había sido él quien había ignorado expresamente otras indirectas semejantes de sus anteriores parejas. ¿Acaso Rose no quería entablar ninguna relación? ¿O no lo quería hacer exclusivamente con él? Ella le escondía algo y la incertidumbre de qué sucedería tras su regreso a Cornualles lo consumía cada vez más.

Quería saber más sobre ella, pero cuanto más se acercaba a Rose en este aspecto, más parecía retroceder ella. Y eso que estaba seguro de que sentía algo por él, lo veía en sus ojos cuando hacían el amor.

«Tengo que aclararlo», pensó decidido mientras se encaminaba hacia ella. Pero allí no. Buscaría otro contexto y ya se le estaba ocurriendo cuál sería.

Rose levantó la mirada cuando él volvió a sentarse a su lado y la expresión de desamparo de los ojos de la mujer le llegó al corazón

Simon negó con la cabeza.

—¿Era tu madre? —preguntó Rose.

—No —respondió Simon—, era Pandakis.

Ella frunció el ceño.

—¿Ya no quiere comprar la mansión?

—Al contrario, más que nunca —contestó Simon, y suspiró irritado—. Pero por desgracia hay un problema.

—¿Puedo dar de comer al perro? —preguntó entusiasmado William, corriendo a la cocina seguido de cerca por *Buddy*, que parecía saber exactamente que esa vez debía mantenerse junto al chico.

—Por mí sí —contestó Jack y cedió el paso a Zoe.

Acababan de regresar porque el paseo que habían dado juntos por el prado había durado al final más de lo planeado. Después de atender a las ovejas, habían decidido aprovechar para hacer juntos una excursión. Habían ido a la Casa de la Playa para que Zoe pudiera cambiarse; luego, a Padstow, donde habían comido al mediodía en un pub muy acogedor. A continuación se habían dirigido a las playas próximas al pueblo y habían estado mirando a los surfistas y *bodyboarders* que se deslizaban sobre las olas. Tras la tormenta del día anterior, hacía un maravilloso y soleado día, con el cielo despejado, y Zoe había disfrutado del simple hecho de estar sentada junto a Jack en la arena mientras él le hablaba de Canadá y de sus planes de futuro para la granja. Habría podido estar escuchándole durante horas y, aunque sabía que en realidad habría tenido que emplear ese tiempo en ahondar más sobre su hermano, en ese momento no tenía prisa por volver al tema. William se había sentado de vez en cuando con ellos, pero la mayor parte del tiempo le había estado lanzando palos a *Buddy*, que se los devolvía con un entusiasmo indestructible. De hecho, a William parecía hacerle mucha gracia jugar con el perro y se mostró encantado mientras miraba comer al animal.

—*Buddy* devuelve todo lo que le lanzo. ¿Y habéis visto cómo juntaba el

rebaño en el prado? No sabía que lo hiciera tan bien —dijo William, maravillado.

—Hasta hoy no te habías interesado mucho por él —contestó Jack, pero de inmediato se arrepintió de ese reproche y añadió enseguida—: *Buddy* es muy listo y aprende enseguida, pero todavía le falta mucho para estar entrenado del todo. Si quieres, puedes trabajar con él a partir de ahora y enseñarle todavía más.

La idea pareció gustar a William.

—¡Guay! —dijo, acariciando detrás de las orejas al perro, que ya había vaciado el cuenco de la comida—. Me voy un ratito fuera con él.

—Pero no te alejes demasiado, cenaremos enseguida —le gritó Jack. Esperó a que Zoe y él se quedaran solos y enseguida la abrazó y la besó. No lo habían hecho delante de William, y Zoe comprobó aliviada que no solo le había resultado difícil a ella contenerse en ese aspecto.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó Jack, y Zoe ya iba a decir que sí cuando William apareció de repente en la cocina. Los dos se separaron inmediatamente, pero seguro que al chico no le había pasado por alto que estaban abrazados, al igual que a Daisy Gallagher, que iba tras él.

—Ha venido la abuela —anunció William sin comentar lo que había visto. Luego se marchó y Daisy entró en la cocina.

Intimidada y poco segura de cómo interpretar la mirada de la madre de Jack, Zoe le tendió la mano.

—No quería molestar —dijo Daisy—, pero en la Casa de la Playa no había nadie y por eso he pensado en venir a ver si por casualidad estabas aquí.

Zoe la miró sorprendida.

—¿Quería hablar conmigo?

Daisy asintió.

—Ha llamado Rose. Ha dicho que tiene que hablar urgentemente contigo, pero tienes el móvil apagado y en la Casa de la Playa no podía dar contigo.

—¿Ha dicho de qué se trata? —preguntó Zoe, alterada, pensando en sus padres. Tenía que contactar cuanto antes con su padre y con Philipp, pero con los dramáticos acontecimientos de la noche anterior se había olvidado de su propósito.

Daisy movió la cabeza.

—No exactamente. Ha dicho que tiene algo que ver con la mansión. Tienes que llamarla cuanto antes.

—Coge mi teléfono si quieres —indicó Jack, pero Zoe negó con la cabeza.

No se sentía a gusto en presencia de Daisy, pues la madre de Jack la contemplaba con una expresión mucho más crítica que durante su último encuentro. Además, de pronto sentía la urgente necesidad de ver si habían entrado mensajes en su móvil.

—No, creo que es mejor que vuelva a la Casa de la Playa y lo aclare allí.

—¿Te llevo? —se ofreció Jack.

—Iré a pie, no está lejos —rechazó la oferta, mirando a Daisy—. Además, tienes visita.

Le sonrió de nuevo y esperó que notara lo mucho que lamentaba tener que marcharse, pero era como si Daisy Gallagher le hubiera recordado que durante todo el día había olvidado que ese no era su lugar.

Jack la acompañó hasta la puerta, la estrechó entre sus brazos y la besó una vez más.

—¿Volverás? —preguntó, y Zoe se sintió conmovida por la incertidumbre que captó en sus ojos.

Zoe asintió, luego se dio media vuelta y cruzó el patio a toda prisa en dirección a la Casa de la Playa.

Jack cerró la puerta malhumorado e intentó ignorar la desagradable sensación de vacío que lo asaltó. Él y Zoe no se habían separado ni un momento desde que se habían besado en el puerto, y Jack había temido ese momento. El momento en que ella tuviera que marcharse sin saber cuál era su postura respecto a él.

Sin embargo, él mismo había evitado tocar el tema. Le había hablado de su pasado y de la vida en la granja. No se había referido en ningún momento al futuro porque había preferido disfrutar de la compañía de ella y William en lugar de reflexionar acerca de que las cosas no eran tan fáciles como parecían ese día. Había sido absurdo por su parte. Y una cobardía. Pero simplemente no quería oír que Zoe iba a regresar a Londres porque no sabía si volvería a tener fuerzas para luchar por ella. La última vez le había hecho un daño

horroroso y había necesitado mucho tiempo para recuperarse. ¿Podía arriesgarse de nuevo?

Cuando entró en la cocina, el agua ya estaba en el hervidor y su madre iba a preparar un té. No conseguía estarse quieta y sentarse, siempre tenía que estar haciendo algo. En otra época eso le habría divertido, pero en ese momento le molestó, sobre todo por su mirada llena de reproche.

—Yo no quiero té —refunfuñó él sentándose a la mesa de la cocina. Pero Daisy ni se inmutó.

—Pero yo sí —replicó, y esperó a que el agua hirviese. Luego la vertió sobre el té—. Espero que sepas lo que haces —dijo rompiendo el silencio, y él comprendió que se refería a Zoe.

—Sí, lo sé —replicó con aspereza—. Aunque no estoy muy seguro de que eso sea de tu incumbencia.

Su madre puso los brazos en jarras.

—Pues claro que es de mi incumbencia que mi hijo acabe siendo un infeliz por propia voluntad. Todo el pueblo habla del espectáculo de Zoe de ayer. Y de que a continuación desapareciste con ella. ¿En serio vas a tropezar otra vez con la misma piedra, Jack?

Sintió que el estómago se le contraía porque ella expresaba lo que él mismo más temía, pero se deshizo de esa sensación y aguantó la mirada de su madre.

—Tuvimos que ocuparnos de William —explicó—. Zoe me ayudó a rescatarlo de la marea en la playa.

Su madre lo miraba sin dar crédito mientras él contaba lo que había ocurrido.

—No lo sabía —dijo conmovida cuando hubo acabado. Cogió una taza del armario, la llenó de té y se sentó con ella junto a Jack.

Por un momento, ambos callaron, pero cuando levantó la mirada él advirtió que todavía no había desaparecido el escepticismo de los ojos de su madre.

—¿Y qué pasa con Megan? —quiso saber—. Hacéis buena pareja, Jack. Con ella puedes construir algo. En cambio, Zoe...

—Ya no la conoces, mamá —la interrumpió Jack poniéndose en pie. Empezó a pasear de arriba abajo de la cocina, inquieto.

—¿Y tú sí? —Daisy arqueó las cejas—. ¿Cómo sabes que no te abandonará

como la última vez?

Jack se detuvo y golpeó la mesa con el puño.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor?

Su madre no se inmutó, mantuvo su mirada enfurecida hasta que él cedió y disminuyó la tensión de la espalda. Volvió a sentarse.

—Lo siento —dijo arrepentido y consciente de que había ido demasiado lejos.

Daisy le cogió la mano por encima de la mesa y le sonrió cuando él levantó la cabeza y la miró.

—Yo también lo siento. No debería entrometerme. Pero ya sabes lo que pasa cuando uno tiene hijos. Nunca deja de preocuparse por muy mayores que sean.

Jack pensó en William y sonrió con tristeza.

—No te preocupes, mamá —la tranquilizó.

Daisy le apretó la mano antes de levantarse.

—Tengo que marcharme.

Ya estaba en la puerta cuando se volvió una vez más hacia él y Jack vio que todavía tenía algo que decirle. Pero solo le sonrió y se marchó.

Jack apoyó los codos en la mesa y hundió los dedos entre su cabello dando un suspiro.

«Se equivoca respecto a Zoe», pensó, y esperó fervientemente tener razón. Si no era así...

Prefería no pensar en ello.

Cuando Zoe abrió la puerta de la Casa de la Playa, oyó el sonido del teléfono. Recorrió el pasillo a toda prisa y descolgó el auricular.

—¿Zoe? ¡Por fin! Lo he intentado cientos de veces, pero nunca estás ahí.
—Era Rose.

Zoe volvió a cerrar la puerta de la casa y fue con el teléfono a la sala de estar, donde se dejó caer agotada en el sofá. Desde la granja hasta la Casa de la Playa no había mucha distancia, pero se sentía derrotada.

—Estaba en casa de Jack —dijo—. Pero tu madre ya me ha informado de que querías hablar conmigo. —Suspiró—. ¿De qué se trata?

—De la mansión —explicó Rose—. El hombre que quiere comprarla ha llamado y le ha dicho a Simon... bueno, al señor Fielding, que aumenta su oferta en cincuenta mil libras. Pero (y ahí está el inconveniente) que esta cantidad solo es válida hasta mañana por la noche. Para entonces tienes que haber decidido si vendes la casa, de lo contrario retira totalmente la oferta.

Zoe estaba demasiado sorprendida para contestar.

—¿Cincuenta mil más?

Era una suma considerable y la oferta anterior no era nada desdeñable. Aun así se sentía rara bajo tanta presión.

—No sé —dijo—. Tengo que reflexionar.

—Ya lo suponía. Pero Simon dice que no deberías esperar demasiado. Ese Darios Pandakis es un jugador, pero mantiene su palabra. Si no te decides pronto, no habrá transacción.

—¿Simon? —Zoe sonrió—. ¿Tanto conoces ahora al abogado que hasta os llamáis por el nombre de pila?

Solo había querido bromear un poco con Rose, pero cuando esta no contestó se dio cuenta de que había dado en el blanco.

—No me digas que hay algo entre vosotros.

—Pues sí —confesó Rose dando un profundo suspiro—. No tengo ni idea de cómo ha podido suceder, pero es el hombre más fabuloso que he conocido en mucho tiempo y estoy totalmente enamorada de él.

Zoe volvió a levantarse, cogió su bolso, que había dejado en el pasillo, y buscó el móvil en él.

—¿Y eso no es bueno? —preguntó, ya que Rose parecía desanimada pese a esa confesión tan positiva. Mientras, volvió a encender el *smartphone*.

—Sería bueno si yo no le hubiera ocultado que tengo tres hijos. Pensaba que no era importante porque entre nosotros no había nada serio. Pero las cosas han ido deprisa, y tengo la sensación de que la relación puede llegar a más, y si se lo digo ahora es posible que todo acabe. —Volvió a suspirar entristecida—. ¿Qué tengo que hacer, Zoe?

Parecía francamente desdichada y Zoe la habría ayudado de buen grado. Le gustaba volver a ser la confidente de Rose, pero solo podía darle un consejo y, seguramente, la misma Rose ya lo conocía.

—Tienes que decírselo.

«Y lo mismo debería hacer yo», pensó compungida. Aplazaba también el momento de anunciar a Jack que tenía que volver a abandonarlo.

Rose gimió.

—Tienes razón. Simon debe saberlo. Quiere que vayamos a comer después. Entonces se lo diré. Al menos en el restaurante no me montará ninguna escena.

Zoe no pudo evitar reírse.

—Ay, Rose —dijo, y se sintió tan cerca de su amiga como en el pasado—. Lo harás. Y si él te quiere tanto como tú a él, saldrás airosa de esta.

Rose no parecía estar del todo convencida, pero no insistió.

—¿Y qué estabas haciendo en casa de Jack? —Su voz tenía un deje esperanzado—. ¿Te has sincerado con él?

Zoe hizo una mueca con la boca.

—No directamente. Pero...

Dudó un instante, pero ya no podía reprimir más tiempo lo que le preocupaba. A fin de cuentas, Rose también había confiado en ella. Y necesitaba alguien con quien hablar.

—Qué tonta fui, Rose. Jack quería que volviese con él. Me escribió una carta, pero no la recibí. Creía que se había olvidado de mí, y resulta que no es cierto. —Pensó desesperada en el tiempo que habían derrochado—. Todavía lo amo. Creo que nunca he dejado de amarlo.

Le hizo bien contarle y al mismo tiempo le dolió tanto que tuvo que luchar contra las lágrimas que de pronto le ardían en los ojos.

—Pero no es demasiado tarde. —Rose tenía una voz muy alegre, como si fuera precisamente eso lo que estaba esperando—. Os merecís una segunda oportunidad.

El móvil, que Zoe había encendido durante la conversación y que había dejado sobre el sofá, emitió varios avisos seguidos y en la pantalla apareció la advertencia de que habían entrado más de una docena de mensajes. Casi todos eran de su padre y de Philipp, que ya había vuelto de Estados Unidos.

—Tengo que colgar, Rose. Te llamaré por lo de la mansión, ¿de acuerdo? —Dudó—. Me ha gustado mucho hablar contigo.

—A mí también —dijo Rose, y Zoe volvió a sentir una cálida oleada de cariño.

«No debería haber renunciado a esta amistad, como tampoco a mi amor por Jack», pensó arrepentida después de haber colgado. Luego se ocupó de los mensajes que le habían escrito su padre y Philipp.

Temía que algo hubiera ocurrido, en el peor de los casos, a su madre. Pero de hecho los dos preguntaban por ella. Philipp mantenía su talante cortés, pero los mensajes de su padre mostraban cada vez más impaciencia.

«Llama, Zoe.»

«Estamos preocupados.»

«¿Dónde demonios te has metido?»

«¡A ver si enciendes de una vez ese maldito móvil!»

Zoe se mordisqueó el labio, consciente de que su largo silencio había sido una negligencia. Había querido evitar preguntas, pero en ese momento necesitaría una buena justificación para explicar por qué su móvil había estado tanto tiempo apagado.

Reflexionó acerca de a cuál de los dos llamar primero y se decidió por Philipp porque le pareció más sencillo. Él la entendería y no le preguntaría con tanta insistencia como su padre. Ya estaba a punto de pulsar su número en la agenda del móvil cuando se percató de su último mensaje.

«Espero que estés bien, cariño. Por favor, da noticias tuyas.»

Se quedó mirando con turbación la palabra «cariño». Philipp pocas veces utilizaba apelativos afectuosos, pero por supuesto tenía todo el derecho a llamarla así. A fin de cuentas, él todavía pensaba que se iban a casar en cuestión de poco tiempo. Pero ella no podía convertirse en su esposa. Sus sentimientos hacia él no eran más que una pálida sombra de lo que sentía por Jack, y de repente cayó en la cuenta de que por eso siempre había encontrado alguna razón para aplazar la boda y no irse a vivir con Philipp. Porque en lo más profundo de su ser siempre había sabido que su corazón pertenecía a otro.

Pese a ello, le debía una explicación, así que buscó su número y pulsó el botón de llamada.

Él contestó enseguida.

—¡Zoe! ¡Dios mío, por fin das señales de vida! ¿Estás bien? Tu padre nos está volviendo a todos locos por tu culpa.

—Lo siento —se disculpó al tiempo que pensaba febrilmente qué contarle—. Yo... Aquí apenas hay cobertura, por eso casi siempre salta el contestador. Pero estoy bien. No os preocupéis.

Vio claramente a Philipp frunciendo el ceño.

—¿Y «dónde» estás exactamente? —quiso saber.

—En... Escocia —mintió Zoe—. En el Golfhotel, cerca de Edimburgo, donde se celebró el gran encuentro económico de la construcción, ¿te acuerdas?

Era el primer lugar que se le había ocurrido, pero en cuanto hubo pronunciado el nombre se dio cuenta de que había cometido un error.

—¿Por qué precisamente ahí? —preguntó Philipp, y Zoe notó en su voz que dudaba—. Entonces dijiste que no volverías a pisarlo porque está muy aislado.

—Y lo está —contestó—. Necesitaba tranquilidad y aquí la tengo.

Philipp no dijo nada, pero Zoe se percató de que no la creía. Y eso no era bueno.

«Cambia de tema», pensó, y ya iba a preguntarle cómo iba el trabajo cuando de repente alguien dio unos fuertes golpes en la puerta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Philipp, desconcertado, pues la suponía sola en un hotel.

Zoe notó un pinchazo en la frente. Qué cansado era mentir, ya no podía más.

—Tengo que colgar —dijo—. Ya volveré a llamarte.

—Zoe, espera... —Lo oyó decir, antes de cortar la comunicación. Ahora sí que se preocuparía y con razón, pero en ese momento no podía enfrentarse a ello.

Volvieron a llamar, se levantó y corrió a la puerta, esperando que fuera Jack.

Sin embargo, era el jefe de policía Harry Owen.

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto. —La mirada de Zoe se detuvo en el diario de Chris que el hombre sostenía en la mano. Se apartó a un lado para dejarle entrar en el pasillo y lo guio hasta la pequeña sala de estar—. ¿Quiere sentarse?

Owen negó con la cabeza.

—Prefiero quedarme de pie —contestó, y a ella le pareció que estaba tenso. Se movía con torpeza y respiraba con dificultad—. Quería devolverle esto.

Zoe cogió el diario y lo miró inquisitiva.

—¿Ha podido averiguar algo?

Harry Owen asintió con gravedad y el corazón de Zoe empezó a latir más deprisa.

—Entonces... ¿ha obtenido más datos?

El policía resopló.

—No. En realidad no. Pero sé de quién hablaba su hermano en el poema.

—*Prego, signore Fielding!* —El primer camarero de La Vigna señaló una mesa para dos junto a la ventana desde la cual se apreciaba una bella vista de la calle y del parque colindante rodeado por un seto—. Le hemos reservado su sitio de costumbre. Espero que le parezca bien.

—Gracias, Fausto —contestó Simon, y retiró la silla para Rose, ayudándola galantemente a sentarse antes de que lo hiciera el eficiente italiano.

—Enseguida les traigo la carta —anunció, y salió corriendo a buscarla.

—¿Y? ¿He exagerado? —preguntó Simon cuando volvieron a quedarse solos.

Rose negó con la cabeza.

—No, esto es precioso —confirmó, paseando la mirada por las mesas cubiertas por brillantes manteles adamascados y candelabros de plata.

El ambiente general de La Vigna era tan elegante como ella se había temido, pero de hecho le gustaba mucho y no se sentía extraña ni incómoda. Y eso era sobre todo a causa de Simon. Su compañía le había dado una gran confianza en sí misma. Pocos días antes habría pensado que ella no encajaría en un sitio así, pero Simon había conseguido despojarla de esa inseguridad. La admiración que ella veía en sus ojos la hacía fuerte y le recordaba que era una mujer atractiva, que no tenía que esconderse ni en lo que a su aspecto se refería ni en cuanto a sus cualidades. Pues Simon también la elogiaba en ese aspecto, la animaba a seguir su camino y a creer en sí misma. Por eso ella siempre le estaría agradecida, pasara lo que pasase.

—¿Te recomiendo algo? —preguntó Simon cuando el camarero les hubo llevado las cartas.

Rose asintió, pero no le escuchaba realmente con atención mientras él describía con entusiasmo el *carpaccio* y los *fettuccine* con trufas y salsa de vino blanco. En lugar de ello lo observaba e intentaba memorizar sus rasgos... para cuando ya no estuviera a su lado. Y eso probablemente ocurriría pronto si hacía lo que Zoe le había aconsejado.

—¿Rose?

Cuando Simon arqueó las cejas inquisitivo, se dio cuenta de que todavía no había dicho nada sobre sus recomendaciones.

—¿Cómo? Sí, suena estupendamente. Yo tomaré lo mismo —dijo, disculpándose con una sonrisa.

Simon pidió para los dos y también eligió el vino. Cuando el camarero se hubo marchado, miró a Rose arrugando la frente.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Hay algún problema?

Rose se pasó las manos por la falda.

—No puedo dejar de pensar en mi conversación con Zoe —dijo, reflexionando en si realizar por fin su confesión. Pero ¿era ese el momento adecuado? ¿No sería mejor esperar un poco más?

—Si tu amiga es lista, aceptará la oferta —opinó Simon, aludiendo a la venta de la mansión—. No conseguirá en mucho tiempo una oferta más elevada por la casa.

—No creo que le preocupe el dinero. —Rose sonrió al camarero, que acababa de llevar el vino y esperaba a que Simon lo probase para llenar las copas—. La casa está llena de recuerdos. Creo que por eso duda, no porque espere que suban más el precio. Además, ahora está ocupada con otros asuntos.

—¿Con cuáles? —preguntó Simon.

Rose vaciló porque Simon tenía relaciones laborales con Zoe, pero estaba segura de que no iba a difundir los asuntos personales que ella le confiara.

—En el pasado tuvo una relación sentimental con mi hermano y creo que ahora vuelve a surgir algo entre los dos —respondió, y sonrió porque esa idea le gustaba. Ya entonces había estado convencida de que Jack y Zoe estaban

hechos el uno para el otro.

Simon frunció el ceño.

—Pues yo pensaba que estaba prometida con el gerente de su compañía.

—¿Qué? —Rose lo miró sobresaltada—. No me ha mencionado nada de eso.

Él se encogió de hombros.

—Espero que tu hermano no sufra una decepción. Pero a lo mejor estoy equivocado.

«Yo también lo espero», pensó Rose, cubriéndose el regazo con la servilleta al ver que ya estaban sirviendo los entrantes. El *carpaccio* que Simon había pedido estaba delicioso, al igual que la pasta, y ella intentó disfrutar de la comida. Pero cuanto más cerca estaba del punto en que tenía que decirle por fin la verdad a Simon, más nerviosa se iba poniendo. Por eso dijo que sí cuando él le preguntó si quería postre y escogió la porción más grande que había. Pero también el postre se acabó y Simon parecía haber esperado ese momento.

—Por favor, tráiganos dos copas de champán —pidió a Fausto, quien de inmediato satisfizo su pedido.

Cuando sostenían la copa en las manos, Rose sonrió.

—¿Siempre terminas las cenas de forma tan magnífica?

—No, pero espero que pronto tengamos algo que celebrar —respondió Simon, y se puso serio cuando Rose lo miró con curiosidad.

Estiró el brazo por encima de la mesa y cogió la mano de Rose.

—Sé que parece una locura, sobre todo porque hace tan solo un par de días que nos conocemos, pero nunca me había encontrado con una mujer como tú, Rose. Todavía no puedo creer que haya tenido la suerte de conocerte y no quiero, bajo ningún concepto, poner punto final a nuestra relación cuando vuelvas a Cornwall. Me da igual a cuántos kilómetros estés y también me da igual las dificultades con que podamos encontrarnos: quiero estar contigo. Porque nunca he estado tan enamorado de nadie como lo estoy de ti, y si a ti te ocurre lo mismo, deberíamos intentarlo, ¿no crees?

Rose percibió una expresión de inseguridad en sus ojos muy poco frecuente en él y se enterneció. Era exactamente lo que también sentía ella y le habría

encantado darle el sí. Pero eso solo funcionaría si él conocía toda la verdad.

—Simon, yo...

Se detuvo y miró hacia la puerta del restaurante, que veía muy claramente desde su sitio. «¡No!», pensó, y sintió que la sangre dejaba de fluir en su rostro. Esperó, casi desesperadamente, estar equivocándose, pero, en efecto, el hombre que en ese momento estaba con Fausto y una preciosa rubia del brazo aguardando a que lo condujeran a su mesa era su exmarido, Matt.

Como si hubiera notado que ella lo observaba, volvió la cabeza y la miró directamente a los ojos.

—¿Rose? —preguntó Simon, desconcertado.

—Discúlpame un momento —dijo. Se levantó y se encaminó con paso decidido hacia los baños. Por el camino se reuniría con Matt y hablaría con él antes de que pudiera acercarse a su mesa. Ni hablar, no quería que Simon lo conociera antes de saber toda la verdad.

—¡Rose! —exclamó Matt, que parecía genuinamente sorprendido de verla ante él y la miró de arriba abajo—. ¿Qué estás haciendo aquí en Londres?

—Tengo unos asuntos que resolver —contestó, mientras miraba a la hermosa acompañante. Era más joven que él, como mucho alrededor de los veinticinco, y encajaba totalmente con el tipo de Matt.

Este interpretó que quería que las presentase.

—Es Kelsey Jones —dijo, sin definir con exactitud cuál era su relación—. Y ella es mi exesposa, Rose —añadió, digiriéndole de nuevo su atención—. ¿Por qué no me has llamado para decirme que estabas aquí?

—Lo iba a hacer. Tenemos que hablar urgentemente sobre la pensión de los niños.

La bella Kelsey se estremeció al oír la expresión «pensión de los niños», algo que a Matt no le pasó por alto.

—¿Y tiene que ser aquí? —siseó él, visiblemente disgustado.

—No, pero lo haremos —respondió Rose y se dispuso a bajar la escalera que llevaba a los baños. Pero Matt la detuvo.

—¡Espera! ¿Has venido aquí sola?

Rose se desprendió de él.

—No. Con un amigo. —Miró hacia Simon, que estaba sentado a la mesa,

contemplando ensimismado a través de la ventana.

—¿Has venido con Simon Fielding?

Rose sintió un espasmo en el estómago.

—¿Lo conoces?

—No personalmente —respondió Matt—. Su bufete representa a nuestra empresa y lo he visto a menudo en el edificio. Dicen que es muy buen abogado. Y que es pariente del conde de Chiswick.

No podía disimular su admiración y Rose no se extrañó de ello. A Matt le gustaba guiarse por la gente «importante» entre la cual, era evidente, situaba a Simon. Por el contrario, era obvio que le desconcertaba que este estuviera cenando con su exesposa.

—¿Y de qué lo conoces?

—No creo que sea de tu incumbencia —contestó Rose con frialdad—. Si me disculpas...

Intentó de nuevo irse hacia la escalera, pero Matt la detuvo otra vez, la agarró por el brazo con tanta fuerza que casi le hizo daño.

—Sí me incumbe, y mucho. Eres la madre de mis hijos. ¿Dónde están ahora los tres?

Rose sintió que la invadía la rabia cuando percibió un brillo de celos en la mirada de su exmarido. Por lo visto no le gustaba que hubiera otro hombre en su vida. Algo tremendamente irónico si se tenía en cuenta que habían sido sus continuas infidelidades lo que había destruido su matrimonio.

—Los tres están con mi familia, que, contrariamente a lo que tú haces, nos apoya mucho —dijo, y se zafó de él con una sacudida—. Los niños ya no preguntan por ti porque nunca los llamas y llevamos tiempo esperando el dinero que nos debes. Y ahora no me cuentes que vas justo. Si te puedes permitir traer a tu nueva novia a cenar aquí, la pensión no debería suponerte ningún problema.

Matt había perdido el color y apretaba los labios. Odiaba montar una escena en público, como también lo odiaba Rose. Pero la había provocado y últimamente había tenido demasiada paciencia con él. Por eso apretó los puños y le lanzó una mirada fulminante.

—Puedes inmiscuirte todo lo que quieras cuando se trata de los niños, a fin

de cuentas eres su padre. Pero ya no eres mi marido, así que haz el favor de mantenerte alejado de mi vida. Adiós, Matt, y lo dicho: te llamaré.

Le arrojó una última mirada de advertencia y luego bajó por la escalera hacia los baños. Allí se aseó un poco y se recobró antes de volver arriba.

De regreso al comedor, descubrió a Matt y su acompañante en una mesa en el otro extremo de la sala. Él la miró, pero ella no le hizo caso y se dirigió hacia Simon, que esperaba a la mesa.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó.

—Está bien. —Simon se encogió de hombros y en ese momento ella se percató de su expresión acongojada—. No debería haberte asaltado con esa perorata. Tal vez me he precipitado un poco.

—¿Qué? ¡No! —No había pensado en absoluto que él fuera a interpretar así su reacción, aunque de hecho debía de haberle producido una extraña impresión que ella se levantara y se marchara justo después de que él le confesara sus sentimientos. Extendió la mano al instante y la puso sobre la de él.

—A mí me ocurre exactamente lo mismo, Simon. De verdad. Estoy enamorada de ti y no hay nada que quiera más que estar contigo. Pero hay algo que todavía no te he contado. —Quería seguir hablando cuando alguien se colocó junto a su silla.

—Siento molestar —anunció Matt.

Todavía estaba pálido, pero en sus mejillas ardían unas manchas rojas que daban testimonio del esfuerzo que tenía que hacer para reprimir la cólera que llameaba en sus ojos. A pesar de todo, habló en voz tan baja y contenida que ni siquiera la gente de la mesa de al lado se enteró de lo que decía.

—De acuerdo, ¿así que quieres que me ocupe de nuestros hijos, Rose? Bien, es posible que sea mejor así, sobre todo teniendo en cuenta cómo los abandonas. Deberías estar con ellos en lugar de paseando por Londres —dijo cortante y miró a Simon con el rabillo del ojo, algo que ella advirtió. Estaba dispuesto a hacerle daño a ella y, al mismo tiempo, quería llamar la atención de Simon. Lo que sin duda consiguió con esa intervención—. Creo que, dadas las circunstancias, reflexionaré sobre si no debo impugnar los acuerdos del divorcio y negociar de nuevo la custodia. A fin de cuentas, no estoy

pagando la pensión de los tres para que tú te gastes el dinero divirtiéndote con otros hombres.

No esperó la respuesta de Rose, sino que giró sobre sus talones y se marchó de nuevo a su mesa. De todos modos, Rose no podría haber dicho nada sobre su injerencia, que la había dejado horrorizada.

Y a Simon parecía pasarle lo mismo, pues se quedó mirando atónito a Matt.

—Era mi exmarido —se apresuró a explicar ella—. Justamente iba a hablarte de él.

Simon entrecerró los ojos.

—Y supongo que a continuación ibas a mencionar por fin que tienes tres hijos.

El tono de su voz era sarcástico y Rose sintió un espasmo en el estómago al ver en sus ojos cuánto le había decepcionado.

Zoe distinguió unas gotas de sudor que brillaban en la frente de Harry Owen.

—Pensándolo bien, creo que sí voy a sentarme —dijo él débilmente mientras se dejaba caer en el sofá, como si las piernas ya no lo sostuvieran.

Nada en él recordaba al reservado jefe de policía que un par de días antes le había aclarado fríamente que no podía hacer ninguna excepción con ella en cuanto a dejarle revisar el expediente. «Al contrario —pensó Zoe, que tomó asiento en un sillón frente a él—, ahora parece más bien inseguro.»

—Las palabras que usted pronunció ayer me impresionaron mucho —admitió—. Y tiene razón. La verdad es importante. Y la persona a quien Chris dirigió el poema está en deuda con usted desde hace tiempo.

—¿De verdad sabe quién es?

Asintió, y Zoe pensó, inquieta, en lo que la doctora Corby le había contado en el baile de verano. De repente creyó saber lo que el nervioso policía iba a decirle.

—¿Era su hermana?

Harry Owen arqueó sorprendido las cejas. Luego negó con la cabeza.

—¿Alicia? No. Chris apenas la conocía.

—¿A quién se refería entonces? —insistió Zoe.

Harry Owen tomó aire.

—Se refería a mí.

—¿A «usted»? —Zoe lo miró incrédula mientras en su mente se formaba

una imagen que revelaba aquello que nunca había imaginado—. ¿Usted era su gran amor?

Harry Owen asintió.

—Y él el mío.

—Pero... —Zoe movió la cabeza—. ¿Por qué nunca dijo usted nada?

Harry Owen levantó los brazos en un gesto de impotencia y volvió a dejarlos caer. Parecía vencido y Zoe vio asomar unas lágrimas en sus ojos.

—Porque fui demasiado cobarde. Lo fuimos los dos, al menos al principio. Porque todo eso no encajaba. Chris tenía veinte años y yo, casi treinta. Teníamos miedo de nuestros sentimientos. Era algo nuevo, emocionante y fascinador, pero lo ponía todo en cuestión. Yo procedo de una familia muy conservadora. La homosexualidad no forma parte de la concepción del mundo de mis padres. Si alguna vez se hablaba de ese tema en casa, siempre era con desprecio y una pizca de compasión en la voz. Como si fuera algo lamentable con lo cual, aunque existía, era mejor no tener nada que ver personalmente. Algo que solo afectaba a aquellos que no son del todo «normales». «Contra natura», así solía calificarlo con frecuencia mi padre. Nunca habría aceptado que yo amara a un hombre, y por otra parte no es algo que en mi profesión resulte fácil reconocer. La policía sigue siendo un dominio masculino y yo tenía miedo de cómo reaccionarían mis compañeros. Así que durante mucho tiempo intenté ignorar mis inclinaciones, pero eso no se cura como un molesto resfriado.

Zoe pensó angustiada en los comentarios que su padre siempre había hecho sobre parejas del mismo sexo. La mayoría de las veces eran desfavorables y, en el mejor de los casos, compasivos, tal como Harry Owen los había descrito. Se entristeció al pensar por lo que habría pasado su hermano.

—¿Y Chris? —preguntó.

Harry Owen lanzó un profundo suspiro.

—A él le ocurría igual. Temía que para sus padres el mundo se desmoronase cuando se enteraran. Al principio eso le causó mucha inseguridad. Era consciente de las consecuencias que tendría que se supiera todo, por eso éramos sumamente prudentes. Solo mi hermana estaba al corriente. Ella nos ayudaba para que pudiésemos encontrarnos a escondidas.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Zoe. Así que su tesis no había sido tan equivocada: Alicia había tenido algo que ver con el amor secreto de Chris. Pero de un modo totalmente distinto al que suponía.

—¿Cuánto tiempo duró su relación?

—Un año aproximadamente —contestó Harry Owen—. Comenzó el verano anterior a la muerte de Chris. Nos confesamos lo que sentíamos el uno por el otro y empezamos a enviarnos mensajes y a telefonarnos. Durante el invierno también estuve un par de veces en Londres y nos vimos en secreto. Así creció nuestro amor. Y cuando volvimos a vernos en Penderak... —Dejó la frase sin concluir y sonrió con aire nostálgico.

—Pero hace mucho de eso —dijo Zoe—. ¿Por qué no vino a vernos en todo este tiempo y nos lo contó? ¿O al menos me lo contó a mí? Me habría gustado saberlo.

Harry Owen guardó unos minutos en silencio.

—No... no podía —respondió—. Porque hay algo más que no le he contado a nadie. Algo que en realidad quería llevarme conmigo a la tumba. —Señaló el diario que Zoe todavía sostenía en sus manos—. Y lo habría hecho si usted no hubiese leído en voz alta el poema.

Le temblaba el labio inferior cuando siguió hablando.

—Pensé que era correcto callar. Pensé que, si no salía nada a la luz, protegía a Chris. Pero luego leí las cartas que me escribió en el cuaderno y tuve claro que usted tiene razón, señorita Bevan: Chris merece que yo le apoye. Era una persona maravillosa. Nunca he amado tanto a nadie como lo amé a él. Y nunca me perdonaré no haber podido salvarlo.

Zoe sintió un espasmo en el estómago.

—¿Podría haberlo salvado? —preguntó con voz ronca—. ¿A qué se refiere?

Harry Owen volvió a necesitar un buen rato antes de proseguir.

—Esa noche me llamó y me dijo que teníamos que vernos. En ese momento nuestra relación era muy tensa. Habíamos llegado a un punto en que ya no sabíamos qué hacer. Nuestros encuentros secretos eran agotadores, y teníamos claro que habíamos de decidirnos: o defendíamos nuestro amor o nos separábamos. Las dos opciones me daban miedo. Yo no quería perder a

Chris, pero también temía el rechazo al que nos enfrentaríamos y las consecuencias de todo ello. Chris debía hacerse cargo de la empresa, tenía una maravillosa carrera por delante y no quería que renunciara a ella por mí. Y puesto que yo era el mayor de los dos, pensé que también tenía que ser el más sensato y puse fin a nuestra historia. O lo intenté. Me mantuve alejado de él y Chris lo aceptó al principio. Pero en realidad no conseguimos liberarnos el uno del otro.

Harry Owen dio un profundo suspiro.

—Esa noche, en el acantilado, había cambiado de repente. Me contó que usted le había dicho que pensaba marcharse a Canadá con Jack Gallagher. Y que eso le había hecho ver que él también había de seguir su propio camino. Había planeado hacer lo mismo que usted: quería marcharse conmigo y empezar de cero, y le daba igual lo que su padre opinara al respecto.

Zoe sintió como si la hubiesen golpeado.

—Pero... esa tarde nos peleamos. Me echó en cara que yo era una egoísta y que no pensaba en la familia y no cedió ni un centímetro. Ni siquiera cuando lo llamé cobarde.

Harry Owen torció el gesto.

—Bien, a pesar de todo, por lo visto usted consiguió cambiar su parecer. Y ya sabe cómo era él cuando se proponía algo.

—Sí, no había quien lo detuviera —confirmó Zoe con una sonrisa triste al tiempo que recordaba cómo Chris había conseguido imponerse cuando su padre se opuso a que estudiase piano.

Harry Owen se levantó y empezó a pasear arriba y abajo de la habitación.

—Eso era lo que me atrajo de él. Esa fuerza que desprendía cuando se trataba de un asunto que consideraba importante. Podía ser tan apasionado y perseverante cuando estaba seguro de una cosa... Tal vez debería haber confiado en ello. Pero pensé que yo tenía razón. Y eso que yo no era ni mucho menos tan fuerte como él. De haberlo sido, Chris todavía podría estar vivo.

Zoe tragó saliva.

—¿Qué pasó? —insistió—. ¿Cómo es que se cayó?

Harry Owen se detuvo, y cuando miró a Zoe su rostro era pura

desesperación.

—Fue un accidente —balbuceó—. Nos peleamos, arriba de los acantilados. Intenté decirle que lo nuestro no funcionaba. Que no podíamos estar juntos y que tenía que ser juicioso. Pero Chris no quería saber nada de eso. No aceptó ninguno de mis pretextos y tenía respuesta para cada uno de mis argumentos, hasta que ya no supe qué más contarle. Debería haber dicho que sí, simplemente, y todo habría ido de otra manera. Pero yo tenía demasiado miedo, por eso me fui. Cuando ya había recorrido un buen trecho me percaté de que había cometido un gran error, así que di media vuelta y regresé corriendo. Cuando llegué, Chris estaba de espaldas a mí al borde del acantilado, mirando el mar. Esa noche hacía mucho viento y él estaba profundamente sumido en sus pensamientos. En cualquier caso no me oyó cuando lo llamé. Cuando yo ya casi había llegado junto a él, se volvió asustado hacía mí y... resbaló. Corrí para sujetarlo, pero todo fue muy deprisa y por un paso no logré agarrarlo. Por un único y maldito paso.

Apretó los puños, luchando a ojos vistas con el recuerdo.

—Chris cayó, pero consiguió agarrarse a un saliente de la roca. Intenté llegar hasta él, pero estaba demasiado abajo. Le grité que no se soltase. Que lo amaba y que debía aguantar hasta que encontrase ayuda. No sé si me oyó. Ocurrió poco después ante mis ojos. Yo estaba viendo sus manos agarradas a la piedra y un segundo después habían desaparecido y lo oí gritar.

Harry Owen cerró los ojos y las lágrimas brotaron por debajo de sus párpados.

—Bajé inmediatamente a la playa, pero ya lo sabía antes de encontrarlo. Sabía que estaba muerto. Y yo era el culpable por haberlo asustado, aunque lo que quería decirle era que lo amaba y que quería seguir estando con él.

Zoe calló mientras intentaba asimilarlo todo.

—Pero Jack no encontró a Chris hasta la mañana. ¿Por qué no alertó usted enseguida a sus compañeros?

—Porque estaba como petrificado. —Harry Owen volvió a sentarse en el sofá—. No sé cuánto tiempo permanecí allí, junto a Chris. El dolor era insoportable, tanto que deseé morir también. No quería seguir sin él. En un momento dado amaneció y, cuando me di cuenta de que la marea subiría

enseguida, recuperé el sentido. Sabía que todo saldría a la luz si me encontraban junto a Chris. La gente habría empezado a cotillear sobre nosotros y esa idea me resultaba insoportable. Pensé que si nadie se enteraba, no podrían mancillar nuestro secreto.

Levantó la mirada.

—Fue tan sencillo... Me llevé su móvil para que nadie descubriese nuestros mensajes. Borré mis huellas en la arena y la marea subió poco después de que hallaran a Chris, así que no quedó nada que mis compañeros pudieran relacionar conmigo, ni abajo en la playa ni arriba en los acantilados. Nadie había visto nada, nadie sospechaba nada. A la única a quien se lo conté en su día fue a mi hermana. Pensé que era mejor así, pensé que así al menos Chris estaría en paz aunque yo nunca más encontrara descanso. Más tarde me di cuenta de que podía parecer que yo había querido encubrir que lo había empujado. Pero esa no fue la razón, lo juro. Fue un accidente.

Zoe no sabía por qué, pero lo creyó. Aun así, estaba profundamente afectada por lo que había hecho.

—Pero usted es policía. Nosotros confiábamos en que esclarecería el caso. ¿Sabe usted lo horrible que ha sido vivir con la incertidumbre? ¿Lo que significó para nosotros no disponer de ninguna explicación?

Pensó en cómo Harry Owen se presentó ante ella para darle el pésame, pálido y visiblemente conmovido. Había interpretado de forma totalmente equivocada su consternación.

—Debería habérmelo dicho.

—Lo sé. —Harry Owen exhaló un suspiro—. Créame, al principio estuve a punto de hacerlo. Pero eso no les habría devuelto a Chris y ya era todo bastante grave. Su padre estaba casi desquiciado de dolor. Pensé que le haría daño si le decía la verdad.

La rabia volvió a apoderarse de Zoe y se extendió por su interior.

—No le competía a usted decidirlo —replicó—. Si lo hubiésemos sabido, habríamos tenido una posibilidad de asumirlo. Habríamos podido estar en paz con lo ocurrido. ¿Cómo pudo ser usted tan egoísta?

Harry Owen se estremeció bajo el efecto de esas palabras.

—Lo siento. Sé que ahora debe usted de odiarme. Pero no supe si con ello

les causaba a usted y su familia más dolor. Pensé que de esa forma se lo hacía todo más fácil.

Zoe se preguntó si lo odiaba. Seguía hecha un lío y no estaba segura de si podía perdonarle su largo silencio. Pero Chris lo había amado, eso se evidenciaba en cada una de las palabras de su diario. Y aunque considerase errónea la decisión que Harry Owen había tomado, también comprendía las razones que lo habían impulsado.

—Recuperaré ahora lo que evité y acarrearé con las consecuencias de mis actos —explicó—. La gente debe saber por fin lo que ocurrió en realidad.

Zoe lo miró sorprendida.

—¿Quiere hacer pública su declaración?

Él asintió.

—Y atenerme a las consecuencias. Seguro que se celebrará un juicio porque he obstaculizado las tareas de investigación de la policía. Tendré que dejar mi cargo, pero no pasa nada, lo habría hecho de todos modos. Aceptaré la pena que se me imponga, sea cual sea, y luego me marcharé de aquí. Haré lo que Chris quería hacer y empezaré desde cero. En Irlanda, tal vez, con mi hermana. —Se levantó tras permanecer unos minutos meditando—. En fin, creo que es hora de irme.

—¡Espere! —Zoe también se levantó—. Yo... tengo que hablar primero con mi padre. No diga nada hasta que yo haya hablado con él.

Asintió, y Zoe lo acompañó a la puerta. Cuando se quedaron uno frente al otro, ella no pudo tenderle la mano, estaba demasiado afectada. Pero sí tenía una cosa que decirle, porque no sabía si después todavía tendría la posibilidad de hacerlo.

—Gracias.

Asombrado, él levantó las cejas.

—Significa mucho para mí conocer la verdad —le explicó Zoe.

El hombre hizo un gesto de impotencia.

—He callado demasiado tiempo y me he castigado a mí mismo con mayor dureza de la que habrían mostrado los demás. La gente no sabe quién soy yo en realidad, señorita Bevan. Solo mis más íntimos allegados. Después de lo que causé, pensé que ya no debía seguir mis inclinaciones. Esa fue mi

penitencia. Pero desde que he leído el diario, sé que no era eso lo que Chris habría querido. Y por eso todo cambiará a partir de ahora.

Cuando se marchó, Zoe cerró la puerta, se apoyó en ella y se deslizó hasta el suelo, incapaz de mantenerse en pie. De golpe le dolía la cabeza y en su interior se agolpaban miles de ideas y sentimientos que le impedían respirar y le devolvían el dolor por la pérdida.

De algún modo, ella siempre había creído que el hecho de saber lo que había ocurrido esa noche la consolaría. En lugar de ello, la pérdida de Chris volvía a desgarrarle profundamente el corazón. Abrazó el diario, con la vista clavada en él, al tiempo que por sus mejillas se deslizaban unas ardientes lágrimas.

Lloró por él, lloró por las oportunidades que había perdido. Por la vida que ella misma había dejado escapar creyendo que tenía que sustituirlo.

—¿Zoe? —Alguien llamaba a la puerta y reconoció aliviada que era Jack.

Se levantó con esfuerzo y le abrió.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él, alarmado, cuando vio sus mejillas cubiertas de lágrimas.

Ella no podía hablar, solo sollozaba aliviada. Extendió las manos hacía él y se entregó, agradecida, a la calidez de su abrazo.

Simon permanecía en silencio. Como siempre, le abrió a Rose la puerta del acompañante y luego se sentó al volante; pero, salvo decirle que la acompañaría a casa, no había pronunciado una sola palabra y se había limitado a conducir el Mercedes entre el tráfico londinense.

—¿Simon? —dijo ella en tono titubeante, incapaz de seguir soportando ese desagradable silencio.

Él se volvió hacia Rose, quien distinguió que en sus ojos permanecía la decepción. Desde que ella se lo había confesado todo en el restaurante, la miraba así: como si fuera una extraña. Y eso le hacía más daño del que hubiera podido imaginar en sus peores pesadillas. Si al menos le hubiera lanzado algún reproche, ella habría estado en situación de discutir, pero él se había limitado a pagar la cuenta y a señalar que era hora de irse.

—Lo siento —dijo otra vez—. Quería contártelo, pero no sabía cómo. Era tan bonito..., pero tú dijiste que no querías saber nada de hijos...

—Ah, o sea ¿que soy yo el culpable de que me hayas mentido? —replicó—. ¿De que no tuvieras ninguna confianza en mí y de que me hicieras creer que eras otra persona totalmente distinta?

Rose tragó saliva.

—¿Habrías querido volver a verme si te hubiera dicho desde el principio que tengo tres hijos?

La mirada que él le dirigió le confirmó que ella no había errado en el juicio.

—Te habría asustado, admítelo. Me habrías apartado de tu camino y

habrías preferido volver con esas guapas hijas de las damas de la beneficencia que no tienen ataduras. —Movi6 la cabeza—. Adem6s, yo no soy otra. Soy Rose, vivo en Cornualles y me gano la vida cosiendo la ropa que yo misma dise1o. Solo que tambi6n soy madre.

6l resopl6.

—¿«Solo»? ¿No encuentras que es un punto bastante importante?

—Claro —contest6 Rose—. Pero ¿c6mo iba a saber yo que ibas en serio conmigo? Al principio lo 6nico que hab6a entre nosotros era una aventura. Pensaba que 6bamos a pasar unos d6as juntos y que luego cada uno seguir6a su camino. No hab6a contado con que iba a enamorarme de ti.

El rostro de Simon adquiri6 una expresi6n ir6nica.

—¿Significa que, de todos modos, nunca hab6as proyectado quedarte conmigo?

—S6. Lo he deseado. Mucho, incluso. Pero no pod6a imaginar que para ti eso no fuera un problema —confes6, sinti6ndose atrapada. Porque por primera vez advirti6 que en realidad nunca hab6a pensado seriamente que fueran a permanecer juntos. Hab6a sido un hermoso sue1o, pero no uno que ella creyera que fuera a cumplirse—. Y ten6a raz6n —a1adi6 afligida.

Simon tom6 la curva tan deprisa que ella tuvo que agarrarse al asiento para no verse lanzada contra la puerta.

—Lo peor de todo es que no has confiado en m6. ¡Est6bamos tan cerca el uno de otro! Pens6 que te conoc6a. Pero...

—Pero ¿qu6? —le exhort6 Rose cuando 6l se interrumpi6.

Simon movi6 la cabeza.

—No me lo hab6a imaginado as6.

De pronto, el dolor que oprim6a el coraz6n de Rose se convirti6 en mera rabia.

Sab6a que hab6a cometido un error al no sincerarse con 6l, pero ese no era el aut6ntico problema, sino el hecho de que Simon no estaba dispuesto en ese momento a aceptarla. Se retractaba, aunque antes le hab6a asegurado que quer6a luchar por su relaci6n. Pero solo con sus condiciones. No con las que ella pon6a.

—Ah, ¿no? ¿C6mo deber6a haber sido? —pregunt6 sarc6stica—. ¿Dos

hijos habría estado bien? ¿O uno ya habría sido suficiente para exigir demasiado de ti?

—Sí, maldita sea, ¡me exige demasiado! —respondió furibundo Simon, entrando con ímpetu en el acceso a la casa. El edificio estaba rodeado de oscuridad, pero las lámparas exteriores se encendieron automáticamente cuando él detuvo el coche detrás del descapotable.

Cuando Simon se volvió hacia ella, la rabia había desaparecido, pero en su rostro se reflejaba el desconcierto.

—¿No lo entiendes, Rose? Yo pensaba que entre nosotros había algo especial. Algo así nunca me había ocurrido. Incluso imaginé de repente que podía formar una familia contigo. Y va y me entero de que tú ya tienes una familia. ¿Cómo voy a sentirme?

—Yo no tengo una familia, tengo hijos —puntualizó Rose—. Ya hace años que su padre me dejó en la estacada porque prefería pasárselo bien aquí en Londres con otras mujeres con quienes derrocha el dinero que en realidad necesitamos nosotros. Por supuesto, ninguna de esas mujeres tiene hijos que puedan suponer un engorro para él. Así le resulta todo mucho más fácil. Simplemente empieza de cero. Yo no podía, y nunca se me ocurriría abandonar a mis hijos. Pero por lo visto el precio que debo pagar es que no puedo juntarme con el único hombre del que he vuelto a enamorarme de verdad desde que finalizó mi matrimonio. Porque él no está preparado para aceptar que son míos. Y soy como soy porque tengo a mis tres hijos, Simon. Y quien no los quiera tampoco me tendrá a mí.

Reprimió las lágrimas que pugnaban por derramarse y subió la escalera hacia la puerta de la casa.

—¡Espera, Rose! —Simon fue tras ella, la agarró del brazo y la obligó a darse media vuelta—. No puedes esperar que eso no suponga ninguna diferencia. Necesito tiempo para asimilarlo.

Rose lo miró y buscó en su cara algo que alimentara su esperanza, algo que le dijera que aún había una oportunidad. Pero todo lo que distinguió fue inseguridad. Tal vez necesitaba reflexionar todavía, pero estaba claro cómo acabaría ese asunto.

—¿Y tú piensas que voy a esperarte? —Lo fulminó furiosa con la mirada

—. ¿Después de que me hayas enseñado lo que valen tus promesas? Hace un momento me asegurabas que querías superar todos los obstáculos para estar conmigo. Pero por lo visto ahí solo incluías cosas que no fueran demasiado importantes. El color del sofá o de las cortinas, seguro que en esas cuestiones habrías cedido para no perderme. Pero todo lo demás debe ser como tú quieres o ya no se puede contar contigo. —Retrocedió un paso para alejarse de él—. A lo mejor ya sabía que eres así y por eso no te lo había contado. Pero es evidente que debería haberlo hecho. Así nuestra relación habría concluido antes y me habría ahorrado un montón de preocupaciones.

Rebuscó la llave en el bolso y por suerte la encontró enseguida. Abrió la puerta apresuradamente, pero Simon la siguió hasta el vestíbulo y la atrajo hacia sí. La tensión era tal que resultaba casi palpable y, antes de que Rose pudiera evitarlo, los labios de Simon ya le cubrían los suyos. Al instante desapareció cualquier resistencia que ella pudiera oponer y le devolvió el beso con fervor. Luego, cuando él la soltó, lo miró a los ojos conteniendo el aliento.

—No quiero que esto acabe así, Rose. —El tono de su voz era verdaderamente afligido y por un momento Rose sintió esperanzas. Pero volvió a atenazarla el miedo a que la hiriesen de nuevo y se desprendió de él.

—Pero termina así —anunció—. Tengo hijos, Simon. Es así y será así. Lo que ha ocurrido contigo ha sido un hermoso sueño, pero ahora estamos de nuevo despiertos. —Lo empujó para que saliera—. Que te vaya bien. Espero que un día encuentres a la mujer perfecta con la que puedas ser feliz.

Y dicho esto cerró la puerta, dejándolo fuera. Con el corazón latiendo con fuerza, pegó la oreja a la gruesa puerta de madera. Al principio no se oía nada, luego los pasos de Simon se alejaron y poco después sonó el motor del Mercedes al arrancar. El coche retrocedió y los sonidos fueron suavizándose cuando se alejó por la calle.

«Ya está», pensó Rose apretando los dedos contra los labios temblorosos. Aunque se había temido exactamente lo que acababa de pasar, a pesar de todo el hecho de vivirlo le desgarraba el corazón.

Se sentía como despedazada y se arrastró hasta la cocina, se dejó caer en una silla y se quedó unos minutos mirando al vacío. Y exactamente así era

como se sentía. Vacía. Como si le faltara algo necesario para respirar sin dolor.

Deseó no haber ido nunca a Londres. Una aventura, bah. Ella no estaba hecha para eso, debería haberlo sabido. Pero ¿por qué tenía que ser Simon tan maravilloso? Era justo el hombre que ella siempre había deseado. O tampoco, porque si no estaba dispuesto a luchar por ella, sino que vacilaba ante el primer obstáculo, entonces ella se había equivocado con él.

Cuando las lágrimas le afluyeron a los ojos y le resbalaron por las mejillas ella no las detuvo, lo que dio rienda suelta a su tristeza. Tardó mucho en tranquilizarse, pero cuando lo consiguió, había tomado una firme decisión. Se marcharía al día siguiente por la mañana, temprano. En realidad todavía le quedaban un par de días libres, pero no podía imaginarse pasando más tiempo en esa casa que tanto le recordaba los momentos que había compartido con Simon. Ni siquiera era capaz de sentarse a la mesa de la cocina sin pensar en él y habría preferido hacer las maletas en ese mismo instante y marcharse. Pero era demasiado tarde y estaba demasiado agotada, así que se metió en la cama.

Permaneció mucho tiempo despierta, repasando una y otra vez los acontecimientos de la noche. Pero en algún momento debió de quedarse dormida, pues cuando el gong de la puerta resonó en la casa, se despertó sobresaltada. Se frotó los ojos y vio que las cifras iluminadas del despertador que había junto a la cama indicaban las seis de la mañana. ¿Quién estaría llamando a esas horas de la madrugada?

El gong volvió a sonar y Rose salió de entre las sábanas. Sin tiempo para vestirse, cogió el albornoz que colgaba detrás de la puerta del baño y se lo puso mientras se arreglaba un poco el pelo. Entretanto volvieron a llamar y luego otra vez, y su corazón latía cada vez más deprisa a medida que se acercaba a la puerta de la casa. ¿Se lo había pensado Simon mejor y había vuelto?

Pero no era Simon quien estaba en la escalera de la entrada, sino un hombre alto, de cabello oscuro y con las sienes plateadas. Llevaba un traje con una perfecta caída y la miraba con expresión grave.

—¿Puedo ayudarle?

—Mi nombre es Philipp Freeman —anunció en un tono tranquilo pero severo—. Me gustaría saber qué se le ha perdido a usted en casa de mi prometida.

Zoeladeó el ramo de flores silvestres que había recogido por el camino y hundió de nuevo el rostro en él para oler el perfume que exhalaban. Luego levantó la mirada hacia Jack, que estaba a su lado, junto a la barandilla al borde del acantilado. Él sonrió, pero la expresión de sus ojos era de tristeza.

—¿He de hacerlo? —preguntó.

Zoe dividió el ramo de flores y le tendió una parte.

—Lo hacemos juntos.

Él asintió y arrojaron al mismo tiempo los dos ramos a las olas que bramaban abajo, contra las rocas, mientras la marea había alcanzado su punto culminante. Algunas flores se separaron de las demás y cayeron aisladas, como gotas de lluvia, en el agua, cuya blanca espuma las engulló al instante.

Jack se colocó tras Zoe y ella se apretujó contra él mientras seguía mirando las espumantes olas que rompían en las piedras.

Él se había sentido tan conmovido como ella cuando le contó la confesión de Harry Owen y había sido idea del mismo Jack ir allí para despedirse nuevamente de Chris. De hecho, esa despedida les sentaba bien. Seguía siendo algo terrible y Zoe nunca superaría el dolor, pero era un poco como si su hermano hubiese salido de nuevo de las tinieblas en donde lo había perdido tanto tiempo atrás. Había conocido una nueva faceta de él, en ese momento entendía lo que le había ocurrido y así le resultaba más fácil pensar en él. Cuando lo recordaba, no veía su cuerpo estrellado contra el suelo, sino ese rostro sonriente que la consolaba en lugar de hacerle daño.

Una ráfaga de viento le revolvió el cabello y, cuando se estremeció en el fresco aire de la mañana, sintió que los brazos de Jack la rodeaban con mayor firmeza. Se volvió hacia él y se estrechó contra su pecho, disfrutando de su calidez y de la sensación de intimidad.

Se alegraba de que la hubiera llevado a la granja después de que ella le contase la verdad sobre la muerte de su hermano... Habría sido incapaz de quedarse sola. Habían pasado media noche hablando de Chris y del fatal suceso, y sobre cómo les había pasado inadvertido lo que le sucedía. Jack la había dejado llorar y luego habían hecho el amor dulce, tiernamente. Cada beso de él le había curado una herida y la había ayudado a desprenderse por fin del pasado. Luego, había permanecido en sus brazos e intentado conservar la intensa paz que la llenaba. Desde aquella lejana mañana, catorce años atrás, no había vuelto a ser verdaderamente feliz, y de repente supo que nunca más volvería a serlo si no era junto a Jack.

—¿Regresamos? —preguntó él, besándola en el cabello.

Zoe se separó de mala gana de él y se alegró de que le cogiera la mano mientras seguían el camino que iba hacia la torre en ruinas.

En cuanto hubieron dejado a sus espaldas los acantilados, el viento amainó y el sol volvió a calentarlos. Estaba alto y Zoe supuso que pronto sería mediodía. Habían dormido hasta tarde, comido un abundante desayuno con William y se habían tomado su tiempo para ir a los acantilados. Habían sido unas horas hermosas y relajadas, pero seguro que Jack tenía más cosas que hacer que ocuparse de ella.

—¿Te distraigo de tu trabajo? —preguntó porque se sentía culpable.

Él sonrió.

—Por desgracia sí. Pero aun así no quiero que te vayas. ¿No puedes venir conmigo como ayer?

Zoe miró sus ojos verdes, en los que tan a gusto se abismaba, y le habría encantado decir que sí. Pero le quedaban solo unos pocos días para la operación y, como ya había averiguado qué le había ocurrido a Chris, debía arreglar algunos asuntos. Temblorosa, exhaló un suspiro al pensar en lo que pasaría tras la intervención. O en lo que no pasaría.

—He de volver a Londres para hablar con mi padre —contestó—. Tiene

que saber lo que ocurrió y todavía me debe una explicación respecto a lo que sucedió con tu carta.

Jack se detuvo y la miró.

—¿Y después? —Levantó una mano y se la puso en la mejilla para acariciarla mientras deslizaba la mirada por su cara. Se inclinó hacia delante y la besó—. ¿Volverás?

El rostro esperanzado de Jack le partía el corazón.

—¿Es lo que deseas?

Por un momento esperó que contestase con un no a su pregunta. Eso lo habría hecho todo mucho más sencillo. Pero la pasión que despedían sus ojos le decía con toda claridad exactamente lo contrario de lo que ella quería.

—Claro que lo deseo, Zoe. Te amo, y no voy a permitir que vuelvas a desaparecer de mi vida. —La atrajo hacia sí y apoyó la cabeza de la joven contra su pecho—. Te necesito.

Zoe sintió su mano en el cabello y oyó los latidos del corazón de Jack, fuertes y regulares. Cerró los ojos por unos segundos y deseó poder decirle que a ella le ocurría lo mismo: que no quería estar separada de él ni un instante más. Pero no podía, no podía trazar ningún proyecto. ¿Qué ocurriría si después de la operación requería cuidados continuos? Jack no debía verse obligado a ocuparse de ella. Bastante responsabilidad tenía ya con William y la granja, y ella no soportaba la idea de convertirse en una carga más para él.

Le costó un esfuerzo enorme, pero de algún modo consiguió separarse de nuevo de él y colocarse a un metro de distancia. Cuando sus miradas se encontraron, supo que sus ojos la traicionaban y que él podía ver lo que estaba ocurriendo en ella. Por eso tuvo que medir bien sus palabras, para que creyera que lo que le decía iba en serio. En serio con una separación que a ambos les rompería el corazón...

—No puede ser, Jack. No puedo quedarme.

El viento revolvió su cabello cobrizo y él lo apartó del ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Papá! ¡Zoe!

Los dos se dieron la vuelta asombrados al oír la llamada de William. Y entonces lo vieron acercarse corriendo por el camino.

—¿Qué sucede? —preguntó Jack, preocupado.

—Ha vuelto la tía Rose —explicó jadeando su hijo—. Os he estado buscando y quería ver si estabais en la Casa de la Playa. Cuando llegué, acababa de parar el coche delante, así que he ido corriendo a saludarla.

—¿Ha vuelto Rose? —Zoe frunció el ceño porque era demasiado pronto para eso. Había acordado que hasta el jueves no volverían a hacer el intercambio de casas—. ¿Ha dicho por qué?

William negó con la cabeza.

—No. Pero ha venido con un hombre.

—¿Qué clase de hombre? —quiso saber Jack.

—Uno alto y con el cabello oscuro. Llevaba traje. Parecía bastante enfadado.

Zoe gimió porque sabía de quién hablaba.

—¿Saben los dos que estamos aquí? —preguntó con el corazón palpitante.

Esa vez, William asintió.

—Le he dicho a la tía Rose que creía que estabais en los acantilados. Me ha pedido que viniera a buscaros. —Volvió la cabeza y miró al final del camino, por donde se aproximaban dos figuras—. Pero no hace falta. Creo que ya vienen.

Zoe parpadeó deslumbrada por el sol. Aun así reconoció a Philipp, que se aproximaba a grandes pasos. Rose lo seguía, aunque fue la primera en llegar, pues se puso a correr en los metros finales.

—Zoe, lo siento. No he podido avisarte de que vendría antes con el señor Freeman. Esta mañana ha sido todo muy... agitado.

Zoe no contestó, sino que se quedó mirando a Philipp, que se había detenido junto a Rose. Tenía el rostro como petrificado.

—Hola, Philipp —dijo, pero él no respondió a su saludo.

—¿Puedes, por favor, explicarme por qué no estás en Escocia tal como me habías dicho? —Su voz tenía un tono inhabitualmente duro, y miraba a Jack con hostilidad.

—Tenía algo que aclarar aquí —contestó ella.

—¿Y no me lo podías decir? ¿Piensas que no tenía ningún derecho a saberlo? ¡Me debes una explicación!

Gritó la última frase y Zoe se estremeció. Nunca lo había visto tan enfadado e indignado, y daba miedo, ya que solía comportarse con mesura. Era una faceta que nunca había conocido en él y de repente se preguntó si realmente habían llegado a intimar de verdad.

—¡Ya basta! —Jack se interpuso entre los dos y lanzó una mirada de advertencia a Philipp—. ¡Tal vez sea mejor que nos explique a qué se debe este comportamiento! ¿Quién es usted, antes de nada? ¿Qué quiere de Zoe?

—Jack... —Zoe le apoyó una mano en el brazo. Era un intento desesperado de protegerlo ante lo que iba a descubrir en ese momento—. Es...

—Me llamo Philipp Freeman y soy el prometido de Zoe —contestó, y Zoe, abatida, cerró los ojos por un momento. Cuando volvió a abrirlos, Jack la estaba mirando.

—¿Estás prometida?

«No», pensó Zoe. No lo estaba. Al menos no por mucho tiempo. Pese a ello, asintió y notó una dolorosa punzada cuando la mirada de Jack se volvió de repente gélida.

—Entonces, ¿todo esto era teatro? ¿Has estado representando un papel para que te ayudara?

—Lo siento —dijo ella encogiéndose de hombros, resignada, porque no podía darle ninguna explicación. En cualquier caso, ninguna que no le exigiera demasiado. ¿Y acaso no era mejor así? Si él estaba furioso con ella, la separación resultaría más fácil.

—No lo creo —dijo él y la cogió por los brazos—. Es imposible.

—¡Suéltela ahora mismo! —intervino Philipp, pero Jack no le hizo caso, sino que sostuvo firmemente la mirada de Zoe.

—Déjame ir, Jack —dijo ella, atormentada porque no podía soportar el dolor que veía en sus ojos—. Por favor.

Él la soltó de golpe y retrocedió un paso, lo que Philipp aprovechó al instante para colocarse junto a Zoe.

—Ven —dijo con una última mirada de advertencia a Jack; la cogió del brazo y se encaminó hacia la Casa de la Playa. Pero esa vez fue Rose quien la detuvo.

—¿De verdad quieres marcharte, Zoe? Dijiste que...

—Sí, quiero irme —se apresuró a interrumpirla Zoe y añadió en voz baja —: Tengo que irme, Rose. No me queda más remedio.

Rose la miró sin comprender, pero se apartó a un lado y la dejó pasar con Philipp.

Cuando, un par de metros más adelante, Zoe volvió la vista atrás, vio a Rose junto a William. Los dos la miraban compungidos. Por el contrario, el semblante de Jack estaba como petrificado y en sus ojos había la misma dureza que unos días antes, cuando se encontraron por vez primera en los acantilados. En ese momento la odiaba y a ella eso le hacía daño. Pero para él era mejor que tener que estar en el futuro sentado a su lado y viéndola vegetar en la cama.

—¿Por qué me has engañado, Zoe? —Philipp parecía estar menos furioso, pero era evidente su desconcierto—. ¿Y quién era ese hombre?

Ahí fue donde Zoe cayó en la cuenta de lo poco que Philipp sabía sobre el trauma que había desgarrado a su familia. Ella nunca había mencionado a Jack y su padre seguro que tampoco. En última instancia, Philipp solo conocía los meros hechos: que su hermano había sido víctima de un accidente allí en Penderak y que tanto el lugar como lo que giraba en torno a él era un tema tabú para los Bevan. Zoe no le había hablado de los detalles, al igual que no le había hablado de muchas otras cosas. Tendría que remontarse muy lejos para que comprendiera todo el contexto.

«Pero no ahora», pensó cansada, caminando con esfuerzo.

—Es una larga historia —respondió—. Deja que haga primero el equipaje para que podamos irnos. Luego te lo explicaré. —En su mente surgió un pensamiento que la alarmó—. ¿Sabe mi padre que estoy aquí?

Philipp negó con la cabeza.

—No, pero está muerto de preocupación.

Aliviada, suspiró.

—Hablaré con él en cuanto regresemos —dijo, y sintió que un dolor sordo se instalaba tras su frente. Sin embargo, eso no era nada comparado con el pesar que le desgarraba el corazón cuando respiraba y que con cada paso que la alejaba de Jack se volvía más intenso.

Jack se quedó mirando a Zoe y al desconocido. Había apretado el puño

derecho y, pese a que no era un bravucón, sentía el deseo irracional de pelearse con alguien. Pero los únicos que tenía a su alcance eran su hijo y su hermana, y a ellos nunca les hubiera hecho daño aunque estaba sumamente enfurecido, al menos con Rose.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le preguntó—. ¿Por qué he tenido que encontrarme con ese tipo y quedar en ridículo?

—No ha sido culpa mía. A primera hora de la mañana se ha presentado ese Philipp en la residencia y me ha preguntado dónde estaba Zoe. Me ha amenazado con llamar a un abogado si no le respondía inmediatamente y me ha dejado el tiempo justo para recoger mis cosas. Después nos hemos ido.

—Y por qué no has...

—Quería telefonarte —lo interrumpió ella—. O al menos enviarte un mensaje para prevenirte. Pero ayer por la noche estaba bastante hecha polvo y me olvidé de cargar el móvil. Y no podía pedirle a él que me prestase el suyo. E incluso si lo hubiera hecho, ¿qué habría podido decirte con él sentado a mi lado? —Lo miró apenada—. Lo siento, Jack. Me habría gustado ahorrarte este mal trago.

Jack resopló.

—Está bien. No debería haber confiado en Zoe —dijo dando una patada a una piedra que estaba en el camino.

—¿No volverá? —La pregunta de William le hizo alzar la mirada y, cuando vio la expresión desdichada de la cara de su hijo, odió un poco más a Zoe.

—No —respondió—. Me temo que nos hemos equivocado con ella.

William negó con la cabeza.

—¡No lo creo! ¡Ella no es así! —Indignado, miró iracundo a su padre, como si este fuera el culpable de la partida de Zoe. Luego dio media vuelta y se marchó corriendo en dirección a la torre en ruinas.

—Mejor voy tras él —dijo Jack.

—Yo voy a comprobar si esos dos todavía están en mi casa —contestó Rose con un suspiro, colocando una mano sobre el hombro de su hermano—. Lo siento de verdad, Jack. Estaba tan segura de que volveríais a estar juntos...

—Pues ya ves que nos equivocábamos —dijo con amargura. En lo más

profundo de su ser sentía un vacío, pero sabía que no tardaría en dolerle. Y él mismo era culpable por haber dejado entrar una vez más a Zoe en su vida. Debería haberlo sabido, pensó, intentando desesperadamente apartar la imagen de ella de su mente cuando se separó de su hermana para ir en pos de William.

Cuando Zoe abrió la puerta de la antesala de su despacho casi tropezó con su asistente, Maureen Baker, quien se encaminaba hacia el pasillo con algunos expedientes bajo el brazo.

—¡Señorita Bevan! ¡No sabía que regresaba hoy! —exclamó sorprendida Maureen, como si no supiera si alegrarse o no de la presencia de su superior—. ¿No había dicho que volvería el jueves? Yo... oh, no, todavía no tengo listos los informes. Pero enseguida los repaso, antes solo tengo que ir corriendo...

—Tranquila. —Zoe le puso la mano en el brazo para calmarla—. Es una visita breve para aclarar un asunto con mi padre. No me quedaré mucho rato.

Maureen suspiró manifiestamente aliviada.

—Oh. Entonces... está todo en orden. Pensaba que me había confundido.

Zoe observó a la joven. Debía de estar en mitad de la veintena y no hacía mucho que trabajaba como su asistente, pero aprendía rápido y a Zoe le había caído bien desde el principio.

—Siempre he estado muy contenta con usted, Maureen —dijo de forma impulsiva—. Siempre ha sido una asistente estupenda.

Maureen arrugó la frente.

—Suenas como si ya no lo fuera —advirtió preocupada, y Zoe se percató de que había hablado en pasado. Como si todo ya hubiera ocurrido...

—No, no se preocupe. Su puesto no corre peligro —le aseguró con una sonrisa.

—De acuerdo. Entonces... voy corriendo a llevar estos expedientes a Larry Swanson. Su padre me ha dicho que tiene que echar otro vistazo a los planos del proyecto Lombardi. ¿O prefiere hacerlo usted?

Zoe negó con la cabeza, extrañada de lo distante que se sentía de aquello que una semana atrás era su vida cotidiana.

—No, no, déselos a Larry.

Maureen asintió y ya iba a irse, pero dudó.

—¿Necesita usted algo? —preguntó vacilante—. Sé que son la cinco, pero es el cumpleaños de mi madre y he llegado un poco antes para poder salir temprano. No sabía que usted iba a venir. Pero no me importa...

—Váyase tranquila —respondió Zoe—. Ya se lo he dicho: en realidad es como si no hubiese venido.

Maureen sonrió agradecida, y cuando Zoe volvió a quedarse sola cruzó la antesala en la que se encontraba el escritorio de su asistente hasta llegar a su propio despacho.

Su puesto de trabajo aparecía inusualmente vacío y ordenado, pero, salvo por ello, cada detalle de esa habitación le resultaba profundamente familiar. Aun así, aunque había sido durante muchos años el punto central alrededor del cual giraba su vida, no despertaba en ella ningún sentimiento. No lamentaba que en un futuro inminente fuera a dejar de ocuparlo y casi sintió algo parecido al alivio cuando volvió a cerrar la puerta y se dirigió al pasillo. En ese momento sabía que ese no era su sitio. Nunca lo había sido.

Camino del despacho de su padre, Zoe pasó junto a la puerta cerrada de Philipp y pensó en la desagradable conversación que había tenido que mantener con él. Una vez que hubieron llegado a Londres, obedeciendo a sus deseos, él la había llevado directamente a la empresa y luego se había retirado a su despacho.

Philipp ya lo sabía todo, también la peligrosa intervención que le iban a practicar en la cabeza. Había reaccionado con preocupación y enseguida le había brindado su apoyo. Su enfado, que en los acantilados todavía era tan visible, se había esfumado. También había aceptado con relativa serenidad, casi como si ya contase con eso, el hecho de que Zoe ya no quisiera casarse con él. ¿Había tal vez percibido, exactamente como ella, que a su relación le

faltaba algo, y su comportamiento frente a Jack había sido un último acto de rebeldía? Zoe lo esperaba, pues así todo resultaría menos complicado para él.

Volvió a concentrarse con determinación en lo que tenía que hacer y siguió avanzando hasta la puerta que se hallaba al fondo del pasillo. Llamó antes de entrar y cuando pasó a la antesala del despacho de su padre, sintió que empeoraba el palpitante dolor de cabeza que la molestaba desde que se había despedido de Rose al mediodía y se había marchado de Penderak con Philipp. Los analgésicos que había tomado no habían surtido efecto, pues su estado no había mejorado, sino más bien al contrario. De todos modos, eso no habría cambiado demasiado las cosas. Se sentía fatal.

—¡Señorita Bevan! —También los ojos de Phyllis Porter reflejaron un momento su sorpresa cuando Zoe entró en la habitación—. ¡Qué bien que esté aquí! Su padre estaba muy preocupado por usted.

Zoe no respondió, sino que observó a la secretaria de su padre, tan pulcramente vestida como siempre. Estaba en mitad de la cincuentena, pero, tras el gran escritorio desde el que organizaba la vida laboral de George Bevan, parecía no tener edad. Sonreía, como siempre al mirar a la hija de su jefe, con especial amabilidad; sin embargo, Zoe no conseguía sentir simpatía por ella.

—¿Está aquí? —preguntó lacónica.

Phyllis miró el monitor de su instalación telefónica.

—Justo está telefoneando. Pero entre si lo desea. Querrá saber que ya ha vuelto.

Zoe asintió de nuevo, dio unos golpecitos en la puerta del despacho de su padre y entró en la habitación.

El despacho de George Bevan solo era un poco más grande que el suyo o el de Philipp y estaba amueblado de forma similar, con muebles modernos pero sobrios y funcionales. Su padre, que estaba sentado frente al escritorio hablando por teléfono, no era de esa clase de personas que tienen que mostrar al exterior su superioridad. Conocía otras maneras de dejar claro que él era el jefe.

Cuando vio a Zoe concluyó enseguida su conversación y se levantó de un salto.

—¡Zoe! ¡Dónde te habías metido, por Dios! —exclamó con una mezcla de alivio e indignación—. Estábamos tan...

—Estaba en Penderak, papá —lo interrumpió.

George Bevan, que estaba a punto de dar la vuelta al escritorio para reunirse con ella, se detuvo en seco y Zoe vio que palidecía.

—¿Y qué diablos se te había perdido allí? —preguntó furibundo y no del todo seguro respecto a cómo reaccionar ante la noticia.

—Quería saber qué le ocurrió esa noche a Chris —respondió, y advirtió que el rostro de su padre se petrificaba.

—Podrías haberte ahorrado el viaje. Nadie lo sabe. Y si lo sabe, esa persona lleva años callada —dijo encolerizado, aunque Zoe enseguida supo a quién se refería.

—Jack no tuvo nada que ver —explicó—. Pero estás en lo cierto. En efecto, hay alguien que ha callado todos estos años y que ahora ha reunido el valor para confesar la verdad.

Su padre la miró atónito.

—¿Significa eso que sabes quién empujó a tu hermano por el acantilado?

Zoe sintió un ligero mareo y se apresuró a sujetarse al respaldo de la silla de las visitas que estaba delante del escritorio, se la acercó y se sentó.

—Sí, ahora lo sé —anunció, esperando que su padre volviera a tomar asiento. A continuación le relató lo que Harry Owen le había dicho la noche anterior. Cuando hubo terminado, en el despacho se instaló un tenso silencio.

—¿Harry Owen? —dijo su padre con voz ahogada—. ¿Fue Harry Owen?

—No, no fue él. Fue un accidente. Pero él era el hombre con quien Chris tenía una relación sentimental.

George Bevan resopló despreciativo.

—Miente. Chris era totalmente normal. A él no le gustaban los hombres.

—Sí, papá, le gustaban —insistió Zoe—. Yo tampoco sabía nada de eso, pero en su diario lo confirma. Todo está allí, puedo enseñártelo si quieres. Harry Owen fue su gran amor y junto a él quería...

—¡Tonterías! —vociferó su padre tan alto que Zoe se estremeció asustada. Se levantó con ímpetu y apoyó las manos sobre el escritorio—. Respecto a este asunto, ya hacía tiempo que había entrado en razón.

Zoe sintió que una mano helada le envolvía el corazón cuando cayó en la cuenta de lo que significaban las palabras de su padre. Y él también pareció comprender lo que había desvelado, pues volvió a enderezarse y evitó su mirada.

—Tú lo sabías —dijo Zoe, con la vista fija en él—. Sabías que Chris era homosexual.

—¿Cuándo te lo dijo? —quiso saber Zoe, y se llevó la mano a la frente porque el dolor que latía en su interior no cedía.

George Bevan se acercó a la ventana que estaba detrás del escritorio y miró al infinito, como si se sumergiese en sus propios pensamientos.

—Tu hermano debía de tener unos catorce o quince años. Yo lo buscaba para decirle algo y lo encontré en la sala de música. Estaba sentado al piano y tocaba una melodía preciosa a partir de una partitura escrita a mano en cuyo borde superior había muchos corazones pintados. Cuando se dio cuenta de mi presencia, dejó de tocar y quiso esconder la hoja. Yo le pregunté al respecto y él admitió que había compuesto la melodía. Quise saber para quién, pero se negó a contármelo. «Si te has enamorado de una chica, puedes decírmelo tranquilamente», le aseguré, pero él me miró con tristeza y me preguntó: «¿Y si no es de una chica?»

George Bevan se volvió hacia su hija.

—Le dije que no hiciera bromas sobre el tema. Cuando me di cuenta de que hablaba en serio, me enfurecí. Le dije que tenía que ser sensato y olvidarse de esas absurdas ideas, que si no guardaba el más absoluto silencio al respecto se convertiría en un desgraciado, que nos avergonzaría a todos y que sería blanco de las murmuraciones de la gente.

A Zoe los ojos se le inundaron de lágrimas al pensar en las consecuencias que habría tenido en Chris la reacción de su padre. No era extraño que después no hubiera querido volver a hablar de sus sentimientos.

—Yo ya me encargué de que después se reuniera con mujeres lo máximo posible. Chris era tan guapo que tenía todas las posibilidades de triunfar. Solo tenía que elegir a una muchacha. Tu hermano era normal, Zoe, no era...

—¿Homosexual? —concluyó Zoe la frase, porque al parecer él era incapaz de pronunciar esa palabra, y se lo quedó mirando furiosa—. ¿Y tú te crees que podía dejar de serlo como si tal cosa?

—Nunca volvió a hablar de ello —insistió su padre—. Y después hasta tuvo novias. Entró en razón.

Zoe pensó en Joanna, la primera novia de Chris. Una bonita muchacha de la misma escuela que él y que lo adoraba. Aun así, la relación no duró mucho, solo un par de meses, y lo mismo ocurrió con las tres o cuatro muchachas que Chris había llevado a casa. Probablemente ellas representaban su intento desesperado por obedecer a su padre, que lo había convencido de que sus auténticos sentimientos eran equivocados.

—¿Cómo pudiste hacerle eso? —le recriminó—. ¿Cómo pudiste ser tan duro con Chris?

—Yo solo quería lo mejor para él —se defendió.

—¿Forzándolo a ser otro?

La cólera fue apoderándose de ella ante la obstinación de su padre, que le sostenía la mirada con los brazos cruzados sobre el pecho y parecía no entender nada de lo que había hecho.

—Chris no era como tú, papá, pero no quería decepcionarte. Por eso intentó ser el hijo que tú habías deseado. Para ello renunció a muchas cosas que para él eran importantes. Solo estudió la carrera de Económicas para complacerte. Amaba la música, pero estaba preparado para rechazar ese compromiso. Incluso estuvo con muchachas para complacerte. Pero luego se enamoró de verdad y no pudo resignarse a renunciar a ese afecto. Chris tal vez tardó algún tiempo en darse cuenta, pero ya sabes cómo era. Si quería algo de verdad, no había quien lo disuadiera de conseguirlo. Habría salvado todos los obstáculos para que ese amor se impusiera. Igual que tú hiciste en el pasado con mamá. Luchaste por tener la oportunidad de ser feliz con ella. Y lo mismo habría hecho Chris por Harry Owen.

George Bevan gruñó y frunció el ceño todavía más.

—Eso era totalmente distinto. No tiene comparación.

—Sí, papá, es exactamente lo mismo, aunque no quieras reconocerlo. Puedes seguir fingiendo que perdiste a Chris en el accidente del acantilado, pero la verdad es que lo habrías perdido también aunque no se hubiese caído. Se habría ido. Igual que yo. Pero no podías soportar esa idea, ¿verdad? — Movi6 la cabeza en un gesto negativo, porque todavía encontraba todo eso desconcertante—. ¿Por qu6 no me diste la carta de Jack? ¿Y por qu6 no me dijiste que había telefoneado?

George Bevan baj6 los brazos y sus hombros se hundieron. Su rostro expresaba sorpresa cuando volvi6 a sentarse.

—¿C6mo lo sabes? ¿Has vuelto a ver a Jack?

Zoe asinti6.

—¿Entonces es cierto? ¿Interceptaste la carta?

6l desvi6 la mirada, aunque todavía seguía convencido de sus razones.

—Estaba llena de tonterías. Decía que quería llevarte con 6l a Canadá. ¡Precisamente 6l! ¿Qu6 podría haberte ofrecido? ¡Tú no eres una granjera! — Se encogió de hombros cuando se enfrent6 a la mirada llena de reproches de su hija—. Estabas hecha un lío, Zoe. No quería que cometieras una equivocaci6n de la que despu6s te arrepentirías.

—No habría sido una equivocaci6n, sino el único acierto —replic6 abatida y, por primera vez en su vida, lo odi6—. Y si me arrepiento de algo es solo de no haber luchado por 6l.

—Pero ahora tienes a Philipp —objet6 su padre—. Hacéis mejor pareja.

Zoe esboz6 una mueca afligida.

—Pero yo no amo a Philipp. Amo a Jack. Nunca he dejado de amarlo. Y si hubiera tenido el valor de luchar por 6l habría podido aprovechar el tiempo. Habríamos tenido ańos y no días. Habríamos podido ser felices.

Su padre frunci6 el ceño.

—Entonces... ¿no estás de nuevo con 6l? —pregunt6, y Zoe odi6 el tono esperanzado de su voz.

—No. Pero no porque no quiera, sino porque no puedo. Tengo un aneurisma en la cabeza, papá. Los médicos lo confirmaron cuando hicieron la revisi6n a causa de la conmoci6n cerebral. Tienen que operarme, pero no sé

cómo estaré cuando despierte. Tal vez esté peor que mamá. Por eso no le he dicho que lo amo, porque no quiero que haya de ocuparse de una enferma. No tiene que sentirse obligado conmigo o darme la espalda como tú has hecho con mamá.

Sobrecogido, su padre la miró.

—Tu madre ya no me recuerda —dijo—. No ha sido algo fácil de asumir.

—Pero tampoco estuviste a su lado cuando ella te necesitaba —le echó en cara—. No pasaste el duelo con ella, sino que seguiste con tus asuntos. La dejaste en la estacada. Y sin embargo ella nunca ha dejado de amarte.

—¿Y piensas que yo sí? —Por primera vez desde que había entrado en el despacho, Zoe vio detrás de la fachada que había construido su padre el dolor que siempre escondía—. Pero me sentía tan desamparado... No quería perder también a Brenda. Pero no pude evitarlo y tener que recordarlo una y otra vez me resultaba insoportable.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Zoe, yo no quería que todo esto ocurriera. Nunca quise hacerte daño. Eres todo lo que me queda. Tu felicidad me importa.

Algo en su mirada la conmovió, le decía que hablaba sinceramente. Y supo que al final lo perdonaría.

Quería decirle que tenía miedo y que se alegraba de no tener que seguir viviendo con su secreto. ¡Quería decirle tantas cosas todavía...! Pero las palabras murieron en sus labios porque el dolor se volvió inaguantable. Hizo estallar su cabeza y ella gritó de sufrimiento mientras todo se desvanecía ante sus ojos.

—¡Zoe, por el amor de Dios! ¿Qué te ocurre?

Oyó la voz de su padre como a través de una niebla y la tensión de su cuerpo se aflojó. Había perdido el control, sintió que resbalaba de la silla. En su mente apareció el rostro de Jack e intentó centrar en él toda su atención, luchando desesperadamente contra ese dolor abrumador. Así que es esto. Así se siente uno cuando llega el final.

Se rebeló una última vez en su interior, intentando defenderse, antes de penetrar en la serena oscuridad que la aguardaba tras el dolor.

—¿William? —Jack estaba en medio del patio, esperando respuesta. Estaba seguro de que su hijo tenía que estar por allí cerca, pero todo permanecía en silencio. Con un suspiro, bajó la cabeza y miró a *Buddy*, que estaba sentado a sus pies—. Por dónde andará, ¿eh, *Buddy*? ¿No puedes ir a buscarlo?

El border collie alzó la mirada al oír su nombre, pero se limitó a jadear y a tenderse en el suelo, como dando a entender a su amo que ya podía olvidarse de tal idea. Era un día caluroso y acababan de llegar del pastizal, donde Jack había trabajado con él y había practicado las órdenes para conducir el rebaño. En realidad, William tenía que haberlos acompañado, pero el chico había desaparecido. Desde que dos días antes Zoe se había marchado de forma tan inesperada, su hijo había vuelto a cerrarse totalmente. Jack estaba preocupado. No había pensado que William reaccionara de manera tan radical. Y eso hacía insoportable su propio dolor.

—¡Maldita sea, William! ¿Dónde estás? —volvió a llamarlo sin demasiadas esperanzas de que su hijo lo oyera esa vez. Pero un susurro resonó en la cercanía.

—Estoy aquí. —William contestó lo bastante alto para que su padre pudiese localizarlo. Su voz provenía de la parte alta del pajar, y cuando Jack subió la escalera que llevaba al henil descubrió al muchacho en un rincón. William estaba allí, sentado con las piernas flexionadas, retorciendo unas briznas de paja entre los dedos.

Jack se sentó a su lado.

—¿Cómo es que no has venido con nosotros al pastizal?

William se encogió de hombros.

—No tenía ganas —respondió.

Jack pensó en si debía insistir un poco, pero decidió que era mejor no presionarlo demasiado. A fin de cuentas, ya era una buena señal que el joven tolerase la proximidad de Jack; un par de días antes eso habría sido impensable.

Durante un rato permanecieron sentados el uno junto al otro, inmersos en sus pensamientos. Luego, Jack sintió la mirada de su hijo y se volvió hacia él.

—¿Por qué se ha ido? —preguntó el muchacho.

Era evidente que a William le costaba formular esa pregunta, pero parecía preocuparlo tanto como a su padre.

—Tenía que volver a Londres —contestó Jack, y experimentó una sensación de vacío en el pecho.

—¿No puedes volver a traerla?

Sorprendido, Jack arqueó las cejas.

—¿Cómo se te ocurre que yo quiera hacer algo así?

William esbozó una media sonrisa.

—Papá, tengo casi catorce años. Y tengo ojos en la cara.

—También tienes dos orejas con las que puedes oír —añadió Jack—. Está prometida, William. ¿Voy a hacerme el loco y a correr otra vez tras ella?

—Pero tú le gustas. Lo he visto —insistió William—. A ese tipo no lo encontraba tan estupendo. No se fue de buena gana con él.

Jack se resistió contra esa sensación que tenía todo el tiempo en el vientre y que le decía lo mismo que su hijo. Pero era absurdo. Había buscado en Google el nombre de ese tipo y había averiguado que era el gerente de Bevan Constructions y que dirigía la empresa con Zoe y George Bevan. Así que encajaba perfectamente en su estilo de vida y, aunque al mismo Jack la idea de que Zoe se casara efectivamente con ese hombre trajeado le volvía loco, tenía que resignarse a ella.

—Pero se ha ido con él, esa es la cuestión. Ha tomado una decisión.

—Pero la echas de menos —objetó William—. Te oí ayer por la noche. Estuviste todo el rato dando vueltas. Lo mismo hiciste cuando mamá se

marchó.

Jack se sintió pillado por sorpresa. Entonces, en el caso de Karen, había pasado las noches despierto porque no sabía si contarle o no a William los planes de su madre. Ahora no podía dormir porque era incapaz de desprenderse de esa sensación. Como si una cinta de hierro le oprimiera el pecho y no le dejase respirar. Durante el día, todavía aguantaba porque estaba ocupado trabajando, pero por la noche no paraba de darle vueltas a la cabeza y eso le consumía. Porque no entendía nada, al igual que William.

—¿Por qué son así las mujeres? —preguntó el muchacho, y Jack no pudo evitar sonreír a su pesar.

—Buena pregunta —respondió, agradecido porque, después de tanto tiempo, al menos su relación con William volvía a ser buena.

Los dos prestaron atención cuando oyeron acercarse el sonido de un motor y se levantaron. Justo cuando llegaron al borde del henil, desde el cual se podía ver el patio a través de la trampilla de la pared del pajar, un Jaguar plateado se detuvo delante de la casa. Jack y William se miraron estupefactos, pues ninguno de sus conocidos conducía un vehículo así. Sin embargo, Jack reconoció inmediatamente al hombre enjuto y de cabellos grises, aunque habían pasado catorce años desde la última vez que se habían visto.

—¿Quién es? —preguntó William.

—El padre de Zoe.

—¿Y qué quiere de nosotros?

—No tengo la menor idea —farfulló Jack—. Vamos a preguntárselo.

Bajaron uno tras otro por la escalera de mano, pero George Bevan, que estaba frente a la puerta de la casa, no los vio hasta que Jack lo llamó. El recién llegado se volvió hacia ellos y Jack se percató impresionado del gran cambio que había experimentado ese hombre ya de edad avanzada.

En su último encuentro, las sienes de George Bevan habían encanecido, pero el efecto que producía era el de un individuo dinámico y vital. En ese momento sus cabellos estaban totalmente entrecanos, las pálidas mejillas le colgaban y las arrugas formaban unos hondos surcos en su rostro. Pero lo peor era la expresión de sus ojos. Miró sin fuerzas a Jack, que tuvo que hacer un esfuerzo para conciliar a ese abatido anciano con la imagen que

conservaba en su mente del padre de Zoe. Aun así, su inesperada aparición en la granja volvió a despertar la cólera que Jack había sentido en el pasado.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Bevan? —Cruzó los brazos delante del pecho y se quedó mirando con desconfianza al otro hombre—. Si ha venido para advertirme una vez más que me mantenga alejado de su hija, podría haberse ahorrado el viaje.

George Bevan lo observó un largo rato antes de contestar.

—No, yo... —Carraspeó y su voz tenía un tono afligido—. ¿Puedo hablar con usted? —preguntó, señalando con la vista a William—: ¿A solas?

Jack decidió que iba a oír lo que George Bevan tenía que decirle. Consultó con la mirada a William y el chico asintió, aunque no parecía agradarle la idea de quedarse con *Buddy* fuera, en el patio, mientras su padre entraba en la casa con el huésped.

—¿Le apetece una taza de té? —preguntó Jack cuando un instante después pasaron a la cocina.

George Bevan se dejó caer pesadamente en una silla.

—Será un placer. Ha sido un largo viaje —respondió, paseando la mirada por la habitación.

Jack se sintió incómodo con esa inspección. Él mismo sabía que, comparada con la residencia de los Bevan en Londres, esa granja era muy sencilla, y de nuevo se preguntó si el padre de Zoe había ido para señalarle de nuevo esas diferencias. Pero George Bevan parecía no percatarse de todo eso. No parecía haber llegado para presentar pelea. Y eso desconcertaba a Jack.

Cuando el té estuvo listo, dejó el tazón humeante delante del recién llegado y volvió a su lugar delante de los hornillos, apoyándose en la superficie de trabajo porque prefería mantener las distancias.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó, incapaz de seguir aguantando ese angustioso silencio.

George Bevan dudó un momento antes de contestar. Era obvio que le resultaba difícil pronunciar lo que tenía que decir.

—He venido para disculparme por mi comportamiento tras la muerte de Chris. Y para decirle algo de mi hija.

Jack sintió un nudo en la garganta al oír que mencionaba a Zoe.

—En el pasado cometí algunos errores —prosiguió George Bevan—. Grandes errores. No solo el de pensar que usted estaba relacionado con la muerte de Chris. Era algo totalmente injustificado y lo único que puedo alegar en mi defensa es que estaba fuera de mí de dolor. Pero eso no es disculpa para el hecho de que no le entregara su carta a Zoe. O para que nunca le mencionara su llamada telefónica. Lo hice todo para que usted y mi hija no volvieran a verse. Llegué incluso a hacer desaparecer su móvil porque quería impedir que volviera a contactar con ella. Estuvo mal, y lo lamento sinceramente.

Jack se cruzó de brazos. Había contado con muchas cosas, pero no con una disculpa de ese tipo. Y no alcanzaba a comprender absolutamente nada.

—¿A qué se debe este reconocimiento tardío? ¿Tiene Zoe algo que ver con todo esto? ¿Ha venido de parte de ella?

George Bevan asintió.

—En cierto modo —respondió. Y Jack se preguntó seriamente a qué venía todo eso.

—¿Y qué espera ahora de mí? ¿Que le perdone? De acuerdo. Está bien. Lo hago. Ya no estoy seguro de si con ello me hizo un favor. De todos modos, no parece que su hija haya vuelto conmigo. No me quiere y ha decidido alejarse de mí. Ya ve, que hubiera recibido mi carta no habría supuesto ninguna diferencia.

—Sí, claro que hubiera supuesto una diferencia —le contradijo George Bevan—. Y además grande. Usted habría estado con Zoe y todo habría sido distinto. Habría sido mejor para mi hija.

Jack resopló.

—Tal vez. Pero ahora está prometida, así que no importa nada lo que habría sido de nosotros.

—Ya no está prometida. —George Bevan removió la taza de té—. Ha roto el compromiso con Philipp. Me ha dicho que solo ha amado realmente a un hombre en su vida y que ese hombre es usted. Por eso estoy aquí. Quiero que lo sepa.

Jack se lo quedó mirando. Le habría gustado creer lo que el padre de Zoe le decía. Le habría gustado mucho. Pero todo eso no tenía ningún sentido.

—Su hija se ha marchado. No quiso quedarse conmigo. Y no mencionó nada de que ya no estuviese prometida. Si he entendido algo mal, que venga ella y me lo explique.

Los ojos de George Bevan se humedecieron de lágrimas.

—Zoe lo haría encantada —contestó—. Pero por desgracia no puede.

Jack inspiró alarmado cuando por fin entendió el significado de la actitud abatida del anciano y lo que su mirada reflejaba.

Desesperación. Y dolor.

—¿Qué le ha pasado a Zoe? —preguntó, y sintió que se le helaba el corazón—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Venga, va, ¡cuéntamelo de una vez! —dijo Daisy, y sonrió cuando Rose la miró sorprendida.

Estaban juntas, sentadas a la mesa de la cocina de la pensión, limpiando las verduras de la cena. Rose ayudaba con frecuencia a su madre esos días. Cuando se quedaba sola en la Casa de la Playa no dejaba de pensar en Simon, así que, desde que había regresado dos días atrás, pasaba mucho tiempo en la pensión y se alegraba de realizar cualquier tipo de labor. Pero no había contado con que su madre se diera cuenta tan fácilmente de su estado.

—No sé a qué te refieres —dijo, si tener grandes esperanzas de que Daisy la creyera—. Estoy bien.

Su madre negó con la cabeza.

—Rose, te conozco desde que naciste. ¿Crees que no voy a saber si te sientes feliz o desdichada? ¿Qué ha ocurrido en Londres? Iris no quiere contármelo, así que dímelo tú. ¿Por qué has vuelto antes? ¿Y por qué estás tan desanimada?

Rose dejó a un lado las zanahorias que estaba limpiando y emitió un profundo suspiro.

—He conocido a una persona en Londres —confesó—. A un hombre. Se llama Simon Fielding y me he enamorado de él. Sé que parece una locura porque solo he estado unos días allí, pero fue precioso. Pensé que él sentía lo mismo, o al menos eso dijo. Pero cuando supo que tengo tres hijos, cambió de opinión. Se sintió abrumado ante la idea de unirse a una mujer que es

madre y rompí con él. —Se encogió de hombros—. Y ahí se acabó todo.

«¿Que se acabó todo?» Gimió para sus adentros porque era la evasiva del año. No había manera de sacarse a Simon de la cabeza y cada noche soñaba con él, si es que conseguía dormir de tanto andar pensando lo mismo una y otra vez. ¿Cómo era posible que solo después de unos días necesitara tanto a alguien y que el cuerpo casi le doliera al no tenerlo cerca?

Rose sacudió la cabeza para alejar la imagen de Simon que había vuelto a aparecer en su mente una vez más.

—Lo superaré —dijo, más para sí misma que para su madre.

Pero Daisy la miró con escepticismo.

—A lo mejor se habría hecho a la idea si le hubieras dado un poco más de tiempo —opinó.

Rose volvió a coger las zanahorias y las fue pelando atolondrada.

—No, no lo habría hecho. Y visto con sensatez, habría salido mal de todos modos. Él vive en Londres en un elegante apartamento y yo, aquí, con mis hijos, en la Casa de la Playa. No encajaríamos en su vida y él tampoco en la nuestra. La relación habría fracasado. Así que cuanto antes lo hayamos dejado, mejor.

Daisy soltó un resoplido que Rose conocía muy bien. No solo manifestaba que había algo que la disgustaba, sino que anunciaba una conclusión.

—Tienes miedo —dijo, lo que detuvo a Rose, indignada.

—Claro que tengo miedo —contestó—. No quiero que vuelvan a hacerme daño. Y tampoco quiero que los niños se acostumbren a alguien que los deje otra vez en la estacada. Bastante tienen ya con lo de su padre. ¿Cómo voy a imponerles a otra persona, sobre todo si esa persona ya desde el principio tiene un problema para aceptarnos?

—No pongas a los niños como pretexto, Rose. Ahí no está la razón. Solo es que te da miedo confiar otra vez en un hombre.

Esa vez fue Rose quien resopló.

—¿Y qué tiene eso de extraño, después de todo lo que he vivido con Matt? No necesito a otro hombre que me declare su amor y que luego me abandone cuando las cosas se ponen difíciles. Simon me comunicó solemnemente que quería superar todos los obstáculos para estar conmigo. Pero no eran más que

palabras vacías. Cuando oyó hablar de los niños, no volvió a tocar el tema.

Daisy suspiró y echó una patata pelada en la olla.

—Yo más bien me habría preocupado si hubiera dicho que ese no era un problema. —Se encogió de hombros cuando Rose la miró desconcertada—. No siempre es todo tan fácil. Tres hijos requieren una buena cantidad de responsabilidad. Cuando te dijo que quería iniciar una relación contigo no sabía lo que le esperaba. ¿De verdad vas a reprocharle que al principio se sintiera inseguro?

Sus palabras perturbaron a Rose.

—¿Del lado de quién estás en realidad, mamá?

—De tu lado —le aseguró Daisy—. Siempre estoy de tu lado. Pero no puedo quedarme mirando todo el rato sin hacer nada. Desde que te separaste de Matt te quedaste aquí enterrada y no dejas que ningún hombre más entre en tu vida. Ese Simon es el primero de quien me has hablado y no le das la menor oportunidad, sino que sales corriendo. Quiero que vuelvas a ser feliz, Rose. Pero para eso tendrás que arriesgar una vez más tu corazón.

Sobresaltada, Rose la miró. Porque tenía razón. Había puesto punto final de golpe, sin darle a Simon el tiempo que le había pedido. Pero ¿de qué habría servido darle esa oportunidad? Él no quería saber nada más de la relación, tal como ella se lo había imaginado, porque desde que habían discutido delante de la mansión no había sabido nada más de él.

Aunque su madre se había equivocado en un punto: ella había arriesgado su corazón. Y había perdido...

Un coche frenó con un estridente chirrido delante de la casa y un segundo después la puerta de la cocina se abrió.

—¡Jack! —exclamó sorprendida Daisy cuando su hijo se precipitó en el interior.

Rose se quedó mirando a su hermano.

—¿Qué ha pasado?

—Es Zoe —respondió sin preámbulos—. Su padre acaba de venir a verme. Ha tenido un derrame cerebral. Tengo que ir con ella de inmediato. ¿Os ocupáis de William y de la granja, por favor?

—¿Un derrame cerebral? ¡Válgame Dios! —dijo Rose e intercambió una

mirada consternada con Daisy—. ¿Es muy grave?

—Está en coma. No sé más —respondió Jack, impaciente—. ¿Puedo contar con vosotras?

—Naturalmente —contestó Daisy, buscando como siempre una solución—. Le pediré a Douglas Thomson que eche un vistazo en la granja. Siempre lo hacía cuando Brian estaba en el hospital. Seguro que echa una mano.

Jack asintió y ya estaba a punto de irse cuando Rose lo llamó.

—¡Espera! ¡Voy contigo! —Consultó a su madre con una breve mirada—. ¿Te va bien? ¿Cuidarás con Iris de los niños?

—Por supuesto. Ve con él. Es mejor que ahora no esté solo —contestó Daisy—. Y tenedme al corriente de lo que pase.

Poco después, Rose estaba en el coche y Jack ponía el motor en marcha.

—Pensaba que ya no la querías —dijo Rose en voz baja.

—Sí, la quiero. La amo. —Le dirigió una breve mirada y ella leyó la desesperación en sus ojos—. Y no quiero volver a perderla —añadió furioso mientras pisaba a fondo el pedal del acelerador.

Jack entró como una exhalación en el vestíbulo del hospital Rey Eduardo VII de Marylebone. Por fuera, el edificio de varias plantas, en perfecta armonía con la imagen de la calle, daba la impresión de ser un hotel, y lo mismo ocurría con la recepción, tras cuyo mostrador de madera oscura tallada sonreía amablemente una jovencita morena. Pero George Bevan había subrayado que se trataba de una clínica de renombre, y Jack esperaba fervientemente que fuera cierto.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó la joven cuando Jack se acercó al mostrador.

—Vengo a visitar a Zoe Bevan —dijo él, lanzando una mirada de agradecimiento a Rose, que lo había seguido y se había colocado a su lado. Su hermana lo había tranquilizado y dado ánimos durante el largo y lúgubre viaje a Londres, y de no haber sido por ella posiblemente habría perdido la cabeza de preocupación.

—Está en la unidad de cuidados intensivos —informó la muchacha morena—. ¿Son parientes?

Jack se la quedó mirando y reflexionó acerca de qué contestarle. Tenía que ver a toda costa a Zoe, pero estaba bastante seguro de que no le dejarían entrar si decía la verdad.

—Sí, aquí está —dijo una voz a sus espaldas, y cuando Jack se dio media vuelta vio que George Bevan se aproximaba a él. El padre de Zoe parecía estar esperando su llegada.

—¿Cómo se encuentra? —quiso saber al instante Jack.

—Sigue igual —respondió George Bevan con una sonrisa triste.

—Quiero verla.

—Naturalmente —dijo el anciano y les hizo una seña a Jack y Rose para que lo siguieran.

George no podía llevar mucho tiempo en el hospital. Si bien se había marchado antes que Jack, este había empaquetado un par de cosas y pasado por la pensión para avisar antes de que Rose y él lo siguieran. Además, Jack había conducido más deprisa que nunca, siempre impulsado por la idea de que podía llegar demasiado tarde. Por eso era seguro que el anciano no le llevaba mucha delantera.

Cuando llegaron a las puertas batientes tras las cuales se encontraba la unidad de cuidados intensivos, Philipp Freeman salió a su encuentro. Pero ya no quedaba huella de la animadversión con que había tratado a Jack en su primer encuentro, y Jack tampoco sintió despertar en él los celos que todavía le habían corroído por dentro apenas dos horas antes. Habían dejado de ser competidores y ambos se preocupaban por la mujer que amaban.

Aunque Zoe hubiera roto el compromiso con Philipp, no cabía duda de que todavía significaba algo para él y Jack lo respetaba, por eso saludó al otro hombre con una inclinación de cabeza.

—Enseguida vengo —indicó George Bevan, que se quedó hablando con Philipp delante de la puerta.

Rose y Jack entraron solos y siguieron las indicaciones de la enfermera, que les dio unos cubrezapatos y una bata azul para que se la pusieran por encima de la ropa. Así provistos, entraron en la habitación donde se hallaba Zoe.

Era una habitación individual en la que dominaba la técnica. Por encima y al lado de la cama había unos aparatos en apariencia complicados cuyos tubos y cables iban a parar al cuerpo de Zoe. Ella permanecía tendida, pálida e inmóvil, con la cabeza vendada y un tubo en la boca a través del cual respiraba. Se veía tan frágil que el corazón de Jack se encogió dolorosamente. Reprimió con un esfuerzo las lágrimas que le afloraron en los ojos.

No sabía qué hacer y se volvió hacia su hermana en busca de apoyo, pero

ella le contestó igual de asustada que él. Se habían imaginado muchas cosas durante el viaje, pero enfrentarse a los hechos era mucho peor.

Jack era consciente de que las máquinas mantenían a Zoe con vida, pero le parecía como si hicieran justo lo contrario. Los tubos parecían aspirarle todo lo que ella había sido. Solo quedaba una envoltura sin vida y él no soportaba esa idea. «Todavía está ahí —se dijo—. Solo tengo que llegar a ella.»

—¿Puedo tocarla? —preguntó a la enfermera que estaba comprobando los distintos monitores. La mujer dudó un momento, pero luego debió de sentir la desesperación de Jack.

—Puede cogerle la mano si lo desea.

Jack se acercó a la cama y tomó con cuidado la mano de Zoe para no tocar el gotero que estaba sujeto al dorso. Tenía los dedos fríos como el hielo, lo que intensificó aún más su miedo.

—¿Volverá a despertar? —preguntó con la voz velada.

La enfermera se puso detrás de él y se apoyó las manos en las caderas.

—Eso esperamos. Y cuanto antes, mejor. En los días que vienen bajaremos la respiración artificial y veremos si consigue respirar de nuevo por sí misma. Por lo demás, poco más podemos decir a estas alturas.

Jack tragó saliva con dificultad.

—Pero ¿vivirá?

La enfermera no respondió, y cuando él dio media vuelta vio que tenía una expresión preocupada.

—No puedo prometerle nada —dijo—. Solo que hacemos todo lo que está en nuestras manos.

Jack contempló el rostro de Zoe, su hermoso perfil.

—¿Puedo quedarme con ella?

La enfermera dudó de nuevo, luego señaló una silla dispuesta en un rincón de la habitación.

—Puede cogerla cuando quiera.

Rose enseguida reaccionó y le llevó la silla a Jack. Él se sentó, sin soltar a Zoe, mientras seguía mirándola como si así pudiese evitar que se le escapase.

—Tienes que despertar, ¿me oyes? —dijo en voz baja, dándole un beso en la mano—. Por favor, Zoe. Despierta.

Le daba igual que Rose y la enfermera lo oyeran. Y también le daba igual cuánto tiempo tuviera que quedarse allí sentado. No iba a dejar a Zoe bajo ningún concepto. Esa vez se quedaría con ella pasara lo que pasara.

Rose se quitó pensativa la bata azul y los cubrezapatos antes de salir a la sala de espera. Philipp Freeman ya no se encontraba allí, pero George Bevan estaba sentado en uno de los bancos y se levantó al verla.

—¿Sigue su hermano con Zoe?

Rose asintió.

—Y me temo que nadie lo sacará de la habitación —respondió con un suspiro.

Entretanto ya era casi medianoche, pero Jack seguía sin separarse del lado de Zoe y seguro que iba a pasar toda la noche junto a ella si nadie le hacía salir. Parecía haber decidido que tenía que quedarse con la enferma y probablemente tampoco se habría ido aunque alguien se lo hubiese ordenado. Rose no había podido convencerlo de que fuera a comer algo, solo había accedido a tomarse el té que ella le había llevado. Por lo demás, seguía cogiendo la mano de la enferma y parecía tan desesperado que Rose sentía una punzada cada vez que lo veía allí sentado.

Ignoraba cuánto tiempo resistiría, pero ella ya empezaba a notar lo cansada que estaba. Quería estar allí por él y por Zoe, pero la espera la agotaba y solo conseguía mantener los ojos abiertos con esfuerzo.

—Creo que voy a buscar otro café —dijo, y se tapó con la mano un bostezo.

—Sería mejor que se tendiera un rato —le sugirió George Bevan, inquieto—. Se diría que va usted a quedarse dormida de pie.

Rose lanzó una mirada casi nostálgica a los bancos de la sala de espera.

—A lo mejor voy a descansar un rato —dijo, pero el padre de Zoe la detuvo cuando entendió qué lugar había escogido para reposar.

—Es demasiado incómodo —opinó—. Vaya a dormir a la mansión. La llevaré allí si quiere.

La idea de acostarse en una blanda cama era, en efecto, muy atractiva. A pesar de todo, Rose negó con la cabeza.

—Muchas gracias por la invitación, pero prefiero quedarme aquí.

Pensó en la casa que durante la última semana había sido su hogar y se le planteó un interrogante que había desatendido por completo.

—¿Qué ha pasado con la oferta de compra de la mansión? ¿La aceptó Zoe? George Bevan la miró sorprendido.

—¿Está al corriente de este asunto?

—Me enteré —fue la vaga respuesta de Rose—. Por lo que entendí, el interesado en la compra le expuso un ultimátum. Tenía tiempo para decidirse hasta la noche del lunes. Pero no sé cómo terminó todo.

El padre de Zoe suspiró.

—Rechazó la oferta —contestó—. En el camino de regreso a Londres y en presencia de Philipp habló con el abogado que se ocupaba de la negociación para rechazar la oferta. Me lo contó Philipp. No quería vender.

Rose pensó en Simon. Si eso era cierto, seguramente no sabía que su amiga estaba tan mal. En cierto modo había esperado que en el ínterin se hubiese enterado y se pusiera en contacto con ella, quizá porque anhelaba sentirse de nuevo entre sus brazos.

Le habría gustado contárselo todo y que él la consolase. Pero eso no eran más que fantasías irrealizables. Aunque él lo hubiera sabido, no habría ido. Seguro que se habría olvidado del tiempo que habían pasado juntos y que ya ni pensaba en su breve aventura.

Exhaló un profundo suspiro.

—Creo que voy a buscar otro café —repitió, y se encaminó con paso abatido a las máquinas expendedoras.

—En la próxima sesión deberíamos referirnos a eso sin falta. ¿No opina usted lo mismo? —Hazel Cummings frunció el ceño—. ¿Simon? ¿Ha oído lo que le he dicho?

Simon sostuvo abierta la puerta a la bonita abogada pelirroja y la siguió al exterior del tribunal.

—Sí, sí, por supuesto. Es una táctica excelente —le aseguró sin mucho entusiasmo y con una sonrisa de disculpa cuando ella lo miró desconcertada—. Lo ha hecho estupendamente, Hazel. De verdad. Estaba perfectamente preparada. Mi padre se sentirá muy satisfecho.

Ella volvió a mostrar una sonrisa entusiasta y Simon se indignó consigo mismo porque con su abatimiento la había hecho sentir insegura. Era un día importante para su joven compañera de trabajo y no quería aguarle la fiesta.

—¿Vamos a comer algo? —preguntó ella consultando el reloj que colgaba de una tienda al otro lado de la calle y que señalaba las doce y media—. Estoy muerta de hambre. Además, podríamos volver a repasar el caso. Me interesaría mucho saber su opinión.

—Por supuesto —contestó Simon, aunque ya sospechaba lo que ella tenía planeado para la siguiente reunión y sabía que él no tendría nada que objetar.

Hazel Cummings trabajaba desde hacía un par de semanas en Fielding & Mason y todavía era relativamente inexperta, pero era ambiciosa y aplicada, y en la preparación del proceso no dejaba nada al azar. Por eso el padre de Simon le había confiado por vez primera la defensa de un cliente importante.

El juicio había empezado ese día y Hazel, exactamente como se esperaba, se había desenvuelto de forma excelente.

A pesar de todo, Robert Fielding había insistido en que Simon la acompañase y la apoyase, y eso no tenía nada que ver con su inexperiencia, sino más bien con el hecho de que Hazel respondía exactamente a la imagen que su madre tenía de su nuera ideal: Hazel era inteligente, guapa, tenía el mismo trabajo y el mismo trasfondo familiar que Simon. Por eso él estaba convencido de que su madre había tenido algo que ver en ese «encargo». Al menos le había mencionado hacía poco a Hazel como una posible pareja.

Y tal vez tenía razón, reflexionó él, mientras levantaba un brazo para parar un taxi. A lo mejor tenía que quedar con Hazel y conocerla mejor. En el fondo encajaban perfectamente. Y sus preciosos cabellos rojos le recordaban a...

Rose.

Simon gimió para sus adentros cuando cayó en la cuenta de que había vuelto a hacerlo. ¿Por qué demonios no podía parar de comparar a todas las mujeres con Rose Riley? Hiciera lo que hiciese, su imagen lo acompañaba siempre, y eso lo agotaba. Pero seguro que se le pasaría. Bastaba con tener un poco de paciencia. A fin de cuentas, tampoco había echado tanto de menos a sus otras exnovias. Aunque también era cierto que, tras separarse de ellas, nunca se había despertado por las noches con la sensación de que le faltaba algo...

Un taxi se paró junto al bordillo y Simon le abrió la puerta a Hazel, la dejó entrar primero y luego lo hizo él. Le dio al conductor la dirección de un local muy cercano que solía frecuentar cuando estaba en la City londinense. Era uno de los lugares de encuentro predilectos de los empleados de bancos y de compañías inversoras y al mediodía había mucho movimiento, pero como Simon conocía al propietario consiguió una mesa para dos.

Cuando llegó la comida, Hazel ya estaba en medio de su presentación de la estrategia de defensa que había planeado. Y Simon ya volvía a tener problemas para concentrarse en sus palabras. Asintió y murmuró que estaba de acuerdo, pero en realidad no escuchaba nada.

—¿Asistiré también al baile de caridad que su madre organiza el fin de

semana que viene en Marlton House?

La pregunta de Hazel le alcanzó, en parte porque de repente ella se lo quedó mirando, expectante.

—¿Le ha enviado mi madre una invitación?

Hazel asintió.

—Pero no sé si ir. No conozco a nadie y supongo que me sentiría bastante perdida allí sola.

Sostuvo con firmeza la mirada de Simon y él comprendió que era una invitación. Era evidente que esperaba que él captase la sugerencia de acompañarla y por un instante estuvo tentado de complacerla.

Habría sido una primera cita ideal y les habría dado una estupenda oportunidad de conocerse mejor. Después invitaría a comer a Hazel y a partir de entonces ya vería cómo evolucionaba la cosa. Había realizado el mismo ritual docenas de veces y sabía cómo funcionaba. De hecho, con Hazel podía incluso funcionar de maravilla. Era agradable y atractiva, y, por lo visto, él también le resultaba interesante.

Solo había un problema.

Ella no era Rose.

—Llévese a un acompañante —dijo—. Mi madre no tendrá nada en contra.

—Ah, sí. Ya lo había pensado —contestó sonriendo Hazel tras una breve vacilación y sin mostrar si estaba decepcionada. Pero probablemente sí lo estaba, pues pasaron el resto de la comida esforzándose por entablar una conversación banal y Simon tuvo la impresión de que no fue él el único en alegrarse al abandonar el local.

Fuera, delante del restaurante, Simon volvió a llamar a un taxi y ayudó a Hazel a sentarse. Ya iba a seguirla cuando, de repente, dudó al darse cuenta de lo tonto que era. Un tonto redomado.

—¿Señor Fielding? —preguntó desconcertada Hazel cuando él retiró el pie que ya había metido en el taxi.

—Lo siento, pero acabo de recordar que todavía tengo una cosa que hacer —respondió—. Nos vemos luego en el bufete.

Cerró la puerta y se quedó mirando el taxi mientras el vehículo se incorporaba a la circulación. Luego sacó su móvil y llamó a Gloria. La

secretaria, que no solo trabajaba para él, sino también para su padre, llevaba años en el bufete de abogados y tenía un talento insospechado cuando se trataba de resolver tareas complicadas. Y él contaba con esa virtud para el caso.

—Tiene que encontrarme a una persona, Gloria —le dijo sin demasiados preámbulos.

—Será un placer, señor Fielding —respondió tan tranquila y amable como siempre—. ¿De quién se trata?

—De Matthew Riley —dijo con una sonrisa feroz mientras en su mente iba tomando forma un plan.

—¡Rose! ¡Espera un momento!

Sorprendida, Rose volvió la cabeza mientras se dirigía a la *boutique* de su hermana. Al ver a Megan Turner, que se acercaba a ella por el paseo del puerto, gimió para sus adentros. Sospechaba lo que iba a preguntarle.

—¿Ya hay novedades de Londres?

El estado de salud de Zoe se había difundido enseguida, y también que Jack no se separaba de su lecho desde hacía días. La gente se interesaba por ellos y preguntaba con frecuencia cómo les iba. Sin embargo, en el caso de Megan, Rose no estaba segura de cuál era la respuesta que ella esperaba.

—Todo sigue igual —contestó—. Zoe todavía no se ha despertado.

—Pero ya lleva casi una semana en coma. ¿Tienen esperanzas los médicos de que se recupere?

Rose pensó en el rostro pálido e inerte de Zoe.

—Seguro que se recupera —respondió con más convencimiento del que realmente tenía—. Ahora ya vuelve a respirar de forma autónoma y los médicos dicen que es una buena señal.

Por otra parte, los facultativos también habían dicho que cada día que pasaba en coma aumentaba la probabilidad de que la hemorragia hubiese dañado su cerebro. Cuando un aneurisma reventaba nunca se podía predecir cómo evolucionaría el estado del paciente. En algunos aspectos, Zoe había tenido suerte: enseguida había llegado a la clínica y la habían operado, y la hemorragia se había producido en un lugar relativamente favorable. Pese a

ello, cuando despertase habría que hacer exámenes neurológicos para determinar el alcance de las secuelas. Si es que volvía a despertar...

—¿Y Jack? —insistió Megan—. ¿Todavía está allí?

Rose asintió y la respuesta no pareció satisfacer a Megan, pues se mordisqueó pensativa el labio inferior.

—Pero ¿puede hacer algo? ¿No sería mejor que volviera? No puede dejar la granja sola durante tanto tiempo.

—Ya está todo organizado —contestó Rose, irritada—. Y ahora, si me disculpas, tengo que ir urgentemente a ver a mi hermana.

Se despidió y siguió en dirección a la *boutique* sin volver la vista atrás. En el fondo Megan le daba pena, porque era evidente que todavía alimentaba esperanzas de que Jack se decidiese por ella. Pero no lo había visto sentado junto a la cama de Zoe. Por el momento, a él solo le interesaba una mujer y Rose esperaba fervientemente que ambos tuvieran otra oportunidad.

Había hecho guardia con Jack junto a la cama de Zoe una noche y un día más. Luego Iris había ido y se había llevado a Rose de vuelta a casa.

Entretanto, en el pueblo la vida seguía su ritmo habitual y a Rose eso le iba muy bien, porque al menos la distraía un poco de las preocupaciones y penas que sentía a causa de Simon.

Hasta el momento no la había llamado, pero ella había estado a punto de telefonarlo varias veces porque, simplemente, ya no aguantaba más. En el último momento, sin embargo, en cada ocasión la habían abandonado los ánimos. No podía, y punto. No podía meterse en la vida de Simon, aunque cada día que pasaba lejos de él lo añoraba más.

Con un suspiro tiró de la puerta de la tienda y dejó pasar a una clienta que en ese mismo momento salía. Luego entró en la *boutique* y sonrió a Iris, que estaba detrás del mostrador guardando el dinero en la caja.

—Bueno, ¿qué tal los negocios?

—No puedo quejarme —respondió alegre Iris, pero a continuación se puso seria—. No sabes nada de Jack, ¿verdad?

Rose negó con la cabeza.

—Me prometió que llamaría en cuanto hubiese noticias. Mejor dime cuántos encargos tienes para mí.

Iris le dio una lista con las blusas y bolsas que se habían vendido durante su ausencia y que Rose tenía que reemplazar. Eran más o menos las mismas que de costumbre, por eso no necesitaría mucho tiempo para hacerlas.

—Esperaba que fueran más —dijo, un poco decepcionada, pero Iris solo se rio.

—A lo mejor hasta te alegras de que no sean tantas. Tengo aquí una cosa para ti. —De debajo del mostrador sacó una carta dirigida a Rose—. La ha dejado el señor Pine cuando le he dicho que te presentarías aquí de un momento a otro. Dijo que así no tendría que ir expresamente a la Casa de la Playa.

El cartero solía hacer eso a menudo cuando llegaban cartas o paquetitos para Rose y a ella no la molestaba. Cogió el sobre y leyó con curiosidad quién era el emisario.

—¿De Felicity Myers? —preguntó alarmada—. ¿Qué querrá de mí?

—Seguramente que le hagas el vestuario completo —supuso Iris.

Rose más bien se temía que tras el último encuentro con la excéntrica americana se tratara de otra cosa. ¿Tendría algo que ver con la factura del pantalón que había echado a perder? Preocupada, abrió el sobre y desplegó las dos hojas que contenía.

—¿Qué? ¿Es otro encargo? —quiso saber Iris.

—No, mucho mejor. —Rose volvió a leer otra vez la carta porque no podía dar por cierto lo que Felicity Myers le ofrecía en su escrito—. Me invita a asistir a una entrevista en Londres. Al parecer, es propietaria de una gran tienda *online* americana que se ha especializado en moda de diseñadores. Junto con las firmas establecidas también quiere fundar su propia marca y, ya que mis prendas le han gustado tanto, está pensando en que colabore con ella. Tengo que presentarle unos esbozos que a lo mejor producirá después.

Rose levantó la vista de la carta y miró a Iris, que tenía los ojos abiertos de par en par y aplaudió maravillada.

—¡Es estupendo! ¡Te vas a convertir en una auténtica diseñadora! ¡Ay, siempre lo he sabido! —exclamó, abrazando impetuosamente a Rose. Pero aunque ella también estaba muy entusiasmada, intentó mantenerse realista.

—Solo es una entrevista, Iris. A lo mejor de ahí no sale nada.

—Bah, tonterías, claro que saldrá algo. Eres buena, y por fin alguien lo ha reconocido. —Iris le pasó de nuevo los brazos alrededor del cuello—. Me alegro tanto por ti... ¿Para cuándo es la cita?

—Aquí dice que me ponga en contacto con ella para fijar una fecha. — Rose señaló el lugar de la carta en que Felicity Myers se lo comunicaba.

—¡Pues venga! ¡Vete a casa y llámala! —la exhortó Iris.

Rose sonrió.

—Ya lo haré, pero antes tengo que pasar por la granja y echar un vistazo a William.

Poco después, volvía a estar montada en su bicicleta y cruzaba el pueblo pedaleando. Era un día estupendo y cálido, y ella parpadeaba sonriente al sol que le calentaba agradablemente la cara, y se sentía feliz porque acababa de recibir esa buena noticia.

Cuando llegó al cruce de la iglesia, le llamó la atención un Mercedes limusina oscuro que, algo alejado de ella, circulaba por la calle Mayor. Un momento después el vehículo giró y desapareció de su campo visual.

Era el mismo modelo que conducía Simon, lo que volvió a evocar su recuerdo. ¿Qué habría dicho él de la oferta de Felicity Myers?, pensó, y suspiró al caer en la cuenta de lo mucho que le habría gustado contárselo. Deseó que volviese a estar cerca de ella, pero pensó que se complicaba la vida anhelando algo que nunca sucedería, de modo que intentó apartar la imagen de Simon de su mente y se encaminó hacia la granja para ver a William.

Todos se ocupaban regularmente de él y lo ayudaban a cuidar de los animales, pero el chico se las apañaba asombrosamente bien solo. Por lo visto, no quería decepcionar a Jack. Informó con orgullo a Rose de los ejercicios que había hecho con *Buddy* y Rose se marchó tranquila media hora más tarde.

Poco después, cuando se acercaba a la Casa de la Playa, ya desde lejos vio que había un coche aparcado delante. Entrecerró los ojos para distinguirlo mejor porque no estaba esperando a nadie. Era un Mercedes negro, a lo mejor incluso era el mismo que había visto antes.

Cuanto más se acercaba, más familiar le parecía el vehículo, y el corazón

empezó a palparle con fuerza cuando estuvo lo bastante cerca como para leer el número de la matrícula.

El coche no solo se parecía al de Simon.

Era el coche de Simon.

Rose se bajó precipitadamente de la bicicleta, la dejó apoyada contra la casa y abrió la puerta.

—¿Henry? ¿Luke? —gritó, pensando que los chicos ya debían de estar en casa, y echó un vistazo a la sala de estar y a la cocina. Pero allí no había nadie.

«¡Entonces tienen que estar arriba!», pensó Rose, y subió los escalones a toda prisa. Cuando ya se acercaba a la habitación de los chicos, oyó voces por la puerta entreabierta. Con el corazón desbocado se acercó y miró al interior.

Simon estaba sentado con las piernas cruzadas junto a las vías del ferrocarril. Luke estaba en cuclillas junto a él y Henry, en medio de los raíles, señalaba un complicado e intrincado tramo por el que los trenes tenían que pasar por puentes y túneles.

—Este fue muy difícil de construir, para eso Luke y yo... ¡Ay, hola, mamá!
—Sonrió a Rose, al igual que Luke. Solo Simon, que se levantó enseguida, la miraba con gravedad.

—Hola, Rose —la saludó—. Los chicos me han dejado entrar y nos hemos instalado aquí arriba para pasar el rato. Espero que no te moleste.

Rose lanzó una severa mirada a Henry y a Luke y los dos le contestaron con cara de culpabilidad. En realidad no estaba nada bien que hubiesen dejado entrar a un desconocido en casa, pero por allí solo pasaba gente a la que conocían bien, de ahí que hubiesen pecado de imprudentes. Y puesto que la misma Rose sabía lo seductora que era la sonrisa de Simon, podía

perdonarles esa falta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó a Simon, e intentó que los niños no se dieran cuenta de lo nerviosa que estaba. Sentía el corazón desbocado y le temblaban un poco las manos.

—Tengo que hablar contigo —dijo inclinándose hacia una carpeta que había dejado en el suelo a su lado. Vacilante, añadió—: Cuando tengas tiempo.

Rose asintió.

—Vamos abajo, ahí estaremos más tranquilos —contestó mirando a los niños con autoridad—. Mientras tanto, vosotros quedaos aquí arriba.

Los dos asintieron sin rechistar porque notaron que la advertencia era muy seria. Y era obvio que tampoco les suponía ningún contratiempo, porque cuando Rose bajó por la escalera con Simon oyeron a través de la puerta cerrada que los dos volvían a hablar y proseguían con el juego.

Rose condujo a Simon a la sala de estar y le invitó a tomar asiento, pero él prefirió quedarse de pie. Durante unos largos minutos se limitaron a mirarse el uno al otro.

—Lo siento, tendría que haber esperado en el coche a que llegaras.

—Está bien —respondió ella con una sonrisa triste—. Si yo hubiera estado en su lugar seguramente también te habría dejado pasar.

—Eso me tranquiliza —admitió él—. No estaba tan seguro de ello. —Cogió la carpeta que sostenía en la mano—. Esto es para ti.

—¿Qué es? —Rose abrió la carpeta que contenía unos documentos de aspecto oficial, formularios y solicitudes. Por lo que se desprendía de esos escritos, trataban de los pagos de manutención alimenticia, y el nombre de Matt aparecía varias veces. Además había un documento para otorgar plenos poderes que permitía a Simon defender a Rose en cuestiones judiciales. Solo faltaba la firma de ella. Sorprendida, alzó la mirada—. ¿Vas a demandar a Matt?

—Si las cosas se complican —respondió Simon—. En la conversación que mantuve con él dio la impresión de que prefería no llegar a ese límite. Por eso no me extrañaría que pronto vieras los cobros pendientes en tu cuenta.

Ella lo miró asombrada.

—¿Has hablado con Matt?

Simon asintió.

—En el restaurante te amenazó con una reclamación judicial, lo que me pareció bastante insolente dado el enorme retraso que lleva con los pagos por la pensión de sus hijos. El dinero te corresponde a ti, así que le expliqué que habías buscado asistencia legal competente y que nosotros, en el caso de que siga demorándose en los pagos, no solo le reclamaremos las sumas que faltan, sino que revisaremos al mismo tiempo si las cantidades fijadas son suficientes. Por lo que sé de ti, seguro que no has pedido el máximo importe, pero podemos conseguirlo con lo que él gana como banquero de inversión. Y al parecer tu exmarido también lo sabe, porque no se atrevió a replicar y me aseguró que inmediatamente pagaría sus deudas. En caso de que no lo haga, solo tienes que firmar la autorización para otorgarme plenos poderes y con todo el placer del mundo se las haré pasar canutas.

Rose estaba perpleja. Se había asustado mucho cuando Matt la había amenazado con una demanda y habría estado encantada de contratar a un abogado como Simon para defenderse de su exmarido. Sin embargo, no se atrevía ni a imaginar sus honorarios.

—Sería maravilloso que Matt pagara de una vez, pero creo que no puedo permitirme tus servicios.

—Defiendo gratis a la gente que amo —contestó Simon—. Rose, necesitas urgentemente a tu lado a alguien que se ocupe contigo de todo esto. Y yo asumiría de buen grado esa labor. Ante el tribunal en cualquier caso, pero también fuera.

Rose sintió que un sentimiento de calidez se expandía en ella y le habría encantado estrecharse contra él y disfrutar de su abrazo. Pero no era tan fácil.

—Simon, yo...

—Además, me he entendido muy bien con tus hijos —la interrumpió como si quisiera evitar que ella le detallara por qué era imposible una relación entre los dos—. Son muy simpáticos.

—Pero no son siempre así —explicó ella—. Te aseguro que pueden llegar a ser agotadores. Y se turnan muy bien con su hermana, de modo que aquí hay barullo las veinticuatro horas del día. Siempre pasa algo, créeme.

Simon dio un paso hacia ella.

—Sé lo que intentas. Quieres darme miedo para que vuelva a marcharme.

—Pensé que ya lo había conseguido —dijo ella, y sintió que un escalofrío le recorría la espalda al ver la expresión decidida de sus ojos.

—«Casi» lo has conseguido. —Se acercó otro paso más—. Porque en realidad eres un desafío. Desde cualquier punto de vista. No cabe duda de que lo tendría más fácil buscándome una mujer que encajara perfectamente en mi vida. El problema reside en que no quiero una mujer de ese tipo, sino a ti. Tú eres la única que entra en consideración. Tú eres perfecta para mí, Rose. Solo tú y nadie más.

Había llegado hasta ella, la estrechó entre sus brazos y la besó hasta que Rose sintió que las piernas le flaqueaban. Cuando volvió a soltarla, ella inspiró temblorosa.

—Pero... ¿y si no funciona?

—Protesto —dijo Simon, colocándole un dedo sobre los labios—. Esa pregunta es pura especulación y, por ello, irrelevante. —Sonrió, pero su mirada era de súplica—. No puedo decirte lo que va a pasar, pero puedo prometerte que estoy preparado. Te amo, Rose, y quiero que nuestra relación funcione. Y si aquí hay barullo, que así sea. Estaré muy contento de cambiar mi paz por un poco de estrés si así puedo estar a tu lado. —La besó de nuevo—. ¿Qué? ¿Cuál es su veredicto, señoría? ¿Me da una segunda oportunidad?

Rose levantó la mirada hacia él.

—Creo que me atengo a la argumentación de la defensa —dijo con una amplia sonrisa y le devolvió el beso con todo su corazón.

Cuando se separaron tras un largo y extasiado momento, Simon apoyó la frente en la de ella.

—Gracias a Dios —dijo con un suspiro de alivio—. No lo hubiera soportado mucho más.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte? —preguntó Rose, porque sentía la imperiosa necesidad de enseñarle cómo era su vida allí. Debía conocer a Sarah sin falta, y tenía muchas ganas de presentarle a su madre. Y a Iris, que estaría encantada con él.

Simon esbozó una sonrisa triste.

—Lamentablemente, solo hasta mañana —dijo—. No sabía cómo iría nuestra conversación y si tal vez me echarías otra vez de tu lado. Pero no te preocupes, no te librarás de mí tan deprisa. A partir de hoy, solo me buscaré clientes de Cornualles y te marearé bastante con mis visitas.

—A lo mejor no tienes que hacerlo —señaló Rose—. Creo que en lo sucesivo iré con frecuencia a Londres.

Le explicó emocionada la invitación que Felicity Myers le había enviado.

—¡Es fantástico! —exclamó él y, mientras la hacía girar en el aire, ella vio en sus ojos que estaba orgulloso. «Todo irá bien», pensó, y se sintió profundamente agradecida.

Quería volver a besar a Simon cuando la dejase en el suelo, pero el timbre del teléfono la detuvo. Venía del piso de arriba, porque al parecer los chicos se habían llevado el aparato. Y uno de ellos ya había contestado, pues el timbre enmudeció casi al instante.

Poco después se oyeron unos pasos que bajaban corriendo por la escalera, así que Simon soltó a Rose. No habían hablado al respecto, pero él intuyó lo importante que era que los niños se acostumbrasen lentamente a la idea de que en la vida de su madre había otro hombre, algo por lo que Rose le premió con una sonrisa reconfortada. Luego se volvió hacia Luke, quien irrumpió en la habitación y le tendió el teléfono a Rose.

—El tío Jack quiere hablar contigo —dijo jadeando—. Es algo de tu amiga.

—Se va a poner usted enfermo, señor Gallagher. —La enfermera Susan movió la cabeza en un gesto de preocupación al tiempo que tendía a Jack una taza de té recién hecho—. Tiene que descansar un poco. Acuéstese un rato. Lo despertaré en cuanto haya algún cambio.

Jack la miró cansado y respondió lo que siempre decía cuando alguien le proponía un reposo:

—Estoy bien.

La enfermera movió la cabeza.

—Es usted un cabezota, ¿lo sabía?

Él esbozó una sonrisa.

—Creo que usted y sus compañeras lo han mencionado alguna vez —dijo, y bebió el té fuerte e inesperadamente dulce—. ¿Ha puesto azúcar?

La enfermera Susan asintió.

—Le hará bien —contestó con firmeza y se sentó frente a él en la mesita de la sala de las enfermeras.

Normalmente, solo el personal entraba en esa habitación, pero con Jack se había hecho una excepción a la regla. Allí le daban té y, cuando sus fuerzas llegaban al límite, podía echarse en la cama que había en un rincón. Además, las enfermeras le llevaban algo que comer cuando empezaban su turno. Él les estaba sumamente agradecido, pero nunca se quedaba mucho tiempo, sino que enseguida volvía junto a Zoe. Todavía estaba en coma y la espera lo iba consumiendo lentamente. Con cada día que pasaba sin que ella despertase

aumentaba la probabilidad de que la hemorragia hubiese causado graves daños en su cerebro.

Pero tan malo no podrá ser, se consolaba. A fin de cuentas ya no necesitaba respiración asistida. Salvo por ello, no ocurría nada y él se percataba de que hasta los médicos iban perdiendo poco a poco la esperanza, aunque seguían asegurándole que en el caso de un aneurisma todo era posible.

La enfermera se dedicó a los historiales de los pacientes que tenía delante de ella sobre la mesa y fue añadiendo datos mientras Jack bebía el té sumido en sus pensamientos. Por eso le caía especialmente bien esa mujer alta y de rizos rubios, de unos cincuenta años aproximadamente según sus cálculos, porque, a diferencia de otras, no lo involucraba constantemente en una conversación. Sin embargo, en un momento dado percibió que lo miraba. Arqueó una ceja inquisitivamente, y ella sonrió con timidez.

—La quiere mucho, ¿verdad?

Cuando él asintió se percató de que ella pugnaba consigo misma, porque era evidente que quería hacerle otra pregunta. Al final se atrevió.

—¿Y qué sucederá si cuando despierte ya no es la misma? —Se encogió de hombros—. Ya sabe a qué me refiero. ¿Qué sucederá si sufre algún tipo de daño? ¿O si ya no se acuerda de usted? Puede ocurrir. Cuando un aneurisma se rompe siempre hay algún tipo de pérdida neurológica. A lo mejor no puede volver a hablar bien o no puede volver a caminar. Y en el peor de los casos tal vez no aprenda a hacerlo correctamente.

Jack ya lo sabía todo, los médicos no dejaban de recordárselo. Pero para él, en ese momento, solo contaba una cosa.

—Yo solo quiero que ella se despierte de nuevo —dijo—. Todo lo demás ya se verá.

La enfermera se recostó en su silla y lo observó pensativa.

—Espero que su novia sea consciente de la suerte que tiene con usted —apuntó sonriente, y luego se volvió a inclinar sobre sus historiales médicos.

Jack acabó el té y se encaminó de nuevo a la habitación de Zoe. Cuando pasó junto a una puerta acristalada en la que se vio reflejado, se asustó de su propia imagen. «Tengo que afeitarme», pensó mientras se frotaba con la mano la barba incipiente. Realmente se había abandonado, pero tampoco lo

consideraba importante. Lo único importante era que Zoe...

Un médico pasó por su lado corriendo y con la bata agitándose en el aire, seguido de una enfermera y luego de otra. A esas alturas, Jack ya sabía qué significaba eso: una de las pacientes sufría una crisis y necesitaba ayuda urgente. Conocía a las enfermeras que se apresuraban pasillo abajo. Una de ellas era Susan, que se volvió hacia él mientras avanzaba.

—Señor Gallagher, deprisa, ¡venga! —le gritó, y justo en ese momento entendió que no corrían a una habitación cualquiera.

Iban a la de Zoe.

La luz era deslumbrante, por eso volvió a cerrar los párpados. Pero la voz no cesaba de apremiarla.

—¡Abra los ojos! —Era un hombre quien la exhortaba—. ¿Zoe? Si me oye, apriete mi mano.

Intentó seguir las indicaciones, pero le faltaban las fuerzas. Además, ¿notaba su mano? El miedo se adueñó de ella, hizo temblar sus párpados. Fatigosamente volvió a abrir los ojos y parpadeó al mirar el punto de luz que tenía delante de la cara.

—Siga la luz con los ojos. ¿Puede hacerlo, Zoe?

El punto de luz se movía hacia la derecha y ella lo siguió automáticamente. Pero solo un tramo, luego la mirada se dirigió a los rostros difusos que se inclinaban sobre ella. No podía enfocar la vista, solo percibía siluetas. Poco a poco la imagen fue perfilándose, haciéndose más definida.

Unas personas con bata blanca rodeaban su cama y la miraban. Gente a la que ella no conocía. Zoe notó que le subía la adrenalina por el cuerpo. Quería sentarse, pero no podía. En ese momento sentía claramente el brazo derecho y también la pierna derecha. Pero le faltaba el resto. No lo sentía y quería decirlo. Pero además ocurría algo con su boca que no era normal.

«¿Dónde estoy? —pensó desconcertada—. ¿Y qué hace esta gente aquí?»

Un rostro apareció a un lado y se puso directamente delante del suyo. Vio unos ojos verdes cargados de preocupación.

—¡Zoe!

Era una voz familiar, y la sensación de miedo desapareció de su pecho. No sabía dónde estaba ni lo que le ocurría, pero en ese momento tenía algo a lo que agarrarse. Porque conocía a ese hombre que se inclinaba sobre ella.

—Jack. —Le costó un esfuerzo enorme pronunciar su nombre y no le salió bien, su voz era como un graznido extraño, ronco e incomprensible. Pero Jack la recompensó con una sonrisa aliviada.

—Gracias a Dios —dijo reconfortado, y ella vio lágrimas en sus ojos y notó su mano en la suya—. Ahora todo saldrá bien. ¿Me oyes? Todo volverá a ir bien.

«Eso significa que por el momento no va bien», pensó. De hecho, ella tampoco sentía que fuera bien. Estaba débil, no controlaba su cuerpo y no podía seguir manteniendo los ojos abiertos. La oscuridad de la que acababa de librarse volvía a cernirse sobre ella y borró la imagen de Jack.

«Por favor, no te vayas», pensó antes de que las fuerzas la abandonasen y volviera a caer en un profundo sueño.

Ocho meses después

«Solo un poquito más.» Zoe apretó los dientes porque era más difícil de lo que pensaba. El suelo era irregular y tenía que ir dando un paso tras otro con cuidado, luchando constantemente por conservar el equilibrio. Pero, tras no pocos minutos, gracias al bastón que se había convertido en su perpetuo acompañante había alcanzado la barandilla en lo alto del acantilado.

Acalorada, pero también muy reconfortada, se apoyó contra la madera corroída e inspiró profundamente el fresco aire marino. El viento soplaba ese día con vigor y, pese al azul del cielo, todavía hacía frío. No obstante, las flores silvestres ya volvían a florecer por todas partes en el acantilado anunciando así que el verano no estaba muy lejos.

Zoe se alegraba de que por fin volvieran a subir las temperaturas, porque cada hora de sol alejaba los recuerdos del período de oscuridad que tenía a sus espaldas.

Había sido duro luchar por volver a la vida y el combate todavía no había concluido. Pero estaba mejor. Ya casi había desaparecido del todo la parálisis del lado izquierdo. Zoe podía volver a hablar con normalidad, de lo cual se sentía verdaderamente agradecida, aunque de vez en cuando le faltaban las palabras y necesitaba más tiempo para formular una frase. Se esforzaba por mejorar en ese aspecto y también por conseguir caminar sin bastón, pero todavía no lo había logrado. Tal vez nunca más lo lograría.

Sin embargo, había tenido suerte, insistían los médicos. Su estado había mejorado de forma notable y eso se debía sobre todo a Jack. Después de la rehabilitación se había mudado con él a Cornualles, la había apoyado en todo y había estado a su lado en los peores momentos, las veinticuatro horas del día. Mientras, ella se había recuperado tanto que también podía contribuir en algo a su vida en común. Ayudaba a William con los deberes de la escuela y asumía pequeñas labores que podía solventar. Cocinar, por ejemplo, y hacer pasteles. Zoe cada día aprendía nuevas recetas con Daisy y experimentaba, algo con lo que disfrutaba enormemente, sobre todo porque obtenía más éxitos que en los ejercicios con su pierna, que no daban los resultados que ella quería.

—¡Ey! ¿Qué estás haciendo aquí arriba?

El grito de Jack, que acudía corriendo a su encuentro por el camino, la arrancó de sus pensamientos. Cuando llegó a su lado vio que en los ojos de él se alternaban la alegría y la preocupación.

—Podrías haberme avisado y te habría acompañado.

—Se lo he dicho a William —respondió ella—. Y a él le pareció muy bien. Al parecer tiene más fe en mí que tú.

Jack sonrió.

—No lo digo porque no tenga fe en ti, sino porque me habría gustado acompañarte. No es necesario que lo hagas todo sin mí, aunque ya puedas. Si sigues así voy a pensar que ya no me quieres para nada.

Conmovida, Zoe bajó la mirada hacia el suelo, porque ese era el punto que quería discutir sin falta. Pero antes de que pudiera contestarle, Jack siguió hablando.

—Ha llamado tu padre. Quiere saber si ya has pensado si quieres aceptar la presidencia de la fundación —dijo—. Creo que para él sería importante.

Zoe suspiró.

—Para mí también lo es, a fin de cuentas la fundación fue idea mía. Pero no sé si soy la persona adecuada para ese puesto.

Pensó en la mansión y en lo contenta que estaba de haber decidido no venderla. Así, la casa había podido convertirse en la sede de la Fundación Chris Bevan para Jóvenes Talentos Musicales que Zoe había creado con su

padre. La casa no solo albergaba la administración, sino que servía como lugar de encuentro para los becarios que asistían allí a seminarios y actividades. Gracias a ello, las grandes habitaciones ya no estaban vacías, sino llenas de nuevo de gente y de música. Y otra vez tocaba alguien en el antiguo piano de Chris, un hecho que habría alegrado mucho a la madre de Zoe.

Sin embargo, el estado de Brenda había empeorado mucho en los últimos tiempos y había muerto súbitamente a principios de año. Había sido un tremendo golpe para todos que el final hubiese sido tan rápido, pero al menos Zoe sabía que había hecho por ella todo lo que estaba en su mano. Ella misma no había podido ocuparse de su madre, pero su padre lo había hecho en su lugar y había acompañado a su esposa tan bien como había sido posible.

George había cambiado, era mucho más dulce y accesible. Había cedido en gran parte la dirección de la compañía a Philipp para poder entregarse totalmente a la creación de la fundación, cuyo objetivo se tomaba muy en serio, casi como si quisiera de ese modo compensar lo que había negado a su hijo cuando todavía vivía. Ese trabajo le absorbía positivamente, y Zoe estaba segura de que no necesitaba su ayuda. El hecho de que, a pesar de todo, él le quisiera dejar la presidencia de la fundación sin duda guardaba relación con que de ese modo podría verla más a menudo. Un cargo así no se podía ejecutar desde una granja en Cornualles.

—Creo que todavía no estoy preparada para eso —dijo—. Además, si aceptara tendría que viajar con mucha mayor frecuencia a Londres.

—¿No te convendría? —preguntó Jack—. Seguro que echas de menos la vida en la ciudad.

—No, qué va —replicó Zoe con énfasis.

No la extrañaba en absoluto. Era feliz allí, con Jack, y no quería renunciar a eso. Pero tal vez él lo veía de otra manera.

En las últimas semanas a menudo parecía ausente, como si algo ocupara sus pensamientos, pero siempre que ella le hablaba al respecto, él eludía el tema y le aseguraba que todo estaba en orden. Y eso acrecentaba sus dudas.

¿Se había hartado de cuidarla y de adaptar su vida a ella? El hecho de que

siempre la animara a aceptar el ofrecimiento de su padre parecía confirmarlo. ¿Esperaba que se fuese a Londres para librarse de ella?

—No tienes que tomar una decisión precipitada —dijo antes de que Zoe consiguiera formular sus preocupaciones—. George seguro que te da tiempo si se lo pides. Celebremos primero el casamiento de Rose. Tu padre también viene, ¿verdad?

Zoe asintió.

—Rose lo ha invitado. Y se trae a Phyllis.

Jack inclinó un poco la cabeza y la miró con aire de escepticismo.

—¿Te importa?

—No, en absoluto —contestó Zoe.

De hecho, había sido ella quien había animado a su padre para que hiciera oficial la relación con su secretaria. Era consciente de que no lo había hecho hasta entonces por ella, porque había tratado a Phyllis con tanto rechazo. Pero con el tiempo Zoe había reconocido la importancia que tenía esa relación para su padre. Al igual que ella, él también necesitaba a alguien que le diera sostén, y Phyllis lo amaba de verdad.

—Quiero que papá vuelva a ser feliz. Después de todo lo que ha pasado, se lo merece.

Jack sonrió.

—Y mi hermana también —suspiró—. Espero que en el segundo intento tenga más suerte.

—Claro que sí —opinó Zoe, pensando en lo mucho que Rose había florecido en los últimos meses. Su amor por Simon había cambiado toda su vida.

Ninguno de los dos había aguantado mucho tiempo la relación a distancia y a los tres meses se habían ido a vivir juntos. Se instalaron con los niños en una gran casa en Hampstead, muy cerca de la mansión, y se habían adaptado estupendamente a su nueva situación. A los niños les gustaba mucho Simon e iban de buen grado a la nueva escuela. Y a esas alturas, Rose trabajaba para el diseñador Clive Wentworth. La planeada cooperación con la americana que había pedido sus bocetos para la tienda *online* no había prosperado porque las condiciones que le había ofrecido a Rose eran inaceptables. Pero

ella no había arrojado la toalla, sino que había seguido intentando hacer realidad su sueño. Y de hecho, poco después, el famoso diseñador le había ofrecido un trabajo que ella consideró ideal. La boda con Simon, que debía celebrarse al cabo de catorce días en Penderak, coronaría ese giro en su vida, y Zoe se alegraba de todo corazón por su amiga.

—Los dos están hechos el uno para el otro —opinó un poco melancólica—. Creo que no conozco a ninguna pareja que sea más feliz que ellos.

En cuanto lo hubo dicho se dio cuenta de lo que implicaban sus palabras. Inquieta, miró a Jack, que, con el ceño fruncido, la observaba.

—¿Significa eso que nosotros no somos felices?

—Yo sí lo soy. —Sintió un nudo en la garganta—. Pero ¿lo eres tú todavía?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, sorprendido.

Zoe inspiró una profunda bocanada de aire porque le resultaba difícil expresar sus dudas.

—Jack, ya no soy aquella de la que te enamoraste. Y es posible que nunca más vuelva a serlo. Ya me he recuperado y puedo desenvolverme yo sola. Por favor, no te sientas obligado a permanecer a mi lado. Verdaderamente, ya has hecho suficiente por mí y comprendería que quisieras estar con una mujer que pudiera andar bien. Y que no fuera tan torpe y lenta como yo. Puedes ser sincero conmigo. Si soy una gran carga para ti, entonces...

—Tonterías —la interrumpió él—. ¿Cómo se te ocurre algo así?

—Porque últimamente estás muy pensativo y hablas todo el tiempo de la presidencia de la fundación. ¿Quieres que vuelva a Londres?

—¿Qué? ¡No! —La miró escandalizado—. Pero pensaba que querías hacerlo. —Movi6 la cabeza—. Zoe, debes sentirte fatal aquí encerrada en Penderak ahora que vuelves a estar en forma. Destacaste en tu trabajo, fuiste directora de una empresa, seguro que tu vida era mucho más emocionante que el día a día de una granja. Estaba seguro de que echabas de menos Londres y tu antigua vida, y pensé que ya no podía retenerte mucho más tiempo aquí. Por eso te aconsejaba que aceptaras la presidencia. Porque tenía miedo de que te aburrieses aquí.

Zoe sintió que se le quitaba un peso de encima.

—Estoy a gusto aquí, Jack. Mejor que en cualquier otro lugar. Amo esto. Y te amo ti. No quiero volver a dejarte nunca más.

Jack sonrió aliviado.

—En ese caso, debería dejar una cosa clara de una vez por todas.

Sacó un objeto del bolsillo del pantalón. Sorprendida, Zoe contuvo el aire cuando vio que era un anillo de plata con dos diamantes engastados.

—Lo llevo encima desde hace algún tiempo y todavía no te lo había dado porque no quería precipitarme. Creía que todavía no estabas preparada y no quería que tuvieras la sensación de que no podías tomar una decisión libremente respecto a la oferta de tu padre. De lo contrario, ya habría hecho esto hace tiempo.

Los ojos de Zoe se llenaron de lágrimas cuando Jack se puso de rodillas delante de ella.

—Zoe, te amo. Y en eso no me importa si caminas con dos piernas o solo con una. Ya te llevaré yo si lo deseas, pero quiero estar contigo. Ya te perdí una vez y casi llegué a perderte otra segunda, y si esto me ha enseñado algo es que uno tiene que conservar la felicidad cuando la encuentra. Tú eres mi felicidad, Zoe, y no puedo imaginarme la vida sin ti, por eso quiero casarme contigo. ¿Quieres ser mi esposa?

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Zoe.

—Sí —contestó con voz apagada—. Sí, quiero. Rotundamente, sí quiero.

Sonriendo, él le cogió la mano y le puso el anillo, luego se levantó, la abrazó y le dio un beso largo y profundo, como si quisiera disipar cualquier duda sobre si él no había querido decir lo que había dicho. Pero Zoe ya no dudaba, sino que se estrechó contra él y, dichosa, le devolvió el beso.

Cuando dejaron de besarse, se quedaron todavía largo rato abrazados, hasta que Zoe notó que Jack se ponía tenso y levantaba la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada, pero él volvía a sonreír.

—Creo que ya no estamos solos —dijo mirando la antigua torre en ruinas—. Sal, William. Sé que estás ahí.

Se oyó un crujido en el arbusto que había delante del muro y un segundo después salió William, que sonrió con timidez mientras se acercaba.

—No os quería molestar —dijo señalando el anillo que Zoe llevaba en el

dedo—. ¿Así que por fin te lo ha pedido?

Ella sonrió, sorprendida.

—¿Lo sabías?

El chico asintió.

—Tenía un poco de miedo de que la pifiara. Pero todo ha salido bien.

—¡Tú, ten cuidado! —Jack hizo un gancho en broma y los dos sonrieron. Luego, Jack rodeó los hombros de Zoe con el brazo.

—Venga, vamos. Vamos a casa —dijo, y Zoe sonrió dichosa mientras los tres emprendían el camino de vuelta hacia la granja.

Una emocionante novela femenina de la autora de la serie *Darlington Hall*.



Zoe se enfrenta a una difícil decisión relacionada con una intervención quirúrgica muy arriesgada que debe salvarle la vida.

Espontáneamente decide regresar a Cornwall, pues hace catorce años allí experimentó la mayor felicidad de su vida... y la peor pesadilla.

Ahora, por fin está decidida a desvelar los secretos de aquel verano.

Kathryn Taylor comenzó a escribir siendo una niña y publicó su primer cuento a los once años. Ya entonces supo que algún día sería escritora. Pero no fue hasta su vida laboral y privada dio varios giros cuando pudo finalmente cumplir su sueño. Con su serie de novelas eróticas *Colours of Love* no solo logró ganarse el entusiasmo de miles de lectores en Alemania y en el extranjero, sino que alcanzó el segundo puesto de la prestigiosa lista de *best sellers* de *Der Spiegel*. *Daringham Hall: La herencia* inicia una nueva trilogía llena de secretos, dispuesta a consolidarse como una de las voces más versátiles de la ficción comercial alemana.

Título original: *Wildblumensommer*

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2017, Bastei Lübbe AG, Köln

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Rita da Costa, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / S. Gómez, G. Pellicer

Fotografía de portada: iStock Photos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6321-2

Composición digital: Infillibres, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El verano de las flores silvestres

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos